José Manuel Surroca Laguardia
Barbastro
1320
Los Pastorelli

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del Editor o Autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase al Autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de ésta obra. Puede contactar con el autor a través del correo electrónico surrocajm@telefonica.net

© José Manuel Surroca Laguardia, 2018

Portada: Torre de la Catedral de Barbastro.
José Manuel Surroca Laguardia
Impresión y Encuadernación: Amazon S.A.
Maquetación y diseño de la portada: José Manuel Surroca Laguardia

Barbastro 1320
“Los Pastorelli”

José Manuel Surroca Laguardia

Dedicatoria.

A todos aquellos beligerantes que luchan porque en el mundo haya un mayor entendimiento entre las personas de las diferentes culturas y diferentes formas de pensar.

Debemos aprender unos de otros partiendo de la creencia de que nadie está en posesión de la verdad absoluta.

La convivencia es posible, simplemente respetando al vecino por su credo, costumbre, modo de ser o simplemente por su condición de ser humano.

Y cómo no, a todos los que habitaron en Barbastro en aquellos años, y que convivieron pacíficamente a pesar de pertenecer a credos diferentes, como prueba de que cuando hay respeto, hay convivencia.

Para ellos, mi total reconocimiento.

Capítulo 1

BARBASTRO
Domingo, 1 de enero, 1318
Yawn al—Ahad, 26 de Shawwâl 717
Yom Rishon, 27 de Tevet 5078

Teresa de Entenza, condesa de Urgel, esposa del infante Alfonso, hijo segundo del Rey de Aragón Jaime II, contemplaba desde lo alto de la torre del castillo que los Entenza poseían en Barbastro, los helados campos cubiertos de escarcha que se extendían por el horizonte. Bajo las murallas se encontraba la ciudad, donde algunos vecinos comenzaban a transitar lentamente por sus calles desde las primeras horas de la mañana camino de sus quehaceres diarios en las huertas, campos o comercios, cuando apenas había comenzado a clarear.

Le gustaba levantarse con las primeras luces del día. A aquellas horas de la mañana se hacía notar el frío intenso del que procuraba resguardarse cubierta con un recio pellizón de piel de cordero. Le agradaba sentir en su rostro el gélido frío matutino mientras se arrebujaba en su confortable prenda de abrigo. Instintivamente cruzó sus brazos sobre su vientre: hacía dos semanas que los médicos le habían confirmado su embarazo. Este feliz acontecimiento la reconfortaba en parte por la pérdida de su primogénito Alfonso el año anterior, cuando contaba tan solo dos años de edad. En Barbastro los Entenza poseían una casa-palacio además del castillo. En esta

ocasión y por encontrarse de paso hacia Montpellier acompañada por una gran comitiva, había preferido alojarse en el castillo en orden a facilitar las labores de preparación de dicho viaje.

Montpellier, situado en la Occitania francesa, era un Señorío perteneciente a la Corona de Aragón, al que Teresa viajaba enviada por su suegro en su condición de miembro de la familia real aragonesa. Ciertos acontecimientos ocurridos en el territorio del sur de Francia reclamaban urgentemente la presencia de la Casa Real de Aragón.

El largo viaje a realizar le había proporcionado la excusa perfecta para hacer una visita a su señorío de Barbastro, donde descansar, y en el que su familia poseía además del castillo y el palacio, varias casas, algunas tierras de secano y regadío y una amplia extensión boscosa, además de detentar la propiedad de la a*ljama* mora de la ciudad. Ella recordaba con cariño al Barbastro de su niñez, porque cuando llegaban los calores, toda la familia se desplazaba hasta la ciudad del río Merder[1] para pasar dos o tres meses en ella. A la vista de la ciudad, acudían a su mente los recuerdos evocados de su infancia, los paseos y excursiones por los alrededores de la ciudad, donde predominaban los campos de olivos viñas y cereales, junto con sus correrías con otras jóvenes de las familias importantes, como correspondía a una niña—mujer de 18 años, casada a los 14 con su esposo, el infante, que a la sazón contaba con quince.

[1] En el Siglo XIII—XIV el rio Vero se conocía como rio Merdero o Merder.

Sintió un leve sonido detrás de ella. Era su camarera, Geraldona de Ribelles que llegaba solícita para ayudarla a vestirse. Se volvió hacia ella con el rostro radiante.

— Buenos días, señora. ¿Cómo os encontráis hoy?

— Muy bien, Geraldona. Me encuentro muy bien. Hoy iremos a comprar al mercado y quiero hacer una visita a mi *Aljama*[2]. *H*ace mucho tiempo que no he visitado a mis moritos ni me he paseado por sus calles. Debemos abrigarnos. Hace un frío horroroso.

— Como digáis, señora —respondió Geraldona a la vez que hacía una leve inclinación de cabeza.

Tras desayunar un vaso de leche caliente y unos cuantos bollos con nata y limón, las dos damas acompañadas por dos escoltas, fueron bajando por las sinuosas y estrechas calles que conducían al mercado. Conforme se iban acercando empezaron a sentir el griterío, al principio amortiguado y lejano pero luego fuerte y vital proveniente de la plaza abarrotada de gente bulliciosa y ruidosa. El olor a humo y a pan recién hecho, mezclado con los aromas procedentes de las cocinas de las casas, recordaron a Teresa los aromas de su niñez.

Fueron paseando entre los diferentes puestos y tenderetes instalados por huertanos y comerciantes y donde unos ofrecían los productos de sus huertas y otros, los productos traídos de lejanas tierras según pregonaban a grandes voces. Compraron fruta, algunas ropillas y unos utensilios que necesitaban. Luego, una vez realizadas las compras, se dirigieron hacia la *aljama* mora, situada no muy lejos del

[2] Junta de judíos o de moros en España durante la Edad Media. Barrio donde se ubica la Morería o Judería. Mezquita. Sinagoga.

mercado. A la misma se accedía por una calle porticada, a cuya entrada, les estaba esperando Mahoma Avintarí, Adelantado[3] de la morería acompañado por el segundo Adelantado, Hakim. La noticia de la presencia en Barbastro de la Señora del Castillo, se había extendido rápidamente por la ciudad y en la *aljama* contaban como segura la visita de la Infanta.

Ambos, tras profundas reverencias y saludos, mostraron repetidas veces su satisfacción por su presencia, uniéndose a ella para acompañarla mientras recorría las estrechas calles de la a*ljama*, donde sus moradores saliendo a la puerta de sus casas le manifestaban su respeto y cariño. Durante el paseo, Mahoma le iba exponiendo las novedades y problemas de la comunidad morisca. Se quejaba del trato discriminatorio que les daban las autoridades municipales, procurando hacerlo de forma moderada, manifestándole también que no tenían ninguna queja de sus conciudadanos con los que se relacionaban perfectamente. Cuando llegaron a la tabla[4] de Avintarí, Teresa hizo ademán de querer entrar, pero Mahoma la detuvo con gesto firme, entrando apresuradamente en el local, ante la extrañeza de las dos mujeres. A los pocos momentos hizo aparición acompañado de su mujer Axa. La tabla la regentaba el propio Mahoma aunque mantenía una serie de pleitos con un vecino de Barbastro, cristiano viejo, que también aspiraba a la concesión de la tabla de la ciudad. Después se justificó ante la Condesa, por su inesperada acción que según aclaró, fue motivada por su deseo de

[3] Administrador de la aljama.

[4] Carnicería.

comprobar que todo estuviera en orden. Tras saludar Axa a Teresa, le franquearon el paso al interior del establecimiento.

Detrás del mostrador se encontraba una de sus hijas, Zaahira, de 15 años, tres menos que la propia Teresa. La hija de los Avintarí era una mujer hermosa, de largo y ensortijado cabello de color negro, al igual que sus ojos, con una expresión suave y amable que transmitía afabilidad. Teresa la recordaba de cuando eran niñas y recordaba que habían tenido una buena amistad. Mientras miraba el género expuesto sobre la mesa, preguntó a Zaahira, sobre su estado, y ésta después de esperar una mirada aprobatoria en sus padres, le contestó que permanecía soltera y sin compromiso, lo que produjo una cierta sorpresa a Teresa, pues no era habitual que una mujer permaneciera soltera o no estuviera comprometida a esa edad. Ella misma se había desposado con el infante Alfonso a los catorce años.

— ¿De verdad? —dijo mirando a los padres, quienes se encogieron de hombros como resignándose a tan anómala situación.

De repente, una idea y un deseo se abrieron paso en la mente de Teresa.

— ¿Te gustaría entrar a mi servicio como camarera?

Los ojos de la muchacha se iluminaron repentinamente como dos soles, para acto seguido volverlos hacia sus padres que reflejaban en sus caras una sorpresa mayúscula. Teresa se volvió hacia ellos.

— Me gustaría que Zaahira formara parte de mis servidores de confianza. ¿Os parecería bien? —les dijo con una sonrisa, mientras la tensión se hacía visible en la cara de la muchacha que esperaba con

ansiedad la respuesta de sus padres. Estos se miraron entre sí. Quien aquello solicitaba, era su señora natural, a la que debían obligada obediencia. ¿Cómo pues, negarle la petición? Mahoma se dirigió a Teresa.

— Lo que la señora disponga. Zaahira se incorporará a vuestro servicio.

El rostro de su hija lo expresó todo. Salió de detrás del mostrador y se abrazó a sus padres.

— Veo que está encantada. Me alegro mucho. No hace falta que sea hoy mismo. Hasta dentro de cinco o seis días no partiré hacia Montpellier. Así es que tienes este plazo para que prepares el ajuar que quieras llevar. Preséntate en el castillo a mí, o a mi camarera Geraldona, aquí presente.

Seguidamente escogió unas piezas de cordero y pagó lo estipulado en el cartelón que figuraba en sitio visible, según exigían las normas del Concejo municipal. Seguidamente, acompañados por Mahoma y Hakim, quien no había abierto la boca hasta entonces, continuaron visitando la *aljama*, continuando las muestras de cariño y homenaje de los moros que habitaban en ella y que salían a la calle para rendir pleitesía a su señora. A la puerta de una casa, una mujer tenía en sus manos una bandeja repleta de galletas anisadas y a su lado, una joven sostenía una bandeja con una humeante tetera y vasos. Teresa y su camarera probaron de todo ello, siguiendo la costumbre y para que no se sintieran desairados sus anfitriones, devolviéndoles a continuación su reconocimiento por la bondad del presente. Cuando terminó la visita a la *aljama*, Mahoma y Hakim, se despidieron de Teresa deseándole toda clase de parabienes.

Desde allí, la Condesa de Urgel y Geraldona, dirigieron sus pasos hacia la iglesia de Santa María la Mayor donde oirían misa. Esta iglesia era la más grande de Barbastro y había sido construida sobre lo que fue la Mezquita Aljama, en tiempos pasados, junto a una torre recién construida sobre el minarete de la mezquita.

Como en el caso de la *aljama* mora, a la puerta de la iglesia estaba esperando su arcipreste rodeado de ocho monaguillos, quien había sido advertido de que la señora asistiría a la misa que iba a celebrar. En su interior aguardaban pacientemente un numeroso grupo de vecinos que esperaban cumplir con la obligación dominical de oír misa, expectantes por la presencia en Barbastro de la Condesa de Urgel, Vizcondesa de Ager, Señora de Barbastro, de Alcolea de Cinca y esposa del infante Alfonso, hijo de rey de Aragón, Jaime II.

Entre tanto, Ramón de Selgua, Baile[5] de los Entenza, andaba totalmente ocupado organizando los preparativos para el viaje de doña Teresa a Montpellier con el añadido de última hora de tener que atender al infante don Alfonso, quien había enviado un mensajero para comunicar que venía de camino desde Valencia hacia Barbastro para encontrarse con su esposa. A causa del embarazo de su segundo hijo, deseaba despedirse de ella como la ocasión merecía, porque su estancia en tierras occitanas se demoraría algunas semanas, tal vez

[5] El Baile se encargaba de administrar los bienes comunes tanto de Comunidades, Universidades como de Concejos. Aparece esta denominación (baile) ya en el testamento de Ramiro I. Llega hasta el siglo XIV. El Baile General de Aragón debía ser: Aragonés, no judío y caballero principal.

meses, hasta que regresara a Balaguer donde esperarían el nacimiento del nuevo hijo.

La llegada del infante, quien venía acompañado de algunos consejeros y gente de confianza además de cincuenta hombres a caballo, le proporcionaba por partes iguales incómodo y satisfacción. Por un lado organizar la estancia de tantos hombres y la de los propios infantes, era, además de costosa, complicada. Sin embargo, si las cosas estaban a gusto del hijo del rey, esperaba que su posición, dentro del círculo de confianza de los condes, pudiera verse muy reforzada.

El *Baile* ordenó que se preparara una alcoba para acoger a tan ilustres huéspedes y que la misma se caldease mediante estufas de leña y se aprovisionara convenientemente de leña. Por otro lado, ordenó que se instalaran unos camastros en los almacenes de grano donde alojar a la tropa que acompañaba al infante. Ordenó aprovisionar las despensas para alimentar a tan nutrida tropa. Sus propios hombres, debieron dejar a regañadientes sus camastros para ofrecerlos a los nuevos y temporales compañeros.

Capítulo 2

BARBASTRO
Lunes, 2 de enero, 1318
Yawn al—Ithnayn, 27 de Shawwâl 717
Yom Sheni, 28 de Tevet 5078

Zaahira estaba feliz y radiante con la propuesta de la señora de entrar a su servicio. Agradecía a sus padres el preceptivo permiso que habían concedido, aunque sabía que en el fondo de sus corazones lamentaban que su hija abandonara la casa familiar para entrar al servicio de otra persona, aunque ésta fuera la Señora. En cuanto a Mahoma y Axa, su forzada aceptación les produjo un sentimiento doloroso, pero a su vez, sentían con orgullo el hecho de que su hija fuera a entrar al servicio de la esposa de un infante de la Corona de Aragón, circunstancia que les confería un cierto prestigio dentro de la *aljama* e incluso de Barbastro mismo.

Mahoma enseguida vislumbró las ventajas que esa situación le podría reportar en su afán de conseguir la concesión definitiva de la tabla en vez de la provisional que ostentaba ahora. Regentar la única carnicería que había en Barbastro, suponía estar en posesión de un pequeño tesoro, porque ésta reportaba unos buenos ingresos a la economía familiar. La pugna con Domingo de Navasona y su mujer Matea por la concesión, produjo entre ellos una tensa relación. Máxime, cuanto que Domingo tenía amistad con Ramón de Selgua, el *Baile* de doña

Teresa, y éste presionaba ante Juan Marqués, *Justicia*[6] de Barbastro y a la sazón, presidente del Concejo de la ciudad, sobre quien recaía la autoridad de asignar las concesiones, para que le favoreciera asignando la licencia a Domingo de Navasona. Sin embargo, Mahoma no estaba dispuesto a dejarse pisar. Pensaba solicitar el apoyo de la Señora sobre esta cuestión el día que acompañara a Zaahira al castillo para su incorporación al servicio de la Condesa de Urgel.

Cuando el pequeño baúl estuvo preparado, conteniendo las pocas cosas que Zaahira deseaba llevar consigo, Mahoma preparó el asno al que unció un pequeño carro que habitualmente utilizaba para traer y llevar verduras de su huerta al mercado. La muchacha se despidió de su madre entre abrazos y lágrimas. Luego lo hizo de sus hermanos Mahoma, Alí, Brahim y Fátima. Les prometió que les enviaría noticias, y todos juntos se encomendaron a *Allah*. Mahoma observaba todo aquello bajo una atenta mirada y muda actitud, sintiendo como un persistente dolor se fijaba en su garganta. Pacientemente esperaba en la puerta a que terminara la ceremonia de despedida. Mientras, en la calle y frente a la puerta, se habían ido reunido numerosos vecinos conocedores de la noticia de la marcha de Zaahira al servicio de la Infanta y que ya era de general conocimiento de toda la *aljama*. Tras despedirse de sus convecinos e intercambiar mutuos deseos de buena suerte, enfilaron la empinada calle que conducía hasta el castillo.

---

6 Magistrado supremo de una entidad local o comarcal. Juez. Alcalde.

Mahoma caminaba orgulloso al lado de su hija, saludando a cuantos se encontraban a su paso, deteniéndose ante sus requerimientos al ser conocedores de la marcha de la muchacha, haciendo casi interminable el camino. De vez en cuando, observaba con disimulo la expresión que llenaba el bello rostro de su hija, y la vio radiante, feliz, y aquello actuó como bálsamo para su dolorido corazón. La muchacha estaba en una nube. ¿Qué más podía pedir un padre? Sin decirse nada, cada uno sumido en sus pensamientos, fueron recorriendo el camino que los separaba de la fortaleza. Cuando por fin cruzaron la puerta, custodiada por dos soldados, se dirigieron hacia la puerta del torreón principal, donde aparecieron Geraldona y un criado que se hizo cargo del pequeño baúl.

— Buenos días a los dos. Bienvenidos. La señora os está esperando. Acompañadme —dijo Geraldona quien inició el camino hacia el interior de la torre.

En un espacioso salón, caldeado por el fuego de una gran chimenea donde se consumía con sordo crepitar un enorme tronco, sentada en una mecedora, se encontraba leyendo Teresa de Entenza. Vestía un largo brial de seda azul, guateado con lana y algodón y forrado con tafetán de lino que le cubrían los botines rojos de fina piel, con cuello a la caja y una abertura abotonada hasta el pecho. Las costuras del guateado representaban unas líneas verticales a lo largo de la prenda, realzadas con motivos vegetales bordados en las mangas. Éstas se estrechaban a la altura de las muñecas para cerrarse finalmente con pequeños botones.

Cuando oyó que llegaba Geraldona acompañada de los Avintarí, dejó el libro sobre una mesita. Se

levantó con gran presteza dirigiéndose hacia los recién llegados. Su porte mostraba la innata majestad de las personas de su alcurnia. Mahoma y su hija, quedaron impresionados por la belleza y el lujo del vestido que llevaba la Señora. Nunca habían visto una prenda tan hermosa y que tan bien ensalzara la figura de la dama. Mahoma no pudo evitar hacer una pequeña reverencia, impresionado, ante la presencia de la Infanta. En una mesa aparte, había preparadas unas bandejas con dulces y vino que fue ofrecido de inmediato a los visitantes. Teresa se dirigió a Zaahira.

— Zaahira, ¿estás contenta por entrar a mi servicio?

— Mucho, señora. Soy muy feliz por poder serviros. Espero saber hacer las cosas de manera que estén a vuestro total agrado.

— No te preocupes Zaahira. De eso estoy totalmente segura. Lo único que me apena es que te separo de tus padres y hermanos. Pero te prometo que volveremos a Barbastro con cierta frecuencia. Y si no es posible, de vez en cuando, si lo deseas, te concederé permiso para que puedas venir a hacerles una visita. Te lo prometo.

Todo esto oía Mahoma sin decir palabra, alegrándosele el corazón al saber que la Condesa tendría muy presente que Zaahira no quedara incomunicada de su familia. Se congratuló por tener una Señora tan considerada por dueña. Teresa dio orden a Geraldona para que mostrara a la muchacha su alojamiento y la comenzara a instruir en sus nuevos cometidos. Antes de marchar, Zaahira se abrazó a su padre, cubriéndolo de besos, sin que Mahoma pudiera reprimir las lágrimas. Acompañada

de Geraldona, abandonaron el salón, quedando solos Teresa y Mahoma.

Éste decidió que era el momento de dirigirse a la señora por el tema de la tabla.

— Señora…

— ¿Sí?

—Verá Señora. ¿Sería posible que su señoría intercediese por mí ante el Concejo de Barbastro para que me sea adjudicada la concesión de la tabla de la *aljama*? —dijo de un tirón, casi sin respirar.

Teresa, sonrió levemente.

— Bien, no veo que haya problema alguno. Además no tengo muy claro que le corresponda al Concejo municipal el derecho a otorgar esa licencia, dado que la *aljama* y todo lo relacionado con ella es de absoluta incumbencia de mi familia desde hace ya largos años —dijo Teresa, a la vez que recordaba viejas disputas sobre el mismo tema, ya referidos por sus antepasados— Ordenaré a mis procuradores que investiguen sobre este pormenor. No obstante, daré orden a mi *Baile*, Ramón de Selgua para que os avale ante el Concejo.

— El caso es que… —Mahoma vaciló un momento.

— El caso es que… —repitió Teresa.

— Pues que precisamente vuestro *Baile*, Ramón de Selgua, intercede ante el presidente del Concejo, Juan Marqués, para que dé la concesión a su amigo Domingo de Navasona.

—Ya veo donde reside tu temor. Bien, no te preocupes. Me dirigiré directamente a Juan Marqués, para que no te pongan ninguna pega en la concesión. Al fin y al cabo te debo una satisfacción por la pena que he producido a ti y tu familia al

separaros de vuestra hija Zaahira. Cuenta con ello, Mahoma.

Por el tono empleado, Mahoma se dio cuenta de que la reunión había terminado. Con una flexión de cabeza, abandonó la estancia dejando a Teresa pensativa.

Cuando llegó a casa, su mujer Axa lo estaba esperando hecha un manojo de nervios. A ella también le preocupaba el tema de la concesión de la tabla y estaba deseosa de conocer la respuesta recibida por su marido de la Señora. Pero cuando lo vio frente a ella, lo primero que le preguntó fue por Zaahira. Él, como si hubiera leído en su cabeza, le contestó primero por el asunto que les preocupaba a ambos.

—La señora intercederá por mí ante el Presidente del Concejo. Me ha asegurado que no habrá problema, porque nos lo debe por habernos separado de Zaahira.

— ¡*Al—hamdu lillah*![7] —dijo Axa elevando sus ojos al cielo.

— ¡*Al—hamdu lillah*! —respondió Mahoma —En cuanto a Zaahira, estará bien. Ella es feliz y la Señora la aprecia. Estará bien. —terminó Mahoma.

Sin embargo, esa no fue la única buena noticia que llevaba a casa. Haym, el judío que regentaba un taller de platería en la carrera Mayor de Barbastro, junto a la plaza del Mercado, había aceptado su propuesta de tomar a su cargo a Mahoma, su hijo, como aprendiz del oficio de platero. Aquello podía suponer una gran oportunidad para el muchacho de

[7] ¡Gracias a Dios!

acceder a una profesión importante. Mahoma tenía facultades para dibujar o hacer cosas con las manos. Pensaba que podría llegar a ser un buen joyero y llegar a ganarse la vida holgadamente.

Su hijo escuchó a su padre sin decir nada. Una decisión paterna no se podía ni debía discutir. Y por otro lado, no le disgustaba el oficio de joyero.

Capítulo 3

BARBASTRO
Miércoles, 4 de enero, 1318
Yawn al—Arba'aa', 29 de Shawwâl 717
Yom Revi'i, 1 de Shevat 5078

La comitiva del Infante Alfonso formada por su séquito de confianza y 50 soldados se dirigía a Barbastro a "grandes jornadas". Su esposa, embarazada de su segundo hijo, se encontraba allí de camino a Montpellier, adonde la había enviado su padre, el Rey de Aragón, Jaime II, en misión diplomática, en un intento de contrarrestar los esfuerzos del Rey de Francia para debilitar la presencia aragonesa en el Señorío de Montpellier, aprovechando la falta de carácter de Sancho I de Mallorca que contaba con unos consejeros proclives a los argumentos del rey francés, quienes querían convencerlo de que no debía aceptar el enfeudamiento al rey de Aragón. Con la presencia de Teresa de Entenza en Montpellier, el rey aragonés quería reforzar la presencia de la Corona aragonesa en sus posesiones occitanas. La presencia de Teresa en Montpellier no podía dilatarse durante mucho tiempo, a causa de su estado de gravidez, debiendo regresar a Balaguer a tiempo para tener a su segundo hijo. El infante venía desde Valencia donde había residido los dos últimos meses atendiendo los asuntos del reino, en su papel de Procurador de la Corona, representando al Rey ante los valencianos.

Había otra cosa que le preocupaba enormemente. Su hermano Mayor Jaime, el heredero al trono, comenzaba a presentar síntomas de debilidad mental con cambios constantes de humor que le llevaban a realizar acciones depravadas y de extrema crueldad. A todo ello se unía su homosexualidad declarada, unida a una extrema religiosidad que le impelía a ingresar en un monasterio y tomar los hábitos. Eran numerosas las ocasiones en las que había manifestado su deseo de renunciar al trono lo que enfurecía de sobremanera a su padre. Semejante panorama implicaba que más pronto que tarde, le pondría a él en primera línea de la sucesión.

Debido a ello, su padre el Rey temía que su plan de acercamiento a Castilla mediante un acuerdo de enlaces matrimoniales pactados en unas negociaciones que había llevado a cabo hacía siete años en Calatayud con Fernando IV de Castilla, se esfumara por la actitud de su hijo. En las vistas que se celebraron, se determinó el compromiso de matrimonio de la hija del rey castellano, Leonor, de cuatro años, con el infante Jaime, a la vez que tenía lugar el matrimonio de María de Aragón con el infante Pedro de Castilla, hermano del propio rey Fernando IV. El estado mental de su hermano hacía peligrar aquel matrimonio. En un intento de superar el problema, el rey determinó que la boda de Jaime y Leonor se llevara a cabo en Gandesa al año siguiente.

Cuando por fin avistaron en la lejanía el Castillo de los Entenza, a cuyos pies se extendían las murallas de Barbastro y su extenso arrabal, Alfonso envió un correo para anunciar su llegada.

La expectación en Barbastro fue grande. No todos los días visitaba la ciudad un infante de la corona. La gente se arremolinaba al paso de la vistosa comitiva con sus banderas y estandartes con las cuatro barras de la Señal de la Casa de Aragón ondeando al viento, con gritos de salutación, a los que correspondía el infante desde su sudoroso y nervioso caballo.

A la puerta del castillo le esperaba un pequeño comité compuesto por su esposa Teresa, el *Baile* Ramón de Selgua, Juan Marqués, *Justicia* de Barbastro, Tolomeo Don Peyron, *Baile* de la *aljama* judía, junto a Açach Bubo y Juçef Abensimuel, *Adelantados* de la aljama judía y Mahoma Avintarí, Adelantado de la *aljama* de los moros. También les acompañaba el hijo de Ramón de Selgua, Jordán, clérigo de Santa María y capellán del castillo.

Ramón de Selgua se apresuró a salir al paso del caballo del infante para sujetarlo por las bridas para que se apeara su jinete. Cuando Alfonso puso el pie en tierra, su esposa se abalanzó sobre él fundiéndose en un abrazo ante las miradas complacidas y complacientes de los presentes. Los hombres que acompañaban al infante fueron conducidos al interior del castillo donde se les indicó el lugar de su aposento. Mientras, los infantes y la comitiva se adentraron en el interior del torreón, donde se habían preparado unas mesas con viandas. El infante fue informado a lo largo del día sobre los diferentes asuntos de la ciudad y de sus alrededores. También se acercó a Barbastro el Justicia de Monzón, para departir con el infante.

Alfonso traía una misión especialmente deseada por su padre el rey. Quería que le informase de primera mano sobre la situación de la *aljama* judía

de la ciudad y la opinión de sus dirigentes. Jaime II mostraba un especial sentimiento de protección de las *aljamas* judías, especialmente las *aljamas* de realengo como era el caso de la de Barbastro, indudablemente porque de ellas obtenía préstamos con facilidad y rapidez. Por aquellas fechas, el rey estaba proyectando una cruzada contra los moros de Granada y para ello necesitaría financiación. Necesitaba por tanto, demostrar su "afecto" a las *aljamas* judías del reino.

El infante estuvo departiendo largamente con el Baile de los judíos anunciándole que por la tarde visitaría el Consejo de la *aljama* departiendo con sus miembros reunidos en la sinagoga, para escuchar sus peticiones y cuantas cosas tuviera a bien comentarle. Por turno, cada miembro asistente que deseara decir algo, subiría a la *bimah*[8], y desde ella, expondría sus peticiones. De todo ello, un escribano tomaría debida nota en un documento para su posterior envío al rey. Los representantes de las *aljamas* le manifestaron sus deseos de felicidad para que los transmitiera al Rey, dejando los asuntos que querían exponerle para las reuniones que tendrían lugar con los Consejos de las dos *Aljamas*.

Vidal Comparat era el *mukdamim*[9] de la a*ljama* judía de Barbastro, y por tanto, un personaje importante dentro de la comunidad judía además de ser el asesor del Presidente del Consejo, el rabino Eleazar Leví. A sus 53 años era un hombre respetado en su comunidad y muy apreciado entre los cristianos y por los moros, con quienes colaboraba en

---

[8] Púlpito. Lugar elevado donde se ponía el operador en la Sinagoga.

[9] Adelantado. Era la persona que tenía el poder ejecutivo en sus manos.

cuanto había ocasión. Al contrario que otros elementos de la *aljama* judía, mucho más reticentes con sus vecinos moros y cristianos, Vidal era un hombre de concordia entre las tres comunidades. Era también el Tesorero del Consejo Judío de la *aljama*. Comerciante de Curtidos y Pieles, se preciaba de tener en su tienda lo mejor de todo el reino, suministrándose de lejanos países para traer a Barbastro la mejor calidad posible. Tenía también un nuevo negocio de caballos, mulos y acémilas, que alquilaba a comerciantes, campesinos y señores para transportar todo tipo de mercancía. Casado con Beatriz tenía cuatro hijos: Abraham, Masha, Karin y Zahîr.

Aquella mañana, la actividad en casa de Vidal era febril. Había sido citado por el Rabino para la reunión que tendría lugar por la tarde en la Sinagoga en la que estaría presente el infante de Aragón, don Alfonso. Se encontraba trabajando en un documento que el Consejo de la *aljama* quería entregar al infante para su traslado al rey. En su escrito solicitaba a este una demora y fraccionamiento en varios plazos de los ochocientos *sueldos*[10] que correspondían a la *aljama* de Barbastro por el impuesto de la *peyta*[11], y en cuyo pago se habían

[10] El **sueldo jaqués**, cuyo origen se halla en la ciudad de Jaca, era una subunidad derivada de la libra jaquesa, usada como moneda de cuenta en la Corona de Aragón. La moneda de cuenta o de cambio no se acuñaba, pero servía como referencia del valor de las acuñaciones. En Aragón siguió usándose hasta después de 1800, al igual que la libra, que equivalía a 20 sueldos jaqueses, y cada sueldo a 12 dineros, ya que el sueldo era una moneda de oro del mismo peso que el dinero de plata, que, al mantener hasta la era moderna una paridad 12:1, hacía que cada sueldo (moneda de cuenta imaginaria del valor de oro del mismo peso que un sueldo de plata) equivaliera a doce dineros.

[11] Impuesto que gravaba en municipios los bienes tanto urbanos como rurales.

atrasado debido a que los tiempos que corrían no eran buenos para los comercios y negocios y esa deuda les estaba ahogando. Quería que el documento estuviera bien estructurado y las palabras bien medidas, porque en él, como justificación a su petición, le venía a recordar al rey de forma sutil, las ocasiones en las que la a*ljama* había atendido a las necesidades del reino con rapidez y entusiasmo.

Por su parte, su mujer se hallaba ocupada en prepararle la ropa para asistir en la Sinagoga a tan importante reunión. Le había preparado una garnacha talar, de color verde oscuro, con ribetes en las aletas por donde sacar las mangas y en las dos patillas sobre el escote cerrado, que llevaría sobre la saya blanca.

Cuando volvió de la Sinagoga, hacía rato que la luz solar había desaparecido. Su familia le esperaba ansiosa para tener noticias de la reunión. Les hizo un amplio resumen sobre lo acontecido y les manifestó su confianza en que todas sus peticiones fueran escuchadas por el Rey. Luego se dirigió a su hijo Abraham.

— He estado hablando con nuestro vecino Haym y te tomará a su cargo para que aprendas el oficio de platería —dijo sin esperar contestación.

— Y ¿cuándo deberá empezar? —preguntó Beatriz.

— A partir de mañana. A primera hora te presentaras en su tienda y él te indicará. Espero que te comportes como todos esperamos. Ten en cuenta de que vas a aprender un oficio importante. Puede ofrecerte un futuro muy halagüeño.

Por la noche, se celebró una cena a la que asistieron los ricos-hombres y notables de Barbastro, junto con las autoridades del municipio y los Adelantados de las *aljamas*, los propios infantes y los acompañantes de su comitiva. En ella, Alfonso, les informó de algunos proyectos sobre los que estaba trabajando, en permanente contacto con su padre, el Rey. Así mismo se hizo informar sobre la situación en Barbastro y poblaciones de los alrededores.

La presencia del infante en la ciudad del Merder, se demoraría unos días mientras se realizaban los preparativos del viaje de la infanta, al cabo de los cuales, Teresa de Entenza y su séquito, entre los que se encontraba Zaahira, iniciarían su camino hacia Montpellier mientras que el infante, continuaría hacia Zaragoza donde estaba previsto que se encontrara con su padre si las circunstancias no obligaban a variar la voluntad del Rey.

Capítulo 4

BARBASTRO
Jueves, 5 de enero, 1318
Yawn al—Khamis, 1 de Dhu al—Qi´dah 717
Yom Chamishi, 2 de Shevat 5078

En casa del notario Ramón Pérez de la Nava la actividad comenzaba normalmente a las seis de la mañana. Julia, la criada, llevaba ya varios años en casa del notario desde que el Abad del monasterio de Roda se la había entregado en custodia. Al parecer, la niña de cuatro años se había presentado sola en la puerta del monasterio, desnutrida, casi desnuda y con la muerte reflejada en su cara. Allí la acogieron y como no podían tenerla, pensaron en el notario para dársela en acogida. Elisenda, la criada que por entonces tenían en casa, la acogió como si fuera su propia hija. Cuando falleció ésta, la niña, que a la sazón contaba ya con 17 años ocupó su lugar haciendo las labores que desarrollaba su madre adoptiva, que era en lo que se había convertido la criada. Su jornada se iniciaba con las primeras luces del alba, comenzando con el encendido de los fuegos, especialmente el de la estufa que había en la oficina del notario y el propio del hogar. Luego preparaba los desayunos e iniciaba los preparativos para la comida. Además de eso, lavaba la ropa y todo lo que conllevaba llevar una casa en orden como correspondía a un personaje importante, como era el notario. La esposa de este, apenas si la ayudaba en algo, limitándose a facilitarle el dinero que Julia le

pedía para comprar los alimentos y otras cosas necesarias. A cambio, la trataban como una más de la familia participando de todos los acontecimientos familiares al igual que el resto y todos la tenían en gran estima.

El dueño de la casa, el notario, era el siguiente más madrugador, trabajaba en su propio domicilio donde tenía montada una oficina instalada en uno de los salones de la planta baja. Se levantaba con el primer canto del gallo, utilizaba la letrina, algo que solo había en algunas casas, hacía sus enjuagues bucales sobre una jofaina y se lavaba someramente la cara y las manos. Una vez cada quince días, visitaba el establecimiento de los baños públicos, situados en la margen izquierda del rio Merder, es decir, a extramuros y que estaba regentado por un moro, de donde salía limpio y perfumado. Luego se atusaba el pelo y se vestía tranquilamente, procurando no molestar a su esposa que dormía placenteramente en una cama adyacente.

A sus 51 años, se encontraba en lo mejor de su vida, salvo por los ataques de gota que de vez en cuando le complicaban la existencia. De compresión fuerte y entrado en carnes, ejercía su oficio de notario, junto a los otros tres que había en la ciudad. Además era el Escribano de los Jurados.

Antes de dirigirse a su despacho y sentarse en su confortable sillón de tiras de cuero, desayunaba en la cocina con Julia. Normalmente tomaba unos huevos fritos acompañados de una chulla de cerdo frito o embutido generosamente acompañado con un buen vino tinto de la tierra. En ocasiones, medio conejo frito con ajos y setas sustituía a lo anterior. Para

finalizar, remataba con un pastelillo de crema o una fruta. Eructaba varias veces y una vez satisfecho, se encaminaba hacia su oficina. Sobre las ocho de la mañana, llegaba Alonso, su *scriptor*, quien se encargaba de realizar las copias de los documentos, y duplicarlas en los libros de registro, con gran pulcritud y excelente caligrafía. Se auxiliaba de una regla con la que lograba hacer unos renglones absolutamente rectilíneos. Los caracteres, de precisos y preciosos trazados, tenían todos la misma altura y anchura y una donosura que al contemplar los documentos producía una sensación de orden y claridad muy apreciados por el notario y sus clientes. Utilizaba plumas de oca o de cálamo, sesgadas de diferente forma para obtener grosores diferentes, según el tamaño del carácter a escribir. Utilizaba dos tipos de tinta: una de color negro y otra de color rojo. Esta última, la utilizaba para escribir los títulos o la primera letra de un documento o de un párrafo.

Aquella mañana había citado a su oficina al judío Haym, mediante una breve nota que le hizo llegar por un empleado suyo. Cuando Haym hizo acto de presencia, estaba totalmente cohibido. No imaginaba ni por un momento la razón de la citación, por lo que sentía una desazón y un temor inusitados. Casi temblando se sentó delante del notario quien le mostraba una amplia sonrisa.

— Toma asiento Haym —le dijo a la vez que con la mano le invitaba a tomar asiento. Éste se sentó hecho un mar de dudas.

— Veras Haym… —comenzó diciendo Juan — Tengo un hijo, Rodrigo, que me gustaría que lo tomaras a tu cargo, con el fin de que le enseñaras todo lo relativo a tu profesión de platero. Estaría

dispuesto a pagar por tus enseñanzas, si es que llegamos a un acuerdo razonable.

Haym, se quedó petrificado. De repente sintió un gran alivio dentro de sí que casi le hizo levantarse de alegría. “Así que se trataba del hijo del notario y encima le quería pagar por ello” —pensó.

— Si el muchacho está de acuerdo, por mi parte no habría inconveniente.

— ¿Cómo que si el muchacho está de acuerdo?

— Bueno. Mi experiencia me dice que si no están a gusto, enseñarles el oficio es perder el tiempo. No aprenden nada —dijo Haym, ya totalmente relajado.

— ¡Ah! Bueno este no es el caso. Rodrigo es un muchacho muy movido y activo pero me consta que le gustará el oficio de platero. Además es muy hábil con las manos. Veamos, ¿te parecería bien que por tu trabajo de enseñarle el oficio de platero te pagara cuatro dineros al mes? —¡Cuatro dineros! pensó Haym.

— Sea como decís. Cuatro dineros al mes. Que el muchacho se presente en mi taller, tan pronto como le sea posible.

— ¿Esta tarde os parece bien?

— ¡Perfecto! —dijo Haym a la vez que se levantaba.

Ramón Pérez le acompañó hasta la puerta, que cerró cuando el judío traspasó el umbral, dejando a Haym loco de contento tras su visita al notario. Casi saltando, se dirigió hacia su taller. Esperaba la llegada de dos nuevos aprendices quienes a buen seguro le estarían esperando en la puerta de su establecimiento situado en la planta baja de una casa de dos alturas, en las que en la primera planta estaba situada la vivienda de Haym y en la inferior, el taller.

La casa estaba ubicada en la calle Arcángel Miguel, en plena judería. Esta calle, que se iniciaba en la puerta de Corvina o de Osca, discurría en continuo ascenso, entre el muro del castillo de los Entenza y la propia judería, cuyas casas estaban adosadas a los muros de protección de la ciudad, y terminaba en la plaza de la Candelera. El matrimonio que formaba con Ester, no tenía hijos lo que les producía a ambos un profundo pesar, por no haber contribuido al nacimiento de nuevos siervos de Dios. Hacía mucho tiempo que ya habían asumido que *Adonay* no les quería bendecir con hijos. A sus 65 años, consideraba que ya le quedaba poca vida y su ilusión la había puesto en los tres nuevos aprendices que aquella mañana iban a presentarse en su taller por primera vez.

Mahoma y Abraham se conocían de vista, pero nunca habían hablado entre ellos. Cuando los dos llegaron casi al mismo tiempo ante la puerta de la platería de Haym se miraron con timidez. Durante unos segundos ambos dirigieron su vista hacia lugares distintos. Mahoma fue el primero en romper el silencio.

— Te llamas Abraham ¿verdad?

— Sí. Y tú, Mahoma ¿no? —respondió Abraham.

— Me imagino que los dos venimos a lo mismo: a trabajar para Haym.

— Sí. Según parece, vamos a ser compañeros de trabajo —le respondió Abraham.

Hechas las presentaciones, comenzaron a intercambiar sus impresiones sobre el oficio que iban a aprender. Luego su conversación se centró en sus aficiones y familias. Pronto entraron en animada

conversación sin dejar de moverse, pues el frío reinante era intenso.

— ¿No te parece que tarda un poco Haym en abrir el taller? —comentó Mahoma— Todos los días cuando paso por aquí, siempre está abierto a estas horas.

— Sí. Un poco. Seguirá durmiendo. Con este frío habrá preferido quedarse entre sábanas, olvidándose de nosotros.

— No. Mira por ahí viene —dijo Mahoma— y parece que viene contento, porque va canturreando.

— Sí. Viene recitando el Salmo 150 —dijo Abraham— Algún negocio le ha debido de salir bien. Cuando recibes algo bueno que no esperas, se suele recitar.

— ¿Y qué dice ese Salmo?

— Alabad a Dios. Alabad a Dios en Su santidad, alabadlo en el firmamento de Su poder. Alabadlo por Sus poderosos actos; alabadlo conforme a Su abundante grandeza. Alabadlo con el son del *shofar*; alabadlo con arpa y lira. Alabadlo con pandero y danza; alabadlo con instrumentos de cuerda y flauta. Alabadlo con platillos resonantes; alabadlo con platillos altisonantes. Que todo ser que tiene alma alabe a Dios. Alabad a Dios.

Mientras, Haym, quien ya había avistado a los dos muchachos tiritando de frío ante su tienda, se acercaba dando grandes zancadas.

— ¡*Yom tov*! ¡*Saba'a Alkair*![12] —dijeron Abraham y Mahoma al unísono, respectivamente.

— ¡*Yom tov*! —les contestó Haym, mirándolos de arriba a abajo.

---

12 ¡Buenos días! ¡Buenos días!

Sacó de un bolsillo interior de su chilaba las llaves con las que abrió el taller, pasando a su interior seguido de los dos muchachos.

— Id encendiendo la estufa —les dijo— Si no hay suficiente leña, la encontraréis en el patio al que se llega por esa puerta. Daos prisa porque hay que calentar el taller. Si se ha apagado la brasa, en esa bolsa están los pedernales y en ese saco, encontraréis yesca.

Los dos muchachos se miraron con una sonrisa. Luego, mientras Mahoma comenzaba a levantar la tapadera de la estufa y comprobar si había brasa, Abraham fue al patio para traer más troncos para ir echándolos a la estufa durante el día. Desgraciadamente, el fuego del día anterior se había extinguido. Mahoma cogió la bolsa de cuero en la que se encontraban los pedernales disponiéndose a encender el fuego. Para ello, colocó con mucho cuidado una base de yesca, y encima unas finas ramas de madera también seca junto con unas lascas de resina. Seguidamente, golpeó con decisión y en rápida sucesión dos pedernales entre sí. A los pocos momentos, una catarata de chispas prendió la yesca, y de repente, una tenue y tímida llama prendió en las ramitas secas. Poco a poco, conforme la llama iba adquiriendo más fuerza, fue aumentando la carga de madera hasta lograr una brasa que permitía ir colocando trozos de madera más gruesos. En su casa le tocaba encender el fuego muchos días por lo que tenía una gran destreza en ello.

Luego les mandó limpiar el taller y ordenar las herramientas que andaban desperdigadas por las mesas. Una vez que terminaron de poner orden y dejar el suelo completamente limpio, les explicó que

quería que estuviera siempre con ese mismo orden y limpieza. Lo siguiente que hizo, fue explicarles la función y uso de las diferentes herramientas y su cuidado.

Mientras los muchachos trajinaban poniendo orden, Haym, seguía dándole vueltas a su conversación con el notario. El hecho de cobrar por enseñar, algo inaudito, le parecía muy interesante. Hasta le parecía lógico. Lástima que esa información le llegara tarde con las familias de aquellos dos muchachos a los que había ido observando durante toda la mañana. Y lo que había visto le había agradado. Aquellos chicos parecían ser listos y con gran disposición por aprender. Aceptaban de buen grado todas sus órdenes, algunas un poco desagradables, como limpiar el pozo ciego de la letrina situada en el corral. Pero necesitaba conocerlos antes de comenzar de verdad su aprendizaje. Solo pedía que el muchacho que tenía que llegar por la tarde, fuera como mínimo como aquellos dos muchachos. Otra cosa que observó, y también le agradó, fue comprobar que entre ellos parecían llevarse muy bien, es decir, que congeniaban. No quería tener gente enfrentada en su taller. Así es que el día parecía que prometía bien.

— ¡*Todah La'el*![13] —exclamó, ante la sorpresa de los muchachos, quienes se miraron y reprimieron unas risas.

****

Juan Marqués, Justicia de Barbastro, llegó ante las puertas del Castillo de los Entenza, cuando el sol

[13] ¡Alabado sea el Señor!

brillaba en su punto álgido. Había sido convocado por la Condesa de Urgel, Teresa de Entenza, sin que le fuera explicado el motivo de la citación y por ello sufría una cierta desazón. No tenía la menor idea de lo que iban a tratar. Cuando fue introducido en el salón de honor del castillo, vio al fondo junto al fuego, a Teresa acompañada de su esposo, el infante Alfonso. Se acercó a paso rápido y cuando llegó a su altura, inclinó levemente la cabeza ante el matrimonio que permanecía sentado. Teresa se levantó y cogiéndole suavemente de su brazo lo condujo hacia un sillón que se encontraba entre el infante y su esposa. Una vez tomado asiento, Teresa comenzó la conversación.

— ¿Cómo van las cosas en Barbastro?

— Bien, señora. Teniendo en cuenta los tiempos que corren, claro. Pero no nos podemos quejar. Ésta es una ciudad tranquila. No ocurre así con ciertos Señores, vecinos nuestros, que de vez en cuando organizan peleas y encuentros en los alrededores de la ciudad, y en alguna ocasión, algún altercado de cierta importancia sí que han organizado en las calles de Barbastro. Pero hasta el momento, las cosas no han sido de importancia.

— Esos indeseados enfrentamientos son difíciles de evitar. Esperemos que no vayan a mayores. El motivo de requerir la presencia de vuestra señoría, tiene que ver con vuestro cargo, como Presidente del Concejo de Barbastro. El tema en cuestión es sobre la concesión de la licencia a una tabla en la *aljama* mora, mi *aljama* —recalcó Teresa— cuestión que creo me concierne a mí otorgar o no. Entiendo que hay o puede haber, una subrogación de autoridad por parte del Concejo de Barbastro sobre la potestad de conceder la citada licencia de la tabla en la *aljama* mora. Como sabéis, yo ostento por herencia la

propiedad y el honor de la *aljama* mora de Barbastro, y uno de sus miembros, Mahoma Avintarí, ha acudido a mí en solicitud de ayuda para la concesión de la licencia de tenencia de la tabla que según parece, el Concejo no acaba de concedérsela definitivamente. Me ha sorprendido conocer que esa licencia la tramita y concede el Concejo de Barbastro, porque pensaba que ese era un privilegio que correspondía a mí exclusivamente. De cualquier forma, no tengo interés en entablar una disputa con el Concejo mediante la incoación de un litigio sobre quien recae el derecho a conceder la licencia. Como se trata de un ciudadano que está bajo la protección de los Entenza, es por lo que tengo auténtico interés en que le sea concedida a Mahoma Avintarí la licencia de la tabla. Tengo entendido que otro ciudadano de Barbastro también opta a la misma. Lo cual me parece muy loable, pero la tabla de la *aljama*, siempre la ha gestionado un miembro de la misma. Y no creo que haya motivo para cambiar esa tradición, ¿no os parece?

Durante la exposición de Teresa, el Justicia escuchaba en silencio. Respiró aliviado al saber el motivo de su requerimiento a presentarse ante la Condesa de Urgel. Hasta aquel mismo momento, le había poseído un desasosiego que casi le impedía respirar bien. Su temor de que los motivos por los que pudiera haber sido convocado, fueran sobre su actuación como administrador del Concejo, se difuminaron rápidamente. Enseguida recordó el asunto que le exponía la Señora. Efectivamente, el propio *Baile* de los Entenza, le había hablado sobre el otro candidato que aspiraba a la adjudicación de la tabla. Y también se había preguntado, cuánto tardarían los Entenza, en impugnar el derecho de

asignación de la concesión. Al parecer el momento ya había llegado.

— Señora, hace ya años que el Concejo municipal realiza la concesión de la licencia de las actividades comerciales en Barbastro entre las que se encuentran las Tablas. Y también es verdad que siempre ha ostentado la titularidad de la tabla de la *aljama* mora, un miembro de la misma. Y también, al igual que vos, entiendo que no hay motivo para cambiar esta norma. Por eso, me aseguraré personalmente que le sea confirmada la licencia a Mahoma Avintarí, si ese es vuestro deseo —respondió el Justicia.

— Ya no es que lo desee. Es que me parece de justicia que se le otorgue la licencia. Es un derecho que siempre ha tenido la *aljama* —le contestó Teresa, quien miraba de reojo a su marido para observar sus reacciones.

El infante escuchaba sin intervenir, pero mostraba estar muy atento a lo que allí se estaba diciendo. Pronto se dio cuenta que el Justicia procuraba ceder para tratar de evitar que su esposa iniciara el litigio sobre esa y otras cuestiones de más enjundia. Lo que inevitablemente conllevaría cuantiosos gastos y resultados impredecibles. En realidad su esposa iba a conseguir lo que se proponía y eso de momento cerraba la cuestión. Se levantó, lo que automáticamente hizo que el Justicia también lo hiciera y la conversación se diera por terminada.

Ya de pie, continuaron comentando algunos asuntos de la ciudad. El infante le preguntó sobre la situación de la *aljama* judía cuya propiedad ostentaba el rey. Le informó detalladamente sobre todos los asuntos referentes a la misma,

prometiéndole realizar un informe por escrito que le haría llegar lo antes posible.

Más aliviado, abandonó rápidamente el Castillo sin responder al saludo de cuantos se cruzaban con él. Se encontraba un tanto molesto por la intervención de la Señora, a su juicio un tanto altanera. Pero de momento, lo mejor era zanjar el asunto de la tabla. Mañana ordenaría al secretario que extendiera la licencia definitiva de la tabla a nombre de Mahoma Avintarí.

De camino hacia su casa, recordó el susto que llevaba encima cuando traspasó la puerta del castillo para asistir a la llamada de Teresa de Entenza, Condesa de Urgel, y esposa de un infante de la Corona de Aragón y quién sabe si algo más en función de los rumores que recorrían el reino.

Capítulo 5

BARBASTRO
Viernes, 6 de enero, 1318
Yawn al—Jumu'ah, 2 de Dhu al—Qi´dah 717
Yom Shishi, 3 de Shevat 5078

El Justicia de Barbastro, Juan Marqués, llego al Concejo muy de mañana. Aún estaba enfadado por la actitud de la Condesa de Urgel que consideraba intolerable. Pero también tenía muy claro que enfrentarse a ciertas personas le podía costar muy caro, y máxime como en este caso, cuando Teresa de Entenza, casada con un infante de la corona tenía posibilidades de llegar a ser reina. Se estaban extendiendo por el reino rumores sobre el deficiente estado mental del príncipe heredero Jaime, de quien según se decía, quería ingresar en un convento y dedicarse a la vida contemplativa. Eso suponía que su hermano, el infante Alfonso, quedaría en primera línea de sucesión. Y eso convertiría a Teresa de Entenza, Señora de Barbastro, en Reina de la Corona de Aragón. Demasiado poderosa. Así es que había decidido resolver el tema de la tabla de la *aljama* mora de un plumazo. Dio orden al secretario de que extendiera la correspondiente Licencia a nombre de Mahoma Avintarí, vecino de Barbastro y adscrito a la a*ljama* de Barbastro. Su amigo Ramón de Selgua, tendría que comprender su situación. Realmente también le molestaba la insistencia de este a favor de Domingo de Navasona, un judío converso que no le

caía muy bien. Y porque además, él también tenía su propio candidato para la tabla, Pedro Sánchez de Laçano, su hombre de confianza y socio en algunos negocios secretos, sobrino de su amigo Sancho Sánchez, juez subalterno de Barbastro, con quien le unía una gran amistad. "*Pero la vida es así*", se dijo así mismo. "*Ahora lo conveniente es no alterar a los grandes señores, y dejar que se salgan con la suya, como en este caso, que dicho sea de paso* –pensó — *tampoco es para tanto*."

— Cuando la tengas preparada pásamela que la firmaré. Luego se la mandáis con un jurado y que firme la entrega —le dijo al secretario, entrando en su oficina y cerrando la puerta.

Una vez aposentado, sacó un arcón más pequeño y una gruesa carpeta de piel de un pesado arcón reforzado con fuertes cantoneras de hierro, no sin antes haber retirado dos gruesas cadenas y abierto la cerradura con una llave que llevaba consigo. Ambas cosas, arcón y carpeta, las puso sobre la recia mesa escritorio fabricada con madera de nogal y magníficamente pulida dejando a la vista un brillante color oscuro, casi negro.

Sacó de su bolsillo varias bolsas de cuero, abrochadas con cintas de distintos colores que contenían monedas. Las bolsas se las habían entregado varios Jurados, y contenían las monedas que los oficiales de Barbastro habían recaudado con motivo del paso de mercancías por las distintas puertas de acceso a la ciudad. Según la cantidad y el producto, el portante de la mercancía tenía que pagar la tasa estipulada y que figuraba en un libro de Tasas que había en cada puerta.

Abrió un grueso libro por la hoja marcada por un separador, donde figuraban anotaciones escritas con perfecta caligrafía. En ella figuraba la fecha, un texto y una cantidad. Desató una de las bolsas, cuya cinta era azul, y depositó sobre la mesa su contenido: 35 dineros de plata. Separó cinco monedas y el resto las volvió a introducir en la bolsa, cerrándola. Seguidamente asentó en el libro la entrada: 6 de enero 1318, Puerta Uesca, 30 dineros. Y una tras otra, fue abriendo las bolsas y con todas hizo exactamente lo mismo, separando un número indeterminado de monedas, dependiendo de la cantidad que contenía la bolsa. Finalmente, cogió las bolsas y las introdujo en el arcón pequeño, el cual depositó dentro del gran arcón junto al libro de contabilidad. Las monedas que habían quedado sobre la mesa, las guardó en otra bolsa que sacó de un cajón y que metió en su faltriquera. Luego, recogió las plumas, ordenó la mesa, y satisfecho, se dispuso a salir para ir a ver a su amigo el juez Sancho.

Al ser viernes, en casa de Vidal Comparat, su mujer Beatriz se hallaba muy ocupada preparando la comida y la cena del día siguiente, el *Sabbat*, día sagrado dedicado al recogimiento y en el que estaba prohibido trabajar ni realizar acciones que comportara hacer ejercicio físico. Tan solo estaba permitido leer textos de la *Torá* todos juntos en familia o ir de caza, la cual curiosamente, no se consideraba que entrara en el apartado de ejercicio físico.

Su hijo Abraham le había contado sus impresiones del primer día de trabajo en el taller de Haym. Le habló de sus dos nuevos compañeros, uno era un *muslim* de nombre Mahoma, hijo de Avintarí,

el adelantado de la *aljama* mora con quien había encajado muy bien, pues se trataba de un muchacho alegre y simpático. Luego por la tarde, apareció otro aprendiz, esta vez cristiano, Rodrigo, cuyo padre era el notario Ramón Pérez de la Nava.

— Gente importante —dijo su madre que se hallaba sentada frente a su hijo, mientras desayunaba antes de salir para el taller del platero— ¿Y qué tal el cristiano?

— También es buen chico. Enseguida nos hemos hecho amigos. Curiosamente todos tenemos la misma edad —dijo, mientras bebía del cuenco con leche y miel.

— Toma un poco de *shakshouka*[14] . El día es muy largo y los jóvenes necesitáis comer.

Casi a la misma hora, Abraham comía de buena gana. Su madre observó que lo hacía rápidamente, con ganas de acabar para salir corriendo al trabajo. "*Mejor que le guste*" —pensó Beatriz. Una vez que hubo acabado, se limpió los labios con un poco de pan que luego se metió en la boca, y tras besar a su madre, salió corriendo hacia el taller de Haym. Su madre observó sonriente como su hijo se alejaba corriendo, feliz como un corderillo. Luego, comenzó a recoger la mesa, pues pronto empezarían a aparecer por la cocina el resto de miembros de la familia para desayunar.

Algo parecido ocurría en casa de Rodrigo, quien desayunaba ante la atenta y sonriente mirada de Julia.

---

[14] Es un plato preparado con tomates guisados, especias y huevos.

— Procura portarte bien, con tus compañeros, pero especialmente con Haym, el judío. Dicen que los judíos se comen crudos a los niños —dijo riéndose.

— Tonterías de fanáticos.

— Anda termina y marcha, porque vas a llegar tarde.

Rodrigo terminó de comer el trozo de queso con miel y pan, y aun masticando emprendió el camino hacia el taller de Haym.

Mahoma ya estaba esperando en la puerta. Cuando se juntaron, se saludaron juntando sus manos derechas. Luego comentaron su experiencia del día anterior, añadiendo comentarios graciosos a algún que otro momento sucedido. Un ruido en el interior del taller, les alertó de que Haym ya se hallaba en su interior y en un momento se abrirían las puertas.

Tras la ceremonia de encender o avivar el fuego, Haym comenzó por enseñarles el arte de fundir la plata, "*técnica básica* —les dijo— *para el platero con sus diferentes aleaciones"*. Tras un buen rato de explicaciones pasaron a la práctica. Los tres muchachos se ayudaban entre sí, corrigiéndose los fallos que se observaban entre ellos. Haym los dejó solos, centrándose en un trabajo que tenía un poco retrasado debido a la presencia de los muchachos y la debida atención a su enseñanza. Pero aun así, no les quitaba el ojo de encima. La torpeza inicial fue superada poco a poco a base de probar y probar. No era nada fácil. Los casi 900 grados que se necesitaban para poder fundir la plata les hacía sudar copiosamente. Los tres se repartían la faena: poner carbón, insuflar aire mediante el fuelle, preparar las escudillas de arcilla con los trozos de plata a fundir.

En ocasiones, la plata se fundía pero no se mantenía fluida durante todo el tiempo que necesitaban, con lo que había que volver a comenzar el proceso. De vez en cuando, Haym, les hacía alguna observación, que ellos aplicaban al momento. Esa actitud hacía completamente feliz al judío. Aquellos muchachos aprenderían pronto el oficio. Tal vez dentro de cuatro o cinco años, estarían en condiciones de realizar sus propias filigranas. Pero antes de eso, tendría unos buenos ayudantes que contribuirían a sacar adelante su negocio, importante ya, pero que él solo, desde la muerte del viejo Efraín, un excelente joyero, no podía dar más de sí. La norma general observada en los gremios, establecía que los aprendices vivieran en régimen de pupilaje, corriendo la alimentación y el hospedaje por cuenta del maestro contratante. Únicamente la ropa y el calzado corrían por cuenta de la familia del aprendiz. Pero en este caso, al vivir los tres muchachos en la ciudad, se había evitado el alojamiento. Así pues, su única obligación consistía en alimentarlos. Pero con lo que sacaba del notario, en una fórmula novedosa, le cubría el gasto de dar de comer a los tres muchachos. En este sentido, su felicidad era completa.

Diariamente les daba una charla técnica sobre diversos materiales y técnicas.

—Un argentero o platero que se precie —les decía— deberá tener conocimientos de arquitectura, aritmética y geometría, anatomía y escultura, química, pintura y otras varias más. De todas estas artes, en un momento u otro, deberá aplicar algún principio. Solo así seréis estimados en nuestra profesión. Pensad que los clientes os pueden encargar altares, bustos, relicarios, cálices, cruces,

custodias y joyas como zarcillos, anillos, camafeos, en los que deberéis dominar la aleación, el esmalte y mil técnicas más. Por tanto, será necesario que os apliquéis y pongáis atención a todo cuanto os explique, sin escatimar esfuerzos. A propósito, ¿sabéis leer y escribir?

— Yo no —dijo Mahoma, mientras que Abraham y Rodrigo, asintieron con la cabeza.

— Habrá que poner remedio a ello —dijo Haym— A partir de hoy, todos los días, terminaremos la jornada un poco antes, y dedicaremos el tiempo a enseñar a Mahoma. Y a esa labor os dedicaréis vosotros dos, ¿entendido?

— Perfectamente maestro —dijeron a dúo los dos muchachos con una amplia sonrisa.

Por la tarde, Mahoma Avintarí, recibió la visita del jurado Guillem Ferrer, quien traía el documento donde se le concedía de forma definitiva la licencia de la tabla. Firmó el documento en el que reconocía su recepción y loco de alegría esperó a que el jurado se fuera para ir en busca de su mujer y comunicarle la gran noticia. Pero éste no se movía, y ante la mirada inquisitoria del jurado, le preguntó.

— ¿Hay que signar algo más?

— No. Pero como puedes ver, en el documento se dice que debes abonarme mil *sueldos* por adelantado.

Mahoma, cayó de repente en la cuenta sobre la tasa a pagar. Tal era su alegría que se había olvidado de la contribución al concejo por la licencia. Leyó en el documento y vio la cifra de mil *sueldos*.

— También dice que tengo dos días para pagarlo. Y hasta ese momento no será efectiva la licencia. Además tampoco tengo aquí el dinero, pues me

habéis pillado de improviso. Mañana sin falta me pasaré por el Concejo y haré efectiva esa cantidad.

Guillem Ferrer hizo una mueca de fastidio, pero en efecto, el *muslim* tenía ese derecho. Resignado saludó y se fue un tanto mohíno. Cuando Mahoma cerró la puerta, lo observó cómo se alejaba durante unos momentos. Había en Barbastro muchos rumores acerca de ciertos dispendios en algunos oficiales y autoridades de la ciudad. Prefirió ir a pagar al Concejo que darle en mano esa importante cantidad de dinero a un jurado que precisamente estaba en boca de todos.

Por la noche, Mahoma les contó a todos lo sucedido durante el día en el taller de Haym. Todos se alegraron cuando les comunicó que iban a enseñarle a leer y a escribir, misión de la que se encargarían sus dos amigos por orden del maestro. Saber leer y escribir no estaba al alcance de cualquiera. Solo los señores y los ricos, amén de los clérigos y monjes, podían permitirse el acceso a la cultura.

— Hijo, debes darle las gracias a *Allah* por tantas mercedes recibidas. Y agradecimiento eterno a tus amigos y a tu maestro —dijo Mahoma Avintarí, totalmente emocionado.

Capítulo 6

BARBASTRO
Sábado, 7 de enero, 1318
Yawn al—Sabt, 3 de Dhu al—Qi´dah 717
Yom Sabbat, 4 de Shevat 5078

Desde primeras horas de la mañana la actividad en el patio de armas del castillo de los Entenza era total. Organizar el viaje de la Señora a Montpellier, obligaba a organizar una caravana en la que había que llevar ropa, comida para los viajeros y los animales, herramientas, agua, vino y una larga lista de cosas indispensables para el viaje. Ramón de Selgua había alquilado diez acémilas a Vidal Comparat con sus correspondientes acemileros, expertos hombres en el manejo de cargar y descargar a estos animales, cosa no baladí si no se quería tener problemas durante el viaje. Debían ordenar los bultos y baúles de forma que lo más necesario estuviera siempre a mano. Había que tener mucho cuidado y oficio para colocar los fardos de forma que el peso se equilibrase y se distribuyese correctamente para que el animal pudiera andar cómodo sin que sufriera heridas por el roce de las cinchas. La labor de carga y descarga se realizaría diariamente para facilitar el descanso de las acémilas. A la Señora la acompañaban en su viaje a Montpellier, un cortejo de cinco damas, entre las que se encontraba Zaahira, cinco espoliques o caballerizos, su secretario, su capellán, tres criadas y diez hombres armados, además de los acemileros. Un total de treinta y nueve

personas y treinta y una caballerías entre caballos, mulas y acémilas. Los acemileros y espoliques harían el camino andando, llevando de las bridas a los animales.

Por su parte, su marido, el infante Alfonso, iniciaría el viaje de regreso hacia Valencia, anulado su viaje a Zaragoza, debido a que su padre el Rey se había visto en la necesidad de ponerse en camino hacia Játiva. En la ciudad levantina tenía previsto permanecer hasta el momento en que su esposa regresara de Montpellier, reuniéndose ambos en Balaguer, capital del Condado de Urgel. En Valencia, esperaría el regreso de su padre desde Játiva.

Una vez que los esposos realizaron su despedida, cada expedición partió hacia sus respectivos destinos. La Condesa de Urgel, tenía por delante diez días de duro camino. Las damas se subieron con ayuda de sus caballerizos a sus mulas, dotadas con una silla especial, la jamuga, de forma que iban sentadas de forma lateral y con reposapiés, mientras que los espoliques llevaban las riendas. Teresa de Entenza, experta jinete, montaba a horcajadas su caballo, al igual que Juan de Aniés su capellán personal, que también era un diestro jinete. Todos ellos llevaban gruesas capas con las que envolverse para protegerse del frío, siendo las de los jinetes largas y amplias para permitirles cubrir las grupas de sus monturas. Todos protegían sus manos con manoplas para protegerlas del frío intenso de la época del año en la que se encontraban.

Cuando el último caballo y jinete pasó por la puerta del castillo camino de sus destinos, Ramón de Selgua respiró tranquilo. Por fin volvía la normalidad. Los últimos días lo habían dejado

exhausto. "*Menos mal* –pensó *—que los señores vienen de ciento a viento*".

Zaahira, que era la primera vez que iba a salir de Barbastro, volvió su rostro hacia su ciudad y no pudo evitar que unas lágrimas acudieran a sus ojos. Luego se volvió, respiró profundamente y una inmensa alegría inundó su corazón. Iba a conocer mundos y gentes con otros usos y costumbres.

****

Vidal Comparat oía las explicaciones que su hijo Abraham le daba sobre su recién estrenada actividad como aprendiz de joyero. Lo veía entusiasmado y feliz y al oírle narrar las peripecias que corría con sus amigos, Mahoma y Rodrigo, es decir un moro y un cristiano, aún le hacía más feliz, pues Vidal, de propia naturaleza era un hombre que amaba por encima de todo la concordia y el entendimiento entre las tres comunidades que convivían en la ciudad que comportaban tres formas de ver y sentir el mundo. Estaba convencido de que con el tiempo esas diferencias se irían limando hasta llegar a un punto en el que el pertenecer a un credo u otro no tuviera la más mínima importancia.

Sin embargo, y aún a pesar de pensar así, estaba muy lejos de renunciar a sus propias costumbres y mandatos que le imponía su condición de judío, que sentía en lo más profundo de su ser. Pero salvada la intimidad de su hogar o sus creencias religiosas, no tenía ningún escrúpulo en relacionarse con el resto de sus conciudadanos ya fueran moros o cristianos, ricos o pobres. Cuando oyó que Abraham iba a ayudar, junto con Rodrigo, a enseñar a Mahoma, su

compañero, a leer y a escribir, se alegró extraordinariamente, animando a su hijo a perseverar en esa magnífica tarea, fuera incluso de las horas de trabajo.

En Barbastro las tres culturas se llevaban bien, imperando mayoritariamente el respeto entre sus vecinos. Siempre había quienes manifestaban síntomas de intolerancia con respecto a los otros. Entre estos, los clérigos eran los más combativos ante los usos y costumbres que practicaban moros y judíos, quienes se aplicaban con bastante discreción a sus prácticas religiosas, tratando de no exacerbar las ansias racistas de los clérigos, que les pudiera acarrear la animadversión del resto de sus convecinos. Pero entre los ciudadanos y vecinos, la relación era abrumadoramente correcta y amistosa. Y en muchos casos, entrañable.

Abraham planteó a su padre la posibilidad de invitar a sus amigos a la próxima celebración del *Tu Bisbat*, el año nuevo de los árboles, donde las familias judías se reunían en el campo para plantar árboles. Su padre le concedió el permiso a sabiendas de que eso iba a hacer feliz a su hijo. Por su parte, Karin se mostró encantada con la sugerencia. Su interés no pasó desapercibido a su hermana Masha, quien la miró de reojo, logrando que el rostro de su hermana menor se cubriera de un rojo intenso.

Mahoma Avintarí, se encontraba en el huerto familiar acompañado de sus hijos varones Alí y Brahim realizando labores de limpieza y preparación, retirando las matas ya marchitas de los planteros de tomates y judías así como las inevitables hierbas que crecían en cuanto se dejaba de actuar contra ellas,

preparar los nuevos semilleros en un lugar protegido por cañas y hojas, revisar las tomas de agua de la acequia y los márgenes, plantar ajos para secar y varias tareas más. Los cuatro se aplicaban con esmero a todas estas tareas además de limpiar y entrecavar para orear la tierra y dejarla expuesta a la oxigenación. Luego recogieron patatas, coles, acelgas y zanahorias, para dar cumplimiento a la petición de Axa.

Mientras tanto en casa, Axa y las niñas habían preparado una mesa en la que habían puesto una gran cantidad de comida. Sobre la mesa, espléndidamente adornada, había platos con cuscús, arroz con leche y frutos secos, pollo relleno con carne, escudillas de sopa de pollo con cardamomo y para postre, el favorito de todos, la cucarda, caramelo con jugo de limón, mezclado con semillas de sésamo y almendra triturada tostadas ambas previamente. Cuando la masa de la *cucarda* estaba aún tierna, Axa y sus hijas habían empleado unos moldes con diversas formas geométricas que daban una presencia muy atractiva a la vista. Con este excepcional festín, la familia quería celebrar la concesión de la licencia de la tabla.

Por su parte, Rodrigo y Mahoma, se habían juntado muy de mañana para ir de caza al monte, a un lugar secreto en el que abundaban conejos, liebres, corzos y aves. Abraham no les pudo acompañar aquel sábado porque tenía que ayudar a su padre. Como siempre, los dos muchachos iban provistos de trampas, arcos y unos venablos, por si la suerte les sonreía y avistaban algún ciervo o jabalí. Cada uno iba provisto de una alforja con comida preparada por sus madres, y en el caso de Rodrigo

por Julia. Éste llevaba pan, un trozo de gorguera, un trozo de queso de leche de oveja y uvas pasas. Mahoma llevaba cinco empanadillas en forma triangular, con carne picada, ajo, verduras, cebolla y tomate. También, al igual que Rodrigo llevaba pasas.

Tenían varias trampas colocadas y lo primero que hicieron fue ir a verlas. En dos de ellas, se encontraron a dos conejos atrapados. Otra se la encontraron destrozada y restos de un conejo a su alrededor. Supusieron qué algún lobo o zorro, la había encontrado con el conejo atrapado y se lo comió en parte. Pasaron la mañana entretenidos visitando los lugares donde habían colocado las trampas, recogiendo el botín si había y preparándolas nuevamente para nuevas presas. Cuando llegó la hora de comer, volvieron a casa con un conejo cada uno y una perdiz, que asignaron a su amigo Abraham, atendiendo a que su religión no les permitía comer carne de animales impuros. Las liebres y los conejos pertenecían a la clase t*aref*[15]. Antes de dirigirse a sus casas, fueron a la de Abraham a entregarle la perdiz. Les recibió este vestido con una túnica blanca y llevaba la *kipa*[16] puesta. Con un abrazo y unas sonrisas recogió la perdiz y se marcharon cada uno a su casa.

Rodrigo entregó la pieza de caza a Julia, quien la puso en la alacena hasta el momento en que pudiera ocuparse de ella. Luego, se reunió con su madre en el salón, junto al hogar donde ardía un tronco. Poco a poco fue apareciendo el resto de la familia, a excepción de Domingo, que raramente los visitaba,

---

[15] Alimento impuro.

[16] Pequeña gorra ritual empleada por los judíos.

estando la mayor parte del tiempo en la iglesia de Santa María.

A Mahoma ya lo estaban esperando para comer. Cuando llegó se lavó las manos y se colocó en su lugar alrededor de la mesa. Tras realizar los rezos pertinentes, se sentaron sobre unos cojines de plumas y en animada conversación comenzaron a comer. Axa no pudo evitar unas lágrimas al recordar a Zaahira, quién aquella misma mañana había emprendido camino de Montpellier acompañando a la Señora.

Por la tarde, Juan Marqués visitó a Ramón de Selgua, el Baile de los Entenza y alcaide del castillo, para comunicarle su conversación con Teresa y su petición sobre la concesión de la licencia de la tabla a Mahoma Avintarí. Ramón movió la cabeza de un lado para otro.

— ¡Lástima! –dijo— Domingo de Navasona estaba dispuesto a darnos una buena cantidad por la licencia de la tabla. Según me había comentado, estaba dispuesto a pagar mil *sueldos* por las molestias —terminó mirando de reojo al Justicia. Sabía de su afición a cobrar sus gestiones.

— Bueno, no siempre se gana. En esta ocasión nos conviene más dar por cerrado este asunto y evitar que la Condesa de Urgel comience a embarcarse y a embarcarnos en pleitos inacabables de final incierto. A Domingo ya le buscaremos otra oportunidad para que pueda invertir sus mil *sueldos*.

Ramón de Selgua oía al Justicia sin hacer comentario alguno. Se admiraba internamente de la tranquilidad y pragmatismo de aquel hombre que nunca daba nada por perdido, conservando la sangre

fría en todo momento. No lo quedaba duda alguna de que aquellos mil *sueldos* pasarían a sus bolsillos no tardando mucho.

— Por cierto —dijo el *Baile* de los Entenza—, Guillem Ferrer le llevó a Mahoma Avintarí la licencia, y cuando le reclamó el pago de la Tasa le dijo que no tenía el dinero en casa y que se pasaría por el Concejo a pagar en el plazo estipulado. Vino bastante enfadado porque le pareció que el no pagarle se debía a desconfianza, más que a no tener el dinero en casa.

— Bueno, estaremos al tanto del plazo. Si no pagara tendríamos la excusa perfecta para asignar a Domingo la licencia. Pero no creo que suceda tal cosa. Mahoma pagará sin ninguna duda.

— El próximo lunes, voy a proponer al Concejo la actualización de las Tasas de entrada de mercancías en la ciudad –continuó— Necesitamos emprender algunas obras de reparación en la Casa del Concejo y en algunos tramos de la muralla. Habrá que citar a Tolomeo Don Peyron, Baile de los judíos, pues a ellos les corresponderá pagar la parte de muralla que corresponde a su *aljama*, así como a la de los moriscos.

— ¿Cómo va el asunto de la compra de caballos a los granadinos? —preguntó Ramón.

— En realidad no lo sé. Esa gestión se la encargué a Pedro Sánchez Laçano, hace ya más de un mes, y todavía no ha regresado. Esperemos que todo salga bien. De ser así sacaremos un buen pellizco. ¿Los compradores te han dicho algo por la tardanza?

— No. Saben que estos negocios son complejos y delicados. Y traer caballos desde el sur, todavía más.

— Bien. Contentad a Domingo con lo que se os ocurra, pero tenlo contento. Tal vez, podríamos habilitar una tabla más.

— ¿Una tabla más en Barbastro?

— Sí. Una en la que solo se venda carne para los cristianos.

— ¿Y la de Mahoma? —preguntó el *Baile* de los Entenza, intuyendo por donde iba el Justicia.

— Solo podría vender a los moros. Ellos no prueban la carne que no ha sido sacrificada según las normas de su Corán. Así es que los cristianos, tampoco deberían hacerlo, en justa correspondencia.

— Sois ladino Juan, pero creo que es una idea magnífica.

— Soy práctico Ramón, solo práctico.

Luego acompañado de Ramón hasta la puerta del castillo, se dirigió hacia su casa. Aún seguía molesto con la conversación que había tenido con Teresa de Entenza y su injerencia en sus asuntos. Mientras se acercaba a su casa, en su mente tomaban forma diversas maneras de vengarse de la Señora. En cuanto a Ramón de Selgua, era un socio con el que le convenía tener buena amistad, debido a su posición. Sin embargo, no terminaba de fiarse de él. En el asunto de los caballos, le era necesaria su participación para establecer los contactos iniciales con los nobles y ricos—hombres de Huesca y sus comarcas, pero tanto Pedro Sánchez, su otro socio, como él mismo, tenían decidido apartarlo a un lado, pues creían que una vez que los caballos estuvieran ya en manos de los dos primeros clientes, los futuros, vendrían de la mano de aquellos que había contactado Ramón. Por ello, no le informarían de una proyectada segunda expedición a tierras granadinas en busca de más caballos.

Y esta vez serían muchos más.

Capítulo 7

BARBASTRO
Miércoles, 18 de enero, 1318
Yawn al—Arba'aa', 14 de Dhu al—Qi´dah 717
Yom Revi'i, 15 de Shevat 5078

Unos días antes Abraham había esperado a que su maestro Haym tuviese un momento de reposo para plantearle la petición sobre darles fiesta a los tres aprendices el día del *Tu Bishvat*[17], porque había invitado a sus dos compañeros, Mahoma y Rodrigo, a participar en la fiesta que todos años celebraban en su casa yendo al huerto a plantar árboles y a pasar el día en el campo donde tomarían las tradicionales pasas de uva y comerían fruta y el tradicional pan trenzado y empanadas de queso. Haym escuchó la propuesta del muchacho sin decir palabra. Tras unos segundos de suspense, esbozó una sonrisa.

— Cuenta con ello. Es una buena acción por tu parte Abraham. Que paséis un buen día. Estoy muy

---

[17] **Tu Bishvat** o **Tu Bi'Shevat** (hebreo: **ט"ו בשבט**). Ésta es una fiesta menor en el calendario hebreo. El nombre Tu Bishvat viene a partir de la fecha del día de fiesta, el décimo quinto día de Shevat (שבט). Shevat es el nombre del mes del calendario hebreo y las letras **ט** y **ו**, leído como "Tu" es el número 15 representado con la numeración hebrea. El 15 de Shevat (mes equivalente a enero o febrero), en Israel comienzan a asomarse los primeros brotes de vegetación. En consecuencia, se salía a plantar árboles. Por eso, ésta es una fiesta de la naturaleza. Se comen frutos y en el Estado de Israel salen grupos de alumnos a festejar al aire libre y plantar árboles. es uno de los cuatro *Rosh Hashanahs* (*Años Nuevos*) mencionados en el Mishnah, la base del Talmud.

contento con vuestra progresión y os merecéis un día de fiesta –dijo— Por cierto, ¿Cómo va vuestro alumno Mahoma?

— Muy bien. Hemos empezado con las letras y los números. Primero tiene que reconocerlas. Es listo y aprende muy rápido —dijo Abraham.

— Estoy ansioso por oír su primera lectura.

A la invitación de los Comparat, respondió la familia de Mahoma Avintarí al completo a los que se unió Rodrigo acudiendo acompañado de su hermana Marta. Sus padres alegaron que tenían cosas que hacer pero no opusieron ninguna traba a que él y su hermana asistieran a la invitación. Únicamente su hermano Domingo se opuso categóricamente a que a la fiesta judía acudieran sus hermanos. Pero ante la firme decisión de sus padres, tuvo que declinar en su oposición, no sin antes dejar de manifiesto su total oposición a tal concesión.

La casa de Vidal Comparat se llenó de gente. Vidal y Beatriz los recibieron con grandes muestra de afabilidad. Los abrazaron uno a uno y les ofrecieron unos dulces que habían preparado. Era la hospitalidad debida a unos invitados según la tradición judía. Luego, les mostraron las herramientas que tenían preparadas para llevar al huerto. Mahoma les enseñó también su pico y azada a la vez que abría una caja de madera sacando varias macetas que contenían injertos de higuera y melocotón. A la vista de los planteros, Vidal y Beatriz le expresaron su alegría por tan adecuados regalos. Tras probar los pasteles y tomar un poco de vino dulce, cargaron los mulos y marcharon todos camino del huerto; Delante iban los muchachos en animada y bulliciosa conversación, debido a lo cual fueron

recriminados varias veces por sus padres. Tras ellos y a cierta distancia, las muchachas, mucho más sosegadas, reían y comentaban en voz baja. Seguían Vidal y Mahoma llevando cada uno una mula del ronzal, conversando sobre sus actividades cotidianas y sobre las noticias de Barbastro. Cerrando el grupo, por detrás de ellos, venían con andar pausado Beatriz y Axa. Su conversación versaba acerca de sus labores domésticas y las dificultades del día a día. Todos juntos formaban un grupo armonioso, donde miembros de familias representativas de tres culturas compartían un día de fiesta para convivir tranquila y pacíficamente. Por el camino se encontraron a otras familias judías que iban, al igual que ellos, a celebrar la festividad del *Tu Bishvat*.

Una vez llegados al huerto dejaron las alforjas con las viandas en lugar seguro y se dispusieron todos a dar cumplimiento a la festividad del *Tu Bishvat* o año nuevo de los árboles. Vidal repartió una *kipá* a cada uno de los varones presentes para que la llevaran durante el rezo. Luego les explicó a los Avintarí y a Rodrigo los fundamentos de aquella festividad menor en el calendario judío, pero que para ellos representaba una manera adecuada de vivir agradeciendo a la naturaleza sus dones. Todos escucharon respetuosamente las oraciones que Vidal recitó leídas de un librito que portaba en sus manos.

Tras recoger las *kipás* agradeció a Rodrigo y a los Avintarí su respetuosa actitud hacia sus costumbres. Una vez finalizadas las oraciones llegó el momento de dedicarse de pleno al plantío y a la poda de árboles. Entre picar, limpiar de vegetación y malas hierbas y plantar arbolillos, sudores y buen humor, fueron pasando el día en el huerto.

Cuando llegó la hora de comer juntaron todo lo que habían traído y lo compartieron entre elogios sobre la bondad de lo que estaban comiendo y de las cocineras que lo habían hecho. Tras realizar una placentera comida, Vidal y Mahoma comenzaron a contar historias que habían vivido a lo largo de sus vidas haciendo las delicias de sus hijos y sufriendo los comentarios mordaces de sus mujeres. Antes de que comenzara a oscurecer, recogieron e iniciaron el camino de regreso a Barbastro. Una vez traspasada la puerta de entrada a la ciudad, se despidieron tomando cada familia el camino a su casa.

Una vez en casa, Mahoma comentó a su mujer que le había propuesto a Vidal la posibilidad de sacrificar animales en la tabla según las normas talmúdicas, con el fin de que los judíos pudieran comprar carne *kosher*[18] en su carnicería. Vidal le agradeció la oferta y le prometió presentarla ante el Consejo de la *Aljama*. Eso supondría nuevos clientes para la tabla de Avintarí y un mejor precio para los clientes judíos. La jornada les había proporcionado una nueva amistad con la familia de Vidal, gente amable y de buen corazón.

****

El Justicia de Barbastro, Juan Marqués, tenía ante sí a un curioso hombrecillo que el jurado Juan Pérez de Salanova había detenido en las

[18] Alimento permitido para los judíos.

inmediaciones del *almudí*[19], el granero público donde se almacenaba el trigo. Hacía tiempo que se venía observando una merma en las existencias de grano que en un principio se pensó que era cosa de los ratones o algún animal, porque los sacos aparecían mordisqueados o rotos en su bases por donde salía el grano. Pero luego la cosa se fue agravando cuando empezaron a desaparecer sacos completos y eso ya no era cosa de los ratones, o mejor dicho, era cosa de otro tipo de ratones.

Juan miraba al detenido con prevención. Cubierto de una raída y mugrosa capa con capuza y calzado consistente en unas sandalias de cuero bastante gastadas sobre unas calzas con agujeros que apenas le protegían del frío. Debajo de aquellas ropas llevaba un sayo de peregrino, igualmente gastado y sucio. El hombre, no obstante su aspecto miserable, lo miraba directamente a los ojos lo que le molestó profundamente.

— ¿Cuál es tu nombre?

— Simón —dijo con voz firme.

— ¿Eres judío?

—No señoría. Soy hijo de mora y moro y…

— Ya, un renegado —dijo despectivamente —Así que robando el trigo, propiedad del Concejo, ¿eh? — le espetó con aire de enfado.

— Yo no he robado nada. Simplemente estaba descansando al lado del *almudí*.

El Justicia se volvió al jurado que lo había detenido, indicándole con la mirada que presentase los sacos que había robado. Éste, comprendiendo lo

[19] Establecimiento en donde se vendía, compraba e incluso se almacenaba grano, cuyo fin era socorrer a los vecinos y principalmente a los labradores en épocas de escasez.

que el gesto de su jefe quería decirle, se encogió de hombros.

— ¿Dónde está el saco o los sacos que este hombre se llevaba? —le preguntó directamente.

— No llevaba ninguno. Simplemente estaba de pie ante la puerta mirando hacia el interior. Deduje que estaba planeando llevarse algún saco y antes de que eso ocurriera lo detuve.

— Entonces, ¿no tenemos ninguna prueba de su robo?

— No señoría.

— ¿Y habéis mirado si entre las ropas lleva algo de trigo en alguna bolsa oculta?

— Si señoría. Y no llevaba nada. Solo era…. —El Justicia le interrumpió con acritud.

— Suelta a este hombre –dijo— Y la próxima vez asegúrate de obtener pruebas del delito —terminó, levantándose de su asiento y abandonando la sala.

El jurado, quitó la cuerda que sujetaba al detenido a la vez que mascullaba algo ininteligible. Simón, en cuanto se vio libre abandonó la estancia sin decir ni una sola palabra. Quería poner distancia entre él y aquel jurado que escupía insultos entre dientes y estaba totalmente airado. No era la primera vez que tenía un incidente con aquel vigilante.

El hombre que subía por la calle Mayor, llevando de la rienda a su caballo, parecía llevar encima todo el polvo y barro del camino. Caminaba con paso cansino y saludaba a todos cuantos se cruzaba. Se trataba de Pedro Sánchez de Laçano, quien regresaba a Barbastro desde Granada, donde había ido a comprar caballos enviado por Juan Marqués, con quien compartía algunos negocios. Habían pasado casi dos meses desde que partió a la compra de

caballos y ahora se dirigía a casa de su socio para informarle del resultado de la expedición a tierras granadinas.

El Justicia vivía en una casa de tres plantas, junto al *almudí*, en plena plaza del mercado. Cuando el polvoriento caminante llegó ante la puerta, golpeó con fuerza la aldaba. Tras unos momentos, una voz de mujer le preguntó quién era. El dio su nombre en voz alta y a los pocos instantes oyó la voz de Juan Marqués diciéndole a la criada que él abriría la puerta. Ésta se abrió con estruendo de descorrimiento de pestillos dejando ver la oronda figura del Justicia. Tras saludarlo efusivamente, reparó en la desastrada persona que tenía ante sí al verlo de esa guisa y con cara de cansancio y rostro demacrado.

— Una cosa Pedro. ¿Quieres pasar primero por tu casa para que puedas asearte y cambiar de ropa y luego, una vez aposentado vuelves y hablaremos? Mientras ordenaré que nos preparen una cena digna de la ocasión.

Pedro le agradeció el detalle y le tomó la palabra. Pasaría primero por su casa para quitarse el polvo y el barro que llevaba por todo su cuerpo. Su madre le prepararía agua caliente para lavarse y le daría otra ropa limpia. Después se juntaría con Juan Marqués para rendirle cuentas.

— ¿Ha ido todo bien? —preguntó el Justicia.

— Ha habido de todo. Es largo de contar. Pero bien, sí.

— Bueno, pues pasa por tu casa, y luego, cuando hayas descansado un poco, vienes que cenaremos juntos y así podremos hablar tranquilamente largo y tendido. Me alegra mucho que ya estés aquí. Voy a

ordenar a Lorenza que nos prepare una opípara cena para celebrar tu regreso.

— Hasta entonces —dijo Pedro, tomando el camino de su casa.

Juan Marqués estaba contento. Si el negocio que quería comenzar se le daba bien, le produciría grandes beneficios. Un poco arriesgado, pero quien quiere beneficios tiene que correr riesgos, se decía para sí. Llamó a Lorenza, la criada, para que preparara una buena cena para dos, con abundancia de todo, especialmente de vino. Estaba ansioso porque llegase el momento de sentarse con Pedro Sánchez para que le pusiera en antecedentes sobre todo lo sucedido. Entonó una pequeña canción y se sumergió en la lectura de unos legajos que estaba estudiando sobre el tema de la tabla y los Entenza. Eran documentos antiguos de pleitos anteriores que se encontraban en los archivos del Concejo. Convenía estar preparado por si la Señora iniciaba un pleito con el Municipio.

Cuando las campanas de Santa María tocaban a vísperas[1], Pedro Sánchez volvía a llamar a la puerta del Justicia. En esta ocasión, el propio Juan Marqués abría sonriente la puerta y franqueaba el paso a su socio al interior de la vivienda. Ambos se dirigieron directamente al salón donde en el centro de la estancia se encontraba una mesa en la que podían verse varias fuentes con comida junto a una barrica de vino. En la chimenea ardía un tronco que aportaba el calor suficiente para calentar la sala. Con un gesto le indicó a Pedro una de las dos sillas dispuestas a cada lado de la mesa para que tomara asiento, ocupando él mismo la otra.

[1] Las seis de la tarde aproximadamente

— Sírvete tú mismo. A tu gusto, sin miramientos. Me imagino que estarás hambriento.

Sobre la mesa había dos fuentes bien surtidas. En una de ellas habían dispuesto abundantes trozos de cordero asado con especias que desprendían un delicioso aroma a romero. En la otra, media docena de perdices escabechadas aromatizadas, esperaban su turno a ser consumidas. Aparte, en un pequeño cesto, manzanas, castañas, almendras y nueces. Sobre un paño, un enorme pan de hogaza, recién sacado del horno, que desprendía un delicioso e intenso aroma. A su lado, sobre un plato de barro, turrón de guirlache, especialidad de Lorenza, su criada.

Pedro observó todo aquel despliegue de manjares con cara de auténtica gula. No en vano llevaba casi mes y medio sin probar una comida decente. El aspecto y los aromas que desprendía lo que tenía frente a sí le habían abierto las espitas del apetito. Se sirvió generosamente ante la complaciente mirada de Juan Marqués.

— Bueno. Cuéntame cómo ha ido la cosa. Ardo en deseos de conocer todos los detalles —le dijo mientras él mismo se servía un poco de cordero en su escudilla. Pedro, que ya había comenzado a comer, dejó sobre la suya el trozo de pierna que estaba comiendo.

— El viaje de ida lo hicimos sin contratiempo alguno salvo los normales en estos viajes. El mal tiempo ha sido el principal inconveniente. Verdaderamente nos ha pasado de todo: agua, barro, frío, viento y nieve. Pero en esta época del año eso es lo normal —hizo un inciso para beber un sorbo de vino de su tazón— Nos cruzamos con tropas

castellanas con las que confraternizamos, invitándoles a unas cuantas jarras de vino, más que nada para informarme sobre las patrullas de vigilancia y tratar de evitarlas a la vuelta.

— Bien hecho. Muy bien pensado —le animó el Justicia.

— Me informaron que toda aquella zona estaba muy patrullada porque había bastantes grupos de moros en desbandada que robaban a cuantos caminantes se encontraban. Me dijeron que por la costa no había tanta vigilancia porque por allí no llegaban las bandas de moriscos y cristianos renegados. Como puedes comprender, decidí que la vuelta la haría siguiendo la costa aunque fuera más larga.

Hizo un inciso para beber vino y atender a la pierna de cordero que le esperaba en su escudilla, interrumpiendo en ocasiones esta actividad para explicar algo sin tener la boca llena. El Justicia le interrumpía puntualmente al hilo de la conversación para preguntarle sobre cosas concretas.

— En Teruel permanecimos tres días porque estuvo tres días sin parar de nevar. No había visto nevar así en toda mi vida. Se llegó a formar un grosor de veinte palmos que hacía imposible dar un solo paso y mucho menos viajar. Allí conocimos a un moro granadino que viajaba hacia Granada y se brindó a acompañarnos porque conocía el camino perfectamente. Conforme nos íbamos acercando a Granada, se iba incrementando el número de patrullas moras que encontrábamos en el camino. No tuvimos ningún problema con ellos.

Nueva pausa para seguir bebiendo y comiendo. Juan Marqués le oía con atención mientras atendía a

una perdiz que se había llevado a la escudilla. Se tuvo que levantar varias veces para traer vino, pues la barrica que estaba encima de la mesa, se había quedado vacía por causa de los frecuentes tientos y trasvases a los cuencos de los comensales.

— Ahmed, que así se llamaba el granadino, era un descendiente de un beréber que había luchado contra los godos de Don Rodrigo en la batalla del Guadalete en la que murió éste. Resultó ser un experto en caballos que trabajaba en una de las muchas dehesas que pertenecen al Sultán de Granada, donde criaban y seleccionaban los mejores caballos, lo cual me pareció un regalo del cielo. Estuvimos hablando de caballos durante todo el viaje. Nos estuvo comentando cosas muy curiosas. Por ejemplo, nos dijo que los cristianos teníamos unos caballos muy pesados en contraposición a los granadinos que tenían los caballos más pequeños, ideales para realizar rápidas y sorpresivas acciones en las batallas, mientras que los pesados caballos cristianos solo son válidos para cargas frontales, en las que resultan irresistibles. Pero contra eso, ellos practican movimientos mucho más rápidos y contundentes gracias a sus caballos más ligeros y ágiles. La monta es diferente, ya que ellos montan a la *jineta*[20], mientras que los cristianos lo hacen a la *brida*[21]. Por ello, las sillas de montar que utilizaban son también diferentes.

---

[20] Arte de montar a caballo que, según la escuela de este nombre, consiste en llevar los estribos cortos y las piernas dobladas, pero en posición vertical desde la rodilla.

[21] Para montar a la brida, se requiere un arnés cabecero que sujete al caballo mediante la brida propiamente dicha, el freno o bocado y las riendas. La silla carece de resaltes o salientes excesivos y los estribos han sufrido cambios en los materiales utilizados.

Juan Marqués oía vivamente interesado el comentario de su socio. Eso podría ser interesante. En los ejércitos aragoneses abundaban los caballos pesados y eran muy escasos los caballos ligeros. Estratégicamente la movilidad de la caballería era un factor importante a la hora de decidir el resultado de las batallas.

— Naturalmente no le dije cuál era la naturaleza de nuestro viaje. Máxime cuando nos dijo que estaba prohibido por el Sultán nazarí la exportación de caballos y que su incumplimiento suponía la muerte del infractor por decapitación. Simplemente le dijimos que éramos comerciantes en cuero y que íbamos a comprar productos de guarnicionería andaluces que gozaban de gran fama en Hispania. — El Justicia asentía en silencio, mientras trataba de cascar unas nueces.

— Por fin llegó el día en el que avistamos Huéscar. Allí nos despedimos de Ahmed y nos alojamos en la hospedería del pueblo a la espera de que se presentase nuestro vendedor de caballos. Y esto ocurrió a los dos días de estar allí. Durante ese tiempo recorrimos el pueblo y sus alrededores. Nos informamos sobre las rutas más convenientes. Todos coincidían en que la ruta de la costa era la más segura. En Huéscar había un gran número de establos distribuidos por todos los sitios. Establos enormes, para albergar cientos de caballos y con verdes pastos rodeándolos. Verdaderamente en aquella tierra veneran al caballo como en pocos sitios. Todo el mundo era experto en la doma, crianza o monta. Trataban a sus caballos mejor que a sus hijos. El oficio que más abundaba era el de veterinario, y al parecer, la vida de aquellas gentes giraba alrededor del caballo. Como digo, a los dos días apareció nuestro hombre, de nombre Farîd,

quien nos comunicó que traía veinte caballos para entregarnos. Su precio cuatrocientos sesenta *mazmudines*[22] cada uno, es decir trescientas cincuenta *sueldos*, que hacían un total de trescientas cincuenta libras jaquesas, es decir siete mil *sueldos*. Una verdadera ganga. Cuando ya me disponía a pagarle se me ocurrió una estratagema. Le dije que solo llevaba encima cinco mil *sueldos*, y que el resto lo teníamos escondido, por aquello de no llevar todo encima. Que en un día o dos tendríamos la cantidad completa. Pero aquel hombre no quería esperar, de lo que dedujimos que los debía de haber obtenido de mala manera y le quemaban en la mano. Deseaba desprenderse de los caballos a cualquier precio. Por ello aceptaría cualquier cantidad. Lástima que ya le había ofrecido los cinco mil. Tras pensarlo tan solo unos momentos, nos dijo que estaba de acuerdo. Nos acompañó hasta donde estaban los caballos, resguardados en un establo a las afueras del pueblo. ¡Qué maravilla de animales! ¡Qué hermosura! Eran unos ejemplares magníficos. ¡Qué nervio! ¡Qué brío! Cuando los veas te van a encantar. Eso sí, habrá que darles unos días de descanso para que recuperen su briosa estampa. El viaje, al igual que a nosotros, les ha dejado sus huellas en los huesos.

Pedro hizo una nueva pausa para acudir en auxilio de su jarro de vino y sirviéndose de nuevo un trozo de cordero de la fuente que Lorenza había traído de nuevo una vez calentado junto al fuego, pues con la conversación la comida se había ido enfriando. Luego encendió las velas y candiles porque la luz procedente de la calle había

[22] Moneda de la época.

languidecido casi totalmente, imponiéndose la negrura de la noche.

— Así que el precio total de los veinte caballos ha sido de cinco mil *sueldos*. Excelente negocio. —dijo Juan Marqués, mientras saboreaba un trozo de guirlache.

— Así es. Un precio magnifico. Aquí podremos venderlos por ochocientos o mil *sueldos* cada uno.

— Mañana a primera hora iremos a verlos. Tengo ganas de admirar esos caballos andaluces. Están en la finca, ¿no?

— Sí. No conviene que se vean mucho por aquí.

— ¿Y en el viaje de vuelta tuvisteis algún incidente?

— No, porque evitamos las pocas patrullas reales que andaban por los caminos. Dos de nosotros andaban por delante para detectar a tiempo su presencia. Cuando eso ocurría, que ocurrió un par o tres de veces, uno de ellos venía a advertirnos. Sacábamos a los caballos del camino y esperábamos a que pasara la patrulla. De vez en cuando nos encontrábamos con alguna comitiva de comerciantes o algún agricultor que iba a su trabajo. Salvo la natural sorpresa ante la presencia de tan magníficos animales, que ocasionaban algún que otro comentario, no tuvimos el más mínimo incidente — Pedro echó un nuevo tiento al vino, y comenzó a morder una manzana sin pelar—. No obstante, durante todo el camino tuve la sensación de que nos seguían, aunque traté en varias ocasiones de cerciorarme de ello. Pensé que podrían ser algunos ladrones que nos vigilaban para atacarnos en el momento que consideraran oportuno. Les dije a los hombres que estuvieran atentos, pero no ocurrió nada. Tal vez esa sensación estaría producida por la

tensión que llevaba durante todo el viaje, preocupado por la posible aparición de ladrones o asesinos.

— Pedro, has llevado a cabo una tarea enorme. ¿Crees que podremos en un futuro repetir esto mismo?

— Yo creo que sí. El tal Farîd me dijo, que si nos interesaba, que nos pusiéramos en contacto con él por el mismo procedimiento que en esta ocasión. Eso sí, me dijo que para la próxima vez, procuráramos tener el dinero en su totalidad, porque en caso contrario no nos los vendería.

Una vez recogida la mesa, comenzaron a hacer una lista de posibles clientes a añadir a los que ya tenían. El siguiente paso sería ponerse en contacto con los compradores para venderles los caballos. Ellos también tenían prisa por deshacerse de los animales. Era bien entrada la noche, cuando Pedro abandonaba la casa de Juan Marqués para ir a su casa.

Capítulo 8

MONTPELLIER
Viernes, 20 de enero, 1318
Yawn al—Jumu'ah, 16 de Dhu al—Qi´dah 717
Yom Shishi, 17 de Shevat 5078

La comitiva de la Condesa de Urgel se presentó ante las murallas de Montpellier a primeras horas de la tarde. Tras presentar las credenciales a los oficiales que custodiaban la Puerta, les fue permitida la entrada a la ciudad a la vez que un soldado a caballo partía velozmente para advertir al gobernador de la presencia de la Condesa. Los viajeros y sus monturas se adentraron en la ciudad ante la sorprendida mirada de los vecinos con los que se encontraban a su camino. Alguien reconoció el estandarte con los cuatro palos de gules[23] sobre fondo dorado correspondientes a la Corona de Aragón, lo que hizo que la expectación fuera mayor y se extendiera como un reguero de pólvora por la ciudad. Cuando estaban a punto de llegar ante la imponente edificación de la Universidad de Medicina, vieron cómo una comitiva de cinco o seis caballos se acercaba rápidamente a su encuentro. Cuando llegaron a su altura, se detuvieron y los jinetes se apearon de su montura. Se trataba de Antón Bastielle, Gobernador de la ciudad, representando al Señor de Montpellier, Sancho I de Mallorca, quien a su vez era feudatario de la Corona

[23] En heráldica se refiere al color Rojo.

aragonesa. Con gestos exagerados, y a grandes voces expresadas en occitano, les daba la bienvenida, a la vez que se excusaba por no haber salido a recibirles unas leguas antes de llegar a la ciudad, como era costumbre cuando un miembro de la Corona visitaba Montpellier.

Cuando Teresa de Entenza se apeó de su caballo, el Gobernador, rodilla en tierra, la cumplimentó besándole la mano a la vez que realizaba una inclinación de cabeza. Luego, uno a uno, le fue presentando a los miembros de su Consejo, quienes también hicieron reverencia ante la condesa. Una vez terminado el aparatoso boato del saludo, todos juntos, se encaminaron a pie hacia el Concejo municipal donde tendría lugar la recepción oficial. Más tarde, fueron alojados en el palacio Señorial, junto al edificio del Concejo.

Zaahira observaba todo aquello desde la admiración y la sorpresa. Todo cuanto veía causaba su asombro. Aquellos ostentosos ademanes del gobernador ante su señora, estuvieron a punto de provocarle una carcajada, pero se contuvo a tiempo. Semejante sobre-actuación estuvo a punto de provocar un incidente protocolario. Desde que dejó Barbastro, no había dejado de vivir en un constante asombro al ver las ciudades por las que habían pasado, más grandes y con más habitantes. Casi todas esas ciudades contaban con grandes castillos, torres e iglesias monumentales. No podía imaginar que se pudieran construir unas edificaciones tan grandes y espléndidas, y además, con tanta belleza. Por lo general, las calles de estas ciudades eran amplias, bañadas por la luz del sol, todo lo contrario que en Barbastro, donde las calles eran estrechas y

sinuosas donde la luz solar apenas sí llegaba a penetrar. Sin embargo, éstas no estaban empedradas como en su ciudad. Sin ningún tipo de pavimento, cada vez que llovía se formaban unos enormes barrizales y charcos, que hacía muy incómodo el transitar por ellas, dándoles además, un aspecto absolutamente misérrimo a la par que desagradable. Al contrario que en Barbastro, que cuando llovía, el empedrado de las calles brillaba tras el lavado. Como le decía la Señora, el empedrado, era una aportación en materia urbanística, entre otras, como el alcantarillado, que las gentes de su etnia habían hecho al mundo. Sin embargo, las naciones de Europa todavía no habían aplicado a sus pueblos y ciudades tal aportación. Otra de las cosas que la admiraban eran las diferentes lenguas que hablaba la gente. Y es que el occitano era absolutamente incompresible para ella. Se admiraba de cómo su señora entendía y se expresaba en aquella extraña lengua.

Una vez instalados en el palacio señorial, Geraldona comenzó a distribuir los arcones con ropa y utensilios a la vez que empezó a organizar el trabajo de acondicionar aquellos salones y habitaciones para una estancia de cinco o seis meses, dando órdenes a las damas y a las cuatro criadas que trabajaban en el palacio señorial. A Zaahira, le adjudicó la atención personal de la Condesa. Debería ayudarla a vestirse y desvestirse, a arreglarse y a atender sus necesidades cualesquiera que fueren. Durante los dos días siguientes, el trabajo fue duro hasta crear un entorno a gusto de la Señora.

Teresa de Entenza comenzó pronto con las gestiones que le había encargado su suegro, Jaime II.

El rey aragonés poseía una enorme visión de Estado. Tenía muy claro que la unidad de los reinos cristianos españoles sería absolutamente necesaria frente al mundo musulmán. De igual forma, entendió pronto cuál era el campo propio de su expansión natural en la península. Para ello, había firmado con Sancho IV un tratado complementario al firmado en Monteagudo, según el cual, el Norte de África, desde Túnez hasta el Atlántico era declarado zona de influencia y por tanto de conquista de los españoles. En el tratado se determinaba que desde Túnez hasta el Muluya sería zona de actuación aragonesa, mientras que desde el Muluya hasta el océano, de Castilla. De ahí, la importancia que para Jaime II tenía Sicilia, Mallorca y el sur de Francia. Sicilia jugaba un papel muy importante para la conquista de Túnez. Mallorca lo era para Argel, Bugía y Tremecen. La situación política en la Occitania, en el sur de Francia, requería por parte de la Corona aragonesa una atención especial. El Señorío de Montpellier pertenecía al rey de Mallorca, Sancho I, pero éste lo ostentaba como feudatario de Aragón, por lo que el Señorío formaba parte de la zona de influencia de la Corona aragonesa en el sur de Francia. El rey francés, Felipe V, deseaba incorporar el señorío a sus estados, por lo que se producían constantes roces a tres bandas: Aragón, Mallorca y Francia. Los franceses trataban de lograr que Sancho I negara el feudo al rey de Aragón con el ánimo de eliminar a un enemigo poderoso. Tenía previsto reunirse con los más importantes nobles de la región y autoridades eclesiásticas, como el obispo de Maguelone, diócesis a la que pertenecía Montpellier. Jaime II necesitaba tener las espaldas cubiertas mientras se dedicaba a expandir su reino por la península.

Durante los siguientes días fue recibiendo la visita de los nobles y autoridades del Señorío. De todos ellos recibió información sobre la situación de la zona, asegurándoles la ayuda y protección de la Corona. Desde que Montpellier pasara a formar parte de la Corona de Aragón, como parte del acuerdo por la boda de Pedro II de Aragón con María de Montpellier en 1204, la presencia aragonesa fue incontestable en el Señorío. Aragón quería fomentar su presencia en el sur francés para afianzar posiciones tras los Pirineos en sus deseos de expansión territorial. Tras la muerte de Jaime I de Aragón, este dejó en su testamento a su hijo Jaime el reino de Mallorca y varios señoríos del sur de Francia, entre los que se encontraba el Señorío de Montpellier. Pero su hermano Pedro, futuro Pedro III de Aragón, no estuvo conforme con el testamento, alegando que le parecía excesiva la parte asignada a su hermano y, sobre todo, porque estaba frontalmente en contra de la disgregación de la Corona entre hermanos. Cuando se coronó rey, sus primeras acciones fueron las de emprender acciones contra su hermano en su intento de reintegrar Mallorca a la Corona. Finalmente, el 20 de enero de 1279, en los Predicadores de Perpiñán, Jaime I de Mallorca reconoce la enfeudación de los dominios heredados de su padre a la Corona de Aragón. Tras el acuerdo, Pedro aceptó el reparto de tierras realizado por su padre. Sin embargo, Felipe III de Francia seguía firme en su intención de hacerse con el señorío de Montpellier. Un año más tarde, en 1280 se reúnen ambos reyes en Tolosa, donde entre otras cosas, se plantea la disputa por el territorio occitano. Finalmente, el rey francés jura evitar intromisiones en Montpellier, merced a una estrategia pactada con el Obispo de Maguelone, ciudad cercana a aquella,

quien dona al rey francés sus propiedades en esta ciudad, lo que le permitirá intervenir en los asuntos de la misma. Evidentemente, Francia asistía con temor al creciente poderío de la Corona aragonesa y no deseaba su presencia en el sur de Francia. El rey francés, Felipe V, al igual que sus antecesores en el trono, aprovechaba cualquier ocasión para incomodar la presencia de los aragoneses en la zona mediante un bloqueo económico de Montpellier, consistente en una serie de prohibiciones de venta y compra de mercancía, así como la imposición de tasas especiales a todo lo procedente de esta ciudad.

Hacía solo unos meses que Jaime II, temiendo que los consejeros franceses de Sancho le convencieran de que no tenía ninguna obligación de reconocerse feudatario de Aragón, le había enviado a Pedro March, a la sazón tesorero del rey, con la amenaza de que si se dejaba influenciar por ellos le retaría por traidor, por lo que tendría que atenerse a las consecuencias. Sancho que era un tanto apocado y no era amigo de discordias, se asustó, plegándose a las exigencias del rey aragonés. De ahí, el interés de Jaime II de Aragón, de enviar a Teresa a Montpellier para potenciar la presencia de la Corona en tierras francesas.

Montpellier estaba creciendo de forma importante como ciudad comercial, cultural y económica, sobre todo a costa de Maguelone, su gran rival. Desde que médicos judíos habían fundado la Escuela de Medicina a principios del siglo XIII, que atraía a un gran número de estudiantes de todo el mundo, aportando a la ciudad un gran movimiento económico, porque las acaudaladas familias enviaban a sus hijos a estudiar acompañados de

algún o algunos servidores para que los atendieran durante su estancia. Esa afluencia de personas con posibles, se reflejaba enormemente en el comercio y la actividad económica de otras actividades, como transporte y servicios.

Pasados quince días, Teresa mandó un primer informe a su suegro y otro a su marido, en el que les informaba de todo cuanto había observado y averiguado, utilizando en ocasiones fuentes diversas con el fin de contrastar distintos puntos de vista. A la valija añadió también otros documentos para su Baile de Barbastro y una carta para los padres de Zaahira. Dos correos partieron en busca de sus destinatarios, portando información de primera mano de la región.

Capítulo 9

BARBASTRO
Miércoles, 25 de enero, 1318
Yawn al—Arba'aa', 21 de Dhu al—Qi´dah 717
Yom Revi'i, 22 de Shevat 5078

La Posada del Cardo, situada a mitad del camino entre Barbastro y Alquézar, estaba semivacía. Una mesa situada junto al hogar, ocupada por tres personas con apariencia de pastores, era toda la clientela que había a esas horas de la mañana. El indeterminado olor del aire que se respiraba en su interior era una mezcla entre leña ahumada, carne a la brasa y olores corporales que aportaban los clientes que frecuentaban el establecimiento. En suma, un olor acre que no llegaba a desagradar a los curtidos apéndices nasales de sus habituales usuarios, pero que causaba un cierto desagrado a quien entraba allí por primera vez. Su propietario, acostumbrado al mismo, no lo aireaba con la frecuencia debida.

Juan Marqués, Justicia de Barbastro, y su socio Pedro Sánchez, habían quedado en aquel lugar con un par de clientes, aprovechando que la posada gozaba de cierta fama en la comarca, por sus guisos de jabalí y corzo, muy apreciados en la redolada. Ramón de Selgua, que no había podido asistir, se había encargado de encontrar a los clientes apropiados para la venta de los caballos. Se trataba

de los Señores de Lizana y de Luna, quienes enviaron a la reunión a sus Caballerizos mayores para que realizaran la transacción. Los cuatro llegaron al mismo tiempo, juntándose ante las puertas del patio de la posada.

Tras pedir de comer y beber al posadero, entraron rápidamente en la cuestión que les había reunido. Informaron a los mayorales sobre algunos pormenores ocurridos en su adquisición con la única intención de hacer evidente ante ellos las dificultades de su compra y transporte y que los caballos llevaban varios días reposando en la dehesa recuperándose de las inclemencias del largo viaje, comenzando a mostrar todo su esplendor. Los dos mayorales estaban deseosos por ver los *pura—sangre*, cuya fama y alabanzas se extendía por todo el orbe y muchos eran los que los deseaban pero pocos los que los poseían. Y menos los que podían adquirirlos. Poseer un animal o varios de estos animales, era subir varios escaños en el escalafón de los grandes. El precio con seguridad sería alto, máxime cuando el Emir de Granada había impuesto la pena de muerte para todo aquel, granadino o cristiano, que negociara con un bien tan precioso como sus caballos, quedando prohibida su salida del reino nazarí. Por tanto, lo que encarecía el producto, caro ya de por sí, eran todas las circunstancias que rodeaban a la operación.

Mientras comían, asaetearon a Pedro sobre las vicisitudes del viaje. Éste les explicó las enormes dificultades de la ida, en especial cuando se iban adentrando en la zona de influencia de los reyes granadinos, donde eran mirados con desconfianza. Pero sin duda, les decía, las tribulaciones

comenzaron cuando una vez adquiridos los caballos, iniciaron el recorrido de vuelta. Para ello, lo hicieron siguiendo otra ruta que, aunque más larga y penosa, les pareció más segura, pero no exenta de peligros que tuvieron que sortear como Dios les había dado a entender. A las preguntas sobre los contactos y la ruta seguida, Pedro Sánchez, ladinamente y con la satisfacción instalada en el rostro de su socio, respondió evasivamente, como dándoles a entender que era información muy arriesgada y que no podía darles, cosa que entendieron perfectamente. A ellos les interesaban los caballos. Cuando supieron que se trataba de una veintena de caballos, se sorprendieron gratamente, y aún más cuando supieron que eran los primeros que iban a verlos, y por tanto a elegirlos.

Una vez que terminaron de comer, los cuatro hombres abandonaron la posada para dirigirse hacia el corral donde descansaban los caballos, situado a las afueras de Barbastro, muy cerca del Pueyo, un altozano donde los árabes, en tiempos pasados, habían instalado un torreón de vigilancia, y que ahora, muy cercana a sus ruinas, se había construido una ermita. Tras recorrer el camino que les separaba con un ligero trote, pronto pudieron avistar las cercas y comederos donde en efecto, veinte hermosos caballos retozaban y jugueteaban entre ellos bajo la atenta vigilancia de seis hombres apostados en diversos lugares. Los dos mayorales se elevaban sobre los estribos de sus caballos para tener una mejor vista de los animales que tenían delante de sí. Mucho antes de llegar a la altura de los postes del recinto, sus corazones latían con fuerza ante semejante belleza hecha caballo. Sus crines al viento, su mirada orgullosa y altanera, su porte, sus andares, remarcaban la nobleza de sus genes. Los había

negros zainos, blancos inmaculados y tordos. La mayoría eran tordos, pero todos, absolutamente todos eran igual de hermosos. Los caballerizos de los Señores de Lizana y de Luna estaban entusiasmados ante la vista de aquellos nobles caballos.

Juan Marqués y Pedro Sánchez los observaban absolutamente encantados por su manifiesta y evidente admiración. Aquello facilitaría las ganancias, pensó el Justicia. Cuando desmontaron de sus cabalgaduras, los dos mayorales fueron recorriendo el contorno del corral en el que correteaban los caballos. Sus expresiones denotaban su excitación ante las bondades de aquellos nobles brutos. Después de observarlos durante un buen rato, en el que no dejaron de manifestar expresiones de admiración hacia aquellos magníficos animales, se reunieron con Juan y Pedro.

— Extraordinarios. Simplemente extraordinarios. Y ahora, lo fundamental: ¿cuál es el precio de cada caballo? —preguntó el mayoral del Señor de Lizana.

Pedro Sánchez mantuvo silencio. Esperaba ansioso la respuesta de su socio. Conocía la esencia de la que estaba hecho el Justicia y se esperaba cualquier cosa. Contuvo la respiración unos segundos hasta que, en efecto, Juan Marqués soltó el precio.

— Dos mil quinientos *sueldos* cada uno —dijo mirando distraídamente a los caballos con los ojos entornados, pero observando de reojo la reacción de los compradores. Pedro, que se apoyaba sobre una de las estacas horizontales, casi se cayó de la sorpresa.

— ¡Válgame el cielo, don Juan! —exclamaron casi a dúo los dos mayorales.

— ¿Acaso no los valen? ¿Por qué creéis que no os informé sobre su precio hasta que los hubieseis

visto? Estos animales, en origen valen ya bastante más de mil quinientos *sueldos*, y a eso hay que añadir los gastos de viaje y los gajes que, digamos, hemos tenido que cubrir para vencer alguna voluntad. Ya me entendéis —dijo a la vez que hacía una extraña mueca a los mayorales quienes movieron la cabeza afirmativamente—. Vosotros sabéis lo que vale un buen caballo por estas latitudes. Y ahora, comparadlos con estos. ¿Acaso no está justificado su precio?

Los dos mayorales se miraron mutuamente, esperando en el otro un leve gesto aprobatorio como justificación del suyo propio, dirigiendo una y otra vez sus miradas a los caballos y acto seguido volver a preguntarse con la mirada. En sus cabezas se estaba desarrollando una lucha interna valorando la magnitud del precio y la estampa, vivacidad y agilidad de aquellos caballos. Pedro temblaba interiormente. ¡Dos mil quinientos *sueldos*! ¿Acaso se había vuelto loco su socio? Pero cuando vio que aquellos dos hombres, que si de algo entendían era de caballos, dudaban y mostraban en sus caras la lucha interior que mantenían entre adquirir los caballos a pesar de su coste o desistir de su compra, comprendió que su socio conocía profundamente la naturaleza humana, y que el golpe de efecto de dar a conocer el precio de aquellos caballos delante de ellos, era, sencillamente genial.

— ¿Y si os los compramos todos, no nos rebajaríais el precio hasta, digamos, dos mil *sueldos*? —dijo el mayoral del Señor de Luna.

Pedro comprendió que la venta estaba hecha y que les iba a proporcionar unas grandes ganancias. A ese precio, el beneficio era tremendo. Esperó la aceptación por parte de Juan Marqués.

— ¡Dos mil trescientos, será nuestro último precio! —dijo con voz impersonal—. No podemos mermar más nuestro beneficio si queremos mantener nuestras fuentes abiertas para la compra de nuevos caballos.

— ¡Por Dios que son caros, don Juan, pero por mi parte hay acuerdo! —exclamó el mayoral del Señor de Lizana—. Mi señor os adquirirá la cantidad de diez caballos, es decir la mitad de los que tenéis.

— Y yo me quedaré la otra mitad —añadió el otro.

— ¡Pues así queda hecho! —dijo Juan Marqués con una sonrisa a la vez que tendía su brazo a los compradores. Pedro Sánchez hizo lo propio, a la vez que trataba inútilmente de calcular su beneficio. Aún le seguían temblando las piernas.

Tras ordenar a los que cuidaban y vigilaban a los caballos de que se les suministraran una ración doble de avena y trigo, los cuatro hombres montaron en sus caballos y se dirigieron hacia Barbastro, donde terminarían de acordar los pequeños detalles para cerrar la operación, ante una copiosa comilona, esta vez en casa del Justicia de Barbastro.

A una prudente distancia, tres jinetes que montaban tres caballos semejantes a los que correteaban por el corral, observaban con atención la marcha de los cuatro hombres.

Capítulo 10

BARBASTRO
Domingo, 29 de enero, 1318
Yawn al—Ahad, 25 de Dhu al—Qi´dah 717
Yom Rishon, 26 de Shevat 5078

La amistad entre los tres aprendices, Abraham, Mahoma y Rodrigo iba en aumento y cada día que pasaba se les veía más compenetrados. Siempre se les veía juntos, bromeando y riendo. Los tres tenían como afición predilecta la de salir a cazar por los alrededores de Barbastro. En ocasiones se alejaban bastantes kilómetros, tras las pistas de algunas piezas.

El domingo era el día en el que podían dedicarse los tres juntos a su afición favorita sin que sus preceptos religiosos o de trabajo se les impidiesen. Cuando quedaban para cazar, Rodrigo se levantaba muy temprano para ir a Santa María a la misa del gallo, es decir, la primera misa del día, a las seis de la mañana, misa que normalmente oficiaba su hermano. De esta forma trataba de evitarse problemas en casa sobre la obligada asistencia a misa. Así, su propio hermano se encargaba de certificar el cumplimiento dominical cristiano. Una vez terminada la misa, se reunía con sus dos amigos y marchaban de cacería. En sus alforjas llevaban todo lo que necesitaban para pasar un día en el campo: trampas, cuerdas, lazos, resina, y suficientes viandas para almorzar y comer. Añadían a todo ello un

pequeño puñal al cinto y los tres portaban arcos para cazar jabalíes o ciervos o lo que fuera que se pusiera a tiro.

La jornada se les estaba dando bien. Habían repasado las trampas y en ellas se habían encontrado cuatro conejos y dos perdices. Cuando estaban recargando una de las trampas, les pareció oír un ruido como de una rama rota. Se volvieron rápidamente y, en efecto, les pareció ver un tenue movimiento de ramas a unos metros de donde ellos se encontraban. Cogieron sus arcos y separándose unos de otros se fueron en pos de lo que ellos creían una nueva presa, un corzo o un jabalí. Con precaución y la tensión reflejada en sus rostros, miraban de un lado a otro tratando de descubrir por algún movimiento de hojas o algún pequeño sonido, el paradero de su objetivo. Un nuevo y leve sonido producido a veinte pasos a su derecha, llamó su atención y hacia allí se dirigieron a toda prisa. Delante de ellos, un continuo movimiento de ramas, indicaba claramente que su presa se estaba alejando de ellos lo más deprisa posible. Aceleraron el paso tras el fugitivo y cuando ya estaban casi encima de su presa, el movimiento de ramas se detuvo. Los tres muchachos se pararon en seco.

— ¡Cuidado! —dijo Rodrigo en voz muy baja—. Se puede tratar de un jabalí, y si está herido puede ser muy peligroso.

Los tres tensaron sus arcos apuntando hacia el lugar donde se suponía podía surgir la fiera. Se fueron separando un poco para cubrir más terreno, comenzando un movimiento envolvente alrededor del centro de su atención. Estaban tan cerca que les pareció escuchar una respiración entrecortada

delante de ellos. Ante la certeza de que allí se encontraba una presa grande, sus rostros se tensaron nuevamente reflejando en ellos la tensión interior que contenían. Sus jóvenes y fuertes corazones latían a todo régimen. Rodrigo dio un paso hacia las ramas que tenía delante, y con sumo cuidado empezó a apartarlas para ver lo que había tras ellas, con los músculos listos para echarse a un lado si aquello se le lanzaba encima.

Era lo último que esperaba encontrarse. Detrás de las ramas, un rostro humano, con el terror reflejado en su cara lo miraba con los ojos desorbitados por el terror. Tras unos instantes que parecieron siglos, Rodrigo relajó su tensa expresión, dando paso a otra de manifiesta perplejidad. A pocos pasos de él, sus amigos contenían la respiración esperando alguna reacción de Rodrigo, porque se habían dado cuenta de que algo había allí, algo inesperado.

Cuando Rodrigo volvió su cara hacia ellos, en actitud relajada, todos bajaron sus arcos y se acercaron donde estaba su amigo. Allí delante de él, arrodillada, había una persona temblorosa, no se sabía si de miedo o de frío, o de ambas cosas a la vez, con cara de susto y temor. Aquel hombre vestía una raída capa marrón con capucha y vestía sandalias sobre unas calzas agujereadas y rotas. Era la imagen viva de la desvalidez. Los tres muchachos rodearon al desconocido que seguía arrodillado en el suelo. Entre todos le ayudaron a levantarse y a quitarse los rastros de ramas y barro que se habían adherido a sus vestiduras durante su apresurada huida.

— Mi nombre es Simón —dijo con un hilo de voz, pero mucho más tranquilo que hacía unos momentos— y vivo cerca de aquí, en una cueva —

musitó casi sin voz, mientras tomaba un poco de agua que le tendía Mahoma.

— ¿Y por qué huías de nosotros? —le preguntó Rodrigo.

— Me asusté al veros con los arcos y los cuchillos. Pensé que eran, que erais ladrones de esos que andan diseminados por todos los caminos y contornos y que roban y matan sin piedad alguna. Son auténticas hienas sin entrañas —dijo ya repuesto del susto, al ver de cerca a los muchachos.

— ¿Tan fieros son esos ladrones? —preguntó Abraham.

— No lo sabéis bien. Yo los he visto actuar sin que ellos me vieran y os puedo asegurar que no conceden cuartel a sus víctimas. Y vosotros, ahora que veo que sois unos jóvenes inexpertos, deberíais tener mucho más cuidado con aventuraros por estos andurriales andando tras la caza. Es muy peligroso si algún día os cruzarais con ellos, ¡Dios no lo quiera! —terminó.

— ¿Y dices que vives por aquí? –se interesó Mahoma.

— Sí. Y me gustaría que me acompañaseis. Os mostraré mi casa —les dijo, a la vez que iniciaba un movimiento, restablecido ya del susto, invitándoles a seguirlo.

Los tres recogieron sus cosas y se dispusieron a acompañarlo. Los llevó hasta un punto en el que la montaña les impedía el paso. Delante de ellos, unas tupidas ramas, que Simón apartó con cuidado dejando al descubierto una pequeña entrada por la que había que acceder en cuclillas para pasar a su interior. La cavidad era bastante profunda y contaba con una altura de más de diez palmos, que protegía perfectamente del frío y el calor y de las inclemencias del tiempo. A la derecha, se encontraba un camastro

de hojas y trapos viejos. Frente a ellos, un rústico tronco puesto de pie al que le había alisado el corte y hacía las veces de mesa. Como banco o sillas, otros troncos colocados horizontalmente sobre el suelo junto a ella. Un círculo de piedras ennegrecidas, muy bien ordenadas y distribuidas, indicaban que allí se encendía el fuego para calentar la estancia y hacer la comida. En unos recovecos de las paredes rocosas de la cueva, su ocupante había profundizado las oquedades lo suficiente como para hacer que los huecos así excavados, hicieran las veces de alacenas y estantes donde el eremita dejaba sus alimentos y todo tipo de cosas. Una serie de aceiteras fabricadas con madera de boj, contenían aceite que empapaban unas hebras de algodón, haciendo las veces de velas que iluminaban la estancia con una luz tenue, amarillenta y temblorosa.

Rodrigo, Mahoma y Abraham miraban todo aquello asombrados por la sencillez y, a la vez, agudeza mostrada por Simón en la decoración de aquella cueva, con un resultado final bastante confortable. Ante la inesperada aparición de aquel desconocido, los tres dieron por terminada la jornada de caza y decidieron compartir con el ermitaño sus viandas, detalle que les agradeció visible y profundamente. Desde aquel momento, comenzó a surgir entre ellos una amistad espontánea.

Simón, a pesar de su aspecto envejecido, en realidad solo doblaba la edad a los muchachos. Era por tanto un hombre joven que llevaba una vida de dificultades en todos los sentidos materiales. No así en los espirituales, pues era un hombre entregado a la meditación y al rezo. Una pequeña cruz, realizada

también en boj, con un Cristo toscamente tallado en madera de nogal, presidía aquel habitáculo.

— ¿Así que cada uno de vosotros pertenecéis a cada una de las religiones del libro? ¡Es algo extraordinario! Veros juntos compartiendo esa amistad y confraternizando sin resquemores, es simplemente extraordinario.

Los tres intercambiaron miradas y sonrisas. Les llamaba la atención la extrañeza del eremita acerca de su amistad.

— Pues os referiré algo que no he contado nunca a nadie. Tomad asiento donde podáis. Os narraré la historia de mi vida. Os aseguro que os va a encantar.

— Perdona Simón, no quisiera parecer grosero — dijo Abraham—, pero se está haciendo tarde y todavía tenemos que volver a casa. Si te parece, vendremos otro día con tiempo, y nos cuentas eso que dices que no dudo que será interesante.

Simón miró hacia fuera de la cueva.

— Abraham tiene razón. Ya no queda mucho rato de luz solar y no sería conveniente que se os hiciera de noche mientras estáis de camino a casa. Otro día será. Os prometo que la historia os gustará. Además, me gustaría conoceros mejor. O mejor todavía, que nos conociéramos mejor.

Los tres amigos se levantaron recogiendo sus cosas. Le dejaron los conejos y las perdices haciendo caso omiso de sus protestas, pero finalmente aceptó, agradeciéndoles el regalo. Por el camino de regreso fueron comentando la extraordinaria aparición de Simón en sus vidas. Acordaron que al domingo siguiente volverían a visitarlo.

Capítulo 11

BARBASTRO
Martes, 31 de enero, 1318
Yawn ath—Thalaathaa', 27 de Dhu al—Qidah 717
Yom Shishi, 28 de Shevat 5078

La carta de Zaahira la había traído un mesnadero del Castillo. Estaba sobre la mesa bajo la atenta mirada de Axa quien, sentada, parecía estar custodiándola. Al no saber leer, debía esperar a que llegase a casa su marido o alguno de sus hijos mayores para poder saber lo que en ella les contaba su bien amada Zaahira. El nerviosismo se apoderaba de ella por momentos. Cuando comprendió que la tensa espera no haría que se adelantase el momento de llegada a casa de Mahoma, continuó sus labores de la casa, desviando de vez en cuando su mirada hacia la carta, que por otro lado, era la primera vez que ocurría una cosa así en su casa.

Cuando por fin Mahoma Avintarí llegó a casa, Axa le entregó la carta con manos temblorosas. Rompió el lacre y desenrolló la misiva. A su lado Axa no se despegaba de él cuando se levantó para acercarse a la ventana y aprovechar la luz que entraba por ella a través del lienzo empapado en resina y sebo que protegía del frío exterior, para leer la carta.
Estaba escrita por Teresa Entenza, quien transcribía en el papel lo que les decía su hija:

"*Que Allah esté con vosotros, os lo deseo de corazón, palabra y pensamiento. Mi existencia es buena y gozosa. Estoy conociendo otras gentes y otros pueblos y otras formas de hablar. Todo es muy bonito y hermoso, aunque mis recuerdos de Barbastro son permanentes, así como vuestras personas y las de mis hermanos. La señora tiene la amabilidad de escribir lo que digo en este pliego. Actualmente estoy aprendiendo a leer y escribir, y espero que en la próxima carta sea yo misma la que escriba mis pensamientos. Mi salud es buena y espero que la vuestra también lo sea. Que Allah permita nuestro reencuentro. Zaahira*"

El nombre de Zaahira estaba garabateado de forma torpe, por lo que podía deducirse que había sido escrito por su hija, constituyendo por tanto sus primeras letras manuscritas. Mahoma y Axa lloraban al recibir las nuevas de su hija en las que les comunicaba que estaba bien y que era feliz.

Desde que Rodrigo y Abraham habían acordado enseñar a leer y escribir a Mahoma, dos días por semana, martes y jueves, en la propia casa de este, no habían faltado a su cita ni un solo día. Al ser martes, Rodrigo y Abraham se encontraban en casa de Mahoma, para impartirle clases de aritmética y lectura. Como siempre, Axa les preparaba una suculenta merienda a base de bollos de crema, tortas y dátiles que hacia las delicias de los tres amigos que acababan con todo lo que se les ponía sobre la mesa, ante la atenta y sonriente mirada de su madre. Una vez que habían merendado, Rodrigo enseñaba a Mahoma las letras y sus combinaciones para formar palabras. Asimismo le hacía dibujarlas en un papel de forma repetitiva. Por su parte, Abraham se

encargaba de los números y las operaciones aritméticas más elementales. Desde hacía algún tiempo, Axa se quedaba sentada junto a los tres muchachos, atendiendo a las explicaciones que daban tanto Rodrigo como Abraham. De vez en cuando, también formulaba alguna pregunta a los que hacían de maestros. Hasta el punto que los tres cayeron en la cuenta de que tal vez Axa quería añadirse al grupo. Rodrigo se lo propuso directamente y Axa vio llegado su momento para aprender también a leer y escribir. Su hijo la miró con sorpresa y admiración. Luego le dio un abrazo. En estas reuniones cada vez se acrecentaba el grado de amistad que trascendía a las propias familias. Fátima acabo también añadiéndose al grupo de estudiantes.

De vez en cuando, todo el grupo se juntaba en casa de Vidal Comparat. Los jóvenes jugaban a la taba y a las cartas en las tardes que llovía o nevaba. Si el tiempo era bueno, salían a la calle o al jardín interior y allí jugaban al marro hasta que quedaban exhaustos. Mientras, Axa y Beatriz, sentadas en sillas de anea, se dedicaban a bordar con bolillos a la vez que comentaban los sucesos locales. Fátima, Mahoma y Abraham siempre estaban de broma y eran los más activos. Rodrigo y Karin, más tranquilos, se buscaban para compartir sus deseos y proyectos. Muy pronto surgió entre ellos algo que no surgió en los demás: sus almas comenzaron a hablarse sin necesidad de palabras. Y ellos lo sintieron como una llamarada en sus corazones.

En otras ocasiones, los jóvenes se juntaban en casa de Rodrigo. Sin embargo, aunque su presencia en casa del notario era igualmente bien aceptada, no

se lograba alcanzar ese entrañable ambiente que se lograba en casa de Vidal y de Mahoma. Tal vez el hecho de que la profesión del padre de Rodrigo le ocupaba mucho tiempo y que apenas podía dedicar tiempo a su familia, y de que su mujer, Arnalda de Salas, mujer afable de trato aunque de carácter un tanto distante, no contribuía mucho a generar un ambiente más acogedor. Por otro lado, Domingo, hermano de Rodrigo, era un clérigo bastante beligerante contra los "enemigos de Cristo" en referencia a moros y judíos, y cuando aparecía por casa coincidiendo con una reunión de los amigos de su hermano, se producía un escandaloso silencio. Únicamente Marta, la hermana menor de Rodrigo se incorporaba entusiasmada al grupo de jóvenes. Julia, la criada, solía prepararles meriendas de pan con miel, con crema de olivas, y para las grandes ocasiones, hojas de borraja rebozadas con huevo y fritas en aceite de oliva, a las que luego les añadía una generosa capa de azúcar. Mientras merendaban y se daban las clases, permanecía al lado, muda, sin decir nada, pero cualquiera podía notar que tomaba buena nota de cuanto veía y escuchaba: ella también estaba interesada en aprender a leer y escribir.

Juan Marqués, había recibido ya varias solicitudes de nobles y señores de Aragón, interesándose por la compra de los caballos que recientemente había vendido a los Señores de Luna y Lizana. La presencia de los caballos andaluces en tierras aragonesas no había pasado desapercibida, sin duda debido a la vanidad de sus propietarios, los señores de Luna y Lizana, quienes a buen seguro habrían pregonado a los cuatro vientos las excelencias de sus recientes adquisiciones. La noticia había despertado en los nobles y ricos—hombres, el

deseo de adquirirlos. El negocio que acababan de poner en marcha apuntaba al éxito total. Las formas de realizar la guerra estaban cambiando y la caballería pesada tenía una utilidad muy concreta, centrada únicamente en las grandes cargas en espacios abiertos y con los ejércitos enfrentados. Pero las condiciones ideales no se daban casi nunca, y los caballos pesados perdían su ventaja en otro tipo de circunstancias en las que se requería agilidad y facilidad de adaptación al terreno y a las condiciones cambiantes de la batalla. Era necesario, porque en ello te iba la vida, que el caballo fuera más ligero, rápido e inteligente, que fuera capaz de seguir los dictados de su jinete con un simple apretón de rodilla sobre el lomo. Y todas estas virtudes estaban representadas en los caballos andaluces que había traído desde el sur el socio de Juan Marqués, Pedro Sánchez. Los señores estaban ansiosos de tener entre sus pertenencias estos caballos. Y lo que es mejor, estaban dispuestos a pagar lo que se les pidiera.

El justicia se reunió con Pedro Sánchez y ambos acordaron realizar una nueva expedición al sur, en busca de caballos. En esta ocasión irían una veintena de hombres curtidos en todo tipo de acciones. El número de caballos a comprar y traer a Barbastro estaba cercano al centenar, y con ello se aumentarían los peligros de todo tipo. En primer lugar, Pedro tendría que contactar con el hombre que la vez anterior les suministró los caballos, evidentemente, robados. Tendría que adentrarse en el reino granadino y llegar hasta la capital Granada. Y una vez allí, volver a andar los pasos de la vez anterior hasta dar con el intermediario. Lo haría acompañado de un par de hombres de su total confianza, mientras el resto deberían esperar en la frontera hasta recibir

órdenes. La operación era muy arriesgada, sobre todo para Pedro Sánchez. Pero éste, era hombre de acción y de recursos que no parecía temer a la muerte. Su fisonomía, debidamente adaptada, le podía hacer pasar perfectamente por un moro. Su conocimiento del árabe le proporcionaba la posibilidad de entablar conversaciones con la morisma granadina sin levantar sospechas. Era por tanto el hombre ideal para llevar a cabo tan arriesgada misión.

Haym estaba tratando en su tienda con un cliente que quería encargarle la confección de un cáliz de plata para donarlo a Santa María debido a una promesa efectuada por la concesión de una petición. Haym llevaba ya varios bocetos realizados y al cliente no parecía gustarle ninguno. Los tres aprendices, en sus respectivos bancos situados al fondo del establecimiento, estaban ocupados en realizar pequeñas reparaciones que les había encargado previamente su maestro, pero estaban muy atentos a la conversación que tenía su maestro con el cliente.

— No, no. No me gusta —decía el cliente.

— ¿Pero no podríais darme alguna indicación sobre la pieza? Copa lisa o labrada. Arabescos o figuras —preguntó Haym.

— No sé. Esperaba que fuerais vos quien me propusiese algo —dijo dubitativo el cliente.

Abraham atendía discretamente a la conversación que mantenía su maestro con un cliente sobre un trabajo especial, un cáliz, que este quería encargar a Haym. Abraham se levantó y se acercó a ambos.

— Maestro, ¿me permitís? —dijo dirigiéndose a Haym.

Éste, extrañado, le extendió el lienzo y el carboncillo. Abraham cogió ambos con decisión, y con rapidez y maestría comenzó a dibujar un cáliz. Tras unos segundos contemplando el dibujo a la vez que corregía algunos detalles, les mostró el resultado. El cáliz dibujado tenía la base poli-lobulada con dibujos arabescos, mostraba un gollete hexagonal, representando en cada cara unas escaleras que se unían al nudo, también hexagonal, que representaba un templo o una catedral, con proliferación de arbotantes, contrafuertes y pináculos. La copa se alzaba sobre el nudo, con la superficie lisa, sin grabados ni filigranas, tomando la forma de una media esfera, ribeteada en el borde con un hilo. Cliente y maestro se quedaron mudos ante el dibujo, realizado por Abraham en tan breve tiempo y aparentemente sin esfuerzo. El cliente comenzó a mover una mano con el dedo índice extendido apuntando al boceto.

— Exactamente eso es lo que quiero Maestro Haym. Exactamente eso —concluyó.

Haym estaba todavía impresionado por lo que acababa de ser testigo. La composición que tenía ante sí, rompía todos los esquemas de cálices que había hecho en su vida, y eran muchos. El diseño era completamente innovador.

— ¿Qué tiempo le llevara hacerlo, maestro? — preguntó— ¿Y cuánto me costará?

Haym reaccionó a las preguntas del cliente.

— En cuanto al tiempo, aproximadamente nos llevará hacerlo un mes. Y en cuanto al precio, no puedo daros nada más que una aproximación.

— ¿Y será de cuánto?

— Sobre unos seis o siete mil *sueldos* —dijo Haym.

— ¡Jesús! —exclamó el cliente— Pero lo acepto. Si queda como está en el dibujo, será una obra de arte. Y Nuestra Señora, bien se merece esta joya. Pero por el amor de Dios, Haym, ajustaos todo lo que podáis —dijo dirigiendo una sonrisa a Abraham—. Tenéis aquí, en el joven, un futuro artista.

— Por cierto, ¿no eres hijo de Vidal Comparat? — le preguntó directamente.

— Sí —dijo Abraham.

— Pues cuando vea a tu padre le diré lo mucho que vales. Quedad con Dios.

— ¡*Yom tov*! —dijo Haym a la vez que hacía una profunda reverencia a su cliente.

Cuando la puerta se cerró detrás del cliente, todos dejaron su trabajo para rodear a Abraham y darle palmadas en la espalda.

— Ya me dijo tu padre que tenías aptitudes para el dibujo. Pero no me podía imaginar esto. Me has proporcionado un buen negocio. Cuento contigo para futuros encargos. Y ahora a seguir trabajando, gandules, que os distraéis por nada.

Haym estaba realmente asombrado. Sentía un orgullo especial por aquellos muchachos que aprendían rápidamente y ahora, uno de ellos, tenía unas cualidades excepcionales para el diseño de joyas. Pensó que algo bueno había debido hacer porque Dios le premiaba al permitirle disfrutar de ellos.

Capítulo 12

BARBASTRO
Domingo, 5 de febrero, 1318
Yawn al—Ahad, 2 de Dhu al—Hijjah 717
Yom Rishon, 3 de Adar de 5078

Las campanas de Santa María llamaban a los monjes a oración, emitiendo un único y potente toque, desde su recién terminada torre edificada sobre los restos del antiguo minarete de la Mezquita *Aljama,* debido a lo cual, se encontraba separada de la propia iglesia. Era la hora Prima, momento marcado para la salida del sol, hora en la que la actividad humana se ponía en marcha. Al ser domingo, el toque solo era atendido por los monjes y por aquellos que por razones mayores debían también comenzar su jornada. Sin embargo aquellas tres estilizadas figuras tenían otros planes. Los tres abandonaron Barbastro por la puerta sur, encaminando sus pasos hacia el monte cercano, en dirección al Pueyo, donde esperaban encontrar a Simón, el eremita[24].

Mahoma, Abraham y Rodrigo iban pertrechados para pasar un día de caza, pero en esta ocasión iban provistos de más comida de la que normalmente solían llevar, alegando en sus casas que el ejercicio les abría el apetito. Su primera labor consistía en repasar las trampas, recoger, si había, las presas y

[24] Un ermitaño o *eremita* es una persona que elige profesar una vida solitaria y ascética, sin contacto permanente con la sociedad.

prepararlas de nuevo. Una vez acabadas las tareas con las trampas, pensaban dirigirse hacia la cueva de Simón, para que les contase la historia de su vida. Sin embargo en esta ocasión, tomaron algunas precauciones, siguiendo los consejos de aquel con respecto a los salteadores de caminos. Las trampas habían funcionado, pero en alguna los depredadores se les habían adelantado y les habían robado las piezas dejando simples trazas de lo que antes debió de ser un conejo o una liebre. Aun así, cobraron un par de conejos que no habían descubierto sus competidores, guardándolos en sus zurrones. Tras una serie de rodeos y precauciones, y subiendo por empinados vericuetos, se plantaron ante la camuflada entrada de la cueva.

A pocos pasos de ella, encontraron a este desmenuzando un enorme tronco en otros más pequeños para introducirlos al interior de la cueva. Cuando los oyó, levantó la vista del tronco dirigiéndola hacia los que llegaban, a la vez que se limpiaba el sudor con la manga del sayo. Al reconocerlos, los llamó por sus nombres dándoles la bienvenida. Los tres jóvenes, tras devolver el saludo, se aprestaron a ayudarle a partir el tronco de leña. Tras trabajar denodadamente durante un buen rato, pasaron dentro de la cueva donde una lumbre ardía con fuerza caldeando el pétreo habitáculo. Ya dentro, sacaron los conejos de sus zurrones y los prepararon para asarlos en las brasas. Sacaron también el resto de viandas, y justo, cuando las campanas de Santa María de Barbastro tocaban la hora nona mediante los dos toques preceptivos, se dispusieron a degustar la comida con buen apetito y mejor humor.

Simón aportó unas jarras de vino que le habían regalado unos vecinos de Barbastro que acostumbraban de vez en cuando a darle comida y bebida. El calor de los troncos ardiendo en la brasa y los frecuentes tientos a las jarras de vino, hicieron que la temperatura tanto interna como externa subiera varios grados, relajando sus animados espíritus.

Una vez acabada la comida, se tumbaron junto al fuego, mientras que Simón se sentaba en el centro, frente al fuego, sobre una piedra a la que había añadido unas pieles de cordero por hacer más confortable su asiento. Todos se dispusieron a oír la narración que estaba a punto de salir de los labios del eremita.

— Hace más o menos treinta y dos años, gobernaba en Granada el Sultán Muhammad II quien tenía como hombre de confianza a su primo y yerno Mansûr Said Faray, general de sus ejércitos. Tenía éste una hija de extraordinaria belleza y de nombre Zoraida, cuya madre falleció al nacer la niña. El amor que sentía por ella, lo trasladó a su hija recién nacida a la que adoraba más que a su propia vida. Tenía este general una guardia personal compuesta por *mamaliks*[25], mandada por un *naqib*[26] árabe que llevaba algunos años a las órdenes del general y al que estimaba de sobremanera porque habían combatido juntos, hombro con hombro en numerosas y destacadas acciones en combate, debiéndose mutuamente la vida siendo por tanto un

[25] Los mamelucos fueron esclavos, en su mayoría de origen turco, procedentes de Asia Central, de las zonas del Mar Negro y más al norte, islamizados e instruidos militarmente que en sus inicios sirvieron como soldados a las órdenes de los distintos califas abásidas.

[26] Coronel, jefe de una gran tropa o terrateniente noble que manda sobre hombres propios o reclutados.

hombre de su total confianza al que asignó la misión de proteger a la familia real con su vida si fuera necesario. Todos vivían en el palacio de la *Alcazaba Cadima* y la vida parecía discurrir con total felicidad. Pero ocurrió que el *naqib* y la hija del general se enamoraran locamente. Las muchas horas de convivencia hicieron lo demás, de tal manera que un buen día, la hija del general le comunicó a su amante que estaba embarazada. La primera intención del *naqib* fue dirigirse a su jefe para comunicarle la noticia y solicitarle al mismo tiempo que le fuera concedida la dicha de poder casarse con ella. Pero Zoraida le convenció de que esperase algún tiempo para pensarlo mejor, pues de hacerlo como decía Abú al-Nuaym, que este era el nombre del *naqib*, conllevaría la muerte de ambos en el mismo momento que su padre se enterara. Pasaron los días y Zoraida le propuso a Abú al—Nuaym escapar y vivir su vida en cualquier lugar lejano de algún reino cristiano. Pero el *naqib* era de naturaleza noble y no podía vivir pensando que de hacerlo así, perdería su tesoro más preciado: su propio honor. Dejó ir pasando el tiempo atendiendo a los ruegos de su amada, pero su alma se iba ensombreciendo por momentos. Con el paso del tiempo, lo que no pudieron evitar fue que la perfecta figura de Zoraida se fuera modificando como correspondía a su estado. Una de las criadas lo comentó con la favorita del general, quien a su vez lo hizo con éste. Una vez que hubo comprobado la veracidad de la noticia por boca de su propia hija, hizo presa en él un ataque de inusitada furia, dando orden de ejecutar al *naqib* en el mismo lugar donde se le encontrase, cosa que se llevó a cabo de inmediato, sin que éste se enterase de su triste destino, pues el *mamalik* que ejecutó la sentencia, se le acercó por la espalda sin que él se

diera cuenta. En cuanto a Zoraida, ordenó que fuera trasladada e internada en una almunia a las afueras de Granada hasta que se produjera el nacimiento del niño, el cual debería ser eliminado en cuanto naciera. En ese momento decidiría el castigo que impondría a su hija.

Los sorprendidos oyentes, atendían embobados el relato de Simón. Esté tomó un poco de agua y se dispuso a seguir con su relato.

— Todavía faltaban tres meses para que se produjera el parto y de inmediato, Zoraida fue llevada a la *almunia*[27] del general donde fue puesta bajo la responsabilidad del administrador de la misma, Alí ben Yusuf. Era este un anciano que llevaba toda su vida al servicio del general, estando considerado como uno más de la familia. Cuando fue puesto en antecedentes sobre lo sucedido con Zoraida y el *naqib*, y sobre todo, la terrible orden de eliminar al recién nacido, creyó que el destino se quería cobrar alguna vieja deuda, cubriendo su alma con una nube negra y deteniendo su corazón en ese mismo momento. Alí quería con locura a su niña Zoraida y el destino no era justo con él por reservarle semejante tarea. Cuando la tuvo delante, la abrazó entrañablemente a la vez que ambos lloraban con gran sentimiento. Zoraida fue alojada en una habitación interior, con prohibición expresa de que viera a nadie, salvo a la criada que se le asignara y al propio Alí. Conforme pasaban los días, Alí envejecía por momentos mientras se le entristecía el alma y se le hacía más pesada la carga que había recaído sobre él, como era la de asesinar a una inocente criatura nacida de su bien amada Zoraida. Por ésta supo la

[27] Casa rural, usualmente una finca de recreo, en zonas musulmanas.

verdadera historia de amor puro, sin mácula, que surgió entre ella y el *naqib*, y de la nobleza de este, queriendo presentarse ante su padre para hacerse cargo de todas las responsabilidades y cómo ella le había convencido de que no lo hiciera por temor a que ocurriera lo que al final pasó. En las largas cuitas que mantuvieron, y en las que Zoraida no paró de llorar un instante, Alí aprendió a querer a aquel niño como algo propio. Y un día tomó la decisión de que desobedecería a su señor y no mataría a aquel ser inocente. Tampoco informaría inmediatamente a la niña para evitar que en un descuido pudiera descubrirse todo. Lo haría en el momento oportuno. *Allah* le haría justicia y no le tendría en cuenta su desobediencia por mor de otro bien mayor. Para ello, diseñó un plan para evitarlo. Cuando aquel niño naciera lo entregaría a un familiar suyo para que lo cuidara y lo instruyera en la religión del profeta. Contaba, además, con la lealtad de la criada que actuaría de partera durante el nacimiento de la criatura.

Simón miro a su alrededor y vio a los tres muchachos totalmente entregados a su relato. Sonrió y siguió con el relato.

— Un día, cercano ya el del parto, alguien se presentó en la almunia preguntando por Alí. Ambos se retiraron a un rincón apartados de todos donde durante unos instantes estuvieron hablando en voz baja. Tras despedirse, Alí, sin decir nada a nadie, tomó su caballo y se ausentó durante todo el día, acompañado del visitante. Nadie sabía adonde había ido, pero esto de vez en cuando ocurría, por lo que nadie se extrañó de la ausencia. Al día siguiente apareció como si no se hubiera ausentado. Aquella noche, de madrugada, Zoraida se puso de parto, tras

tomar una infusión que le había dado el anciano, teniendo un sonrosado niño al que puso por nombre Abú al—Nuaym, como su padre, el *naqib*. En ese momento, solo estaban presentes Alí y la sirvienta que actuó de comadrona con gran maestría, realizando todas las operaciones con pulcritud y rapidez. Alí cogió al recién nacido y lo entregó a su madre quien lo besó y envolvió en lágrimas que tuvieron el efecto de hacer callar al niño. Esperó unos segundos, volvió a coger al recién nacido y envolviéndolo en una manta salió de la estancia llorando al igual que las que quedaban en la alcoba. Afuera, en lugar oculto, esperaba Mohamed, un viejo familiar suyo, al que entregó el niño, junto con una pequeña bolsa de cuero que contenía un Corán miniaturizado de caligrafía islámica persa, del que Zoraida nunca se separaba. Mohamed debería asegurarse de que el niño recibiera una buena formación de las enseñanzas del Profeta. La bolsa de cuero conteniendo el Corán le debería ser entregada en el momento en que tuviera catorce años. Le entregó una fuerte cantidad de dinares y tras un abrazo, ambos, Mohamed y el niño, desaparecieron en la oscuridad de la noche. Zoraida era conocedora del plan de Alí, aunque desconocía al igual que la criada la identidad del hombre que había recibido el niño, por cuestiones de seguridad. Se conformaba con saber que su hijo viviría y que tal vez algún día podría verlo. Cuando el general fue informado de que el niño ya había nacido, se personó en la almunia, llamando a su presencia al Administrador. Éste le comunicó que se habían cumplido sus órdenes, y que una vez decapitado, había sido enterrado siguiendo las normas del profeta, pues al fin y al cabo, el niño era inocente del pecado de sus padres. Luego llamó a la criada e indagó si su versión coincidía con la de su

viejo servidor. Sin embargo, tal vez debido al pétreo corazón de aquel hombre, algo le decía que le estaban mintiendo y quiso comprobar la veracidad de la historia. Ordenó que le llevaran ante el lugar donde estaba enterrado el cadáver del niño. Una vez ante el túmulo, retiraron la tierra extrayendo un pequeño cuerpo amortajado en tela blanca. El espectáculo fue absolutamente desagradable para todos los presentes, pues en efecto, una vez retirada la mortaja, quedó a la vista el cadáver de un recién nacido degollado. Satisfecho y convencido de la veracidad de la muerte del niño, mandó sepultar el cadáver, volviendo a Granada. Tal vez no lo hubiera hecho si hubiera visto la expresión de sorpresa en el rostro de la criada que había asistido al parto, pues desconocía la muerte del niño. Más tarde, preguntó a Alí sobre lo que había ocurrido, y si aquel era realmente Abú. El anciano le explicó que su ausencia del día anterior era porque le habían comunicado que en una aldea cercana había nacido un niño muerto, y él mismo fue a buscarlo para que ocupara el lugar de Abú, pues estaba casi seguro que el general exigiría ver el cadáver del niño. Por eso, le suministró a Zoraida un brebaje abortivo para acelerar el parto, que afortunadamente ocurrió a las pocas horas de haberlo tomado. Y así fue como aquel niño se salvó, gracias a la astucia de un viejo sirviente movido por el amor a Zoraida, a la que quería como si fuera su propia hija.

Simón hizo un inciso en el relato. Un profundo silencio se adueñó de la cueva.

— ¿Que os parece?

— ¡Fantástico! —respondieron.

— ¿Y qué pasó con Zoraida? —preguntó Rodrigo.

— Paso a paso —les dijo Simón—. Las historias hay que contarlas por orden, porque si no, pierden parte de su encanto.

— Bueno. Pues sigue contando —dijo Abraham.

— Zoraida fue devuelta a Granada a los pocos días, una vez repuesta del parto. Agradecía que su padre no quisiera visitarla cuando fue a la alquería porque así se había ahorrado el sufrimiento de tenerlo delante. Algo se había roto definitivamente en la relación entre ellos. El odio emponzoñó su corazón y empezó a ver a su padre como un monstruo sin corazón y un impío ante los ojos de *Allah*. El profeta no hubiera aprobado la acción de su progenitor. Cuando llegó a Granada, su padre la llamó a su presencia. Con la mirada clavada en el suelo, escuchó la regañina y el veredicto. Sería confinada en el harén, separada de las mujeres hasta que le encontrara un marido que quisiera casarse con ella, cosa que dudaba. Escuchó también cómo la repudiaba, conminando a los presentes a dejar de considerarla como su hija. Hasta el propio Sultán le reprochó la dureza del castigo, pero se mantuvo firme en su decisión y Zoraida desapareció de su vida y él de la de Zoraida. De vez en cuando, recibía la visita de Alí, quien le iba informando de los progresos de su hijo. Éste, como ya os he dicho fue puesto bajo la tutela de un pariente de aquel. En su casa creció y fue instruido en la ley islámica, mostrándose devoto y estudioso y pronto se puso de manifiesto su necesidad de saber la razón y el porqué de las cosas. Su maestro de la *madrasa*[28], temía sus frecuentes preguntas porque de todo quería saber las respuestas. Su carácter inquieto y su gran pasión por

[28] Madraza (en árabe *madrasa*, مَدْرَسَة , en plural madāris, مَدَارِس) es el nombre que se da en la cultura árabe a cualquier tipo de escuela, sea religiosa o secular.

aprender sobre cualquier tema, hicieron de él un ser estimado en su comunidad. Cuando tenía doce años, ocurrió algo que dio un giro a su vida. Su pueblo, instalado en plena frontera con el reino cristiano de Castilla fue asaltado por tropas castellanas en unos de los frecuentes *raids* que hacían por los pueblos colindantes y que bordeaban la frontera. Era una manera de mantener una tensión constante sobre los granadinos. Como digo, una noche se personaron en el pueblo unas decenas de soldados que se dedicaron a saquear las casas y hacer prisioneros entre las mujeres y los jóvenes. Entre estos fue hecho prisionero nuestro Abú al—Nuaym, quien contra su voluntad fue arrastrado fuera de su casa y encadenado junto con otros. Como pudo, escondió entre sus ropas la pequeña bolsa con el Corán. Luego con la misma velocidad que aparecieron, desaparecieron los soldados y sus prisioneros. Tras varios días de penalidades y de andar grandes distancias, sin apenas comer y beber, llegaron a Toledo donde fueron vendidos como esclavos en el mercado. Abú fue comprado por un comerciante de telas para que le ayudara en las labores de organizar los almacenes donde depositaba la ropa que compraba.

Simón oyó como a sus espectadores se les escapaba alguna expresión de sorpresa, ante el giro que tomaba la narración.

— Aquel hombre, su amo, pues como esclavo fue comprado, no era mala persona. Pronto se dio cuenta de las virtudes que adornaban al muchacho. Su inteligencia destacaba, máxime, cuando la comparaba con su único hijo, quien parecía un bobalicón al lado de Abú. Casi sin darse cuenta, guardaba más deferencias con el esclavo que con su

propio hijo, lo que le atrajo el odio y la envidia de la madre del muchacho, esposa del viajante. Abú sugirió algunas modificaciones en la forma de organizar aquel almacén que agradaron de sobremanera a su dueño y disgustaron en la misma medida a su hijo y madre, quienes en cuanto podían le hacían ver su condición de esclavo proporcionándole un maltrato permanente. Gracias a la presencia del comerciante su vida no fue un auténtico calvario. En cuanto al Corán, le permitió tenerlo consigo, aunque le recomendó que lo mantuviese oculto, porque ese libro estaba prohibido en Toledo. Otro posible punto de fricción era la religión que profesaba Abú. El comerciante finalmente decidió poner remedio a la situación, y por unas pocas monedas, logró que un clérigo de la catedral de Toledo iniciara al niño en la religión cristiana. Y en este punto ocurrió lo que le había pasado cuando aprendía el Corán en la *madrasa*: que por todo preguntaba el razonamiento y el porqué de las cosas. Además, debido a su conocimiento del islam, podía enfocar un mismo asunto desde las dos religiones, lo que le proporcionaba una amplitud de miras que ninguno de sus profesores en ambas religiones podían llegar a tener por auto—excluyentes. Sin embargo, Abú, de naturaleza abierta, era capaz de ver los numerosos puntos de coincidencia entre ambas religiones sin entender el porqué de ese odio secular entre ambas. Ambas predicaban el bien y el cielo eterno para los buenos de corazón. Ambas exigían a sus seguidores el amor a sus padres, a sus hermanos de sangre y de fe y en general al prójimo. Ambos recibían los parabienes de la vida eterna directamente de Dios, llámese *Allah* o Jesucristo. Ninguna predicaba odio al extranjero,

bien al contrario, exigían clemencia y perdón —nueva interrupción, para beber un poco de agua.

Todos aprovecharon la interrupción del relato para levantarse y estirar las piernas. Hablaban sobre los pormenores de la historia de la que estaban siendo oyentes, aportando sus diferentes puntos de vista. Abraham se acercó a la entrada de la cueva para mirar afuera.

— Me parece que vamos a tener que dejar el relato para otro día, porque afuera está empezando a caer una niebla que no deja ver nada a su alrededor —dijo Rodrigo.

Todos se acercaron hacia la boca de la cueva como movidos por un resorte. Si caía la niebla, el camino a casa sería más complicado. Llegaron a la conclusión de que la niebla se iría espesando más por momentos por lo que decidieron volver a sus casas de inmediato. Recogieron sus enseres y se despidieron de Simón, quedando para el domingo siguiente para seguir la narración, que según ellos, estaba muy interesante. Tras despedirse, abandonaron la cueva camino de sus casas dejando a Simón sumido en sus recuerdos. Una lágrima comenzó a resbalar por sus mejillas, mientras miraba fijamente el resplandor de las llamas del fuego. Su narración le había traído a la mente viejos recuerdos que herían profundamente su corazón.

Capítulo 13

BARBASTRO
Jueves, 9 de febrero, 1318
Yawn al—Khamis, 6 de Dhu al—Hijjah 717
Yom Chamishi, 7 de Adar 5078

El Concejo de Barbastro estaba reunido en Capítulo para tratar los temas de la ciudad. Presidido por el Justicia, Juan Marqués, en la sesión estaba también presente el vicario de Santa María la Mayor, Sebastián de Torres, quien presidía el capitel o comunidad de la misma, formado por veinte clérigos racioneros. El motivo de su presencia en la reunión, era que el Concejo barbastrense, estaba considerando la posibilidad de enviar a Aviñón a un enviado ante el papa Juan XXII para exponer los deseos de la ciudad, solicitando la declaración de Barbastro como Diócesis independiente de la de Huesca, tal y como ya había sucedido en tiempos pasados. El Concejo deseaba conocer el punto de vista del vicario, representante en la ciudad del Obispo de Huesca, Martín López de Azlor, del que había recibido su nombramiento de Vicario de Santa María. Sin embargo, sorprendió gratamente al Concejo al manifestar su total adhesión a la causa. Prometió a los allí reunidos, que facilitaría a la persona que se decidiese enviar a Roma, la documentación pertinente que obraba en su poder y que eran documentos antiguos de cuando Barbastro tenía Obispo propio. Estos documentos, según les dijo, se habían salvado milagrosamente de la requisa

que hizo el Obispo Esteban de Huesca, hacía casi doscientos años, tratando de eliminar pruebas del hecho y que finalmente había expulsado de su residencia barbastrense a San Ramón habiendo incorporado la ciudad de Barbastro a la Diócesis de Jaca—Huesca de la que era Obispo titular. Con el fin de que las futuras reclamaciones barbastrenses quedaran sin pruebas documentales dispuso que se retiraran todos los cartularios en los que estipulaban los derechos adquiridos por Barbastro como sede episcopal. Llegó hasta el punto de falsificar documentación que había enviado al Papa en apoyo de sus pretensiones de incorporar Barbastro a su sede de Huesca. A la vista de la favorable disposición del vicario, decidieron volver a reunirse para terminar de establecer entre todos el plan a seguir para conseguir nuevamente el nombramiento como sede independiente. Se acordó también, dirigirse al rey Jaime II, solicitándole su apoyo a las peticiones barbastrenses ante el Papa.

****

La tabla de Mahoma Avintarí, crecía en cuanto a número de clientes. Los ciudadanos de Barbastro compraban en ella porque sus precios eran muy razonables a pesar de que fuera la única tabla que había en la ciudad. Tras el acuerdo con Vidal Comparat, un miembro de la comunidad judía sacrificaba corderos según su tradición, recibiendo por tanto el certificado *kosher* que la hacía apropiada para el consumo por los judíos, por otro lado, grandes consumidores de cordero. El éxito de la tabla levantó automáticamente ciertas suspicacias en algunos cristianos, apoyados especialmente por los clérigos que veían peligros en todas las actividades de

los moros o judíos. No lo veía así el pueblo llano que adquiría los productos de la tabla de Mahoma por su calidad y especialmente por su precio.

Pronto se alzaron en el Concejo voces interesadas sobre el particular. Hubo propuestas para que se prohibiese a los cristianos adquirir carne en la tabla mora y viceversa, retomando el antecedente producido hacía algunos años con las dos tablas que tenían los judíos, a las que finalmente se obligó a cerrar. Se pretendía que las *aljamas* instalasen sus propias tablas para su propio consumo. Sin embargo, la propuesta creaba una serie de problemas, porque varios eran los candidatos a reclamar la licencia de una nueva tabla en la ciudad, problemas que asomaron aun antes de sopesar la conveniencia de tomar tal medida, pues quien más quien menos, aspiraba a convertirse en suministrador único para la población cristiana. Por otro lado, el Concejo de Barbastro cobraba altos impuestos a la tabla mora, a los que no estaba dispuesto a renunciar. Teresa de Entenza, por mediación de un procurador, estaba investigando sobre viejos documentos y cartularios desde los que sustentar su legítimo derecho a cobrar dichos impuestos, según los cuales, la *aljama* mora era, al contrario que la *aljama* judía, una *aljama* señorial y que pertenecía a ella y su familia, cosa que nadie le discutía. Pero por alguna razón, y por algún suceso puntual producido en tiempos pasados, el Concejo ostentaba en aquellos momentos el privilegio de conceder la licencia de la misma y cobrar sus correspondientes impuestos. Si la Señora seguía en su investigación, podría ocurrir que esos ingresos los perdiera el Concejo de Barbastro.

****

Muchos eran los asuntos que en aquellos momentos preocupaban a los miembros de la *aljama* judía. Vidal Comparat tenía en sus manos un escrito procedente de la Cancillería Real, en la que Jaime II solicitaba a la comunidad judía de Barbastro su aportación económica a la próxima campaña que iba a emprender el rey contra Cerdeña. La cifra que solicitaba era de veinte mil *sueldos* jaqueses, cantidad importante, que gravaba la ya maltrecha economía de sus miembros. También les preocupaba el estado de algunas calles de la *aljama* que debido a las últimas nevadas y lluvias, había deteriorado el firme empedrado, y necesitaba una urgente reparación. Por otro lado, y como contrapartida, el Concejo de Barbastro exigía que se hicieran cargo de los costes de la reparación de la parte de la muralla de la ciudad que colindaba con el barrio judío, y que según decían, su exigencia se sustentaba en un documento del rey Jaime I, que tenían en los archivos del Concejo, y que obligaba a los judíos a acoger a su costa el mantenimiento de la muralla que protegía su *aljama*. Se les solicitaban cinco mil *sueldos*, o que se hicieran ellos mismos cargo de la mano de obra y de los materiales necesarios para su reparación y fortalecimiento. Reunido el Consejo de la *Aljama* en la sinagoga, y tras ardorosas y vibrantes deliberaciones, se acordó aportar las cantidades solicitadas. En el caso de la muralla, prefirieron hacerse ellos cargo de la reparación, por lo que decidieron que en los oficios del *Sabbat* se hiciera un llamamiento general a todos los varones y familias para que aportaran su trabajo en las tareas de reparación, tanto de la muralla como de las calles.

Vidal Comparat comentaba con su familia las resoluciones tomadas en la Sinagoga. Sus hijos le preguntaban por qué el Rey les solicitaba una cantidad tan importante para una campaña que ni les iba ni venía.

—Hijos míos, este es el precio de la protección real. Debéis saber que los judíos somos propiedad del rey y por ello estamos bajo su protección. Sin ella, seríamos víctimas fáciles de los cristianos. Gracias a que ejercemos de financieros de los intereses reales, gozamos de unos ciertos privilegios de los que otros no gozan. De ahí que de vez en cuando, el rey nos exprima económicamente, aunque luego siempre nos facilita la forma de recuperarnos. Es un equilibrio muy delicado. Aprieta pero no ahoga. Tenemos grandes enemigos entre el clero cristiano y el día que nos falte el favor real, nos veremos en grandes dificultades —concluyó Vidal ante la mirada de su esposa Beatriz.

— ¿Y las obras cuándo comenzarán? —preguntó Abraham.

— En pocos días. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

— Pues invitaré a mis amigos Rodrigo y Abraham. Seguro que nos ayudan.

— Seguro… —dijo Karin, a la vez que el rubor se le subía al rostro mientras su hermana le dedicaba una sonriente y maliciosa mirada.

****

Los tres hombres que el Emir de Granada Ismail I, había mandado tras los ladrones de caballos, con la orden de seguir de cerca sus movimientos, habían instalado su campamento a las afueras de Barbastro, en un lugar cercano a una ermita situada en un

monte denominado El Pueyo. Con la experiencia que aporta una vida prácticamente nómada, acostumbrados a mil y una peripecias y a sobrevivir en condiciones poco favorables, enseguida vieron las posibilidades que les ofrecía una oquedad natural de la roca para establecer allí su campamento. Tras pasar la primera noche en su refugio, a primera hora de la mañana se desplazaron a Barbastro montados en sus caballos. Fueron directamente hacia el arrabal situado en la margen izquierda del río en la que estaba situada la casa de Pedro Sánchez a quien pensaban someter a una férrea vigilancia, siguiendo sus pasos durante todo el día. Cuando llegaba la noche y Pedro se encerraba en su casa, ellos volvían a su guarida en las afueras de la ciudad. Suponían que aquella pequeña partida de caballos, no eran sino el inicio de otras posteriores de mayor envergadura. El Sultán les había prohibido que tomaran ninguna decisión sobre los ladrones y sus cómplices. Tan solo seguir sus pasos.

Si no se equivocaba el Sultán, aquel individuo no tardaría mucho en ponerse en camino hacia Granada en pos de otra partida que, a buen seguro, sería mayor que la anterior. Abdel, Idris y Muhammad, los tres perseguidores, habían seguido a Pedro Sánchez y a sus hombres desde que abandonaran el reino nazarí. Un campesino que había visto los caballos pastando en las afueras de Huéscar, sin que aparentemente nadie los estuviera guardando, había comentado la noticia con una patrulla de *askaries*, quienes a su vez transmitieron el mensaje a Granada. Se sabía que se producían robos en las numerosas dehesas donde se criaban los caballos, pero siempre se achacaban a bajas por accidentes, enfermedad o ataques de lobos, osos y otras alimañas. Los veinte

caballos bien podían ser la suma de diversos robos en diversas dehesas. El hecho de que fuera un número importante de caballos los allí reunidos sin explicación que lo justificara, alarmó de sobremanera al Sultán que ordenó de inmediato una investigación. Por ello, una vez localizados los caballos se estableció su seguimiento para saber su destino, y si era posible, descubrir a los cómplices dentro del reino nazarí. Los tres hombres enviados para investigar, llegaron tarde al momento de la transacción lo que impidió que pudieran ver quien los vendía. Cuando se supo que eran cristianos los que se llevaban los caballos, se tuvo claro que habría una segunda vez. La estrategia era no poner impedimento alguno al robo, para hacerles creer en el éxito de una segunda expedición.

Merced a este intenso e incesante seguimiento de Pedro Sánchez, los tres granadinos fueron testigos del momento en el que se reunía con Juan Marqués, motivo por el cual, éste también fue objeto de su vigilancia. De esta forma, supieron que, tal y como había predicho el Sultán, habría una segunda expedición. Pero esta vez sería bien diferente.

Capítulo 14

BARBASTRO
Domingo, 12 de febrero, 1318
Yawn al—Ahad, 9 de Dhu al—Hijjah 717
Yom Rishon, 10 de Adar 5078

El día amaneció despejado y sin viento con el sol brillando en el límpido cielo y aunque la temperatura era bastante baja, Rodrigo, Abraham y Mahoma iban bien abrigados y no sentían el frío intenso. Como siempre, iban equipados para un día de caza, pero aquel día en su pensamiento solo había una cosa que les interesaba: el final del relato de Simón. Como era obligado, la primera actividad del día fue la de repasar las trampas y cobrar las piezas. Hubo suerte pues encontraron premio en todas ellas. Cuatro conejos y tres perdices fue el botín encontrado. Las prepararon nuevamente y se dispusieron a encontrarse con su amigo eremita.

Al poco, cuando se dirigían hacia la cueva de Simón, los siempre escudriñadores ojos de Rodrigo divisaron a lo lejos a un jabalí que hocicaba tranquilamente junto a unos árboles. Los tres se detuvieron de inmediato e instintivamente echaron mano a sus arcos. Comprobaron la dirección del viento y vieron que éste soplaba de cara por lo que el animal no podría olfatearlos. Con calma, observaron los pausados movimientos de jabalí dedicado a masticar cuanto se encontraba al alcance de su chato hocico, cuando de pronto el animal pareció haber

detectado algún peligro, adoptando al instante una actitud de alerta y mirando nerviosamente a su alrededor. Pero no podían ser ellos la causa de su alerta, pues estaban muy lejos y el viento era favorable a su posición. El animal oteaba nervioso los efluvios que le llegaban en un intento de localizar el peligro que presentía. Los tres muchachos tendidos sobre el suelo, estaban atentos al animal porque ellos también comenzaron a intuir el peligro sin saber en qué consistía ni por donde podía presentarse.

De repente, el sonido silbante de algo que rozaba con el aire anunció el lanzamiento de una lanza que partió de la espesura, pasando de parte a parte al animal que murió en el acto. A los pocos instantes, de entre la maleza aparecieron tres hombres riendo y dándose palmadas entre ellos. Rodearon al jabalí abatido, y entre los tres lo pusieron sobre una gruesa rama, después de atarle manos y pies para usarlos a modo de asas para su transporte.

Rodrigo, Mahoma y Abraham observaban todo en silencio y con el corazón sobrecogido. Rodrigo tenía su mano derecha cerrada sobre la empuñadura de su cuchillo. ¿Serian aquellos hombres miembros de las bandas de las que les hablaba Simón? se preguntaba. Los tres hombres habían desaparecido llevándose al jabalí que por su tamaño rondaría los setenta kilos. Pasado un rato, dejaron de oír sus voces, risas y comentarios, por lo que se incorporaron y con suma precaución se encaminaron hacia la cueva de Simón.

Cuando llegaron a la altura de la entrada camuflada por el ramaje, miraron a izquierda y derecha, para cerciorarse de que no había nadie en los alrededores. Esperaron unos instantes atentos a

cualquier sonido ruido o movimiento. Cuando llegaron a la conclusión de que estaban solos, apartaron con cuidado el ramaje y penetraron dentro. No se atrevieron a llamar en voz alta a Simón, por si los desconocidos andaban cerca y pudieran escucharles.

La cueva estaba vacía y no había rastro de Simón. En el fuego, crepitaba un enorme tronco, junto a otros más pequeños. Las llamaradas del conjunto proporcionaban luz y calor al interior. Las piedras y troncos que hacían las veces de asientos estaban dispuestos alrededor del fuego, señal inequívoca de que Simón les estaba esperando. Ante la ausencia del propietario, se dedicaron a observar con detalle la cueva mientras esperaban su llegada. Simón había practicado en las paredes unas oquedades que tenían diversas funciones en la organización del interior de aquella vivienda. Huecos que servían como alacenas donde depositaba la comida y los utensilios que utilizaba para diferentes fines como, comer, coser y cortar. Hasta había clavado unos palos entre las rendijas de la piedra de la pared sobre las que colgaban ropas, bolsas, calzados y diversos objetos. Era evidente que el orden imperaba en el interior de la cueva y en la mente de su morador.

Cercano al fuego, había amontonadas y entrelazadas a modo de nido de pájaros un gran número de ramas finas, y sobre ellas, había depositado unas pieles y algunas ropas a modo de camastro donde dormir con cierta comodidad. Junto a la cama había una pequeña oquedad, donde Simón tenía depositados tres libros. Rodrigo los ojeó brevemente. Uno era un Corán y estaba escrito en árabe. El segundo era un libro de oraciones, similar

al que utilizaba su hermano en Santa María la Mayor. El tercero no supo lo que era. No conocía aquellos caracteres ni lo que en ellos se decía. Abraham le explicó que era un *Sidur*, el Libro de las Oraciones que utilizaban los judíos.

— Nosotros tenemos uno parecido a éste en casa.

— Qué curioso, un libro de cada religión —dijo Rodrigo, dejándolos en su sitio, tal como se los encontraron.

El tiempo pasaba y Simón no aparecía. Aquella tardanza empezó a preocupar a los tres jóvenes quienes decidieron salir en su busca. Con gente extraña merodeando por los alrededores era posible que le hubiera sucedido algún percance. Cuando se disponían a salir, oyeron cómo alguien, desde fuera, desplazaba los arbustos y penetraba en la cueva. Se trataba de Simón.

— ¡Simón! —exclamaron a la vez los tres muchachos. Simón se estremeció del susto.

— ¡Ah, estáis aquí! ¡Dios sea alabado!

— ¿Qué pasa? —preguntó Mahoma.

— Desde hace algunos días, hay tres hombres acampados no muy lejos de aquí. Me los encontré por casualidad durante uno de mis paseos. Desde luego, silenciosos no son mucho.

— ¡Y que lo digas! —replicó Rodrigo.

— ¿Es que acaso os habéis topado con ellos? — preguntó preocupado Simón.

— No exactamente. Cuando veníamos hacia aquí hemos visto a lo lejos un jabalí. Y cuando nos disponíamos a lanzarle alguna flecha, de repente una lanza ha salido de la espesura y ha atravesado al animal —dijo Rodrigo—. Y tras la lanza han aparecido tres hombres llevándose el jabalí.

— Son granadinos —dijo Simón.

— ¿Cómo lo sabes? —preguntó Abraham.

— Porque entiendo su lengua —Rodrigo pensó en el libro en árabe que guardaba junto a la cama–. Se encuentran aquí de paso. Según parece están vigilando a alguien llamado Pedro Sánchez y al Justicia de Barbastro.

— ¿Al Justicia? —se preguntaron los tres muchachos— ¡No querrán asesinarlo! —dijo espantado Mahoma.

— No me lo parece —dijo Simón—. Solo hablan de vigilar sus pasos. ¡Ah! y algo sobre caballos andaluces —terminó.

— ¿Caballos andaluces? —dijo Abraham.

— Sí. Pero una cosa es segura. Nada tienen que ver con las bandas que asaltan caminos. Más bien me parece a mí que son *ascaries* del Sultán de Granada.

— ¿*Ascaries*? ¿Qué es eso? —preguntó Rodrigo.

— Soldados del Sultán —explicó Simón.

— ¿Y qué pueden hacer en Barbastro tan lejos de Granada? —volvió a preguntar Rodrigo, a quien se le erizaba el vello de los brazos de emoción, porque intuía en todo aquello algo misterioso y apasionante.

— No tengo ni idea, pero realmente es muy extraño. Bueno, supongo que habréis venido a oír el final de mi historia, ¿no? —dijo sonriendo.

— ¡Naturalmente! —respondieron—. Pero antes vamos a tomar un bocado. ¿Has visto la caza que llevamos hoy? —preguntó Mahoma.

— Ciertamente, Dios ha sido bondadoso con vosotros. Os habéis debido de portar bien para tanta recompensa.

Prepararon el almuerzo mientras siguieron comentando la extraña presencia de los granadinos. Cada cual expuso su teoría. A Simón, aquella presencia le producía temor, pero no les dijo nada a

sus amigos. Una vez terminado el ágape, ocupó cada uno el lugar que ocupaba la última vez y se dispusieron a retomar la historia en el punto en el que había quedado.

— Nos habíamos quedado en el momento en que Abú al-Nuaym fue adquirido por un comerciante cristiano. Éste le dispensaba un trato afectuoso pues reconocía su valía y la bondad de su corazón. No ocurría lo mismo con su hijo y esposa, que a cada instante que pasaba añadían más odio en su mente y en su alma contra el esclavo. Como decía, Abú al—Nuaym fue instruido en el cristianismo por un monje que apreciaba al muchacho y con el que pasaba largas jornadas departiendo y comentando los preceptos de fe desde la perspectiva del islam y la cristiana. Nunca había tenido un discípulo tan inteligente y con tanta formación, y la simple conversación le servía de solaz y descanso para su alma y su mente. Pero Dios tenía sus propios planes, y un día que el comerciante estaba de viaje, su caravana fue atacada por unos ladrones, con tan mala fortuna, que al espantarse la mula en la que montaba, cayó al suelo rompiéndose la cabeza y muriendo en el acto como resultado del golpe. Ni que decir tiene que la vida de Abú al-Nuaym cambió radicalmente. A los tres días, una vez acabado el tiempo de duelo, fue vendido como esclavo a un judío de nombre Juçef. Éste necesitaba a alguien que tuviese algunas luces en su cerebro para encargarle que llevara la contabilidad de su negocio de guarnicionería. Cuando se enteró de que Abú al-Nuaym leía y escribía correctamente, incluido el árabe, no se lo pensó dos veces. Además, era tanto el deseo de la viuda de desprenderse de Abú al-Nuaym que prácticamente lo dio regalado. El viejo judío aprovechó la ocasión sin dudar. Una vez en su casa,

ordenó que lo lavaran y le dieran ropa nueva. Cuando entre sus viejas y desaliñadas ropas apareció la bolsa de cuero adherida a su cuerpo por unas correas, Juçef, examinó detalladamente el libro que contenía, encontrándolo hermoso. Le preguntó que era aquello, y Abú al-Nuaym le dijo que era un Corán. Volvió a meter el libro en la bolsa y se lo entregó al muchacho. Lo primero que determinó fue cambiarle el nombre, por lo que estuvo un buen rato pensando nombres hasta que finalmente se decidió por uno. Su nuevo nombre sería Simón.

Hizo un inciso para mirar el efecto que aquel nombre producía en sus oyentes. Estos dieron un respingo. ¡Acababan de caer en la cuenta de que Simón les estaba contando su propia historia! ¡Hasta tal punto se habían sumergido en la historia que habían olvidado este pequeño detalle!

— Abú al-Nuaym, ahora llamado Simón, comenzó su andadura en casa del judío con cierto temor. Se decían cosas horribles de los judíos en su tierra granadina. Pero pronto se dio cuenta de que aquel hombre, o bien era la excepción, o las habladurías sobre los judíos eran absolutas falacias. Con el tiempo llegó a la conclusión de que en efecto, las habladurías eran absolutamente falsas y tendenciosas. Su aprendizaje fue sorprendentemente rápido. El judío le propuso estudiar la lengua y costumbres hebreas, a lo que Simón dio su conformidad inmediata. Así es que a partir de aquel momento, empezó a frecuentar la Sinagoga donde fue puesto al día de las costumbres y ritos hebreos. Con el tiempo, comenzó a leer y escribir en la lengua mosaica ante la satisfacción de la comunidad judía. Y al igual que había ocurrido en las veces anteriores, aprendió que había cosas en las que las tres

religiones coincidían absolutamente. Y todavía entendía menos por qué las tres se auto-excluían mutuamente. Sin embargo, la vida del creyente judío estaba muy encorsetada por los numerosos preceptos que interactuaban sobre la actividad diaria de las personas, cosa que no ocurría con los musulmanes y los cristianos. Pero a nivel de conceptos, era de una riqueza extraordinaria.

Simón hizo una parada en el relato para acudir en ayuda del fuego y poner algunos troncos más encima de las brasas, tarea a la que le ayudaron los tres muchachos. Al poco tiempo se recuperó el fuego, y las llamas proporcionaron nueva luz y calor. Cada uno volvió a su posición en torno al fuego, para seguir escuchando aquella apasionante historia.

— Así pasaron unos años muy felices. Un día a aquel anciano me lo encontré muerto en su lecho. En su mano todavía caliente, tenía un libro y un documento en el que se podía ver claramente mi nombre: en él, me liberaba de mi condición de esclavo, siendo un hombre libre a partir de aquel momento. Cuando lo enterraron, su casa se llenó de sus amigos, pues con este título se presentaban, llevándose los enseres y cuanto había en la casa. Yo ya me había adelantado habiendo cogido el libro, su favorito, el que tenía entre sus manos. En Toledo las cosas se estaban poniendo difíciles para todos, pero especialmente para los moros y judíos. Decidí refugiarme en tierras de Aragón, donde sabía que los moros y judíos estaban bajo la protección real. Decidí adentrarme en estas tierras y no parar hasta encontrar un lugar que me agradara. Y ya sabéis cual fue —Simón se acercó al lugar donde tenía los tres libros y se los mostró a sus amigos.

— Aquí tenéis tres libros. Los tres forman parte de mí. Los tres son irreconciliables desde la perspectiva de sus sumos sacerdotes: El Corán, El libro de la Oraciones y El Libro de Oraciones. Para mí, en ellos reside lo mejor de las tres religiones. Y no veo razón alguna para prescindir de sus enseñanzas. Son mis libros de cabecera y los leo y releo cuando mis fuerzas flaquean. No podéis imaginar el bien que me produce su lectura.

Los libros fueron pasando de mano en mano siendo ojeados por los jóvenes. Luego se los devolvieron a Simón quien los depositó en el lugar de donde los había cogido. Se hizo un silencio que rompió Rodrigo.

— ¿Es este el Corán de tu madre? —preguntó Mahoma. Simón se fue a un lado de la cueva, y volvió con una bolsa de cuero. De ella sacó un libro magníficamente cuidado y en sus tapas podían verse una intrincada caligrafía islámica dibujada con vistosos colores. La mostró a sus amigos y la volvió a guardar en la bolsa.

— ¿Y qué fue de tu madre y del general?

— Lo desconozco. Después de tantos años y tantos sobresaltos, no me fue posible indagar el destino de mi madre y mi abuelo —dijo Simón—. Desconozco si ella vive en la actualidad.

— ¿Y no puedes ir a verla? —preguntó Mahoma— A ti te sería fácil, conociendo como conoces su idioma.

— Ya me gustaría. Pero no sé si serviría de mucho. El camino es peligroso y no sé ni siquiera si llegaría.

— Pues yo lo intentaría —dijo Rodrigo. Abraham y Mahoma asintieron con la cabeza.

— Tu sí, porque eres un hombre de acción, pero yo nunca he sido muy dotado para andar por los

caminos solo. Hasta llegar aquí, siempre lo hice en compañía de alguien que iba más o menos en la dirección que yo quería ir. Yo solo no habría llegado nunca.

La conversación había llegado a su fin aunque con un cierto regusto amargo. En silencio, los muchachos fueron recogiendo sus cosas ante la apenada mirada de Simón. Luego se despidieron y salieron de la cueva camino de sus casas. Fuera todavía había luz.

Capítulo 15

BARBASTRO
Lunes, 13 de febrero, 1318
Yawn al—Ithnayn, 10 de Dhu al—Hijjah 717
Yom Sheni, 11 de Adar 5078

Desde muy temprano, la familia de Mahoma Avintarí, estaba ocupada en una gran actividad. Todos ellos se habían vestido con sus mejores ropas. Todos los vestidos que iban a utilizar eran de preceptivo estreno, confeccionados por Axa y su hija durante todo el año. La festividad del *Eid al-Adha*[29] exigía que ese día todos se lavasen el cuerpo completamente y quienes su economía se les permitiese, vistiesen ropas nuevas. Todos se lavaron en la gran tina con agua caliente. Primero los hombres y después las mujeres. Desde muy primeras horas, casi de madrugada, Axa y su hija Fátima, ayudada por Brahim y Mahoma, habían comenzado a calentar agua en unos enormes calderos de cobre. Tras el baño, comenzaron a vestirse con parsimonia y viviendo con solemnidad el momento. Era el único día del año en el que se estrenaba ropa. La ropa interior de los hombres consistía en unos *tubban*[30],

---

[29] Eid al Adha o Aid al—Adha (عيد الأضحى), que podría traducirse como Celebración del Sacrificio es la festividad Mayor de los musulmanes (o Aid—al Kebir (Fiesta Grande1) que conmemora el pasaje recogido tanto en la Biblia como el Corán, en el que se muestra la voluntad de Abraham (Ibrahim) de sacrificar a su hijo como un acto de obediencia a Dios, antes de que Dios interviniera para proporcionarle un cordero y que sacrificara a este animal en su lugar.

[30] Calzoncillos.

anudados a la cintura y terminados en un doblez bajo la rodilla. En los pies, unas calzas que llegaban hasta la rodilla sujetadas con un cordoncillo. Cubriendo el torso y directamente sobre la piel, una *qamis*[31], que llegaba hasta las rodillas. Una *jubba*[32] con mangas que se iban ensanchando desde las axilas hasta las manos, cubriéndolas, era la prenda exterior que cubría las prendas anteriores. La de Mahoma Avintarí, estaba abierta por delante y sus mangas estaban adornadas con unas bandas de seda en la que se habían bordado unos intrincados dibujos. Las de Alí, Brahim y Mahoma, eran más sencillas y no se abrían por delante. En cuanto al color, la túnica del padre era verde, y la de sus hijos de color amarillo. Para protegerse del frío, unos capotes con capucha, de color marrón. Y en la cabeza, turbantes del mismo color que los capotes. Las mujeres, utilizaban una ropa interior semejante a la de los hombres. Utilizaban la *qamis* por encima del *sarawil*[33]. Como vestido, llevaban unas *jubbas* con mangas estrechas y ribeteadas con bandas bordadas. La j*ubba* de Axa era de color azul y las de sus hijas, al igual que sus hermanos, amarillas. Para protegerse del frío, se cubrieron con unos paños grandes rectangulares que llegaban hasta los pies, con los que resguardaron sus cabezas y hombros. Para completar el atuendo, un pañuelo recogía el pelo y lo ataban por debajo de la barbilla. Los hombres calzaban botas de cuero y las mujeres sandalias con suelas de esparto. Además Axa y sus hijas, se habían maquillado unas a otras con polvos de *khol*[34] y *henna*[35].

---

[31] Camisa larga

[32] Túnica larga de cuello redondo que llegaba hasta los pies

[33] Calzones anchos que llegaban hasta los pies.

[34] Cosmético a base de galena molida y otros ingredientes, usado principalmente por las mujeres de Oriente Medio, Norte de África, África subsahariana y Sur de Asia, y en menor medida por los hombres, para

La festividad del *Eid al-Adha* era la más importante del calendario musulmán, junto con el *Ramadán*[36]. Los cristianos la conocían como la Fiesta del Cordero. En ella, los musulmanes representaban con la ofrenda de un sacrificio animal (comúnmente una vaca o un cordero), una muestra de gratitud a Dios por salvar la vida de Ismael, hijo del profeta Abraham. La carne del animal era dividida en tres partes: una para la persona que obsequia el cordero, otra para repartir entre sus parientes y el último tercio para los necesitados, independientemente de su religión, raza o nacionalidad.

Cuando todos estuvieron preparados, se dirigieron juntos a la Mezquita. Allí estaban esperando Rodrigo y Abraham, quienes habían sido invitados por los Avintarí. Haym, el maestro, les había concedido el día de fiesta a condición de que otro día le devolvieran el día de trabajo regalado. Tras realizar la *gusl*[37], recitaron una serie de oraciones bajo la mirada atenta de Rodrigo y Abraham que asistían a la festividad religiosa descalzos como todos los demás, esperando en el fondo de la mezquita a que terminasen los oficios

---

oscurecer los párpados y como máscara de ojos. Puede ser negro o gris, dependiendo de las mezclas utilizadas.

[35] Se trata de un arbusto de unos dos metros de altura, ramoso, con hojas casi persistentes, opuestas, aovadas, lisas y lustrosas; flores pequeñas, blancas y olorosas, en racimos terminales, y por frutos bayas negras, redondas y del tamaño de un guisante. Sus hojas, recogidas en primavera, secadas después al aire libre y reducido a polvo sirven para teñir. Este polvo también recibe el nombre de alheña.

[36] **Ramadán** (en árabe رَمَضَان ramaḍān) es el noveno mes del calendario musulmán, conocido internacionalmente por ser el mes en el que los musulmanes por su fe y por sus creencias practican el ayuno diario desde el alba hasta que se pone el sol.

[37] Ablución Mayor.

religiosos. Todos los presentes recitaron los versículos que solo se cantaban durante las dos fiestas anuales y en los enterramientos. Los musulmanes glorificaron a *Allah* hasta que el imán inició la oración recitando los siete *takbir*[38] y realizando dos *rakáa*[39].

Tras los rezos, el *imam*[40] pronunció una *jutba*[41] a los miembros de la comunidad allí presentes. Por último, una vez acabada la reunión, los asistentes se besaron en señal de hermanamiento y se felicitaron por la fiesta. Nadie reparó en tres desconocidos situados al fondo, medio ocultos por las columnas, que asistían con fervor a los rezos y cantos del *imam* cuya respuesta iniciaba el *muecín*, junto al resto de presentes.

De regreso a casa, se reunieron en el comedor donde, situada en el centro de la sala, había una mesa baja repleta de platos con todo tipo de alimentos, condimentados en días precedentes. Tras musitar de pie unas oraciones, tomaron asiento sobre los cojines y se dispusieron a dar buena cuenta de lo que había sobre la mesa. En todo Barbastro se oían tañidos de laudes y cánticos procedentes de la *aljama*. Los Avintarí, en especial Fátima, entonaron sus canciones, acompañados por un *Rabé* morisco

---

[38] ***Al·lahu—àkbar*** (en árabe: **الله أكبر**, *Allāhu akbar*, «Dios es [el] más grande») también llamada ***takbir*** (en árabe: **تكبير**, *takbīr*) y ***tekbir*** es una profesión de fe del islam muy utilizada en el mundo musulmán como exclamación informal y expresión formal de fe.

[39] Porsternaciones.

[40] Un **imán** (del árabe: إمام, imām, "que predica la fe"), también escrito como **imam**, suele ser generalmente la persona que dirige la oración colectiva en el islam.

[41] El ***jutba*** (en árabe خطبة, *ẖuṭba*, /jútba/, 'sermón') es el sermón del *jatib*. Funciona como la principal ocasión formal para la predicación pública en la tradición islámica.

tocado por Axa, elevando en varios grados la alegría de todos los presentes. Luego comenzaron las visitas protocolarias de vecinos a los que se les obsequiaba con pastas. Ellos mismos hicieron lo propio con los suyos, llegando al final de la jornada realmente cansados pero felices. Para Rodrigo y Abraham, aquella era la primera vez que participaban como un *muslim* más en la Fiesta del Cordero. Resultó ser una experiencia inolvidable.

Vidal Comparat seguía dándole vueltas en la cabeza al comentario que le había hecho su hijo cuando regresó de cazar por los alrededores de Barbastro. A la extraordinaria historia que les había referido sobre su nuevo amigo Simón, se añadió la del encuentro con los tres hombres, que a decir del eremita, estaban vigilando a Pedro Sánchez y, nada menos, a Juan Marqués, el Justicia de Barbastro. Pero todo ello con ser muy sorprendente, lo que realmente le llamó extraordinariamente la atención, fue el comentario sobre los caballos andaluces. Toda aquella información se complementaba con otra que le había llegado por otro conducto y que había juzgado absurda. Pero tras oír el comentario de su hijo, sus sentidos se habían puesto en alerta. Algunos días antes, le había llegado la noticia de que en algún lugar de los alrededores de Barbastro habían sido vistos en un cercado, un buen número de caballos extraordinariamente bellos por sus andares y señorial porte. Nunca se habían visto ejemplares de tales características por Barbastro. Vidal tenía un negocio de équidos que alquilaba a todo aquel que tuviera necesidad de animales para realizar cualquier transporte o traslado. No se veía amenazado por la posible competencia de aquellos extraordinarios caballos, pero no dejaba de ser una pequeña

incomodidad. Dio la noticia al olvido hasta que oyó a su hijo nombrar a los caballos andaluces. Estos caballos encajaban plenamente en la descripción que le habían hecho de aquellos animales que holgaban en una cerca. ¿Qué hacían unos caballos andaluces en Barbastro? ¿Y qué pintaba el Justicia en todo ello? Pensó en Pedro Sánchez y su vinculación con el Justicia, de la que se hablaba mucho en la ciudad, pero si en boca de aquellos extranjeros se mencionaban juntos a los dos, la cosa era para tener en cuenta. Se dijo a sí mismo que tendría que indagar discretamente aquel cúmulo de coincidencias que no presagiaban nada bueno.

Con motivo de la festividad del cordero, la actividad en el mercado local aquel día había decaído bastante. Los moros abastecían mayoritariamente al mercado con los productos de sus huertas además de ser clientes habituales. Como el resto de vecinos sabían de la festividad mora, muchos ya no se acercaron a la plaza. Sin embargo aquellos tres hombres que se paseaban de puesto en puesto comprando diversos productos hortícolas, parecían divertidos. Miraban con atención las casas y las construcciones que circundaban la plaza donde estaba ubicado el mercado. Ellos también deberían estar celebrando el *Eid al—Adha*, pero su misión no les permitía hacerlo. Habían asistido discretamente a los actos religiosos de la Mezquita y en eso iba a quedar su celebración. Contaron unos ciento cincuenta asistentes a los oficios.

Tras observar sin detenerse la mercancía de varios puestos, se detuvieron ante la tienda de un guarnicionero judío, donde observaron durante un buen rato los objetos que había sobre el amplio

mostrador bajo la atenta y disimulada mirada de su propietario, quien no les quitaba un ojo de encima mientras cogían una cosa y la dejaban para tomar otra. Al final, los nervios pudieron con el pobre comerciante, quien plantándose delante de ellos, les preguntó si se lo iban a llevar. La negativa respuesta fue correspondida por el judío arrebatándoles las piezas que tenían en las manos y dejándolas en su lugar. Ante tal grado de hostilidad, los tres hombres optaron por seguir su paseo por los puestos, abandonando la tienda, lo que tranquilizó al comerciante. Se acercaron a otro donde había expuestos un gran número de copas, vasos, tinajas, calderos, espadas, cuchillos y un innumerable conjunto de cosas. Los había de barro, de madera, de cuero y también los había de metal, hierro, acero y algunos de ellos de plata.

En aquel momento, un cliente examinaba una espada de acero, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Uno de los tres hombres vio algo que pareció interesarle por lo que extendió el brazo por delante del cliente absorto dejando al descubierto una terrible cicatriz, en un intento de hacerse con un cuchillo de afilada hoja. Pedro Sánchez, sintió la proximidad del hombre e hizo un intento para apartarse, pero no fue necesario porque por delante de sus ojos paso un brazo que mostraba una cicatriz enorme y un segundo más tarde se retiraba portando un cuchillo. Instintivamente se volvió y por un instante se cruzó la mirada de los dos hombres. Cada cual siguió examinando el objeto de su interés.

Pero por alguna razón, Pedro Sánchez ya no pudo concentrarse en la espada. Algo había despertado en su interior, pugnando por decirle algo. Pero no sabía

qué. Dejo la espada displicentemente y abandonó el puesto dirigiéndose hacia otro punto del mercado.

Capítulo 16

BARBASTRO
Jueves, 16 de febrero, 1318
Yawn al—Khamis, 13 de Dhu al—Hijjah 717
Yom Chamishi, 14 de Adar 5078

La comunidad judía conmemoraba el milagro relatado en *El Libro de Ester* en el que se narra cómo los judíos se salvaron de ser aniquilados bajo el mandato del rey persa *Asuero*[42], en el 450 a.c. Conocida como la festividad del *Purim*[43], la ley hebraica imponía la obligación de ayunar y orar en la víspera, en recuerdo de aquellos judíos persas que ayunaron para que Dios les salvara del inminente conflicto que conllevaría su aniquilación y exterminio por parte de Amán y sus seguidores. En la sinagoga, a la que había asistido toda la comunidad judía de Barbastro incluidos los niños, se leyó la *Meguilá* a toda velocidad, como mandaba la tradición, acompañada por los ruidos de las matracas que los asistentes hacían sonar cada vez que se pronunciaba el nombre de Amán, para evitar que dicho nombre

---

[42] **Asuero** (hebreo: אחשורוש) es el nombre que recibe en el libro bíblico de Ester el Rey con quien ella contrae matrimonio por consejo de su tutor y primo Mardoqueo. Se le ha identificado con Jerjes I.

[43] La fiesta de **Purim** (en hebreo:**פורים**, Pûrîm = suertes) es una festividad judía, (y vista por algunas comunidades cristianas protestantes) que es celebrada anualmente el 14 del mes judío de Adar (o 15 de Adar en las ciudades amuralladas) en conmemoración del milagro relatado en el Libro de Ester en el que los judíos se salvaron de ser aniquilados bajo el mandato del rey persa Asuero, identificado por algunos historiadores como Jerjes I, alrededor del 450 a. C.

pudiera ser escuchado. Los niños se aplicaban con verdadera ilusión a hacer girar sus matracas a toda la velocidad de la que eran capaces y producir el mayor ruido posible bajo las miradas complacientes de sus padres y resto de los presentes. Una vez de regreso en casa se solía tomar unos duces confeccionados especialmente para esta fiesta que se conocían como Orejas de Aman, se bebía vino y se recitaban cánticos, entre ellos, la plegaria conocida como *Shoshanat Ya'akov*. Para finalizar, se repartían regalos entre los niños y los amigos.

Rodrigo y Mahoma asistieron a la fiesta, como invitados de Abraham, recibiendo sus correspondientes regalos por parte de este. Sin embargo, Rodrigo se vio sorprendido con un regalo de Karin, consistente en una bufanda confeccionada con tela de algodón, adornada con bordados de caracteres hebreos. Tras ello, se inició la comida entre todos los asistentes. Después de comer, los jóvenes se reunieron en la planta baja donde Vidal Comparat tenía una especie de almacén en el que albergaba utensilios de labranza, grano, semillas y numerosos tarros de conservas. A un lado, unas estanterías estaban repletas de objetos de guarnicionería y arreos de caballería, sillas de montar, estribos y correas de cuero para riendas. También tenía una enorme cuba de doscientas arrobas conteniendo un vino especial elaborado por el Rabí, siguiendo las más estrictas normas *kosher*, en el que no se incluía absolutamente ningún elemento que no fuera de la propia uva ni era manipulado por ninguna persona no judía. Se utilizaba en las ocasiones especiales, en los que era preceptivo tomar este vino. Como casi siempre, los

participantes en el juego hacían un corro y jugaban al trompo con una peonza de madera.

Juan Marqués estaba reunido en su casa con Pedro Sánchez, planificando el nuevo viaje a Granada para traer nuevos caballos. En esta ocasión sospechaban que los problemas serían mayores porque la complejidad del negocio era superior al tratarse de un mayor número de animales, debido a la gran demanda de caballos recibida de los nobles y ricos—hombres. Por otro lado, no esperaban tener el golpe de suerte que tuvieron la vez anterior al comprar tan barato.

El viaje sería largo, sinuoso y peligroso. En esta ocasión, Pedro iría acompañado por veinte hombres, capaces de hacer frente a cualquier situación peligrosa. El motivo aparente sería el de siempre: un grupo de comerciantes que vendían aceite, curtidos, salazones, pieles, cerámicas y una variopinta y extensa colección de artículos, recorriendo las rutas de la Corona de Aragón y reinos colindantes. Se desplazarían en mulos y acémilas cargadas hasta los topes para no levantar sospechas. Una vez en la frontera con el reino granadino, Pedro Sánchez seguiría su camino junto con dos o tres hombres hacia Granada para contactar con el intermediario, que no era sino un funcionario corrupto de la administración nazarí. El resto esperarían en Huéscar, preparando unos corrales lo suficientemente grandes como para albergar unos doscientos caballos. Deberían tener mucho cuidado y estar siempre atentos ante lo inesperado.

Pedro le comentó al Justicia las sensaciones extrañas que había sentido en un encuentro casual

con un hombre en un puesto del mercado, que añadía más sensaciones a las que ya tenía sobre que lo estaban siguiendo desde que abandonara Huéscar.

— ¿Pero les viste en alguna ocasión durante el viaje de regreso? —preguntó el Justicia.

— No, y eso es lo inquietante. Es una sensación que no puedo concretar en algún hecho puntual. Pero pondría la mano en el fuego de que alguien nos seguía. Tal vez esperaban encontrar el momento ideal para atacarnos y no lo encontraron en todo el camino. La verdad es que tomamos muchas precauciones. Y luego está el hombre en la plaza del mercado. No sé si ambas cosas están relacionadas, pero desde luego, si me lo echo a la cara otra vez no dejaré de reconocerlo. Mirada profunda y ojos negros como el azabache.

— Toma toda clase de precauciones. Y si la cosa se complica extraordinariamente, no se os ocurra exponer la vida. Os volvéis y listo.

— Por la cuenta que me trae, te garantizo que tomaré todas las medidas que se me ocurran. Pueden ser también figuraciones mías. Al fin y al cabo estábamos corriendo un gran riesgo al traer aquellos caballos. Tal vez sean figuraciones mías.

— Pues que sea eso —terminó Juan Marqués— ¿Ahora qué es lo primero que vas a hacer?

— Contratar a una veintena de hombres y las correspondientes mulas y acémilas. Eso me llevará unos cuantos días, además de adquirir los productos para la venta de camuflaje.

— Pues que tengas suerte. Nos veremos cuando tengas todo preparado para la marcha —dijo Juan Marqués levantándose.

— Hasta entonces —dijo Pedro Sánchez abandonando el despacho del Justicia en el Concejo de la ciudad.

Mahoma Avintarí se encontraba en la Mezquita donde había sido requerido por un asunto interno de la a*ljama*. Al parecer uno de sus miembros acusaba a otro de haberle robado una tinaja con aceite. Aquel tipo de asuntos no le gustaban nada a Mahoma, porque normalmente no había testigos y de esa forma era difícil tomar decisiones.

— Había sacado la tinaja a la calle, porque estaba limpiando el zaguán, y junto con la tinaja también saqué unos sacos y unas herramientas. Cuando terminé de limpiar el zaguán, volví a meter cada cosa dentro hasta que le llegó el turno a la tina. Cuando fui a buscarla, había desaparecido. No estaba. Busqué y busqué y no pude hallarla. Pedí a *Allah* que me ayudara a encontrarla y para apoyar mi petición, entregué una cantidad para limosna en la Mezquita. Y *Allah* que todo lo puede, me escuchó. Habían pasado varios días cuando, paseando por la calle Mayor vi una puerta abierta y de forma distraída miré en su interior y cuál no sería mi sorpresa cuando vi la tina dentro. Esa tina era inconfundible, pues llevaba las marcas de unas reparaciones que tuve que hacer. Volví a mirar para asegurarme que era la mía y no acusar en falso como prohíbe el profeta. Y sin lugar a dudas digo, que esa tina era la que me había desaparecido. Y aquí estoy, para exigir justicia y que se me reponga la tinaja y el aceite que contenía, que en el momento de su desaparición estaba completamente llena —dijo Ahmed, que así se llamaba el hombre.

Mahoma escuchó el relato en silencio y cuando terminó, le preguntó por el nombre de la persona que, según él, tenía en su poder la tina. El acusador le dio el nombre y la dirección.

— ¿Y cómo crees que ha llegado la tinaja a ese zaguán? —preguntó Mahoma— Quien vive allí no es moro y no creo yo que sea el que te ha robado la tinaja de aceite.

— Tal vez el que me la robó a mí se la vendió a esa gente —dijo el atribulado Ahmed.

Mahoma, le despidió diciéndole que cuando se hubieran hecho las gestiones oportunas sería convocado a la Mezquita. Mahoma sabía que quien vivía en aquella casa era uno de los más ricos de Barbastro, un judío converso. Convenía andarse con cuidado para no irritar a gente poderosa. Y aquel era bastante poderoso.

Por la tarde, se personó en la calle Mayor, delante de la puerta de una casa de tres pisos. La puerta estaba abierta, y al fondo, tal y como decía Ahmed, podía verse una enorme tinaja. Cruzó el umbral de la puerta y dio alguna voz para que saliera alguien a su encuentro. Pasados unos instantes, una señora de cierta edad bajó por las escaleras.

— ¿Que deseáis?

— Quisiera ver al Señor de la Casa, si es posible.

— ¿Y quién pregunta por él?

— Soy Mahoma Avintarí, Adelantado de la a*ljama* mora de Barbastro. Quería hablar sobre un asunto un tanto delicado con vuestro señor.

La mujer, volvió a subir por las escaleras en busca del dueño de la casa. Al rato, apareció de nuevo en lo alto de la escalera, haciéndole señas a Mahoma de que subiera.

— Ahora el señor de Santangel, le recibirá —dijo señalándole un sillón que había en una antesala que daba a un salón.

— De acuerdo —respondió Mahoma, sentándose en el amplio sillón.

Tras unos momentos de espera, la gran puerta que daba al salón se abrió de par en par, apareciendo un hombre de gran altura y bastante delgado. Llevaba barba muy cuidada y abundante pelo que le caía por la espalda. Con un ademán, indico a Mahoma que pasara. Ambos se dirigieron hacia la mesa, sentándose frente por frente en dos sillas que había junto a la misma.

— ¿Que os trae por mi casa? —preguntó Fernando de Santangel.

— Veréis señor. Es un asunto un tanto delicado — Mahoma estaba empezando a arrepentirse de haber realizado aquella visita.

— Bueno. Comenzad vuestra exposición y veremos lo delicado del tema.

— El caso es que cuando he entrado en vuestra casa, he visto una enorme tinaja, que según un miembro de mi *aljama*, le pertenece, porque le desapareció hace unos días de la puerta de su casa mientras limpiaba el zaguán. Según parece, antes de presentar su denuncia ante el consejo de la *aljama*, comprobó que la tinaja presentaba unas marcas debido a unas reparaciones que había hecho hacía algún tiempo.

Fernando de Santangel, comenzó a cambiar el gesto. ¿Cómo era posible que aquel hombre viniera a su casa a acusarle de haber robado una tinaja? ¿Y de qué tinaja se trataba? Ni siquiera había reparado en que hubiera una tinaja en el patio de entrada. Mahoma se dio cuenta del cambio de humor de su interlocutor.

— Naturalmente, señor de Santangel, ni por un momento he pensado que vos seáis conocedor de semejante suceso. Tan solo señor, comprended que tenía que hablar con su señoría para que me permitiera hablar con la persona que me indiquéis y que pueda aclarar si esa tinaja es la que dice ser el miembro de mi *aljama*. Tengo la absoluta seguridad de que debe existir una razón que explique con normalidad la presencia de esa tinaja en esta casa, en el caso de que sea la del objeto de la disputa. En caso contrario, os aseguro que Ahmed será castigado como se merece y como exige el profeta, por denunciar falsamente —dijo Mahoma quien rezaba porque Santangel aceptara sus explicaciones y no montara en cólera.

Éste decidió enviar al Adelantado de la *aljama* a hablar con su capataz. Cogió una campanilla y la agitó con energía. A los pocos momentos aparecía la señora que lo había recibido.

— Llamad a Guillem, el capataz. O mejor, acompañad al señor Mahoma Avintarí junto a él — luego se volvió hacia Mahoma tendiéndole el brazo, dedicándole una forzada sonrisa.

Tras el saludo, tomó asiento en su sillón de trabajo frente a la mesa. La recepción había terminado. Mahoma siguió a la señora pasando por pasillos hasta llegar a un patio interior de la casa, donde en una estancia se encontraba el capataz dando órdenes a unos peones.

Tras la presentación que hizo la criada, Mahoma volvió a explicar al capataz la misión que le había llevado hasta allí.

— Pues es posible que vuestro representado tenga razón, porque esa tinaja apareció inesperadamente una mañana frente a nuestra puerta. Como quiera que la tinaja es bastante grande y molestaba el paso de carros y caballerías por la calle, la entramos en nuestro zaguán hasta el momento de decidir qué íbamos a hacer con ella. Quién la puso allí, no sabemos. La verdad es que me alegro de que haya aparecido su dueño. Podéis venir a llevárosla cuando queráis. —Mahoma se alegró de que todo fuera a resolverse tan fácilmente.

El capataz le llevó ante ella. Mahoma miró en su interior y pudo ver que dentro apenas si había aceite. Quien se había llevado la tinaja había sacado el aceite de su interior y se había desecho de la prueba que podía incriminarle. Ahmed debería conformarse con recuperar la enorme orza. Tras agradecer la atención recibida, Mahoma se dirigió de nuevo hacia la Mezquita para explicar a los miembros del Consejo de la *Aljama*, los pormenores de su visita a Fernando de Santangel y el resultado de su gestión.

Capítulo 17

MONTPELLIER
Lunes, 20 de febrero, 1318
Yawn al—Ithnayn, 17 de Dhu al—Hijjah 717
Yom heni, 18 de Adar 5078

Zaahira se había ganado el cariño de todo el grupo de damas y servidumbre de Teresa de Entenza, además del de la propia señora, cariño que en el caso de esta venía ya de muchos años atrás. Su carácter dulce y complaciente, junto a las habilidades que mostraba en la ejecución de sus labores y tareas le había granjeado el afecto general. En cuanto a su disposición por adquirir nuevos conocimientos era proverbial. Empeñada en aprender a leer y escribir, pasaba muchas horas delante de un libro que le había prestado la Señora para que practicara la lectura ayudada por Geraldona, y en algunas ocasiones, Juan de Aniés, el capellán y en otras, por la propia Teresa. Pasaba largas horas delante de una vela practicando la escritura repitiendo una y otra vez las letras y palabras que veía en el libro. Por ello, sus progresos eran visibles a los ojos de todos. Estaba ilusionada con escribir de su puño y letra la próxima carta que la Señora enviara a Barbastro, para poder contarles todo cuanto le maravillaba de los numerosos viajes que realizaban en sus frecuentes visitas a otras ciudades del sur de Francia.

En Montpellier, como en toda Europa, sorpresivamente las temperaturas estaban siendo bajísimas, produciendo en los campesinos un gran pesar por el pobre resultado de sus cosechas como consecuencia de las fuertes heladas que estaban arruinando los cultivos. Fríos como los que estaban

soportando aquel año no los habían visto nunca, ni siquiera los más antiguos del lugar. Afortunadamente, la bonanza de los años anteriores les había permitido tener reservas de grano y forraje y de otros productos del campo, lo que de momento, paliaban las malas cosechas que se esperaban debido a los intensos fríos. Pero el fantasma del hambre empezaba a asomar por el horizonte.

Esta amenaza que comenzaba a vislumbrarse en un futuro nada lejano, trajo como consecuencia que en las incultas y temerosas almas de los campesinos, bajo su deformada óptica religiosa y azuzados por clérigos alucinados e ineptos gobernantes, comenzó a forjarse la idea de que todo aquello, no era nada más que el resultado de las malas artes de moros y judíos que, con sus prácticas herejes ofendían a Dios y éste a su vez, castigaba a sus hijos con el azote del hambre. Cada vez tenían más claro que Dios les estaba pidiendo que solucionaran aquellas herejías de una vez por todas. Este movimiento de rebeldía estaba en sus inicios, pero amenazaba con extenderse por toda Francia.

Teresa de Entenza se encontraba en su cuarto mes de embarazo y apenas sí se le notaba. Se encontraba perfectamente de salud y eso le permitía desarrollar una enorme actividad personal con las autoridades locales y de las ciudades cercanas celebrando audiencias y recepciones que le proporcionaban información sobre muchos temas importantes y de los que era necesario tener conocimiento, máxime cuando lo que se pretendía era fomentar la presencia de la Corona Aragonesa en el Sur de Francia. Dentro de esta febril actividad, y aprovechando la cercanía de Aviñón, a solo dos o tres días de viaje, Teresa

planificó una visita al papa Juan XXII, al que había enviado unos embajadores con la misión de concertar una audiencia.

De Aragón le llegaban noticias con regularidad, algunas de ellas preocupantes. El infante Jaime, el heredero de la Corona, estaba dispuesto a renunciar al trono para ingresar en un monasterio. Su padre, Jaime II, le rogaba encarecidamente que reflexionase antes de tomar una decisión tan transcendental. Pero la pertinaz actitud del infante no presagiaba nada bueno.

Por su parte, su esposo, el infante Alfonso, que de confirmarse la renuncia de su hermano pasaría a ser el infante heredero de la corona, y por tanto futuro rey, recorría el reino en su calidad de lugarteniente real atendiendo a los innumerables asuntos que se presentaban constantemente. En sus cartas a su esposa, le rogaba encarecidamente que procurase informarse de cuantas más fuentes mejor sobre la actitud y situación del Señorío y de la zona en general, con el fin de anticipar acontecimientos y posibles acciones que podrían producirse por parte del rey de Francia, quien ya había manifestado en repetidas ocasiones su interés por integrar aquellos territorios a su corona. Solo la presencia de Aragón en la zona y sus ejércitos frenaba sus ansias expansionistas. De ahí, el interés que tenía para la Corona la acción diplomática de Teresa de Entenza.

La llegada de Sancho I de Mallorca le fue anunciada a Teresa por los heraldos venidos desde la cercana Palavas. Cuando él hizo acto de presencia en el salón de recepciones, Teresa salió a su encuentro saludándose ambos efusivamente. Sancho I, además

de reinar sobre Mallorca, Menorca (todavía bajo el poder de un soberano musulmán aunque tributaria desde 1231), Ibiza y Formentera, era asimismo señor de los condados del Rosellón y la Cerdaña y los territorios en Occitania: el señorío de Montpellier, el vizcondado de Carlades, en Auvernia, y la baronía de Omelades, contigua a Montpellier. En tanto en cuanto titulares de estos dominios continentales, los reyes de Mallorca eran vasallos de los reyes de Aragón, mediante el tratado de Argiles en 1298.

— ¿Cómo se encuentra mi señora? Me han informado de que estáis embarazada —preguntó Sancho.

— Así es, en efecto. Y me encuentro muy bien. Todo parece ir por el buen camino, Dios mediante. Como veis, apenas sí se me nota pero ya voy por el cuarto mes de embarazo. Si todo va bien, esperamos que para julio tengamos a nuestro hijo.

— Me alegro mucho de que todo os vaya muy bien. Espero que todo se desarrolle felizmente.

— ¿Qué tal viaje habéis tenido? —preguntó Teresa.

— Un poco movido. El viaje en barco hasta Palavas ha sido muy desagradable. Mar picada y agitada. Por el contrario, el camino hasta aquí ha sido muy agradable.

— Mal tiempo el que tenemos por aquí. Bien diferente del que se acostumbra en Mallorca. Desde que comenzó el invierno, este año hemos padecido unas temperaturas bajísimas, amaneciendo todos los días las charcas y las fuentes heladas. Y hasta los ríos, en muchos tramos también se han helado. Y no digamos nada de las cosechas. Las heladas las han mermado casi en su totalidad. Pero tengo entendido que este frío es general en toda Europa. Lo cual es síntoma de negros presagios.

— Ciertamente el frío intenso es lo que hemos notado nada más llegar. Verdaderamente hace un tiempo helador. Y bien mi señora, ¿qué noticias tenemos de nuestro primo el Rey Jaime de Aragón?

— Pues recorriendo el reino como sabéis. Mi suegro, el rey, es un hombre que no se detiene mucho en cualquier lugar. Tiene siempre varios proyectos en la cabeza. Recorriendo el reino sin parar.

— ¿Y vuestro esposo, el Infante Alfonso? Según se dice, será el futuro Alfonso IV, debido a la renuncia de su hermano Jaime.

— Perdonad, pero eso solo es un rumor. Hace mucho tiempo que no veo a mi cuñado, el infante Jaime, y sobre lo que se dice de que quiere ingresar en una orden me extraña muchísimo. En lo que yo recuerdo de su carácter, no es esa precisamente la idea que tengo sobre él, la de un hombre entregado a Dios. Perdonadme si os digo que más bien todo lo contrario. Por eso, ni mi esposo ni yo hacemos mucho caso a esos rumores. Ciertamente que la conducta de Jaime es extraña, eso os lo aseguro, porque nos lo confirma mi suegro, el Rey. Pero de eso a lo otro… —terminó Teresa.

— Esperemos que sea una situación pasajera.

— Y vos, ¿qué me contáis de Mallorca? Tengo entendido que vais a colaborar con mi suegro en la campaña de Cerdeña.

Sancho movió la cabeza a la vez que esbozaba una sonrisa.

— A la fuerza mi querida Teresa, a la fuerza. Vuestro suegro es tozudo como buen aragonés y persiste y persistirá en su idea de incorporar el reino de Mallorca a la Corona Aragonesa. Nunca aceptó el reparto que hizo su abuelo, el Conquistador, por considerarlo injusto. Vi en su firme determinación que, o bien aceptaba contribuir con diez barcos a la

conquista de Cerdeña, o me arriesgaba a que volviera sus ejércitos contra mí. Finalmente estoy convencido de que lo logrará, no sé si él, o alguno de sus descendientes. Querida niña, yo no he nacido para tanta beligerancia —dijo, un tanto abatido.

— Pero ante todo, mi suegro es justo y hará lo que crea lo mejor para la Corona.

Luego hablaron de la situación general de los respectivos reinos y de las relaciones con los vecinos, especialmente con el rey de Francia. Finalmente, Sancho se retiró a sus habitaciones a descansar. Teresa se quedó sola, pensativa. Tendría que escribir nuevamente al rey y a su esposo. Y a Barbastro.

Capítulo 18

BARBASTRO
Jueves, 2 de marzo, 1318
Yawn al—Khamis, 27 de Dhu al—Hijjah 717
Yom Chamishi, 28 de Adar 5078

Pedro Sánchez tenía su centro de operaciones en la posada *Tres Orzas*. Durante dos o tres días, había acordado con el propietario, un jiennense que había llegado con sus padres a Barbastro como repoblador con el Conquistador, que le reservara la mesa que estaba situada al fondo de la estancia, un lugar discreto situado en un recoveco de la construcción al resguardo de miradas indiscretas y que gozaba de una cierta intimidad con respecto al resto de mesas. Cosa que deseaba debido a la naturaleza de su negocio.

Simón entró en el establecimiento con cara de despiste mirando a todos los lados. El olor a brasa, carne y humo, le produjo una fuerte sensación en su nariz. Realmente no sabía qué iba a encontrarse en el interior. Por alguna razón pensó que estaría vacío o habría poca gente. Pero se equivocaba de plano, pues estaba a rebosar de clientes y el ruido lo ocupaba todo por lo que aquel cargado ambiente le produjo una cierta angustia. Tras recorrer con la mirada todo el interior en busca de algo o alguien que no sabía qué, se dirigió a la persona que iba y venía de mesa en mesa, suponiendo que aquel sería el propietario y le podría informar. Le preguntó

directamente por Pedro Sánchez. El hombre le indicó con la mano sin decir palabra el lugar donde se encontraba éste, un lugar medio oculto y difícil de ver. Los nervios le tenían atenazado y los sentía directamente en el estómago.

Al verse dentro dirigiéndose hacia la mesa en la que se encontraba el hombre que buscaba, comenzó a arrepentirse de su decisión. Tras pensarlo durante días, había decidido incorporarse al grupo de hombres que estaba reclutando el socio de Juan Marqués. Mientras andaba, paseó su mirada por el interior y sin pretenderlo, su mirada quedo prendida de una mesa ocupada por tres hombres. ¡Eran los mismos que días antes había estado espiando en el monte cerca de su cueva! Por ellos se había enterado de la recluta de hombres que Pedro Sánchez estaba realizando para organizar una caravana de comerciantes a Granada. Recordaba la conversación que les había escuchado y su sorpresa al oír que el destino era ¡Granada! Sin poder evitarlo, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Al instante le vino al pensamiento el comentario que le habían hecho sus jóvenes amigos, y vio en aquella inesperada circunstancia una señal divina que le invitaba a realizar ese viaje. No comprendió mucho más sobre lo que oyó. Tan solo que el grupo que se estaba formando se iba a desplazar a Granada. Desconocía la razón por la que aquellos hombres vigilaban al cristiano, pero tenía claro que estaban al tanto de todos sus pasos. Máxime, al verlos allí, en el mismo lugar en el que él se encontraba. También por ellos se enteró donde se procedería al reclutamiento, memorizando el lugar de la reunión, con ánimo de presentarse allí y hablar con Pedro Sánchez.

Se acercó con precaución a la mesa que le había indicado el posadero. Pedro lo miró de arriba a abajo y su cara mostró una gran sorpresa. Tenía delante de él a una persona con vestiduras de monje y cara de circunstancias. Con un gesto de la mano le invitó a sentarse. Le interrogó con la mirada.

— Tengo entendido que estás reclutando gente para ir a Granada.

— ¿Cómo lo habéis sabido?

Simón, no sabía bien cómo responder a la pregunta. No quería confesar que espiaba a los tres hombres que estaban sentados en una mesa cercana y que por ello sabía lo del reclutamiento. Quedó por un instante en suspenso.

— Lo oí decir a unos hombres en la plaza del mercado. Al parecer, ellos también pensaban reclutarse —mintió.

— ¿Y qué sabéis respecto a nuestro viaje?

— Pues que se está montando una caravana de comerciantes para ir a Granada, y se necesitan porteadores y gente que se sepan manejar en el negocio de la venta —dijo con gran aplomo—. Yo tengo necesidad de desplazarme a esa ciudad para reunirme con mi familia, pero no me atrevo a realizar el camino solo. Al conocer vuestro proyecto, he visto una oportunidad de realizar el viaje, por lo que quiero rogaros que me permitáis acompañaros — terminó.

Pedro Sánchez sopesó la petición de lo que pensó era un clérigo. La inesperada petición de aquel individuo, a todas luces inútil para la acción, no le disgustaba en absoluto, es más, pensó que tal vez fuera interesante incluirlo en la expedición porque la presencia de un monje en el grupo ayudaría a hacerla pasar más desapercibida.

— El viaje será duro y penoso. Lo sabéis, ¿no? Hasta Granada tenemos veinte o veinticinco días de marcha, si no hay incidentes.

— Por supuesto. Y no os ocasionaré ningún problema, os lo aseguro. Como veis soy joven y estoy sano.

— Bien, como queráis. Yo solo os lo advierto. Si no podéis aguantar o seguir nuestro ritmo, os dejaremos en el primer pueblo que crucemos. La partida será dentro de siete días, desde este mismo lugar. Preparad vuestro equipaje con lo más indispensable. No conviene ir muy cargado para evitaros molestias.

Simón se levantó y se dirigió hacia la salida de la posada, con la mirada de los tres hombres clavada en su espalda, quienes de forma discreta no perdían de vista lo que ocurría en la mesa de Pedro Sánchez. Se miraron entre sí, sin comprender la presencia del clérigo allí y su conversación con el cristiano.

Tras atender a un par más de hombres, finalmente Pedro dio por finalizado el reclutamiento de los veinte hombres, veintiuno con Simón. Tras pedir de comer y beber y haber saciado su apetito, se levantó y se dispuso a abandonar la posada. En el camino hacia la salida, su mirada se cruzó con la de un hombre que estaba sentado en una mesa, en aparente conversación con otros dos. Instantáneamente reconoció la mirada, ¡era la del hombre del mercado! Enseguida una pregunta acudió a su cabeza, ¿Que hacía allí aquel hombre? ¿Era casualidad su presencia en la posada? ¿Cuánto tiempo llevaban allí? ¿Serían los que él creía que le seguían?

Antes de salir, se dirigió al posadero en voz baja dando la espalda a los tres hombres. Advirtiéndole que no mirara, le preguntó por ellos. El posadero le dijo que llevaban varios días acudiendo a la posada y que según le había dicho, venían de Barcelona en busca de clientes a los que vender paños y telas de gran calidad. Sin embargo le informó que en su equipaje no llevaban paños ni telas de muestra. También le dijo que montaban unos magníficos caballos, que nunca antes había visto de tal belleza.

Con aquella información, abandonó la posada, mientras en su cabeza se formaba una tormenta de ideas entremezcladas, que le produjeron un gran desasosiego en su ánimo. Durante el camino de retorno a su casa fue atando cabos. Cuando por fin se sentó delante del fuego del hogar, había llegado a una conclusión. Aquellos tres hombres eran los que le habían seguido desde que salieron de Huéscar. Sus caballos, a los que echó un vistazo cuando fue a recoger el suyo, eran exactamente iguales a los que trajo a Barbastro. Esa gente le estaba espiando, y su presencia en la posada lo confirmaba. Era lógico suponer por tanto, que estaban al tanto de lo que estaba organizando. Aquella conclusión a la que había llegado, aliviaba bastante su zozobra. Si eso era así, y no albergaba ninguna duda de que lo era, la solución era sencilla. Eliminarlos. De no hacerlo, la expedición al sur, sería la última, porque les estarían esperando. Bebió algo de vino y tomó un trozo de queso que encontró encima de la mesa de la cocina. Aquella conclusión fue un acto de liberación, sintiéndose dueño de la situación mientras planificaba la forma de librarse de aquellos espías. Luego, se fue a dormir con total tranquilidad.

Capítulo 19

BARBASTRO
Domingo, 5 de marzo, 1318
Yawn al—Ahad, 1 de Muharram 718
Yom Rishon, 2 de Nissan 5078

La comunidad mora celebraba el Año Nuevo musulmán o *Sana Hegria*[44]. La festividad era estrictamente religiosa. Ese día no se trabajaba y se iba a la mezquita a rezar. Mahoma se recogió en casa con su familia, recitando las oraciones propias de esta celebración. Sus amigos, Rodrigo y Abraham, como todos los domingos fueron de caza con idea de reunirse con su amigo Simón. Cuando se estaban aproximando al lugar donde vivía, éste ya les estaba esperando, alarmando a los dos muchachos.

— ¿Dónde está Mahoma? ¿Hoy no viene?

— Hoy celebran el Año nuevo musulmán —dijo Rodrigo.

— ¡Ah! tienes razón, hoy es el *Sana Hegria*! Vamos dentro, tengo que contaros algo.

Una vez dentro, se sentaron ante el fuego, mirando a Simón que parecía nervioso.

— He hecho algo que no sé si está bien. ¿Recordáis que os dije que me gustaría encontrar a mi madre? ¿Y también que no me atrevía a hacer el viaje solo? Pues resulta que escuché a esos hombres que os encontrasteis cuando acechabais al jabalí, que

[44] Fiesta del Año Nuevo musulmán.

Pedro Sánchez estaba organizando una caravana de comerciantes con destino a ¡Granada! ¿Os imagináis lo primero que me vino a la cabeza cuando escuché Granada? —dijo entusiasmado—. También comentaron dónde se iban a reclutar los hombres que hacían falta para la expedición: la posada *Tres Orzas* en Barbastro. Así es que hacia allí me encaminé a hablar con el tal Pedro. Le conté el motivo por el que quería ir a Granada y él amablemente aceptó mi petición. Dentro de tres días parto hacia mi tierra. ¿Pero sabéis lo mejor? ¡Que aquellos tres hombres también estaban en la posada!

— ¿Los tres granadinos? —preguntó Rodrigo— Desde luego es muy raro y no me da buena espina.

— Sí. Eso pienso yo. Pero no acabo de entender la relación de unos con otros. Tal vez se trata de casualidades. Lo importante es que por fin me voy a Granada a encontrar a mi madre.

— Aquí no hay casualidad alguna, Simón. Si esos hombres hablaban de Pedro Sánchez y del justicia Juan Marqués, algo hay que desconocemos. Pero lo que no acabo de entender es que procedan de Granada. No entiendo qué relación puede tener — dijo Rodrigo.

— A lo mejor tiene relación con algo que le he oído comentar a mi padre —comentó Abraham, captando la atención de los otros dos.

— ¿Y que es ello? —dijo Rodrigo.

— Como sabéis mi padre tiene un negocio de alquiler de caballos y animales de carga para transporte como mulas y acémilas. Según parece, un pastor le comentó que había visto en las afueras de Barbastro una veintena de caballos andaluces. Los animales más hermosos que había visto nunca. A los pocos días volvió a pasar por allí y ya no estaban.

Todos miraron a Rodrigo esperando que este les aclarase el misterio.

— Pues me parece a mí que algo empieza a encajar. Esos caballos misteriosos que apacentaban en un prado y que tanto le agradaron al pastor, eran caballos andaluces. Y los tres hombres que vimos también son andaluces ¿no? Pues ahí tenéis la relación. La procedencia de esos caballos es andaluza, y dadas las circunstancias, muy bien pudiera ser que fueran robados, motivo por el cual, esos tres hombres venían tras su rastro, y simplemente seguían a quienes los traían. ¿Y quién los traía?

— ¡Pedro Sánchez! —dijeron a la vez Simón y Abraham.

— ¿Y por qué razón alguien iba a seguir los pasos de unos caballos? —dijo Rodrigo mirando a sus dos interlocutores, interrogándolos con la mirada. Simón y Abraham se miraron encogiéndose de hombros.

— ¡Pues porque son robados! ¡Está clarísimo, chicos!

— ¡Robados! —dijeron a dúo Simón y Abraham, que ahora lo veían claro.

— Robados. Y seguramente esos caballos han sido vendidos a nobles y gente adinerada. Y ahora, visto el éxito de la operación, están organizando una nueva expedición para traer más caballos.

— ¿Crees que debo renunciar a ese viaje, Rodrigo? —dijo Simón.

— Pues no sé qué decirte, Simón. Creo que el verdadero peligro estará en la vuelta o cuando entréis en Granada. Una vez allí deberías seguir tú solo. Es tu tierra y no creo que vayas a correr un peligro mayor que el habitual. Pero, claro, los planes de esos tres hombres y de los que los han enviado, no

sabemos cuáles son. No sé, piénsatelo un poco y decide tú mismo.

— Yo no iría —dijo Abraham.

— Me lo pensaré. No sabéis la ilusión que tengo por realizar el viaje. No lo hubiera imaginado nunca —dijo pensativo Simón.

Aprovechando que el día era soleado comieron al aire libre, en un altozano desde el que se divisaba la campiña que rodeaba a Barbastro. También se divisaba perfectamente la ciudad, sus murallas y el castillo de los Entenza, en el que ondeaba la enseña de los Condes de Urgel con el escudo dimidiado de los palos de Aragón y el ajedrezado de Urgel junto a la enseña cuatribarrada de la Corona de Aragón.

Pedro Sánchez había visitado a Juan Marqués en su casa abrumado por su descubrimiento y su posterior decisión. Le informó sobre su casual descubrimiento de los tres hombres en la posada *Tres Orzas*. Le pormenorizó sus deducciones y el Justicia llegó a la misma conclusión que su socio.

— ¿Y qué vas a hacer? —le preguntó el Justicia.

— Solo hay una solución.

El Justicia comprendió lo que significaba aquella respuesta. Y también estaba de acuerdo.

— Efectivamente.

Luego le puso al día sobre la recluta de hombres. Estaba satisfecho porque se habían presentado bastantes personas que le habían permitido seleccionar a los más válidos. Incluso, le comentó, se había apuntado un monje que quería viajar a Granada, por motivos familiares. La presencia del clérigo les facilitaba una mejor cobertura ante las patrullas reales que pudieran encontrarse, sobre los

motivos reales del viaje. Le comunicó que partirían el próximo día nueve, miércoles.

— ¿Y la solución de nuestro problema, para cuándo? —preguntó el Justicia.

— Seguramente ya estará resuelto —dijo Pedro, levantándose dando por terminada la conversación.

— Entiendo. Por favor, mantenme informado Pedro —dijo Juan Marqués a la vez que abrazaba a Pedro.

Los tres granadinos subían lentamente por la empedrada calle, llevando a sus caballos de las bridas, en dirección a la puerta de salida de Barbastro llamada de Corbina sin apenas llamar la atención de los soldados que la guardaban. Una vez fuera de la ciudad montaron y tomaron dirección Osca, encaminándose hacia el lugar donde tenían montado su campamento nocturno. Empezaba a escasear la luz y otros que no se supieran el camino como ellos hubieran tenido que utilizar linternas o antorchas para transitar por él. No les interesaba que los faroles denunciaran su presencia por lo que caminaban completamente a oscuras.

La tenue luz que aportaba la luna, les era suficiente. Tal vez fuera esa la razón por la que no se dieron cuenta de que al volver de un recodo, se encontraban en actitud de espera seis sombras a caballo. El tiempo que perdieron en procesar e identificar aquellas figuras, fue decisivo. Por detrás de ellos, otros seis hombres les cerraron el paso. La escaramuza duró apenas unos segundos, tras los cuales, los tres hombres yacían muertos en el suelo. Sus asesinos desmontaron, cogieron los tres cadáveres arrojándolos a un lado del camino donde quedaron ocultos entre los matojos que abundaban

en el lugar fuera de la vista de los posibles caminantes. Sujetaron a los caballos de los granadinos por las bridas y desaparecieron con el mismo sigilo que habían empleado en la acción.

Capítulo 20

BARBASTRO
Jueves, 9 de marzo, 1318
Yawn al—Khamis, 5 de Muharram 718
Yom Chamishi, 6 de Nissan 5078

Simón, una vez vencidos sus miedos y angustias había decidido finalmente realizar el viaje a Granada y a primera hora de la mañana, con las primeras luces, emprendió el camino hacia la posada *Tres Orzas*. La ilusión de poder encontrar a su madre era superior a sus temores que le atenazaban al emprender tan peligroso viaje. Cuando llegó a la posada se sorprendió por la febril actividad que había en la explanada contigua, donde numerosas personas se afanaban en cargar las también numerosas acémilas y hacer los preparativos para partir e iniciar la expedición. Cuando Pedro Sánchez lo vio, se dirigió hacia él. Temía que al final el monje no viniera. Le parecía un augurio de buena suerte su presencia en la expedición.

— Buenos días, *frey*.

— Buenos días, hijo —respondió Simón, mientras miraba a su alrededor buscando a los tres granadinos.

— Veo que vais ligero de equipaje siguiendo mi consejo. Durante el viaje me lo agradeceréis.

— Hijo, la gente como yo no necesitamos muchas cosas. Tan solo nuestro libro de oraciones y una fe infinita en nuestro Señor. Lo demás es secundario. ¿Tardaremos mucho en salir?

— Cuando las campanas de Santa María toquen la hora tercia, creo que estaremos en condiciones de partir —dijo Pedro— ¿Buscáis a alguien? —preguntó al observar cómo Simón miraba a todos los lados.

— No. Simplemente es que estoy impresionado por tanta actividad y tantas caballerías juntas. No me imaginaba que fuera necesaria tanta organización. Claro está que es un viaje muy largo.

— Así es. Perdonadme que os deje, pero tengo asuntos que atender.

— Por supuesto. No quiero interrumpir vuestro trabajo.

Juan Marqués fue informado por Pedro sobre el resultado de la solución al problema y que los caballos de aquellos granadinos, estaban en las cuadras, para que los vendiera lo antes posible. Tras comentarle la ruta que iban a seguir, que en principio sería la clásica, siguiendo caminos y cañadas reales, le dijo que seguramente a la vuelta volverían por Castilla para evitar problemas y aunque fuera más larga, también le parecía más segura para sus intereses. El Justicia le pidió que se asegurara bien y que tomara todas las precauciones posibles. Le deseó toda clase de suerte y se despidieron hasta dentro de un mes y medio aproximadamente.

Vidal Comparat escuchó asombrado lo que su hijo Abraham le explicó sobre lo que habían hablado con Simón y las deducciones que había hecho Rodrigo al respecto de los caballos y aquellos tres hombres. Escuchó muy atentamente las explicaciones de su hijo y se admiró de las capacidades deductivas de su amigo cristiano No le cabía duda alguna de que sus conclusiones eran absolutamente correctas. Por unos comerciantes de caballos conocidos suyos, se había

enterado de que recientemente los señores de Luna y Lizana habían adquirido unos caballos andaluces y que nadie sabía de donde habían salido. Vidal era conocedor de que estos caballos, criados en las dehesas del reino de Granada, eran propiedad exclusiva del Sultán, estando prohibida su venta sin el permiso explícito del mismo. Quebrantar esta orden se castigaba con la pérdida de la vida del infractor y sus cómplices. Aquello olía a contrabando de caballos. Y por lo que le comentaba su hijo, se estaba organizando otra expedición para traer más. No le cabía duda que la venta de esos caballos debía dar pingües beneficios a sus ejecutores. Sin embargo, lo más preocupante, en opinión de Vidal, es que estuviera mezclado en todo aquello el Justicia de Barbastro, Juan Marqués. Si el Rey estuviera en conocimiento de aquello, a buen seguro que tomaría medidas contra el Justicia.

Tras los dos toques de campana de Santa María que señalaban la hora tercia, una larga comitiva de animales y personas iniciaba su marcha recorriendo las calles de Barbastro hacia la Puerta Merder, en dirección a Monzón, camino de Lérida. El viaje continuaría hacia Tarragona, siguiendo la costa hasta Cambrils, desde donde dejarían el mar a su espalda dirigiéndose hacia el interior para evitar el Delta y cruzar el Ebro en Tortosa. Desde allí entrarían en el Reino de Valencia en dirección a San Mateo, centro exportador de la lana del Maestrazgo. De nuevo tomarían dirección al mar, hacia Castellón y seguirían la costa hasta Valencia, centro comercial y financiero de la Corona de Aragón. A partir de aquí, se giraba hacia Turia, dejando definitivamente atrás al mar, dirección de Játiva, Elche y Oriola hacia el Valle del Segura, desde donde se conectaba con la

cabecera del Guadalquivir, penetrando en Andalucía. Veinte jornadas agotadoras utilizando caminos reales y otros denominados de pezuña por su estrechez. Veintidós personas, protegidas con grandes y gruesas capas que cubrían totalmente sus figuras, conducían aquella recua de animales completamente cargados, camino del sur y dispuestas a enfrentar cuantos obstáculos se presentasen, ya fuera en forma de enfermedades, accidentes geográficos o ladrones y asaltantes de caminos.

****

Sebastián de Torres, presidía el Capitel de Santa María la Mayor, que estaba reunido para tratar el tema de la solicitud al Papa por parte del Concejo barbastrense de designar a la ciudad como sede de Obispado. En los archivos de la iglesia, se habían encontrado hacía ya unos años, escondidos en un sarcófago, unos documentos de los tiempos del Obispo Ramón, en los que se demostraba que Barbastro había sido en tiempos sede obispal. En el año 1100, Poncio de Roda, consagrado Obispo de Roda por el papa Urbano II, de acuerdo con lo establecido por otro Obispo de esa Diócesis, Ramón Dalmacio, debería pasar la sede de Roda a Barbastro, una vez que se hubiera recuperado la ciudad a los moros. Años antes, en 1096, Huesca había caído en manos cristianas. El Obispo Pedro de Jaca se apresuró a tomar posesión de la catedral oscense y su sucesor, el Obispo Esteban, ayudado por algunos nobles intentó recuperar por todos los medios, incluido el uso de la fuerza y de las armas, la zona entre el Alcanadre y el Cinca a pesar de la oposición del Papa. Entre todos ellos, expulsaron violentamente de Barbastro al Obispo Ramón

Guillermo, San Ramón, quien volvió a Roda. Barbastro fue incorporado a Huesca. El Obispo Esteban mando destruir toda la documentación que tratase sobre la Diócesis de Barbastro, llegando a la falsificación, con el fin de legitimar de forma irrefutable sus argumentos.

Algunos de aquellos cartularios se salvaron del expolio y varios de ellos aparecieron en el archivo de Santa María la Mayor. El Capítulo aprobó que una copia de esos documentos se le entregara al Concejo de Barbastro para que la persona que se desplazara a Aviñón, pudiera aportarlos como pruebas.

Capítulo 21

AVIÑON
Viernes, 10 de marzo, 1318
Yawn al—Jumu'ah, 13 de Dhu al—Qi´dah 717
Yom Shishi, 14 de Shevat 5078

Teresa de Entenza se había desplazado a Aviñón, una vez que el papa le había concedido la audiencia. Le acompañaban, su camarera mayor Geraldona de Ribelles, Zaahira y su capellán Guillermo Jay, así como dos doncellas. La audiencia tendría lugar por la tarde y ella había llegado a Aviñón la tarde anterior, alojándose en la hospedería del Palacio Papal.

Juan XXII, de nombre Jacques Dueze, había nacido en Cahors, Francia, hacia sesenta y nueve años, trasladando la sede papal al Palacio Episcopal, donde ya había residido cuando fue Arzobispo de Aviñón. Hacía dos años que había sido elegido Papa y durante los dos años anteriores había estado vacante la sede pontificia, debido a las disputas de los cardenales italianos, gascones y franceses, los cuales proponían candidatos diferentes sin posibilidad de consenso. Finalmente, el rey francés Felipe V puso término a la situación convocando en Lyon un cónclave en el que, con la asistencia de veintitrés cardenales, resultó elegido Jacques Dueze, que fue consagrado el 5 de septiembre con el nombre de Juan XXII fijando su residencia en Aviñón.

La Iglesia que se había encontrado Juan XXII, necesitaba de una mano firme que dirigiera su rumbo. Las diferentes corrientes de pensamiento existente entre sus miembros más influyentes amenazaban con la aparición de una división interna que nada bueno podía aportar a la Iglesia. Cuando Juan XXII aceptó su nominación, se encontró de frente con un grave problema en la orden de los franciscanos, dividida en dos grupos que tenían dos formas distintas de ver la filosofía de la orden: los conventuales y los espirituales. Estos últimos, proclamaban la pobreza basada en la obra de Jesús y sus discípulos. Juan XXII publicaba una bula en la que condenaba la forma de ver la fe de los espirituales, también conocidos como "*fraticelli*", calificándola como herética y citando al general de la Orden Miguel de Cesena, a comparecer en la sede de Aviñón. Éste se negó a acatar la orden del papa y fue excomulgado y expulsado.

Teresa de Entenza fue recibida por el papa en la biblioteca. La visita era de índole privada, por lo que se había prescindido de algunos boatos protocolarios reservados para recepciones reales a petición de Teresa. El papa se incorporó de su asiento cuando Teresa llegó a su altura. Le tendió la mano y Teresa le besó el anillo, a la vez que hacía una reverencia. Juan XXII, hizo un gesto con su mano invitándola a sentarse frente a él en un confortable sillón de cuero, al que habían acoplado un cojín de plumas.

— Deseo agradecer a Vuestra Santidad que me hayáis concedido esta audiencia.

— Vuestra visita es muy de agradecer, señora — dijo el Papa, quien le tendió una bandeja de plata donde había unos dulces —Tomad uno y decidme qué os parece.

Teresa tomó uno de ellos y se lo metió en la boca. Lo paladeó durante unos instantes.

— Excelente. Es pura ambrosía —dijo, a la vez que se limpiaba los labios con una servilleta.

— Sabía que os agradaría. Se trata de frutas confitadas. Una delicia. Debo confesaros que el pecado de la gula me mortifica cada vez que tengo delante un plato con estas frutas —dijo a la vez que también él se servía una y luego otra. Tras limpiarse los labios, retiró la bandeja.

— ¿Y a qué debo la presencia de la futura reina de la Corona de Aragón? —dijo con una sonrisa.

— Veo que las noticias vuelan y que Su Santidad está informado de lo que se dice por nuestra tierra.

— En efecto. Han llegado a Nos, noticias sobre la inestabilidad mental del infante Jaime, quien al parecer ha manifestado su deseo de entrar en una orden renunciando a su primogenitura y sus derechos sobre la corona.

— Estáis bien informado, Santidad. Mi cuñado Jaime, ha manifestado en numerosas ocasiones su rechazo a la primogenitura y su deseo de ingresar en una orden religiosa. Mi suegro, el rey Jaime II, está muy preocupado por esta actitud, hasta el punto de que quiere adelantar la boda pactada del infante con una infanta de Castilla, por ver si ello le hace cambiar de opinión. Pero él sigue firme en su decisión de renunciar a todo.

— Eso significa que vuestro esposo, el infante Alfonso, quedaría automáticamente en primera línea de sucesión, y a vos, os haría reina.

— De cualquier forma, Santidad, tanto mi esposo como yo, no queremos especular con la situación. Bien podría ocurrir que en un momento dado, Jaime,

cambiara de opinión y todo volviera a su orden natural.

— Por cierto, os comunico que hemos recibido una solicitud de audiencia de un representante del Concejo de Barbastro. Al parecer, la ciudad de la que ostentáis el Señorío, pretende que Nos le concedamos el privilegio de ser Sede Episcopal, porque según parece, ya en tiempos lo fue y les fueron arrebatados sus derechos por el Obispo Esteban de Huesca. En el escrito, dicen que el representante que envían aportará las pruebas de cuanto dicen.

— Y tienen razón, Su Santidad. Hace doscientos años, Barbastro era sede episcopal, donde ejercía su función el Obispo Ramón, San Ramón. En Barbastro todavía duelen los excesos que cometió el Obispo Esteban por engrandecer su diócesis a costa de otras. Es un tema que encrespa a los barbastrenses al considerarse víctimas del egocentrismo del Obispo de Huesca.

— Bien. Veremos que nos trae el enviado de Barbastro, y obraremos en consecuencia.

— Os agradecería profundamente que os tomaseis este asunto con sumo interés, Santidad.

— ¿Y qué tal os encontráis de salud? Sé que estáis embarazada —dijo el papa, cambiando de conversación.

— Bien, muy bien. Tenía mucho interés en poder tener la audiencia con Su Santidad lo antes posible, precisamente por esta causa. De haber dejado pasar un mes o dos, tal vez ya me hubiera sido imposible realizar el viaje hasta aquí. Una vez más, muchas gracias.

— ¿Y qué noticias corren por nuestra querida Occitania?

— Como sabéis, Montpellier es un Señorío que pertenece al Rey de Mallorca, pero debido a que es feudatario de la Corona de Aragón, la presencia de la casa real aragonesa en la zona, es para mi suegro, el Rey, fundamental, como manifestación decidida de la voluntad de la corona de potenciar nuestra presencia en estas tierras. Como también sabréis, Francia está maniobrando para incorporar toda la Occitania y el sur de Francia a su corona. Como veis, son asuntos de estado a los que hay que prestar toda la atención y apoyo. En aras de potenciar esta presencia, y hacerla patente a los propios occitanos, mi suegro, el Rey Jaime II, me ha enviado como su embajadora para hacerle llegar información de primera mano y sobre el terreno acerca de los problemas y necesidades de sus súbditos del sur de Francia.

La conversación se extendió sobre otros temas que interesaban a ambos. Juan XXII tenía una especial relación con el rey francés Felipe V, temiendo en Aragón que el papa no guardara la debida parcialidad en el enfrentamiento con el rey francés.

El Papa recordó a Teresa sobre la conveniencia de que los reyes aragoneses vinieran a rendir pleitesía al representante de Dios y recibieran sus coronas de las propias manos del Papa. Ello reforzaría ante las naciones del mundo la legitimidad de los reyes de la Corona aragonesa. El Papa también informó a Teresa sobre las necesidades y urgencias que tenía la Iglesia y su proyecto de reorganizar las finanzas de la misma. Cuando finalizaron su conversación, hacía ya rato que la luz solar había desaparecido. Teresa se despidió del Papa y se encaminó hacia la Hospedería

del Palacio. Once días después partiría para Montpellier, para comenzar los preparatorios de regreso hacia Balaguer, donde se encontraría con su esposo Alfonso.

Capítulo 22

BARBASTRO
Viernes, 17 de marzo, 1318
Yawn al—Jumu'ah, 13 de Muharram 718
Yom Shishi, 14 de Nissan 5078

La comunidad judía de Barbastro estaba preparada para comenzar la fiesta del *Pesaj* durante ochos días en la que se conmemoraba la salida de los judíos de Egipto poniendo fin a siglos de esclavitud. El primer y último día eran los únicos en los que no se trabajaba. En recuerdo de la salvación de los primogénitos de Israel, quedó establecido un día de ayuno, en vísperas de *Pesaj*. Durante los días de la fiesta se evitaba el consumo de todo alimento fermentado. También los platos, cubiertos, tazas, y demás utensilios usados durante todo el año se consideran impuros por el contacto que tuvieron con alimentos de ese tipo, y se los reemplazaba por otros, especiales para *Pesaj*. Quienes no pudieran permitirse tener una cubertería para este día, estaba permitido mediante un proceso especial de limpieza unos días antes de la fiesta, dejarlos aptos para la celebración.

Haym al igual que Abraham, observaban con devoción esta importante celebración judía. Rodrigo y Mahoma se quedaron al cargo del taller, para alegría de Haym, que veía en los jóvenes un interés por su trabajo que le satisfacía mucho. Ellos se

encargarían de atender a los clientes y tomar nota de los pedidos o reparaciones que pudieran presentarse.

El Concejo de Barbastro, reunido desde primeras horas de la mañana, había tomado la determinación de enviar a Aviñón al Jurado Ramón Cardosa, para presentar al Papa la petición de la ciudad para que se restaurara en ella la sede episcopal independiente de la de Huesca. Llevaría consigo los documentos que les había aportado el vicario de Santa María la Mayor. Así mismo era portador de un escrito por el que se le solicitaba al Papa que enviase un rescripto al Prior y Cabildo de la Catedral de Roda, para que a modo de testigos, ellos le informasen sobre los sucesos acaecidos hacía doscientos años en los que a Barbastro le fue arrebatada por la fuerza la sede episcopal por el Obispo Esteban de Huesca. Ramón Cardosa iniciaría el viaje en dos o tres días. Guillem de Cregenzan, clérigo racionero de Santa María la Mayor, le acompañaría. También le facilitaron tres mil *sueldos* para gastos de viajes, de los que mil deberían ser entregados al pontífice para que lo aplicara al cuidado y mantenimiento de enfermos y pobres.

****

La expedición que dirigía Pedro Sánchez se encontraba en Castellón, reponiendo fuerzas. Llevaban ya ocho jornadas realizadas a marchas forzadas. Cada día hacían entre ocho a diez leguas[2] lo que significaba que había pocos momentos de descanso, salvo los indispensables para comer. Una vez en Castellón, Pedro pensó que era necesario

[2] Cuarenta o cincuenta kilómetros.

buscar un buen lugar donde acampar y pasar un día completo de descanso.

Simón sentía en su cuerpo un cansancio agotador. Creía estar preparado para grandes marchas, pero el ritmo que imprimían aquellos hombres era casi para superdotados. No había parte de su cuerpo que no le doliera. No menos de cien veces creyó desfallecer y perder la vida en el intento. Pero el recuerdo de su madre y el trato afable que le dispensaba Pedro, obraban el milagro de ponerlo en pie y continuar la marcha. No obstante, conforme pasaban los días, mejoraban sus sensaciones. Los sufrimientos padecidos durante los cuatro primeros días parecían haber remitido a niveles más soportables. Los hombres que le acompañaban aguantaban mejor que él las largas y diarias marchas hasta el punto de que se permitían la libertad de gastarle bromas que eran muy celebradas por todos. Al principio le molestaban un poco, pero luego se dio cuenta de que las chanzas a su costa producían una sana influencia en el conjunto de los hombres. Sin embargo, todos le ayudaban en aquellos pasos en los que era dificultoso andar, o en sus momentos de flaqueza que de vez en cuando le embargaban. Hasta el momento no había habido incidencias notables. Algunas de las vías por las que viajaban estaban muy vigiladas por soldados del rey. En muchas de las bifurcaciones o entradas de los pueblos o ciudades había aduanas de pago por el paso y traslado de mercancías. Era la forma de sufragar los costes por la vigilancia de las vías reales.

****

En casa de Vidal Comparat estaba toda su familia reunida en torno a la mesa, presidida por él. El *Séder*

de Pesaj, o cena de la primera noche, establecía un orden preestablecido que debían guardar todas las bendiciones, ceremonias, alimentos y bebidas de esa celebración. Delante de Vidal, sobre la mesa, la *kearáh* o "fuente" con los símbolos del *Pesaj*.

La hierba amarga y el rábano picante, evocaban la amarga vida de esclavos que los hijos de Israel vivieron en Egipto; un hueso con carne asada, en recuerdo del cordero que se sacrificaba en el Templo de Jerusalén; una mezcla de manzanas y nueces picadas y amasadas con vino, semejante a la pasta de ladrillos que elaboraba el pueblo judío en Egipto; verduras mojadas en agua salada antes de comerlas –símbolo de las lágrimas de los esclavos israelitas en Egipto, o bien de las aguas saladas del Mar Rojo—; un huevo, recuerdo de uno de los sacrificios de la fiesta y una mata de perejil.

Complementaban la mesa, tres panes ácimos colocadas uno encima del otro que simbolizaban los tres sectores del pueblo judío: los "sacerdotes" o descendientes de Aarón; los levitas, hijos de la tribu de Leví; e Israel, todo el resto del pueblo. Además, una copa de vino especialmente reservada para el "profeta Elías", de quien se creía que llegaba simbólicamente a cada hogar judío para participar junto con los presentes de la noche del *Séder*, y finalmente, las copas de vino para todos, de las que se beberá, sucesivamente, cuatro veces a lo largo de toda la noche. Estas cuatro copas celebraban la liberación de los hijos de Israel de la esclavitud de Egipto, que se definía en la Biblia con cuatro verbos diferentes, cuando Dios la promete a los israelitas: "*Os sacaré de los sufrimientos de Egipto, os salvaré de su esclavitud, os redimiré con brazo extendido…y*

os tomaré para Mí como pueblo". Tras rezar las oraciones, comenzaron la cena, siguiendo el escrupuloso ritual.

Capítulo 23

BARBASTRO
Domingo, 19 de marzo, 1318
Yawn al—Ahad, 15 de Muharram 718
Yom Rishon, 16 de Nissan 5078

La noticia del descubrimiento el día anterior de tres cadáveres por un cazador corrió de boca en boca por Barbastro con la celeridad del rayo. Nadie conocía a aquellos tres hombres que habían sido degollados cuando debían de transitar por el camino junto al que aparecieron. Al labrador que los encontró, lo primero que llamó su atención fue un nutrido grupo de buitres sobrevolando por delante de él en círculos cada vez más pequeños y cercanos al suelo. Un penetrante olor a descomposición iba aumentando conforme se iba acercando al lugar en el que podían verse unas grandes manchas de sangre empapando la tierra del camino. Buscó a su alrededor tratando de localizar la fuente de aquel desagradable olor, pensando encontrar el cadáver de algún animal muerto, tal vez un jabalí previamente herido, por la sangre que había en el camino. Se llevó un sobresalto cuando le pareció vislumbrar a una cierta distancia del camino una mano que colgaba de unos matojos. Cubriéndose la boca y la nariz se acercó hacía el lugar donde estaba la mano y pronto se dio cuenta de que allí lo que había eran tres cadáveres. Como alma que lleva el diablo, dio media vuelta, emprendiendo el camino hacia Barbastro a

toda velocidad para dar cuenta a las autoridades de tan lúgubre hallazgo.

Presentadas éstas en el lugar, a cuya cabeza figuraba Juan Marqués, a nadie le fue posible la identificación de los tres muertos, que por otra parte eran absolutamente desconocidos para todos. Por su aspecto y por sus vestimentas, alguien dijo que parecían moros. El Justicia dio orden de llevar a los muertos al cementerio, hasta que se decidiera qué hacer con ellos, tras un examen más minucioso. La conclusión provisional, aventurada por el Justicia de Barbastro, es que se trataban de tres viajantes moros o de alguna ciudad cercana que habrían sido asaltados y posteriormente robados por los ladrones que de vez en cuando actuaban por los caminos. Uno de los Jurados, comentó que aquellos hombres llevaban botas de montar y que por allí no se veían caballos, de lo que dedujo que quienes fueran los autores de aquellas muertes se los habrían llevado.

Juan Marqués sabía muy bien quienes eran aquellos desconocidos y el porqué de su desdichado destino. Pedro Sánchez había tomado la determinación de que aquellos hombres no le iban a molestar en su proyecto de traer más caballos del Sur. Admiró la determinación de su socio y finalmente concluyó que dadas las circunstancias era lo mejor que podía hacer. Tras ser trasladados al cementerio y en una improvisada mesa, el alcaide del castillo, Ramón de Selgua, junto con algunos jurados y el Oficial de las tropas, examinaron detenidamente las ropas de aquellos hombres y su forma de vestir sin obtener mucha más información de la que aparentemente podía verse. Aquellos tres desdichados serían enterrados al día siguiente en los

aledaños del cementerio con cargo a la Ciudad. Sin placas ni marcas que indicaran que allí había enterradas tres personas.

Rodrigo, Mahoma y Abraham, al igual que todo el pueblo, recibieron la noticia con gran sorpresa. Pero a diferencia de los demás, a ellos no les cabía duda de quiénes se trataba. Eran los mismos tres desconocidos que vivían en el monte y que vigilaban a Pedro Sánchez. Mientras almorzaban, una vez liberadas las trampas de las piezas capturadas, comentaron la noticia. Rodrigo, hizo un silencio que no pasó desapercibido para sus amigos. Algo se le había ocurrido.

— Si se trata de esos tres hombres, y no tengo ninguna duda de que lo son, los debieron matar cuando regresaban a su campamento. Porque sabemos que tenían su campamento establecido por estos lugares. Lástima que no esté Simón, porque él sí que sabía dónde estaba ese lugar. Seguramente los que los mataron desconocían la existencia de este campamento. Y es muy posible que en ese sitio haya algo que pueda aclarar todo este misterio—dijo

Mahoma y Abraham se miraron expectantes.

— ¿Y si buscamos nosotros ese lugar? —propuso Rodrigo.

Los otros dos jóvenes dieron un respingo. Aquello se ponía emocionante.

— ¡Vamos! —dijeron a dúo.

— Pero antes vamos a la cueva de Simón. Antes de irse me pidió que nos diéramos una vuelta de vez en cuando para ver que todo estaba en orden —propuso Rodrigo.

— Pues vamos, que para luego es tarde —añadió Mahoma.

Los tres recogieron y se dirigieron a la entrada camuflada de la cueva de Simón. Con cuidado de no mover mucho las ramas que simulaban la entrada pasaron dentro. Todo parecía estar bien. Sin embargo les llamó la atención que encima de una piedra que en las anteriores ocasiones habían utilizado como mesa, estaban los tres libros y una nota escrita en pergamino hecho de piel de conejo. Se acercaron y Rodrigo cogió la nota donde Simón con perfecta caligrafía había escrito unas líneas. Rodrigo comenzó a leer.

"*Amigos Rodrigo, Mahoma y Abraham. Cuando leáis esto yo estaré de camino hacia Granada. Espero que al final de mi viaje pueda encontrarme con mi madre, o al menos, conocer qué fue de su vida y qué destino le tenía reservado la vida. Si no la encuentro, o ya no vive, al menos con haberlo intentado, me conformaría. No sé si nos volveremos a ver. La vida presenta a veces recovecos que no podemos superar. En cualquier caso, quiero haceros donación de un presente. Junto a estas letras habréis visto tres libros: cada uno pertenece a una religión. Coged cada uno el que corresponda con vuestra fe. Y conservadlo aunque sea en recuerdo de nuestra amistad. Pedid a Dios por el éxito de mi misión, que yo lo haré todos los días por vosotros. Utilizad la cueva como consideréis. Es vuestra. Simón.*"

La sorpresa por el contenido de la carta causó gran efecto en los tres muchachos que quedaron en silencio tras la finalización de la lectura. Con

emoción contenida cada uno tomó para sí el libro que coincidía con su fe. Sin decir nada más salieron de la cueva procurando dejar la entrada absolutamente camuflada. Con el ánimo más templado se fueron a explorar por el monte en busca de la ubicación del campamento de los tres moros asesinados. Cuando ya estaban a punto de desistir y pensando en volver a Barbastro porque la luz del día iba desapareciendo, Abraham, señaló un lugar en la pared de la montaña. Le pareció que la disposición de aquellos ramajes le recordaban a los de la cueva de Simón, y dedujo que tal vez se trataba de lo mismo. Les comentó el descubrimiento a sus dos amigos, y hacia allí se encaminaron. Conforme se iban acercando, la sensación de que aquellos arbustos estaban ocultando algo se fue imponiendo en sus mentes. Una vez retirados, dejaron al descubierto la entrada a una oquedad en la montaña de unos veinte palmos de ancho por cuarenta de profundo y otros veinte de alto. Y en el fondo de aquella oquedad, semicamuflados, había tres petates. Se miraron, y por primera vez sintieron miedo.

Con sumo cuidado, fueron abriendo los petates de uno en uno. En los tres había un *alfanje*, una especie de espada con hoja ancha y curva, como las utilizadas por los árabes. También había un Corán y una bolsa de cuero con comida: tasajo de carne de ciervo, queso, dátiles y hierbas. Los tres llevaban sujetas con cintas unas alfombras de las que se utilizaban para rezar. Completaba su contenido, unas *chilabas* y unas zapatillas de punta respingada. No cabía duda, eran granadinos. Y en uno de ellos, encontraron unos rollos de un material que no habían visto nunca, en el que había escritas unas líneas con unos caracteres que ninguno de los tres conocía, ni siquiera Mahoma.

Decidieron dejar todo como estaba, a excepción de los documentos, que se llevaron para entregarlos al padre de Mahoma para que los leyera o buscase a alguien que entendiera aquella lengua.

Vidal Comparat conoció la noticia de las muertes de aquellos tres hombres como el resto de barbastrenses. Pero sus deducciones fueron bien diferentes a las de sus vecinos al ser conocedor de ciertos hechos que los demás desconocían. Cuando aquella tarde de domingo, su hijo le comentó lo que habían encontrado en la montaña, oculto tras los arbustos, su interés sobre el asunto subió varios grados, lo mismo que su alarma. De entrada le ordenó a su hijo que dejara de salir de caza por algún tiempo, consejo que hacía extensivo a sus amigos, mientras que todo aquello se aclarase en un sentido u otro. Si alguien era capaz de asesinar a aquellos tres hombres, sería capaz de matar también a cualquiera que pudiera estar al tanto o ser conocedor de algo relacionado con ese turbio asunto. Presa de los nervios se cubrió con un capote y se dirigió a casa de Mahoma Avintarí con la idea de hacerle partícipe de sus preocupaciones y prevenirle sobre el riesgo que podían correr los hijos de ambos y su amigo Rodrigo. Cuando llegó, éste tenía los documentos encontrados en la cueva extendidos encima de la mesa tratando de leer su contenido, mientras su familia y Rodrigo, expectantes, esperaban a que leyera el contenido de aquellos legajos.

Mahoma Avintarí invitó a Vidal a tomar asiento a la vez que pedía a Axa que preparase un té para todos.

— Veo que ya tienes los documentos –dijo—. Desconozco si estás al tanto de unos hechos que han

sucedido en los últimos días y que al parecer tienen relación con estos papeles —dijo Vidal.

Mahoma levantó los ojos del documento y los fijó en Vidal. Luego mandó a su hijo y a Rodrigo que los dejaran solos. Los dos jóvenes obedecieron sin rechistar.

— Pues la verdad es que no estoy al tanto. Estaba tratando de leer estos pliegos que me han traído estos chicos y que dicen que han encontrado en la montaña, y francamente, no entiendo casi nada. Solo alguna palabra suelta. Creo que están escritos en algún dialecto árabe. Pero no sé nada más. ¿Qué ocurre?

Vidal comenzó a poner al día a Mahoma sobre el asunto de los caballos, su repentina aparición y desaparición, los rumores de que algunos nobles los habían comprado y todo lo relacionado con los tres hombres y que aparentemente, detrás de todo aquello, parecía estar Pedro Sánchez y Juan Marqués, el Justicia de Barbastro.

Mahoma Avintarí, se quedó helado. También le comentó las deducciones de Rodrigo y su total acuerdo con ellas.

— Creo que los chicos pueden estar corriendo peligro —dijo Vidal.

Mahoma asintió con la cabeza. Con voz alta, llamó a los dos jóvenes. Estos, comprendieron que algo grave debía de pasar y con cara seria entraron en la habitación, y aunque ellos no lo entendían del todo, al menos eran capaces de ver la preocupación en los rostros de sus padres.

— ¿Tú le has comentado algo de esto a tu padre? —preguntó Vidal a Rodrigo.

— No. La verdad es que no. Tampoco creía que fuera nada importante.

— No lo era hasta que han aparecido esos tres hombres degollados. Este suceso demuestra que sea lo que sea que haya detrás de esto, es muy peligroso. Así es que los tres haréis bien en dejar de pasear por los montes durante un tiempo hasta ver en qué queda todo esto —dijo, mientras Mahoma asentía con la cabeza.

— ¿Lo habéis entendido?

— Sí —contestaron a dúo los dos muchachos.

— Coméntaselo a tu padre, Rodrigo —pidió Mahoma Avintarí.

— Así lo haré. Bueno, debo irme. Adiós.

Y tras despedirse de los presentes se marchó a su casa.

Vidal Comparat tomó un vaso de té y siguió comentando con Mahoma las extrañas circunstancias del caso. La presencia en todo aquello del Justicia de Barbastro, por incompresible, les preocupaba bastante. En realidad ninguno de los dos sabía qué hacer. No sabían a quién dirigirse para exponer el asunto. De Barbastro no podía ser. Tampoco conocían qué extensión podía tener aquello ni qué personas podían participar en ello.

— ¿Has podido leer esos documentos? —dijo Vidal.

— No. Como te digo, creo que es un dialecto del árabe. Si te parece, los haré llegar al *mufti*[45], que es

[45] Un muftí (en árabe: مفتى) es un jurisconsulto musulmán sunní, intérprete o expositor de la sharia o ley islámica con autoridad de emitir dictámenes legales o fetuas. La palabra *muftí*, etimológicamente, significa «emisor de una fetua».

un hombre versado, quien seguramente nos los podrá traducir.

— Será lo mejor. Pero sobre todo, que lo que en ellos se diga no salga del *mufti*. Nadie debe conocer el contenido de estos documentos. Por cierto, ¿has reparado en su textura? Nunca antes había visto un material como este. Y su color carmesí es realmente curioso. No es ni piel ni vitela ni pergamino. Tiene una apariencia diferente. Curioso.

Tras tomar un segundo vaso de té, Vidal se despidió y se dirigió a su casa. En la calle hacía un frío helador.

Capítulo 24

BARBASTRO
Lunes, 20 de marzo, 1318
Yawn al—Ithnayn, 16 de Muharram 718
Yom Sheni, 17 de Nissan 5078

Ramón Cardosa, jurado de Barbastro y Guillem de Cregenzan, clérigo racionero de Santa María la Mayor, emprendían el camino a Aviñón apenas habían asomado las primeras luces del día. Sebastián de Torres, vicario de Santa María la Mayor, Miguel de Sesa, arcipreste de Barbastro—Alquezar, el bibliotecario, un clérigo racionero, Juan Marqués, Justicia de Aragón y Pedro Ortiz de Pisa, Sobrejuntero, formaban el comité de despedida. Los dos viajeros iban montados en sendos caballos y se acompañaban de una mula cargada con lo más imprescindible para la realización de un viaje de quince días hasta llegar a su destino: la sede pontificia. Tras oír misa y encomendarse al santísimo, y recibir las bendiciones del vicario de Santa María la Mayor, iniciaron el camino bajo la mirada esperanzada de las autoridades religiosas y del Concejo. Mucho dependía de la gestión encomendada a aquellos dos hombres. Durante la organización del viaje, y puesto que se pasaba por Montpellier, se decidió hacer una visita de cortesía a Teresa de Entenza, Señora de Barbastro, con el fin de ponerla en antecedentes y recabar de ella, si le era posible, su decidido apoyo a la causa ante el Papa. Una vez cumplido este requisito, seguirían camino

hacia Aviñón. Portaban cartas dirigidas al Papa y a la Señora de Entenza y varios salvoconductos, muy necesarios cuando se viajaba tan lejos. Cuando Mahoma Avintarí se enteró por su amigo Ramón Cardosa de su paso por Montpellier, le hizo entrega de una carta dirigida a Zaahira. Ramón le prometió entregársela en mano a su hija.

Muhammad Amín, el *mufti* de la *aljama* mora de Barbastro, recibió a Mahoma en la mezquita. Sobre una mesa baja, tenía el documento que éste le había entregado el día anterior. El *mufti*, se hallaba sentado sobre un cojín de piel rojo. Cuando vio a Mahoma, le hizo una seña para que tomara asiento delante de él. En la mesa, además del documento, el *mufti* había dispuesto que se colocara una bandeja con una tetera, dos vasos y un cono de azúcar o *qalib sukar*. El *mufti* vertió té en los dos vasos sin añadir azúcar, bebiendo ambos a continuación.

Mahoma puso en antecedentes al *muftí* de todo lo relacionado con aquellos documentos y sus portadores que, según le dijo, su presencia en Barbastro constituía un misterio que todavía no habían podido resolver las autoridades.

— Estos documentos proceden del mismísimo Sultán de Granada, Ismail I y son un salvoconducto emitido en favor de quien lo presente, para que se le proporcione toda clase de ayuda, sea del tipo que sea. Lógicamente, solo tiene validez en el reino granadino. Debía ser importante la misión encomendada al portador o portadores de estos documentos —dijo el *mufti*.

— ¿En qué dialecto están escritos? —preguntó Mahoma—. Apenas logro entender algunas palabras.

— En el árabe dialectal que se utiliza en el reino nazarí. Es muy florido y peculiar. Yo ya había leído algunos libros y documentos en este dialecto procedentes del reino de Granada.

Nuevamente el *muftí* volvió a llenar los dos vasos con té. En esta ocasión, añadió dos porciones pequeñas de azúcar. Bebieron pausadamente.

— Y ahora, ¿qué vas a hacer con estos documentos?, que por cierto, no sé si has notado que no es piel ni pergamino. Es papel, un nuevo material que se está utilizando en sociedades avanzadas como la granadina. Y el color carmesí, es un distintivo de la casa nazarí. No lo había visto nunca, aunque había oído hablar de ello —dijo, mientras preparaba un nuevo té, al que añadió el doble de azúcar que el anterior.

— Ya había notado la diferente textura del escrito. Sobre qué haré, de momento lo voy a guardar en sitio seguro —dijo Mahoma recogiendo el documento, y metiéndolo en un bolsillo interior de su chilaba.

— Otra cosa. Dado que estos desconocidos son hermanos nuestros en la fe, deberíamos presentarnos en el Concejo y pedir que fueran enterrados siguiendo nuestras costumbres, mirando a la Meca.

— Eso mismo os iba a pedir, *muftí*. Que me acompañaseis para hacer la petición al Concejo. Y así, si nos permiten hacerlo, nos podemos hacer cargo de nuestros hermanos antes de que los entierren, que tengo entendido que será hoy.

— De acuerdo. Pues démonos prisa Mahoma. Al fin y al cabo si han sido justos, ahora estarán en el paraíso a la espera del trámite de enterrar su cuerpo.

Tomaron rápidamente el tercer te, siguiendo un ritual *beréber* del desierto. Finalmente ambos abandonaron la mezquita, camino del Concejo. Sobre el medio día, aquellos tres cuerpos fueron sepultados envueltos en sudarios pagados por la comunidad mora siguiendo la costumbre musulmana, estando presentes el *muftí* de Barbastro, Mahoma Avintarí y el otro adelantado de la aljama, Hakim. Tras recitar la oración fúnebre, fueron cubiertos de tierra con el rostro mirando hacia la Meca.

Vidal Comparat, vio llegar a Mahoma con paso decidido. Seguramente vendría a comentarle sobre el contenido de la carta que le había quitado el sueño. La mañana era soleada y un ligero viento transportaba por las inmediaciones de la plaza los diferentes aromas que inundaban las calles a través de ventanas y chimeneas, olores a comida, especias y aroma de pan recién hecho. Las voces y griteríos de los vendedores de frutas y de los comerciantes voceando las bondades de sus productos daban el acostumbrado colorido sonoro al mercado. Con decisión, salió a su encuentro, tendiéndole la mano a modo de saludo.

— Buenos días, Vidal.

— Buenos días, Mahoma. Te veo sudoroso.

— Sí. Vengo de enterrar a esos desdichados según el modo que ordena nuestra ley islámica.

— Ah, claro. Es una buena acción de tu comunidad.

— Es una obligación de todo creyente y de no haberlo hecho hubiéramos incurrido en una falta — dijo Mahoma, a la vez que se secaba el sudor de su frente con una manga.

— ¿Sabemos ya lo que ponía en los documentos?

— Sí. Por suerte, el *mufti* conocía el dialecto en el que estaba escrito. Se trataba de un salvoconducto emitido por el mismísimo Sultán de Granada, Ismail I, para que a esos tres hombres se les facilitará dentro del reino de Granada cuanto necesitasen y solicitasen —dijo a la vez que pasaban al interior de la tienda de Vidal a un despacho que hacía las veces de oficina.

— ¡Caramba! Así que eran personajes importantes esos tres hombres. Los enviaba ni más ni menos que el Sultán de Granada —dijo admirado Vidal.

— Lo que demuestra la gravedad de lo que está sucediendo con Pedro Sánchez y Juan Marqués, nuestro Justicia de Barbastro. Es para estar preocupados.

— Los caballos andaluces que trajeron de Granada, debieron de ser robados por alguien que estaría encargado de cuidarlos. Luego, una vez puesto en contacto con Pedro Sánchez se los vendería a buen precio. El Sultán se enteraría tarde, y envió a esos tres hombres a seguir los pasos de los compradores. Me imagino que supondría que habría una segunda vez y quería estar informado.

— Y acertó plenamente.

— Pues me temo que esta vez la cosa acabará mal. Por alguna razón o por algún descuido, esos hombres fueron descubiertos por Pedro Sánchez y fueron eliminados sin más contemplaciones. Tal vez crean que con eso han desaparecido sus problemas. O mucho me equivoco, o la desaparición de esos hombres, en cuanto la detecten en Granada, que la detectarán, pondrá en alerta a todos los soldados del Sultán. Vigilarán los caminos y la policía de Granada los buscará sin cesar —dijo Vidal, mientras Mahoma asentía en silencio. Recogió los documentos y tras despedirse de Vidal, inició el camino a su casa.

En el taller de Haym, Mahoma, Rodrigo y Abraham, tenían el ánimo revuelto y eso se notaba en su falta de atención a lo que hacían.

— ¿Pero qué os pasa hoy? —dijo Haym al descubrir un vaso de fundición en el que se había solidificado la plata— ¿Quién se ha olvidado esto aquí? —bramó, realmente enfadado.

— Perdona maestro —dijo Rodrigo quien acudió rápidamente a su puesto.

— Perdona, perdona. ¿Puede alguien decirme por qué lleváis toda la mañana cuchicheando en voz baja y prestáis tan poca atención?

— Veras, maestro. El caso es que no sé si habrás oído lo de los tres hombres muertos que aparecieron hace unos días en el monte —dijo Rodrigo.

— Sí. ¿Y que tiene eso que ver? —dijo Haym, más calmado.

— Pues que a esos hombres nos los encontramos un día que íbamos de caza. Se nos adelantaron con un jabalí que estábamos acechando. Según hemos oído, venían siguiendo a alguien —le explicó Rodrigo.

— ¿Y por eso os escabullís y habláis en voz baja y dejáis vuestro trabajo?

— El caso es que cuando nos enteramos de su muerte se nos ocurrió pensar que tenían su campamento en el monte y fuimos un día dispuestos a encontrarlo.

— ¿Estáis locos? ¿Dónde tenéis la cabeza? —dijo Haym, alarmado.

—Eso me parece a mí —conjeturó Abraham.

— El caso es que lo encontramos —afirmó Mahoma.

— ¿El campamento?

— Sí. El campamento. Y allí encontramos sus bolsas donde guardaban comida y ropa. En una de

ellas encontramos unos documentos que estaban escritos en árabe. Como no los entendíamos, se los entregamos al padre de Mahoma para que los tradujera, pero resulta que él no conoce el dialecto en el que están escritos. Nos dijo que se los llevaría al *mufti* de la Mezquita para ver si podía interpretarlos. Y en eso estamos, maestro. No sabemos lo que dicen esos papeles —terminó Rodrigo.

— Unos documentos muy raros, porque eran de color carmesí —dijo Mahoma.

— ¿Carmesí? —dijo Haym.

— Sí —le respondió Rodrigo.

— Nazaríes. Son documentos nazaríes —afirmó Haym sembrando la sorpresa en las caras de los tres muchachos—. Es decir, son documentos procedentes de Granada. Y más concretamente del Sultán —aclaró.

— ¿Y cómo sabes eso, maestro? —preguntó Abraham.

— Porque sé que ese es el color que se usa en la administración nazarí. El color carmesí. Es su distintivo —aclaró Haym sonriendo, al ver la cara de sorpresa de sus aprendices—. Y ahora a trabajar. No quiero más cuchicheos ni despistes. Vamos, vamos, a trabajar —dijo Haym, zanjando el asunto de los tres muertos y sus papeles.

Los tres aprendices, ocuparon sus sillas en el taller y durante el resto de la jornada se sumergieron en las tareas que estaban realizando. Cuando el sol comenzó a desaparecer por el horizonte, terminaron la jornada y cada uno se fue a su casa. Rodrigo lo hizo dando un rodeo de forma que en su nueva ruta pasó por las cercanías de la casa de Vidal Comparat.

Conforme se acercaba puso en alerta sus sentidos. Un ligero carraspeo a su espalda le indicó que la causa y motivo de su rodeo estaba tras él. Se volvió lentamente mientras sus ojos buscaban en la media penumbra. Semi oculta tras una columna se encontraba Karin, quien le estaba esperando. Miró a izquierda y derecha tratando de detectar la presencia de alguna persona mientras se aproximaba a la muchacha. Se saludaron, y comenzaron a desandar el camino, uno al lado del otro. Hablaban de las cosas que les habían sucedido durante el día. Luego pasaron a hablar de sus cosas. Y como por arte de ensalmo, todo cuanto les rodeaba desapareció del entorno de los dos jóvenes. En aquellos momentos, bien podía decirse, que ambos se encontraban en otra dimensión y que eran los únicos habitantes de Barbastro.

Desde hacía unos días, Beatriz, la esposa de Vidal Comparat, no se encontraba bien. Presentaba tos ronca, con dolor en la garganta que le impedía comer con normalidad, acompañado de dolores de cabeza y fiebre alta. Habían pasado quince días desde que sintió las primeras molestias y la falta de mejoría en su salud comenzó a preocupar a Vidal. Las recomendaciones de sus vecinas, sobre rezar unas jaculatorias y cubrirse el cuello con toallas mojadas en agua muy caliente, solo le producían un alivio momentáneo.

Aquella mañana, Beatriz estaba realmente mal. Apenas podía hablar ni tragar saliva. Esto y el aspecto general que presentaba, alarmó a Karin, que era la única que estaba con ella. Ante semejante estado de ánimo de su madre, la muchacha salió apresuradamente de casa en busca de su padre para

informarle sobre la situación preocupante de su madre. Lo encontró en la tienda que tenían en la calle de los Cordeleros, cerca de la plaza del mercado. Cuando Vidal vio a su hija, el corazón le dio un vuelco en el pecho. Cuando Karin le confirmó la gravedad de Beatriz, Vidal la mandó a casa para atender a su madre, mientras él se iba en busca de Açach de Barbastro, un físico que gozaba de gran fama en toda la comarca. Lo encontró en su casa, atendiendo a un cliente. Cuando Açach vio el rostro desencajado de su amigo, se le acercó rápidamente.

— ¿Que ocurre Vidal? Te veo muy preocupado.

— Se trata de Beatriz. Casi no puede tragar, tiene fiebre y un dolor en la garganta y en el pecho.

Açach, se dirigió a la persona que estaba atendiendo, y tras decirle algo en voz baja, la despidió, con el ruego de que volviera en otro momento, pues tenía que atender un caso muy urgente. Luego, los dos juntos se dirigieron rápidamente al domicilio de Vidal.

Cuando llegaron, Beatriz estaba en el dormitorio echada sobre la cama con los ojos cerrados. A su lado, Karin, le ponía paños enfriados en agua helada sobre la frente.

— Muy bien hecho, Karin —le dijo Açach.

Rápidamente, Açach tomó el pulso de Beatriz y puso su mano sobre la frente de la enferma. Luego la obligó a abrir la boca, y observó su interior. Una vez terminada la inspección, se incorporó, poniéndole un nuevo paño sobre la frente.

— Sigue poniéndole paños fríos —le dijo a Karin. Luego se dirigió a Vidal.

— Tiene una gran infección en la garganta. Eso produce una serie de humores muy peligrosos. Deberemos actuar deprisa —predijo Açach, ante la desesperación de Vidal.

— Primero actuaremos contra la fiebre. A ver, Karin, deberás hacer una infusión de Tomillo y Manzanilla. ¿Sabrás hacer una infusión?

— Sí. ¿Cuánto tomillo y cuanta manzanilla? — preguntó Karin.

— A parte iguales. Una cuchara de cada en cada infusión. Ya sabes, debes poner el agua hirviendo en un cuenco y verter las hierbas. Luego déjalo reposar un buen rato. Observaréis que al rato de tomar la infusión le bajará la fiebre. Cuando le vuelva a subir, vuelves a hacer otra infusión y que se la tome. Así hasta que deje de tener fiebre. Pero para ello, deberemos atajar la infección. Así es que deberás preparar una cebolla cortada en pedazos pequeños, junto con un diente de ajo. Pones todo en el mortero y lo machacas hasta hacer una pulpa fina casi líquida. No hay que añadir agua porque la cebolla ya aportará todo el líquido, y que se lo beba. Esta operación debes de hacerla cuatro veces al día. Espero que esto la mejore rápidamente. Yo pasaré por aquí, esta tarde, a última hora para ver cómo se desarrolla todo. ¿Sabes lo que tienes que hacer, Karin? ¿Tienes alguna duda?

— No, *zaken*[46]. Lo haré bien —dijo Karin. Vidal y Açach sonrieron por la expresión de respeto utilizada por la muchacha y que su propio padre ignoraba que conociera.

Vidal cogió del brazo a Açach y lo acompañó hacia la puerta.

---

[46] Maestro.

— Gracias por venir tan rápido, Açach. Te lo agradezco de veras ¿Tú crees que mejorará?

— Estoy convencido. Si todo va como es debido, pronto reaccionará a las infusiones. No te preocupes Vidal. Estará pronto bien —dijo Açach, emprendiendo camino de su consulta.

Capítulo 25

BARBASTRO
Jueves, 23 de marzo, 1318
Yawn al—Khamis, 19 de Muharram 718
Yom Chamishi, 20 de Nissan 5078

La tabla de la *aljama* mora que regentaba Mahoma Avintarí gozaba de una gran aceptación entre los barbastrenses. Desde que la comunidad judía adquiría en ella la carne que consumía, debido a que el proceso del sacrificio de las aves y corderos se realizaba observando estrictamente las reglas talmúdicas, realizado y verificado en todo momento por el rabí de la *aljama* judía, los ingresos se habían multiplicado, permitiendo a la familia Avintarí un desahogo económico que no pasó desapercibido para sus convecinos. Sin embargo, atrajo sobre los Avintarí la envidia de algunos cristianos que observaban con recelo el auge económico del *muslim*. No eran pocos los ciudadanos con posibles que aspiraban a regentar una Tabla en Barbastro, exclusiva para la comunidad cristiana.

Juan Marqués tenía ante sí a Domingo de Navasona, quien le instaba a que el Concejo emitiera un decreto prohibiendo que los cristianos comprasen carne en la tabla de la *aljama* mora, teniendo que hacerlo en una nueva que, naturalmente, le sería adjudicada. El Justicia de Barbastro no sentía mucho aprecio por aquel hombre, judío converso, falto de escrúpulos, que había abandonado una religión para

abrazar otra por motivos exclusivamente crematísticos y de conveniencia. El Justicia, que no era precisamente muy religioso, no soportaba sin embargo a quienes eran capaces de mudar de sus creencias por dinero. En su opinión, quienes hacían eso traicionaban sus principios y en consecuencia, no eran de fiar. Sin embargo, este tipo de gentes, en sus afanes de enriquecimiento y adquisición de poder, solían dejar un rastro de oro por el camino, suficiente para enriquecer a los que iban caminando detrás. Si estaba dispuesto a pagar, no sería él quien le quitara la idea.

— ¿Piensas, acaso, que Mahoma Avintarí ofrece un mal servicio en su tabla, Domingo? —le preguntó, solo por incordiarle un poco.

— No se trata de eso. Es simplemente que los cristianos no deberíamos comprar la carne en un único establecimiento, y además regentado por un *muslim*. ¡A saber qué sortilegios y prácticas demoniacas realizarán cuando sacrifican al ganado!

El Justicia se contuvo a duras penas ante la desvergüenza de aquel converso.

— Ya. ¿Y por qué razón? ¿Has sido testigo de esas prácticas? Os digo esto porque para plantear en el Concejo una cosa de estas, hay que hacerlo con razonamientos adecuados. Si no fuera así, podríamos ser acusados de contra—fuero ante el rey.

— Es de sobra conocido que tanto moros como judíos, observan unas reglas rituales en el momento de sacrificar a los animales, contrarias a nuestras costumbres cristianas —dijo Domingo. "*¡Y esto lo dice un converso judío!*" pensó el Justicia.

— Esas razones no parecen muy convincentes ni creo que nadie daría crédito a semejantes sinsentidos. Una cosa es, que tanto unos como otros

tengan unos rituales y unas costumbres, y otra muy diferente que se dediquen a conjurar la carne de los cristianos —dijo Juan Marqués.

Domingo movió la cabeza nerviosamente. No veía al Justicia muy convencido de sus argumentos y aquello le molestaba. Máxime cuando su colaboración iba a costarle sus buenas monedas de oro.

— Es cuestión de salud pública. No sabemos si durante el sacrificio se guardan las debidas precauciones para evitar que la carne se contamine —dijo Domingo—. Tal vez realicen algunas prácticas maléficas que emponzoñen la carne.

Juan Marqués comenzó a sentirse muy molesto con la insistencia de aquel vecino.

— Tengo entendido que en tiempos, observasteis la ley mosaica. Debo deducir por tanto, que conocerás de primera mano esas prácticas maléficas —dijo cargando la frase de ostensible ironía.

— Por eso lo digo —respondió Domingo sin reparar en el tono sarcástico de su interlocutor—. Afortunadamente vi a tiempo el error en el que estaba abocado y pude cambiar de observancia religiosa. Como bien decís, conozco las prácticas que realizan.

Juan Marqués estuvo a punto de mandar echar a aquel individuo a la calle, o meterlo directamente en prisión por perjuro y mentiroso. Había que ser hipócrita hasta el infinito. Decidió dar por acabada la conversación.

— Bien. Estudiaré el caso por si hubiera algún resquicio por donde encauzar la propuesta. Claro está que esto va a ocasionar gastos. Habrá que

estudiar documentos antiguos, consultar tratados y ordenanzas. En fin, ya sabéis.

— Por supuesto, señoría. ¿Habrá suficiente con mil *sueldos*? —dijo Domingo con una sonrisa de complicidad.

— Creo que sí. De momento —dijo el Justicia, haciendo una breve pausa entre las dos frases.

— Bueno. Pues no os molesto más. ¿Tardaréis mucho tiempo en tener respuestas? —preguntó Domingo, dejando discretamente un saquito sobre la mesa.

— No mucho. Tendrás noticias mías lo antes posible.

Juan Marqués se levantó, forzando a hacer lo propio a Domingo de Navasona, quien tras despedirse abandonó la estancia. Juan Marqués cogió la bolsa y se dispuso a contar pacientemente las monedas. Exactamente mil *sueldos*. Ni uno más ni uno menos.

****

Ramón de Selgua, escuchaba asombrado el informe que el oficial le estaba haciendo sobre los tres hombres aparecidos muertos en el camino del Pueyo. Sobre la mesa, tres petates de viaje deshechos parcialmente.

— En primer lugar, llama la atención que no hayan aparecido los caballos que lógicamente debían montar. Evidentemente, quienes los mataron debieron llevárselos. Hemos encontrado a varios testigos que dicen haberlos visto en la posada *Tres Orzas* montando unos caballos que llamaban la atención por su porte y estampa. Por la descripción de las monturas, debía de tratarse de caballos andaluces, y hay que añadir lo que me ha contado un

testigo, que dice que no entendía lo que hablaban entre ellos, siempre en voz baja, y que pensaba que era árabe porque se parecía a lo que hablan los moros en Barbastro cuando conversan entre ellos. Llevaban varios días visitando la posada, donde comían y pasaban casi todo el día. Pero no se alojaban en ella. Eso me hizo pensar que acaso pudieran tener algún campamento en las cercanías de Barbastro, donde pasar las noches, y quizá cuando se dirigían a él fueron asesinados —Ramón movía la cabeza afirmativamente. Estaba de acuerdo con las conclusiones de su oficial.

— Por ello ordené que diez hombres se dedicaran a explorar la zona, buscando un lugar donde guarecerse. Tras un par de días de búsqueda, lograron encontrar una oquedad en la montaña, y allí hallaron estos petates de viaje.

Ramón volvió a hurgar en ellos sin encontrar nada que le llamará la atención. Contenían dos espadas, un Corán y las alfombras de rezar. Admiró el acero de las espadas que eran indudablemente árabes.

— ¡Qué extraño! Solo hay dos espadas en vez de tres.

— Puede que llevaran una encima, o que se haya caído al traerlas hasta aquí —dijo el oficial.

— Me intriga el paradero de esa tercera espada. Investiga, a ver qué ha pasado con ella.

— Por supuesto —le respondió el oficial, quien pensaba que alguno de sus hombres podía habérsela quedado.

— ¿Y qué podían hacer unos árabes en Barbastro? —se preguntó Ramón, dejando la pregunta en el aire.

— ¿Y por qué iban todos los días a la posada Tres Orzas? —añadió el oficial.

— Tal vez vigilaban a alguien.

— Pero, ¿a quién?

— Pues averiguad que persona o personas estaban también esos días en la posada.

— Bien pensado. Ordenaré ahora mismo que se investigue. Por cierto, ¿informo al Justicia de nuestras pesquisas?

— No. Lo haré yo, cuando tengamos mayor conocimiento de nuestras desconocidos amigos — dijo Ramón mientras volvía a examinar los petates. El oficial abandonó la sala, dejando a Ramón con su examen de los pertrechos de los moros.

Tras revisarlos minuciosamente otra vez, en uno de ellos le pareció descubrir que había algo duro escondido, escondido entre las costuras. Tras ayudarse con un puñal, logró extraer aquel objeto duro. Se trataba de una moneda. Un dinar de reluciente oro. Tal vez su propietario lo había escondido allí para un momento de dificultad. Miró en los otros petates por si sus dueños habían tenido la misma precaución. Pero no halló más monedas. La levantó a la altura de sus ojos para verla con mayor detalle. Aquel hallazgo proporcionaba una nueva pista. Los desconocidos debían de proceder de Granada. ¡Granada! Aquellos hombres se habían alejado demasiado de su país. El país al que Pedro Sánchez había ido a recoger unos caballos. ¿Qué estaba pasando? ¿Y por qué tenía la impresión de que el Justicia, sabía más de lo que decía? Ramón de Selgua se sentó en el sillón de tiras de cuero con la mirada fija en el exterior a través de una ventana y el rostro serio y pensativo.

— ¡Será mejor que te andes con cuidado! —se aconsejó a sí mismo.

****

En casa de Mahoma Avintarí, Rodrigo y Abraham seguían ejerciendo como maestros de Axa, Mahoma y Fátima quienes progresaban rápidamente en su empeño de aprender a leer y escribir, comenzando a producirse los primeros resultados. Ya podían escucharse las primeras palabras leídas directamente de un documento que Rodrigo había traído de su casa. Aquello era motivo de alegría compartida, especialmente por Axa, quien les compensaba preparando dulces para la ocasión. Para ella, la felicidad era completa. Cada día veía más cerca el momento de poder escribir una carta a su hija escrita de su puño y letra. Y leer las cartas que mandaba la Señora y en las que contaba cosas de su pequeña. Esperaba con ansiedad el momento en que alguien le trajera la segunda carta de Zaahira. Se prometía a sí misma que sería capaz de leerla, aunque fuera con ayuda.

— ¿Cómo está tu madre, Abraham? —preguntó Axa.

— Mucho mejor. El físico Açach, le recetó unas infusiones y a las pocas horas empezaron a hacer el efecto curativo —dijo el muchacho.

— Hace algunas fechas la vi en la tabla cuando vino a comprar y me pareció un tanto desmejorada, tosiendo muy a menudo.

— Afortunadamente ya casi no tose y está empezando a comer, porque no podía pasar alimento sólido por la garganta.

— Me alegro mucho. Llévale mis deseos de que mejore lo antes posible. ¿Lo harás, verdad Abraham? Toma, llévale estas acelgas de la huerta. Son muy tiernas y suaves—dijo Axa, a la vez que acariciaba el rostro del muchacho—. Pasados unos días, le haré una visita—terminó.

— Gracias por todo —dijo Abraham, quien se puso colorado al sentirse observado por todos los presentes. Luego continuaron con la labor en la que estaban ocupados, unos en la de enseñar y otros en la de aprender.

Capítulo 26

BARBASTRO
Domingo, 26 de marzo, 1318
Yawn al—Ahad, 22 de Muharram 718
Yom Rishon, 23 de Nissan 5078

Tras el acuerdo tomado por el Consejo de la *Aljama*, en el que los miembros de la comunidad judía se harían cargo de la reparación de la muralla y de las calles deterioradas por las lluvias, se habían solicitado voluntarios para la realización de las obras. Cuando el Consejo realizaba este tipo de peticiones normalmente todo el mundo participaba de buen grado. No solía ocurrir que alguien se negara a participar, pues de hacerlo, el omiso sería calificado negativamente por el Consejo de la Sinagoga y nadie quería que le señalaran como un paria. Aquel domingo era el indicado para comenzar las obras y se llevarían a cabo de forma ininterrumpida con la idea de acabar cuanto antes.

Bajo las órdenes de un encargado, se dividieron en varios grupos asignándoles actuaciones en diferentes lugares. Mientras unos se encargaban de ir suministrando de material a los diversos grupos, los yesaires producían la argamasa a emplear en la reparación de la muralla. Los albañiles tenían a su disposición a los auxiliares que les traían las piedras y calderos con argamasa. La organización era bastante buena y la disposición de los trabajadores

era la adecuada. Por todo ello, se esperaba que en dos o tres días pudieran dar por terminado el trabajo.

Mahoma y Rodrigo, tal y como había anunciado Abraham, se adhirieron con entusiasmo al proyecto y colaboraron en las obras de reparación de la muralla. Fueron encargados de ayudar a un experto albañil y de facilitarle las piedras y la argamasa. Se comía a pie de obra, unos grupos al lado de otros. Las mujeres se encargaban de traer de casa la comida a sus familiares que estaban en la obra. Masha, dirigida por su madre, hizo la comida, ayudada por Karin, encantada de que Rodrigo estuviera entre los trabajadores, ayudándoles. Se había empeñado en confeccionar unas pastas que le gustaban mucho a Rodrigo. Sin embargo, Beatriz, aunque muy mejorada de sus dolencias, no iba a acudir a llevar la comida. Masha y Karin, la habían convencido de que era mejor que se quedara en casa y no exponerse al frío, por temor a una recaída. Masha se quedaría con ella para hacerle compañía y Karin se encargaría de llevar la comida a los trabajadores. Notó cómo Karin parecía alegrarse de la circunstancia. Manifestó un empeño casi obsesivo en que su madre se quedara en casa, asegurando que ella se encargaría de llevar la comida a los hombres. Beatriz tuvo un presentimiento y se estremeció: ¿Karin y Rodrigo?

Observó a su hija mientras preparaba las cosas y atendía los fuegos ayudando a su hermana. Estaba completamente feliz y hasta canturreaba alguna cancioncilla en voz baja. Rodrigo le parecía un muchacho estupendo, inteligente, cariñoso y muy sensato. Pero.....era cristiano. Y tenía un hermano que se destacaba por sus ataques verbales a moros y judíos. Sentía como si el suelo se abriera a sus pies.

En aquel momento no estaba segura de si debía poner en antecedentes a su marido. Pensó que tal vez fueran figuraciones suyas y que tal vez hubiera interpretado de manera equivocada la alegría y dedicación de su hija. Esperaría acontecimientos antes de hablar con su marido. Se sentó en una silla junto a la ventana con la mirada hacia el exterior, dejando que su vista se perdiera en el azul del cielo junto con sus pensamientos.

Cuando llegó la hora de la comer, Karin tenía preparado el cesto con la comida. Había alimento para seis personas. Con decisión, se echó el cesto a la cadera y salió camino del lugar donde estaba toda la familia Comparat más Mahoma y Rodrigo. Su madre la miraba desde la ventana y en sus ojos unas lágrimas hicieron su aparición. Su instinto le presagiaba futuros nubarrones.

Cuando la vieron a lo lejos, tanto Mahoma como Rodrigo la saludaron con efusión. Se bajaron del andamio en el que estaban encaramados y buscaron un lugar donde sentarse. Lo encontraron junto a un árbol, entre sol y sombra, y allí extendieron el mantel. Karin, radiante, puso encima las fuentes y cuencos con la comida. Rodrigo y la muchacha posaron sus ojos uno en el otro durante un breve instante, sintiendo cómo una cálida y dulce sensación recorría sus cuerpos. Rodrigo la observaba de soslayo, de forma disimulada, y cada vez la veía más hermosa. Sentía que su afecto por ella crecía cada instante que pasaba. Al poco, se sumaron al grupo los hermanos de Karin, Zahîr y Abraham. Vidal apareció a los pocos momentos acompañado del capataz que dirigía a las cuadrillas.

— ¿Cómo está tu madre? —preguntó a Karin.

— Bien. Quería venir, pero Masha y yo la hemos convencido de que estaría mejor en casa, a resguardo del frío. Todavía no está del todo recuperada y hemos pensado que era mejor que se quedara al cuidado y al abrigo de la casa.

— Muy bien pensado, Karin. Es mejor que no se exponga a este frío. Podría recaer. Bueno, veamos, ¿Qué nos ha traído nuestra niña para comer? —dijo Vidal—. Por cierto, que debo daros las gracias por vuestra ayuda y colaboración —añadió, dirigiéndose a Mahoma y Rodrigo—. Vuestra ayuda significa mucho para mí, para todos nosotros.

— Las murallas nos protegen a todos. En realidad este trabajo debería ser cosa de todos los barbastrenses —respondió Rodrigo.

— Bien visto. Pero ya ves, las cosas son así. Aunque tienes mucha razón en eso que dices, Rodrigo. Bueno, sin más dilación vamos a probar lo que nos han preparado las mujeres.

Vidal, musitó una oración a la que correspondieron el resto. Una vez cumplido con el precepto, se dispusieron a dar buena cuenta de las viandas. La comida transcurrió entre risas y comentarios sobre los recientes sucesos ocurridos en Barbastro. En medio de aquella alegría generalizada, de repente, Vidal cayó en la cuenta de que su hija Karin participaba en las conversaciones con una soltura y naturalidad que le llamó la atención. ¿Dónde estaba la Karin tímida y callada que conocía? La observó largamente y cayó en la cuenta de que se había convertido en una mujer. Cosa que debía haber ocurrido —pensó— en los últimos días. No recordaba haberla visto nunca así. La vio tan feliz, que se sintió embargado al contemplar a aquel grupo de amigos. Y él también se sintió feliz. Inmensamente feliz.

Capítulo 27

GRANADA
Martes, 28 de marzo, 1318
Yawn ath—Thalaathaa', 24 de Muharram 718
Yom Shishi, 25 de Nissan 5078

Simón, Pedro Sánchez y sus tres hombres tenían ante sus ojos las murallas de Granada. El resto de la expedición hacía dos días que recuperaba fuerzas en Huéscar, donde diecisiete hombres se quedaron guardando las caballerías y sus mercancías, esperando el momento en que Pedro Sánchez les comunicara nuevas órdenes. Simón les había acompañado camino de Granada. Para realizar la última jornada, habían salido de Guadix de madrugada cuando las primeras luces del sol aparecieron por el horizonte. Pedro y sus acompañantes hicieron el camino a caballo y Simón en una mula. Llevaban además cuatro acémilas cargadas de mercancías para aparentar que eran comerciantes que visitaban el reino nazarí. Simón era ignorante de toda la trama y creía a pies juntillas que se trataba de un grupo de comerciantes de viaje que venían a vender sus productos a la hermosa y populosa Granada. Si en algún momento pasó por su mente algún atisbo de duda, esta apenas duró el tiempo de un relámpago. Cuando llegaron ante las murallas de la ciudad se encaminaron hacia la parte norte, accediendo por la puerta de Guadix Alta. Antes de cruzar el río Darro, se detuvieron.

— Simón, ¿no te cambias de ropa? No sé si esas que llevas, son las más adecuadas para andar por estos parajes —dijo Pedro.

— No tengo otra. Pero de todas formas, en Granada hay monjes que no son molestados. Hay una cierta consideración con los clérigos de las religiones del libro, siempre y cuando no prediquen en público. Creo que ellas me darán más seguridad que ir vestido de campesino —respondió.

— Bien. Tú sabrás. Pero si quieres otras ropas te podemos facilitar algunas que llevamos.

— Gracias Pedro. Pero así voy bien.

— ¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Cómo piensas encontrar a tu madre? —preguntó Pedro.

— De momento me dirigiré hacia la Alhambra. Queda a este lado del río Darro. La verdad es que no lo sé. Lo decidiré una vez que esté allí. Francamente, no sé por dónde empezar. Dios proveerá. ¿Y vosotros?

— Nosotros vamos hacia Albaicín. Allí están los zocos más frecuentados de la ciudad. Son mercados con muchos puestos, donde se venden mercancías procedentes de todo el mundo. El de Barbastro es infinitamente más pequeño que cualquiera de los que hay en Granada. Luego una vez que nos pongamos al día sobre los mercados y veamos cómo funcionan, llamaremos a nuestros compañeros. En fin, si no nos vemos, te deseo suerte en tu búsqueda.

— Igual os deseo. Que Dios os acompañe.

Tras despedirse, Pedro Sánchez y los tres hombres, se dispusieron a pasar el Darro por el puente de *Alharracin* situado frente a la puerta *Güedaix as Softa*, mientras que Simón siguió por la margen izquierda del río en dirección de la Medina Alhambra. Durante unos momentos siguió con la

mirada cómo los cuatro hombres se dirigían hacia la puerta de entrada.

El *askari* que controlaba el paso de acceso a la ciudad, les hizo una señal para que se detuvieran. Les preguntó por lo que llevaban en los fardos que portaban las acémilas. Pedro, quien se defendía perfectamente con el idioma, contestó dando relación cabal de cuanto llevaban. El oficial que estaba al mando dio un rodeo a las monturas observando atentamente los fardos y palpándolos con su mano. Cuando quedó satisfecho, consultó una lista y tras realizar una serie de operaciones sobre una pizarra, les pidió un dinar de oro. Una vez realizado el pago les franquearon el paso sin más dilación.

Ya dentro, se encaminaron en dirección de la Mezquita a*ljama*, la mayor de Granada, pasando por una plaza donde estaban instalados los vendedores de esencias, cuyos vaporosos efluvios notaron muchos pasos antes de llegar a ella. Indescriptibles aromas impregnaban el aire de las calles adyacentes haciendo muy agradable el deambular por ellas. Sin detenerse, enfilaron en sentido ascendente la cuesta de Chapiz, en dirección a la plaza del Aljibe en el barrio de los halconeros, donde estaba situada la *funduq* en la que se alojarían. Era el lugar de encuentro con el intermediario. No tenían ni día ni hora establecida. Desconocían si el contacto se haría en unas horas, días o semanas. Todo se limitaba a esperar en el mesón, hasta la llegada del contacto.

Mientras subían por la empinada calle, la gente con las que se cruzaban los miraban con curiosidad. Tal vez fueran sus ropajes, muy diferentes a los que

llevaban los granadinos. Llegaron a una plaza, de la que procedía un gran bullicio de voces y gritos y en la que había congregado un gran número de personas que estaban presenciando algo. Se aproximaron impulsados por la curiosidad y el espectáculo los dejó helados. En mitad de la plaza, podía verse a un hombre arrodillado al que se le había obligado a poner la mano derecha sobre un tocón de madera puesto verticalmente. A su lado, un *askari* que portaba un enorme alfanje, se disponía a cortarle la mano por haber robado en el zoco la bolsa de un comerciante. Junto al verdugo, un hombre preparado con vendas y ungüentos parecía ser el médico que debería evitar que aquel desgraciado se desangrara. Antes de que el verdugo descargara su espada sobre la mano del desdichado, asqueados por tanta crueldad, siguieron su camino.

Cuando se habían alejado unos pasos, se oyó un alarido a la vez que la multitud estallaba en un estruendoso grito. Tras recorrer una estrecha y larga calle, finalmente desembocaron en la plaza en la que se encontraba la posada. Situada frente a ellos, una hermosa puerta rematada con un arco de herradura adornada con motivos árabes, daba paso a un pequeño patio interior cubierto y totalmente empedrado, a cuyo fondo, otra puerta daba acceso al interior de la posada. Sobre la puerta interior, una ventana de dos arcos de herradura cuyos vanos estaban tapados con celosía, permitía a los del interior, sin ser vistos, observar lo que ocurría en el patio. Mientras sus hombres se encaminaban con los caballos hacia la cuadra para que fueran atendidos por los mozos de servicio que ya salían a su paso, Pedro entró en la *funduq* con intención de alquilar unas habitaciones.

En esos mismos momentos, el Sultán recibía unas inquietantes noticias. Según le informaba el oficial, los tres hombres enviados detrás de los cristianos a Barbastro, no habían dado señales de vida. El enlace que conectaba con ellos en Zaragoza, había esperado en vano su presencia para comunicar sus progresos. Las últimas informaciones suministradas por los tres hombres, hablaban de la organización de una nueva expedición, pero se desconocía la posible fecha de la misma. El Sultán dio orden de extremar la vigilancia y que se informase de la entrada de cristianos en el reino nazarí. Por otro lado, ordenó que se enviaran patrullas por todo el reino y fronteras aledañas con vistas a detectar movimiento de personas y monturas.

****

Simón seguía el curso del río Darro por su margen izquierda en su camino hacia el río Genil donde desembocaba. Luego el camino comenzó a empinarse de forma continuada hasta llegar al lugar donde comenzaba la parte amurallada de la Medina, pegado al río, camino que los granadinos conocían como la cuesta Yurra. Una vez en lo alto de la cuesta, pudo divisar la Alcazaba. Desde aquel lugar se contemplaba la ciudad y sus arrabales totalmente amurallados, encerrados a su vez en otros que también tenían sus propias murallas. La zona estaba muy concurrida de gente que entraba y salía de la alcazaba. Teniendo ante sí, a la vista, el conjunto monumental que formaba la Medina Alhambra con sus jardines, palacetes, patios y fuentes, de repente, sintió cómo un gran cansancio se apoderaba de él y

tuvo la necesidad inmediata de sentarse y acudir a su zurrón en ayuda de sus mermadas fuerzas, sirviéndose un trozo generoso de pan y otro de queso. No acababa de creérselo, pero estaba delante de la Medina Alhambra, el lugar donde vivía su madre cuando él nació. Ahora debería averiguar que había sido de ella y no sabía por dónde comenzar. El frío reinante era intenso, pero la excitación interior que sentía Simón hizo que las inclemencias del tiempo no le afectaran. Ante la vista de aquella maravillosa obra de los constructores granadinos, que constituía el punto de conexión con su pasado, sintió que se reconciliaba consigo mismo, experimentando una sensación de orgullo personal por haber vencido sus miedos y su propia pusilanimidad. Elevó su mirada sobre las murallas y divisó unas obras de lo que parecía ser un nuevo palacete.

Pasado un buen rato, y una vez recuperadas en gran parte sus energías, tanto físicas como anímicas, comenzó a pensar en el modo de iniciar su búsqueda. No sabía ni cómo ni por dónde empezar. Se levantó, y sin una idea determinada sobre qué hacer, se dispuso a entrar en la Medina. Ciñéndose al perímetro de la muralla, caminó hasta que vio a lo lejos una puerta por la que entraba y salía mucha gente. Se dirigió hacia allí con paso decidido, dispuesto a todo. No sabía si lo detendrían o por el contrario podría entrar sin problema alguno.

Cuando encaró la puerta, vio a ambos lados de la misma a varios *ascaries* que hablaban entre ellos en distendida conversación. Uno de ellos posó sus ojos sobre Simón e hizo un amago como de levantarse, pero en aquel momento, alguien desde dentro de la

garita lo llamó con voz enérgica. El *áscari* se levantó como movido por un resorte y se introdujo velozmente en el puesto de vigilancia. Simón siguió su camino como si supiera con exactitud a donde iba. Frente a él, un imponente palacio rodeado de unos hermosos jardines, donde un hombre mayor trabajaba tranquilamente en labores de mantenimiento. Simón estuvo observándolo durante un rato.

De repente, una idea inundó su mente con luz cristalina. Por la edad que representaba, aquel hombre debía llevar muchos años trabajando allí. Tal vez pudiera ponerle en antecedentes o indicarle alguna dirección o persona que pudiera informarle. Con una sonrisa en la cara, se fue acercando hacia el jardinero que vestía unos bombachos atados a la rodilla y una recia camisa con las mangas remangadas. A pesar del frío, el ejercicio que estaba haciendo le hacía sudar.

El hombre le vio llegar. Lo primero que le llamó la atención eran los ropajes, que correspondían con los de un monje cristiano. Se incorporó al ver que aquel desconocido se dirigía directamente a él.

— ¡*Assalamu Alaikum*![47]—dijo Simón

— *¡Wa Alaikum Assalam*![48]—le respondió aquel hombre. Luego continuó la conversación en árabe.

— ¡Que *Allah* os guarde! —dijo Simón.

— ¡Y a ti también!

— No sé si podrás ayudarme hermano. Mi nombre es Simón, y vengo de muy lejos, desde el norte, de un reino que se llama Aragón. Y ando en busca de mi madre.

---

[47] ¡La paz sea contigo!

[48] ¡Y la paz sea contigo!

La cara del hombre no pudo evitar expresar una mayúscula sorpresa, al oír hablar a aquel cristiano en su lengua.

— ¿Tu madre vive en Granada? Tú pareces y llevas ropas de cristiano.

— Sí. Mi historia es un poco complicada. En realidad hace veinte años que nací en Granada. En algún lugar de esta medina. Pero por una serie de vicisitudes, mi vida ha transcurrido de una forma tan dispar, que finalmente di con mis huesos en Barbastro, una ciudad que en tiempos fue una importante ciudad musulmana.

— Sí. El nombre de esa ciudad me suena de muy antiguo, *Barbitâniyya*[49]. Y *Saraqusta*[50]—dijo el jardinero.

— Pues como te digo, unos desgraciados acontecimientos me llevaron hasta el norte, pero otros me han facilitado la posibilidad de regresar en busca de mi madre, de la que ignoro si vive o no, ni dónde puede estar, ni como averiguarlo.

— Ya veo que vuestra vida no ha debido de ser agradable. ¿Tienes dónde dormir?

— Pues en realidad no. Pero confió en que Dios velará por mí.

— Pues ya lo ha hecho. Vais a ser mi huésped y os brindo un techo y una comida caliente, hasta que logres lo que deseas. De todas formas, yo tengo trabajo para un buen rato. Si te das una vuelta por la Medina y vuelves cuando el sol esté en lo alto, te acompañaré a mi casa, donde me contarás tu historia, que juzgo que será apasionante. Por cierto, mi nombre es Alí Ahmed. Y ahora, déjame continuar

---

[49] Barbastro.

[50] Zaragoza.

con mi trabajo y ven luego —dijo, volviendo a centrar su atención en su trabajo.

A Simón, se le salía el corazón por la boca. Estaba seguro que aquel hombre le ayudaría. Dios no le había dejado solo. Decidió matar el tiempo paseando por aquel magnífico lugar, joya primorosa del arte musulmán. El edificio que tenía ante sí estaba custodiado por unos *ascaries* con vestimentas de múltiples colores, de piel negra como el betún y de una presencia imponente, que llevaban unos alfanjes colgados de la espalda. Su fiera mirada impresionaba a cualquiera. Simón prefirió pasar a una cierta distancia de aquellos gigantes armados. Supuso que allí viviría el Sultán rodeado de sus guardaespaldas, concubinas y ministros. Siguió caminando hasta la mezquita y descalzándose entró en ella. Los creyentes que había dentro lo miraron con cara de pocos amigos, pero cuando vieron que se arrodillaba e inclinaba totalmente su cuerpo hacia delante, apoyando brazos y manos en el suelo, perdieron su interés en él. Tras rezar un buen rato, salió de la mezquita y siguió su recorrido por los jardines. Le llamó la atención que estaban muy concurridos. "*La mayor parte de esta gente serán criados*" —pensó. Y de repente, se preguntó si su madre estaría allí, en alguno de aquellos edificios que había en la Medina Alhambra. Y no pudo evitar emocionarse. ¡Tal vez tan cerca y sin saberlo ninguno de los dos! Respiró hondo y siguió su paseo para hacer tiempo y acudir a su cita con el jardinero.

Cuando el sol estaba en todo lo alto, inició el camino hacia los jardines en los que estaba trabajando Alí. A lo lejos vio como seguía cavando. Desde que lo había dejado, había desarrollado una

gran labor, al ver la gran cantidad de terreno que había preparado con su azada. Este lo vio llegar, y comenzó a recoger los aperos y envolverlos en unos paños. Cuando Simón llegó a su lado, ya estaba preparado para iniciar el camino de su casa, situada tras el Palacio del Sultán. Cuando llegaron salió a su encuentro la mujer de Alí, Fátima, quien se sorprendió al ver que su marido venía acompañado por un monje.

Tras presentarlo y hacer las reverencias de salutación, pasaron dentro, directamente a la cocina, donde comía el matrimonio. Rápidamente, Fátima puso un plato más en la mesa. Alí puso en antecedentes a su esposa de lo que había hablado con el invitado. Durante la comida, la conversación de Simón se centró sobre Barbastro, su contorno y sus costumbres, intercambiando comentarios sobre algunas de estas. También les aclaró que él no era un monje, sino más bien un eremita dedicado a la contemplación, y que las ropas que portaba se las había regalado un verdadero monje para que se resguardara del frio.

Alí, al igual que su esposa Fátima, estaban deseando que llegara el momento de que Simón comenzara la narración de su historia, pero por cortesía hacia el invitado, esperaban cortésmente a que éste iniciara su relato en el momento que desease. Tras terminar de comer, Fátima recogió la mesa y se sentó junto a su marido, frente a Simón, quien inició su narración. Paso a paso, punto por punto, fue desgranando su historia, observando distintas reacciones de sus interlocutores en algunos pasajes. Fátima lloraba en silencio y Alí tenía el rostro desencajado. Simón lo achacó a lo desgarrador

de su historia. Pero le aguardaba una sorpresa. Cuando terminó, se hizo un largo y denso silencio en la cocina.

— *¡Allah* es grande! ¡Así que tú eres el hijo de Zoraida! —exclamó, dejando a Simón anonadado por lo que se desprendía de aquella expresión.

— ¿Acaso conoces a mi madre? —preguntó Simón con un hilo de voz y a punto de romper a llorar.

— Sí. Por aquellos tiempos yo ya trabajaba en los jardines de la *Al Hambra*. Nosotros conocíamos esa historia por una de nuestras hijas que trabajaba en el servicio del Sultán.

— Alí, dime por favor, ¿vive todavía mi madre? —preguntó Simón, esperando la respuesta de Alí, ya que de ella pendía su alma.

— Sí —dijo escuetamente, mientras Simón cerraba los ojos y dejaba caer sus brazos, agotado por la tensión del momento, iniciando un silencioso llanto sin poder evitar unas violentas contracciones de su pecho.

— ¿Y dónde está? ¿Está bien? –preguntó con voz entrecortada.

— Sí. Está bien, pero no vive en Granada. Vive en una casa que le regaló el Sultán. Ahora si me permites, te contaré la parte de la historia que no conoces.

— Te lo ruego Alí. Soy todo oído.

— Cuando el Sultán se enteró de la actuación de su General, se enfadó muchísimo. Le acusó de haber faltado a la Ley del profeta al ordenar el asesinato de un inocente y con ello, privando al islam de un nuevo creyente. Eso, pasando por alto el haber mandado ejecutar al *naqib*, sin darle la oportunidad de reparar su falta, tal y como manda el Corán. Fue tal su enfado, que lo destinó al ejército del norte, fuera de su lado. En cuanto a Fátima, la instaló en una

alquería[51] de su propiedad que le regaló como compensación. Además le proporcionó un nutrido número de sirvientes para que la atendieran convenientemente. Al General mientras tanto, se le había infectado el alma y el corazón de un odio visceral hacia todo ser humano. En las batallas arriesgaba hasta límites insospechados ignorando las protestas de sus oficiales que le rogaban que se resguardara en retaguardia y que no arriesgara tan temerariamente su vida. Pero todo fue inútil. Hacía oídos sordos a todos los consejos de sus hombres. Y pasó lo que tenía que pasar: que en una ellas perdió la vida. Fátima lloró desconsoladamente la muerte de su padre, pero su dolor por aquella pérdida no era nada comparada con la que tenía por la pérdida de su hijo Abú al—Nuaym.

Simón escuchaba emocionado llorando en silencio, animado de vez en cuando por Fátima, que también lloraba.

— Ella vive recluida y apenas sale de casa. En todos estos años, tan solo habrá venido a Granada un par de veces.

— ¿Y cómo puedo llegar a esa almunia?

— Yo te acompañaré, Simón. No te preocupes.

Simón estaba flotando. Había encontrado a su madre tan rápidamente que era evidente que sus pasos habían sido dirigidos por el altísimo. Quiso dar las gracias a la divinidad y espontáneamente lo hizo como un musulmán. Tras el rezo, preguntó cuándo harían el viaje y si estaba muy lejos. Alí le dijo que irían al día siguiente y si salían a primera hora, caminando a lomos de una mula, cuando el sol

---

[51] Una **alquería** (del árabe القرية *al—qarīa*, «pueblo, caserío») designaba en al—Ándalus a las pequeñas comunidades rurales que se situaban en las inmediaciones de las ciudades (medinas)

estuviera en todo lo alto, estarían cerca de su destino. Luego pensó en sus amigos de Barbastro, Rodrigo, Mahoma y Abraham. Ellos lo habían animado a emprender aquella aventura.

Y luego pensó en Pedro Sánchez, "*¿Cómo les habrá ido*?".

Capítulo 28

GRANADA
Miércoles, 29 de marzo, 1318
Yawn al—Arba'aa', 25 de Muharram 718
Yom Revi'i, 26 de Nissan 5078

Pedro Sánchez y sus hombres se habían levantado tarde. Sus cuerpos agotados por todos los días de largas y exigentes caminatas desde su salida de Barbastro, reclamaban descanso antes que comida. Su contacto en Granada solía visitar la *funduq*[52] cada cierto tiempo, por lo que desconocían en qué momento se produciría el encuentro. Tomaron asiento en una mesa donde Pedro pidió que les trajeran comida. No hablaban mucho entre ellos. Quería evitar llamar la atención de los demás por cualquier motivo. Únicamente hablaban cuando estaban solos, y lo hacían de forma discreta. Debían mantener siempre los ojos abiertos, atentos a cualquier circunstancia extraña que pudiera ponerles en aviso de posibles problemas. Aquella mañana el sol lucía en lo alto del firmamento calentando sus entumecidos cuerpos. Después de comer con gran apetito un sabroso guiso de ciervo con laurel, romero y tomillo, al que le habían añadido unas patatas troceadas, se fueron a conocer la ciudad por los alrededores de la *funduq*.

---

[52] Posada para comerciantes extranjeros con establos y almacenes en la planta baja y habitaciones en la primera planta.

Cerca de la plaza del Aljibe, llamada así por un enorme aljibe de sólida construcción con arcos y puertas lobulados, desde el que se suministraba agua potable a la ciudad, se encontraban las murallas de la alcazaba *qadima*[53], donde en tiempos de los *ziries*[54], vivía el Sultán y su corte. Cuando llegaron los nazaríes, trasladaron la sede del gobierno, administración, corte, protocolo y su propia vivienda a la Medina Alhambra, situada en un altozano y desde donde se divisaba toda la ciudad. Mientras paseaban procuraban evitar las patrullas de vigilantes que constantemente vigilaban por las calles y cuidaban del orden en la ciudad. Tras recorrer erráticamente las calles granadinas y deambular entre los numerosos puestos de comerciantes y artesanos que pululaban por doquier, se encaminaron nuevamente hacia la *funduq*. Volverían a montar guardia, hasta que apareciera el contacto. Pedro Sánchez rezaba para que esto ocurriera pronto, porque sus nervios le tenían atenazado y el hecho de desconocer cuándo se produciría el encuentro le producía nervios y desazón.

****

Simón no pudo dormir en toda la noche. Su mente recorría una y otra vez los recuerdos de su peripecia vital, empezando desde el primero del que tenía consciencia, cuando fue llevado a Toledo y adquirido por un comerciante. Y cómo, a la muerte de este, su mujer e hijo, por celos y odio, lo vendieron como esclavo a un judío que a Dios gracias le trató como un hijo hasta que este, momentos antes de

[53] Antigua

[54] Los *ziríes* fueron una dinastía bereber originaria de la Cabilia.

morir, le otorgó la Carta de Libertad. Luego recordaba su viaje sin fin ni destino, completamente errático, hasta recalar en Barbastro. Su casual hallazgo de la cueva y su inesperado encuentro con sus tres amigos. Luego, el inicio de un inesperado viaje para el que no se veía preparado ni lo creía posible por sus propios medios, en busca de su pasado, centrado en su madre. Cuando Alí le tocó en el brazo de forma insistente, se encontraba en un profundo sueño producido por el agotamiento físico y mental de su vigilia nocturna. No obstante, se levantó como un rayo. En la mesa, unos humeantes cuencos de leche les esperaban a ambos, preparados por Fátima. Tras entonar el cuerpo con la leche caliente y un trozo de pan de cebada, iniciaron el viaje hacia la ilusión y la esperanza. Lo hicieron a lomos de dos mulas, llevando cada uno una pequeña alforja donde había pan, queso, almendras y un tarro con miel.

Antes de iniciar el camino, Alí le explicó a Simón la ruta que iban a seguir. Se dirigirían a Alitaje, situado a unas 9500[55] varas de Granada, a una alquería conocida como *Dar Alaarosa*, para los cristianos, la casa de la novia, lugar en el que vivía su madre. Salieron de la Medina Alhambra por la puerta *Almedina*, para girar a la derecha y continuar por la margen izquierda del Narro, hasta llegar al Puente de Albarracín por donde cruzaron el río. Enfrente, la puerta *Guedaix as softa*, que cruzaron observados por los *askaries* que custodiaban el acceso. Penetraron por el barrio de la Blanca, pasando junto a la mezquita de los penitentes en dirección a la puerta del Campo de las Almendras, por la que

55 Aproximadamente 16 kilómetros.

definitivamente dejaban atrás la ciudad. Por delante, un largo camino hasta la alquería en la que esperaba encontrar a su madre.

Cuando habían recorrido algo más de la mitad del camino, pararon a la sombra de unos árboles para tomar fuerzas. Se sirvieron de sus respectivas alforjas comiendo un poco de pan con miel y queso. Al poco rato, mientras comían, apareció en el horizonte una patrulla de jinetes que venían al trote en dirección a Granada. Cuando pasaron junto a Alí y Simón, los miraron con curiosidad. Sin embargo siguieron su camino. Una vez terminado el refrigerio, reanudaron su camino hacia Alitaje.

****

El Sultán, Ismail I, escuchaba en silencio el informe del *Sahib Ash-Shurta*[56] al que le había encargado la misión de encontrar a los cristianos ladrones de caballos. Al parecer, se había detectado en territorio cristiano una expedición de una veintena de hombres en dirección a Granada, pero no se había constatado que hubieran entrado en el reino. Una serie de patrullas estaba recorriendo el reino preguntando y mirando en posadas, alquerías y poblaciones, para confirmar el paso o existencia de un grupo tan numeroso de hombres. Dio orden para que se utilizaran todos los hombres que hiciera falta dedicados a la búsqueda de los ladrones. Las patrullas que recorrían la ciudad, también habían sido puestas en alerta.

****

[56] Jefe de Policía

Alí extendió su brazo señalando un punto en el horizonte. Simón miró en la dirección que le indicaba. A lo lejos podía divisarse un recinto amurallado, dentro del cual podían verse distintas construcciones. Conforme se iban acercando, éstas se iban perfilando con mayor nitidez, pudiendo aventurarse el uso dado a algunas de ellas. Una torre defensiva con tres alturas, un molino, cuadras y almacenes. Una acequia alimentaba el molino y en el exterior, fresnos, álamos, olmos y plataneras en gran cantidad producían espacios naturales de ensueño, dando al entorno un cierto aire de oasis en mitad del desierto. Los enormes portalones de entrada estaban abatidos sobre los muros dejando una gran abertura de entrada. Una vez dentro, se dirigieron hacia la puerta de acceso a la torre. En el amplio patio interior, los trabajadores de la alquería estaban inmersos en sus quehaceres y apenas levantaron su vista para posarla en ellos. Para estos la figura de Alí era conocida por lo que no les mereció más interés. Ni él ni su acompañante. Simón observaba admirado todo aquello y la sensación de ordenada actividad que se desprendía de aquella atmósfera campesina. Cuando penetraron en la torre, un criado les salió al paso.

— *Assalamu Alaikum.*

— ¡*Wa Alaikum Assalam!* —contestó Alí.

—Soy Alí ben Yusuf, jardinero al servicio del Sultán en la Medina Alhambra. Deseaba ver a la *sayyida*[57].

— ¿Con que motivo? —preguntó el criado.

— Entregadle esto. —dijo Alí, a la vez que se la entregaba una bolsa de piel conteniendo el Corán de Simón. El criado la tomó, y tras observarla durante

[57] Señora.

unos segundos, les hizo un gesto con la mano indicando que esperaran allí mientras él iba a anunciar la visita a la *sayyida*.

Pasaron unos momentos, y de repente, un grito desgarrador se dejó sentir en toda la casa. Alí y Simón supieron en aquel instante que la señora había reconocido la bolsa y su contenido. Luego sintieron cómo alguien se acercaba rápidamente donde estaban ellos. Pronto apareció una mujer quien se detuvo al ver a los dos visitantes. Un anciano y un joven. Su corazón latía con fuerza.

— ¿Quién eres y cómo es que tienes esta bolsa — dirigiéndose a Alí, sin perder de vista a Simón, confundida por las ropas de monje que llevaba. Aquel muchacho debía de tener la edad de…

— *Sayyida*, me llamo Alí, y soy un jardinero al servicio del Sultán, en la Medina Alhambra. Ya veo que no os acordáis de mí, vuestro jardinero, el viejo Alí. Esta bolsa y su contenido me los entregó este joven que está a mi lado y que me contó una historia que os gustará escuchar.

Zoraida se acercó temblorosa hacia Simón. En su rostro se reflejaba la enorme tensión que albergaba en su interior. En efecto, aquel joven vendría a tener la misma edad que su hijo. Desde entonces no había sabido absolutamente nada sobre el paradero y destino. Y ahora…

— *¡Umma*![58]—dijo Simón, sin poder contenerse más.

— ¡Abú!—exclamo Zoraida, abrazándose a Simón, quien también abrazo a su madre. El criado observaba todo aquello con la sorpresa impresa en su cara, mientras que Alí, con la emoción atenazándole

[58] ¡Madre!

el corazón y la garganta, contemplaba aquella escena del encuentro entre madre e hijo. Pensó que a su mujer, Fátima, también le habría gustado estar allí. Pasaron unos momentos interminables en los que nadie decía nada. Madre e hijo continuaban abrazados, y ante ellos, Alí y el criado expectantes, sin saber qué hacer.

Finalmente, Zoraida se separó de su hijo y cogiéndolo del brazo, lo conduzco al interior de la casa, haciendo una seña a Alí para que los siguiera. Una vez en sus aposentos privados, se sentaron sobre unos cojines.

— ¿De verdad eres mi hijo Abú? —preguntó a Simón— ¿Cómo es posible? ¿Por qué llevas esas ropas de monje cristiano?

— Es una triste y larga historia —dijo Simón, quien comenzó la narración de los aconteceres de su vida a requerimiento de Zoraida.

Simón relató con todo tipo de detalles, los avatares de su vida desde que entró en casa de Mohamed, el familiar de Alí ben Yusuf, y de sus posteriores peripecias en casa del cristiano toledano, tras ser secuestrado y llevado a Toledo, y su posterior venta al judío Juçef. Luego contó su errático caminar por tierras de la Corona de Aragón, cuando el viejo judío le dio la libertad. También explicó su encuentro con sus tres amigos de Barbastro, Mahoma, Abraham y Rodrigo, quienes le animaron a realizar el viaje de regreso en busca de su madre. Y por último, su milagroso encuentro con Alí, quien le había conducido hacia ella.

Cuando terminó, Zoraida estaba abrazada a Simón, arrobada, acariciándole el rostro, sin dejar de

contemplarlo un solo instante. Besó repetidas veces el Corán que ella creía haber perdido y que desconocía que el viejo Alí ben Yusuf, se lo había entregado a Mohamed, sin duda, para que algún día sirviera como prenda para reconocer a su hijo, como así había ocurrido. Simón contestó una y otra vez a las innumerables preguntas que le hicieron su madre y el propio Alí.

Cuando se corrió por la *alquería* la noticia de que el hijo de Zoraida había regresado, muchos de los trabajadores se acercaron hasta la casa, aguardando en el patio. En la casa, las criadas, sigilosamente, sin que nadie se diera cuenta, se habían sentado al fondo de la habitación, ocultas tras una rejilla, para escuchar, emocionadas, la historia que estaba contando Simón.

Al final del día, ambos estaban agotados. Eran muchas las emociones que habían recibido, pero la inmensa dicha del reencuentro prometía días de felicidad que les resarciera del sufrimiento padecido.

Capítulo 29

BARBASTRO
Viernes, 31 de marzo, 1318
Yawn al—Jumu'ah, 27 de Muharram 718
Yom Shishi, 28 de Nissan 5078

El Consejo de la *Aljama* judía, estaba reunido en sesión, presidida por su *mukdamim*, Vidal Comparat, en sustitución del Rabino, ausente. Se pasaba revisión a la situación y desarrollo de los acuerdos tomados en la sesión anterior. El primer punto del día abordaba la reparación de la muralla y empedrado de calles. Se había decidido en una reunión anterior, que las mismas serían realizadas por miembros de la judería, bajo las órdenes de un maestro de obras. Éstas, se habían terminado en tres días debido a la mayoritaria colaboración de toda la comunidad judía, y a la colaboración de algunos convecinos de Barbastro que también habían acudido en su ayuda, aportando su trabajo y esfuerzo. Vidal leyó la lista en la que figuraban los vecinos que, no pudiendo colaborar con su esfuerzo personal, lo sustituían con aporte económico, además de contribuir con los gastos de materiales y acarreo que se prorratearon entre todos. En total, unos cincuenta cabezas de familia. Vidal se mostró absolutamente complacido por la total colaboración de toda la Comunidad, sin excepciones.

La segunda cuestión del día, no se presentaba tan halagüeña como la primera. Se trataba del estado

actual de la recaudación de los veinte mil *sueldos* solicitados por el Rey para sus campañas de Italia previstas para el año siguiente. La petición había incomodado, y mucho, a los judíos no solo de Barbastro sino de todo el reino, como había tenido oportunidad de informarse Vidal. Pero si algo había que evitar, era defraudar al Rey. Ciertamente que éste les imponía de vez en cuando pesadas cargas, pero también era verdad que luego les compensaba de otra forma, perdonándoles algunos impuestos, o demorando *sine die* su pago. Y sobre todo, era de valorar su protección. Todos los judíos de la Corona de Aragón, estaban bajo la protección del Rey. Todas las *aljamas* del reino, eran de realengo. Y esta protección, se antojaba intocable. Aunque también les atraía alguna inquina de sus convecinos cristianos.

Comenzó haciendo una exposición sobre la situación real de la recaudación. Hasta aquel momento, tan solo catorce familias habían aportado su parte y urgía que los pendientes de pagar, cumplieran su obligación lo antes posible para evitar el recordatorio real, que siempre podía tomarlo como un gesto inamistoso hacia su regia persona. La mayoría de los que hablaron lo hicieron para manifestar su disgusto por tan severo trato económico, pero reconociendo que en realidad no les quedaba otra opción que aceptar las imposiciones reales…por su propio bien. Finalmente acordaron que en el plazo de una o dos semanas todos habrían aportado su parte.

El punto tercero del orden del día, planteaba la construcción de una nueva sinagoga. Vidal propuso adquirir una casa que pertenecía a un cristiano, junto

a la plaza grande del mercado. En su opinión, se podría conseguir un buen precio. Sin embargo, la mayoría del Consejo, no estaban muy de acuerdo con gastar más dinero, aunque se tratase de construir una sinagoga, debido a la delicada situación económica de la *aljama*. Al final, se acordó abordar el tema en reuniones posteriores, y esperar a que cambiara un poco la situación financiera de todos. Acabados todos los puntos del día, se levantó la sesión y cada uno se fue a atender sus negocios y obligaciones.

****

Rodrigo caminaba deprisa aprovechando que el sol comenzaba a alargar las horas de luz del día. Se dirigía con paso decidido hacia la cueva de Simón. Cuando ya estaba cerca, ralentizó la marcha y extremó sus cinco sentidos tratando de ver u oír algún detalle que delatase alguna presencia no deseada por los alrededores. Estas precauciones las tomaba en todas sus vistas a la cueva. En ocasiones se paraba y se agazapaba, escuchando atentamente. Si no recibía ningún sonido sospechoso, continuaba su marcha. Cuando estaba convencido de que no había nadie observando se dirigía con decisión hacia la puerta camuflada. Retiraba los matorrales, tras una última prospección del terreno, y penetraba en la cueva, no sin antes desde dentro, ordenar convenientemente los matorrales que ocultaban la entrada.

Una vez dentro, se dirigió hacia el fondo de la cueva, y desenterró algo que estaba envuelto en una piel de zorro. Cuando retiró la envoltura, quedó a la vista una de las espadas de los moros asesinados.

Desde que él y sus amigos las habían encontrado, una idea se había instalado en su cabeza: hacerse con una de ellas para practicar. Por ello, Rodrigo había ido hacía unos días al lugar donde estaban ocultas las mochilas de los moros, y de una de ellas había extraído la espada. Volvió a ocultarlas, y se dirigió a la cueva de Simón para esconderla allí. Pensaba que era el lugar más seguro para tenerla guardada. Días más tarde, fueron encontradas por los soldados del castillo.

Con la espada en la mano, empezó a hacer ejercicios: molinetes, ataques frontales, laterales, de arriba a abajo golpeando un tronco, de la altura más o menos de un hombre y que había colocado de pie, haciendo el papel de enemigo imaginario. Los laterales del tronco, mostraban los golpes que recibía de Rodrigo. Al principio, aquellos movimientos le cansaban y producían dolor en el brazo y en el hombro. Pero estaba decidido a aprender a manejar aquella espada curva por mucho dolor que le produjera. Tras un buen rato de dar mandobles a izquierda y derecha sobre el sufrido tronco, dar mil saltos a un lado y a otro, en imaginarios escorzos evasivos de estocadas contrarias, dio por terminada la sesión de entrenamiento. El ejercicio le había hecho sudar por todo el cuerpo. Se enjugó el sudor de la cara con la manga de la camisa. Recogió todo y lo dejo como estaba. Cubrió la espada con la piel de zorro y la sepultó en el hoyo que había preparado. Luego cogió el tronco y lo tiró al fondo. Salió dolorido pero satisfecho de la cueva, tomando nuevamente toda clase de precauciones. Agradeció que la luz del día se alargara y le permitiera realizar más tiempo aquella actividad. Con paso rápido y silbando una cancioncilla se dirigió hacia su casa.

Allí lo estaba esperando la familia para cenar. Su hermano Domingo, el clérigo, se hallaba presente, cosa que no ocurría casi nunca. Cuando vio a su hermano pequeño, le espetó un gruñido.

— ¿De dónde sales, truhan? ¿Hasta estas horas os tiene trabajando ese judío explotador de Haym?

— No. He estado con mis amigos —dijo, mientras se lavaba las manos en un aguamanil.

— ¿Amigos? ¡Un moro y un judío! ¿A eso llamas amigos? Alguien debería atarte corto.

Ramón Pérez de la Nava hizo un gesto de desagrado. No comulgaba las ideas extremistas y excluyentes de su hijo en materia de moros y judíos. En su condición de notario, tenía en los moros y judíos unos clientes magníficos además de que los consideraba excelentes personas, y en su opinión, eran tan de fiar como los cristianos, si no más. En las tres comunidades había gente indeseable. Y también, buenas gentes. Por eso no entendía la actitud de su hijo con respecto a los moros y judíos. Era cosa de la religión. No podía ser otra cosa. Aunque cristiano viejo, no por eso excluía a los adeptos a las otras dos religiones. Hasta los moros y judíos le parecían más permisivos con las creencias de los demás.

Todos tomaron asiento en la mesa. Julia trajo una humeante y aromática olla de caldo, en la que se había cocinado durante horas col, patatas y garbanzos junto a abundantes trozos y huesos de vaca, cerdo y pollo. Sirvió a todos y finalmente, se sirvió ella misma, junto a Rodrigo. Unas jarras con vino y un cantarillo de agua, además de una cesta con pan, completaban la mesa.

— ¿Os habéis enterado del hallazgo de los tres moros muertos? —preguntó Domingo.

— ¿Moros? —se sorprendió Juan, el hijo mayor.

— Sí. ¿No lo sabíais? Pues ha sido muy comentado en todo Barbastro.

Rodrigo contuvo la respiración. Nadie, salvo Julia, sabía su relación con aquellos muertos. Los dos intercambiaron una fugacísima mirada de complicidad.

— ¿Y cómo sabes que eran moros? —preguntó la madre de Domingo, Arnalda.

— Primero por su aspecto. Vestían ropas manifiestamente árabes. Y su piel era más bien oscura. Pasados unos días, se pudo encontrar en las cercanías del Pueyo un lugar donde habían escondido sus pertenecías, y entre ellas, habían aparecido un Corán y dos espadas árabes, es decir, curvadas —dijo Domingo.

— ¿Dos? ¿No eran tres? —se extrañó el notario.

— Sí. Solo dos. Es un misterio que todavía no se ha podido aclarar. Se cree que una de ellas se perdió en el camino del Pueyo hasta Barbastro.

— Y caballos. ¿No tenían caballos? —preguntó Ramón.

— Evidentemente debían de tener caballos. Pero no han aparecido. Con seguridad quien los mató se los llevó consigo.

— ¿Y qué hacían aquí tres moros? ¿Cuál era su procedencia? —preguntó Juan.

— No sabemos lo que hacían tan lejos de Granada.

— ¿De Granada?

— Si padre, de Granada. ¿De dónde, si no? —dijo Domingo.

Rodrigo escuchaba todo aquello entre intrigado y divertido.

— Según el Baile de los Entenza, puede que estuvieran vigilando a alguien. Se les había visto durante varios días frecuentar la posada Tres Orzas.

— Verdaderamente es un misterio bastante sorprendente. Nada encaja, hasta que se descubra cual es la razón que conecta a esos hombres con Barbastro. Lo primordial será dar con la persona a la que vigilaban. Eso tal vez aporte luz suficiente para la solución del misterio —concluyó el notario.

Julia, puso sobre la mesa el segundo plato. Cordero guisado con guisantes y judías verdes. En esta ocasión, cada cual se sirvió lo que quiso.

Después de cenar, Domingo abandonó el domicilio paterno, tomando la calle del Palacio y subiendo hacia Santa María la Mayor, de la que era clérigo racionero.

Capítulo 30

BALAGUER
Viernes, 31 de marzo, 1318
Yawn al—Jumu'ah, 27 de Muharram 718
Yom Shishi, 28 de Nissan 5078

Teresa de Entenza y su séquito hacían su entrada en Balaguer hacia el mediodía. La infanta venía acompañada de su esposo quien había salido a su encuentro en cuanto le comunicaron que la expedición de su mujer estaba en las cercanías de la capital del Condado. Cuando llegaron a la altura del puente de San Miguel que daba acceso al Castell Formós, donde tenían su residencia los Condes de Urgel, una multitud se agolpaba a la entrada del castillo para ver pasar la comitiva de los Condes. La larga fila de caballeros y acémilas que formaban ésta, se adentró en la imponente fortaleza ocupando la amplia explanada del interior. Mientras la servidumbre se encargaba de descargar equipajes, los infantes y los miembros del séquito de la Condesa, entre los que se encontraba Zaahira, pasaron al interior del torreón central.

La Señora se había comportado admirablemente a pesar de su estado. En ningún momento se había quejado de las condiciones del viaje. Bien al contrario, animaba sin descanso a todo el grupo a continuar poniendo buena cara al mal tiempo.

Zaahira estaba agotada del penoso viaje que acababan de realizar. Prácticamente todos los días

les había llovido intensamente, lo que les había retrasado considerablemente. Los siete u ocho días que normalmente debía durar el viaje, se habían alargado a casi diez días. La cercanía de Barbastro le hacía latir su corazón con fuerza. Tenía unas ganas enormes de ver a su familia. Cuando se instalaran definitivamente, pensaba pedirle permiso a la señora para visitar la ciudad del Merder. Durante estos dos meses había aprendido y visto muchas cosas. Montar a caballo, progresar en su empeño de aprender a leer y escribir y ver mundo, había ocupado totalmente su tiempo y su espíritu, aparte del servicio a la Señora. Ansiaba contar a sus padres y hermanos todas aquellas maravillas y conquistas.

Sin embargo, no hizo falta que se lo pidiera. Por la noche, mientras la asistía para acostarse le comunicó la noticia.

— Supongo que estarás nerviosa al estar tan cerca de tu casa ¿no?

— Si señora. Les echo mucho de menos.

— Bien. Pasados unos días, te dejare que vayas a hacerles una visita. Te acompañará mi Secretario y un par de soldados. Como estarán en Barbastro dos o tres días, podrás estar con tu familia. Luego regresaras con ellos. ¿Qué te parece?

— Os lo agradezco en el alma, señora. ¡Qué contenta estoy! ¡Tengo tantas cosas que contarles! — dijo ilusionada.

— Pues ya está dicho, Zaahira.

Geraldona le dio una palmada en el hombro, a la vez que le hacía un guiño con el ojo acompañado con una sonrisa. Apreciaba sinceramente a aquella muchacha. La bondad de carácter, su inteligencia

natural y su simpatía innata le habían ganado su voluntad.

Tres días más tarde, Zaahira partía hacia Barbastro llevando un pequeño petate consigo. Por delante tenía un día de viaje. La acompañaban dos soldados y el Secretario de la Condesa, García Rodríguez de Boxadors, quien tenía algunos asuntos que resolver ante el Concejo de Barbastro.

Capítulo 31

BARBASTRO
Lunes, 3 de abril de 1318
Yawn as—Sabt, 29 de Nissan 718
Yom Sabbat, 28 de Muharram 5078

Zaahira atravesó la Puerta Merder con la boca seca y con los nervios a flor de piel. Las campanas de Santa María la Mayor tañían los dos toques de la hora tercia[59]. Cuando llegaron a la altura de la Plaza del Mercado, se apeó del caballo entregándolo a uno de los soldados quien lo sujetó de las riendas. Sin decir palabra alguna, se despidió con una mirada de sus acompañantes y se dirigió hacia su casa con paso rápido y decidido. Vio la tabla a lo lejos, y lágrimas de alegría comenzaron a asomar por sus ojos. Empujó con decisión la puerta, encontrándose frente por frente con su madre que en aquel instante iba a salir. Tras quedar unos segundos paralizada por la sorpresa, se echó en los brazos de su hija, fundiéndose en un abrazo al que rápidamente se unió Fátima, su hermana, que estaba tras el mostrador. Renovados abrazos y lágrimas siguieron a los primeros. Axa le pidió a Fátima que se acercara a la huerta familiar donde se encontraban trabajando su padre y sus hermanos, Alí y Brahim, para comunicarles la llegada de Zaahira.

[59] Aproximadamente las nueve de la mañana.

Mientras Fátima iba en busca de su padre y hermanos, madre e hija se sentaron en un banco y se escrutaron mutuamente. Axa encontró a su hija más hermosa que nunca. Parecía más mujer y sus modales y forma de vestir eran diferentes de cuando se fue. ¡Y solo habían pasado tres meses! Zaahira vio a su madre igual que siempre. Abrió el pequeño petate que traía y de allí sacó un pequeño envoltorio que entregó a su madre. Ésta lo abrió con cuidado, mostrándole algo parecido a una pequeña piedra de río de color ámbar con una textura suave y que desprendía un agradable olor a lavanda.

— En Montpellier lo llaman *savon*[60], y lo utilizan para lavar las manos o la ropa.

Axa lo acercó a su nariz y aspiró su perfume con los ojos cerrados.

— Lo guardaré toda la vida, Zaahira —dijo, apretando la caja contra su pecho, completamente emocionada mientras miraba a su hija.

La puerta de la tabla se abrió apareciendo Mahoma con los brazos abiertos dirigidos hacia su hija, con la que se fundió en un abrazo. Luego hicieron lo mismo sus hermanos. Cerraron la tabla y se fueron a casa. El resto del día querían dedicarlo a su hija y hermana. Faltaba Mahoma que estaba trabajando en casa de Haym. Alí, por orden de su padre fue a comunicarle a su hermano la llegada de Zaahira.

A petición de los presentes, ésta comenzó a contar las maravillas que había visto y las situaciones que habían vivido. Los viajes a Montpellier y el posterior a Aviñón donde visitaron al *muftí* de los cristianos. Todo ello narrado con la ilusión de una persona que

[60] Jabón.

había vivido aquellas experiencias intensamente. La narración sobre las gentes, las ciudades, las costumbres, los edificios y las casas, era causa de asombro y lo contaba como si las estuviera viendo de nuevo. A este torrente de ilusión, asistía toda la familia Avintarí, interrumpiéndola constantemente para pedir alguna aclaración o hacer algún comentario sobre alguna circunstancia. Cuando hizo su aparición su hermano Mahoma, Zaahira comenzó nuevamente desde el principio con gran regocijo de todos. Haym, había permitido que Mahoma dejase el taller para ir a ver a su hermana, dándole fiesta para el resto del día. La costumbre imponía que los aprendices comieran en casa del maestro, y en esta ocasión, y gracias a la visita de Zaahira, hizo una excepción. Les contó también que la Señora viajaba constantemente, acompañando a su esposo, aunque en los próximos meses no podría hacerlo debido a su embarazo. Se esperaba que para Julio o Agosto, naciera el nuevo hijo.

— Balaguer está muy cerca. Tan solo a dos días de viaje. Podréis venir algún día a visitarme.

— Cuando haga buen tiempo —dijo su padre—, te prometo que te haremos alguna visita.

El resto del día lo pasaron comentando las noticias que habían ocurrido en Barbastro desde que Zaahira había entrado al servicio de la señora.

****

Juan Marqués tenía ante sí a García Rodríguez de Boxadors, Secretario personal de Teresa de Entenza, quien había sido encargado por la Señora para que revisase con el Justicia de Barbastro la documentación referente a las concesiones de

licencias de apertura de comercios por ciudadanos pertenecientes a la *aljama* mora, quien en su opinión, debía corresponder a la Señora, como había ocurrido desde tiempos inmemoriales. Como consecuencia, el cobro de las tasas de las citadas licencias, le corresponderían a ella y no al Concejo, como estaba ocurriendo últimamente. Si no se llegaba a un acuerdo, tenía orden de buscar a un notario de Barbastro y designarlo como procurador, para que iniciara el correspondiente pleito para recuperar ese derecho que le había sido arrebatado, sin estar justificado en documento alguno.

— ¿Y a qué documento os referís? —preguntó Juan Marqués.

— Pues a uno en el que se diga que ese derecho corresponde al Concejo. Ese derecho siempre lo ha detentado el titular del Señorío. Recuerdo que don Gombaldo de Entenza, padre de doña Teresa, era el que concedía esas licencias, y cobraba las tasas a los miembros de la *aljama* mora, que como sabéis es propiedad de los Entenza. Don Gombaldo falleció en 1309, así es que desde esa fecha, debéis de buscar el documento donde se cambie la Costumbre cediéndola al Concejo. Como podéis suponer, estamos seguros de que tal documento no existe — dijo García.

— No creo que vaya a haber ningún problema. Creo recordar que al fallecer don Gombaldo, se produjo un periodo, lógico por el deceso, en el que miembros de la *aljama* se dirigieron a este Concejo en petición de ayuda por algunas cuestiones, de las que con anterioridad se cuidaba el titular del señorío. Tal vez en este momento, y como compensación, el Concejo pasó a dispensar este tipo de licencias. De cualquier modo, os prometo realizar en un breve plazo de tiempo un informe sobre estas cuestiones,

que a buen seguro aportarán la luz suficiente para llegar a un acuerdo.

García Rodríguez de Boxadors, se dio cuenta exacta de la senda por la que el Concejo quería llevar la cuestión. No cuestionaba el derecho de los Entenza a emitir las licencias y cobrar las tasas. Pero en las palabras del Justicia, podía deducirse con poco margen de error, que el Concejo pretendía cobrar, "*esas cuestiones de las que con anterioridad se cuidaba el titular del señorío*" y seguramente a buen precio. Intuyó que habría para largo. Por de pronto debería averiguar cuántas licencias se habían realizado y qué tasas se habían devengado en los últimos nueve años. Luego continuaron con otras cuestiones, como la contribución del Concejo al mantenimiento del castillo. Era opinión de la Señora y su esposo, que el servicio de protección que ofrecía la guarnición de soldados del castillo tenía también un precio. Y los tiempos que corrían, no recomendaban prescindir de esa protección, habida cuenta de las numerosas disputas entre los nobles y ricos—hombres de la zona, en constante litigo, cometiendo todo tipo de desmanes en poblaciones y explotaciones agrícolas del contorno.

— Esa es una cuestión que debemos tratar en el Concejo. Creo que la propuesta puede ser interesante para ambas partes, pues al fin y al cabo estamos condenados a entendernos —dijo el Justicia con una sonrisa, correspondida con otra del Secretario de Teresa, quien había entendido el alcance exacto de las palabras del Justicia.

— Bien. Pues tratadlo en Concejo, y hacednos llegar una propuesta —añadió García.

— Perfectamente. Y a propósito, ¿cómo está la señora? ¿Sigue bien su embarazo?

— Bien, muy bien. La verdad es que la señora lleva los embarazos con una salud de hierro. Hace escasos días ha regresado de Montpellier, donde la mandó su suegro, el Rey Jaime II. Es una mujer muy fuerte.

Terminado el encuentro, García Rodríguez de Boxadors se dirigió hacia el castillo, donde se instalaría durante dos o tres días. Juan Marqués, se dedicó a contabilizar los ingresos de puerta por transporte de mercancía.

Capítulo 32

GRANADA
Lunes, 3 de abril de 1318
Yawn al—Ithnayn, 30 de Muharram 718
Yom Sheni, 1 de Iyar 5078

Pedro Sánchez estaba sentado en la taberna de la *funduq*, dispuesto a dar buena cuenta de un plato de abundante cordero al ajillo acompañado de unas tortas de pan *pita*[61], junto con pequeños trozos de queso, cuando el recién llegado le miró con atención. Sin embargo, Pedro no acababa de reconocer en él al hombre con el que había tratado la vez anterior, sin que por ello no dejase de resultarle vagamente familiar. Se sentó dos mesas más allá, pidiendo de comer al tabernero. Luego miró a su alrededor y volvió a fijar su mirada en Pedro. Éste lo observó con disimulo y al ver la cicatriz de su mano derecha, reconoció a su anterior contacto. En esta ocasión, se había dejado crecer la barba, y por eso no le había reconocido inmediatamente. Sin embargo, aquel hombre permanecía indiferente, como si no lo reconociera, sin tomar ninguna iniciativa. Decidió esperar antes de dirigirse a él. Tal vez tuviera una mala memoria para reconocer caras. Cuando el recién llegado terminó de comer se levantó con intención de abandonar la taberna. Pero esta vez, al pasar por delante de Pedro, hizo un leve gesto con la cabeza, que este interpretó como una señal. Pedro se

[61] El **pan de pita** o **pan árabe** es una variedad de pan plano sin miga, muy ligero y versátil

dispuso a terminar su comida y salió de la *funduq*. Sus hombres seguían descansando en la habitación que tenían alquilada.

A pesar de que el sol le daba de frente, lo pudo ver apoyado sobre la pared de una casa. Se dirigió lentamente hacia él. Éste comenzó a moverse lentamente en una dirección y Pedro le siguió. Cuando llegaron a un callejón cerrado o *adarve*[62], se adentró en él, dirigiéndose hacia la única puerta que había en aquella estrecha callejuela. Pedro buscó instintivamente el puñal que llevaba debajo de sus ropas. Convenía estar preparado. Su contacto penetró en una casa.

— Pasa cristiano —le dijo en una mezcla de árabe salpicado de palabras en romance. Pedro pasó directamente al patio de la casa, donde le esperaba con una sonrisa.

— Hay que tomar precauciones. ¿Cómo fue el viaje de regreso a tu tierra? —le preguntó.

— Bien. Sin problemas. Si mal no recuerdo, tu nombre es Farîd, ¿no? —dijo Pedro en árabe.

— Sí, amigo Pedro. Vamos dentro —respondió sonriendo, a la vez que con la mano indicaba una puerta.

Se dirigieron hacia ella, pasando dentro. Una tenue luz de dos velas situadas en ambos extremos de la habitación, dejaba ver una alfombra rodeada de cojines y en el centro, una mesa baja sobre la que quedaban todavía restos de comida y unos vasos de té con posos. El hombre recogió todo aquello y preparó una nueva tetera con té. Trajo los vasos que

[62] En las antiguas ciudades musulmanas, callejón particular que daba acceso a las viviendas situadas en él y que se cerraba por las noches. Calleja o callejón sin salida.

estaban sobre la mesa y que había lavado con agua que sacó de una pequeña tinaja. Pedro no hacía ascos con mucha facilidad, pero esta vez se le encogió un poco el estómago.

— ¿Y a qué se debe tu visita?

— Verás. Los caballos han tenido un gran éxito entre los nobles de mi tierra. Y como ninguno quiere ser menos que el otro, tenemos muchas peticiones.

— ¿Cuantos necesitarías?

— Sobre doscientos.

— ¡Doscientos caballos! ¡Imposible! ¡Tú estás loco, Pedro! —dijo escandalizado Farîd.

— ¿Y cuantos podrías proporcionarme?

— Pues diez o quince. Tal vez veinte. Pero es muy peligroso. Porque hay que ir reuniéndolos poco a poco. El Sultán ejerce un gran control sobre las dehesas de crianza. Solo puedes hacerte con un caballo cada vez, simulando que se ha producido una baja o que se ha extraviado en un transporte o que ha sido atacado por un lobo. Pero hay encargados que son muy meticulosos, realizando recuentos cada poco, e incluso exigen ver el cadáver del animal o una parte de él. Es una labor muy laboriosa y...peligrosa. Si te pillan, te rebanan el cuello. ¡Doscientos caballos! ¡Habría que llevarse todos los animales de una dehesa! ¡Y de una bien grande! Eso que quieres es absolutamente imposible —dijo a modo de resumen Farîd.

— Entonces, ¿cuantos podrías facilitarme? ¿Y en qué plazo?

— Ya te lo he dicho, sobre veinte caballos.

— ¡Lástima! Tenemos a muchos señores interesados en adquirirlos. Y pagarían un buen precio por ellos —dijo Pedro, en un intento de comprobar si Farîd se mantenía en la misma posición.

— ¿Cuántos hombres tienes? —preguntó Farîd "*¡Vaya, pues sí que hay alguna posibilidad!*" —pensó Pedro.

— Exactamente veinte hombres —dijo Pedro. Quiso indagar

— Y ¿estarían dispuestos a todo? —inquirió Farîd, espaciando las palabras de la frase.

— Eso depende.

— Hay una oportunidad de hacerse con casi cien caballos entre yeguas y machos.

— ¿Y cómo es eso? —preguntó Pedro, esperanzado por la nueva posibilidad.

— Pero antes me tendrás que asegurar que comprarás mis caballos.

— Naturalmente. Me interesan todos los que pueda adquirir. ¿Cuál será su precio?

— Quinientos *mazmudines* cada uno.

Pedro recordó la vez anterior y el precio había subido un poco, pero la expectativa de hacerse con un número importante de animales le animó a aceptar el precio sin regatear.

— De acuerdo. Como la vez anterior, los llevarás a Huéscar. ¿De acuerdo? Y ahora, explícame como es la nueva posibilidad —dijo Pedro.

— Sé que en los próximos días van a trasladar una remesa de caballos a pastar a una dehesa que hay en Vélez—Blanco, muy cerca de la frontera. Aparte del mayoral, tres o cuatro ayudantes y otros tantos soldados serán los encargados de llevar la recua a su destino. Como digo, cerca de un centenar de caballos.

— ¡Eso es muy interesante! Pero eso significa eliminar a esa gente. La verdad es que no entraba en mis cálculos hacerme con ellos así. Y dices que los llevan a Vélez—Blanco. ¿Queda eso muy lejos de Huéscar?

— Unas veintiséis mil varas[63]. Casi un día de camino.

— No está nada mal —dijo Pedro—. Bueno, tengo tiempo para planearlo. Nosotros vamos a quedar así. Mañana partiré hacia Huéscar a esperar tu llegada con todos los caballos que puedas traer y la fecha exacta de arribada de la recua a Vélez—Blanco. Si todo sale así, como dices, y nos hacemos con un número importante de animales, tendrás una buena recompensa por la información, te lo aseguro —dijo Pedro, poniéndose en pie.

— De acuerdo. Nos veremos en tres o cuatro días en Huéscar. Ten preparado el dinero. No quiero que pase como la otra vez. ¡*Assalamu Alaikum*! —repuso Farîd con una sonrisa.

— ¡*Wa Alaikum Assalam*! —concluyó Pedro, abandonando la casa y saliendo nuevamente al *adarve*.

Luego se dirigió directamente a la *funduq* para comunicar a sus compañeros el resultado de la reunión y la vuelta a Huéscar. Estaba contento porque se iba a hacer con un número importante de caballos.

Al poco rato de que Pedro Sánchez abandonara la casa de Farîd y se perdiera entre el gentío camino de la *funduq*, este salió de su casa dirigiéndose en dirección a la Medina Alhambra.

****

Simón, que ahora había recuperado su nombre original de Abú al-Nuaym Ridwan, vivía intensamente todos los momentos del día. La

[63] Aproximadamente, 43 kilómetros.

alquería, construida sobre una antigua villa ibero—romana situada en la influencia de la romana Ilurco. La primera construcción que se realizó, y hacía ya más de doscientos años, fue la torre defensiva, que se erguía sobre el paisaje dominando desde su altura un vasto panorama. Luego se añadieron un molino de aceite, otro de agua y otras edificaciones donde se llevaban a cabo las distintas faenas de la alquería. En unos establos adyacentes podían verse unos hermosos ejemplares de caballos árabes de pura raza. Estos caballos producían en Abú un extraño hipnotismo. Su extraordinario porte, sus andares perfectos, su figura inigualable, le parecían la representación de la perfección hecha caballo.

Rodeando la alquería, y a una cierta distancia, podían verse bosques de olmos centenarios de gran calibre y de unas sesenta varas[64] de alto, traídos por el Sultán de la Medina Alhambra en Granada. Para Abú, aquello era como el paraíso en la tierra. La transformación que había sufrido su madre era absoluta. La alegría había inundado su vida y eso se reflejaba en todas sus actividades y en el trato con las personas, ahora más personal, más directo. De no tener interés por nada, había pasado a querer controlarlo todo. Su forma de vestir también cambió sustancialmente. Ahora estaba abierta a todas las sugerencias que su servicio le hacía. Por fin, la alegría había inundado *Dar Alaarosa*.

Su madre estaba organizando una fiesta a la que asistirían los propietarios de las otras alquerías próximas, e incluso había invitado al propio Sultán, al que visitó para rogarle su presencia en la misma. El Sultán se alegró extraordinariamente al conocer la

[64] Aproximadamente 30 metros.

noticia del regreso de aquel hijo que todo el mundo creía muerto, mandado asesinar por su propio abuelo. Pero lo que más atrajo la atención del Sultán, fue saber que el muchacho venía desde Barbastro. Rogó encarecidamente a Zoraida que trajera a su presencia a Abú al—Nuaym, porque quería conocerlo personalmente. Antes de dar por concluida la visita, le reiteró su interés en conocerlo y oír de sus labios la historia de su vida.

Abú se miraba en un espejo metálico, sorprendido por la lujosa ropa que vestía con motivo de la visita que, junto a su madre, iban a realizar al Sultán de Granada, Ismail I. Su madre lucía un esplendoroso traje de seda, bordado con hilos de oro. Acompañados por un criado y dos sirvientas, montaron en sus respectivos caballos andaluces, emprendiendo el camino de Granada. A Abú se le antojaba que estaba viviendo un episodio de las *Mil y una noches*.

Cuando llegaron a la capital del reino nazarí, cruzaron el río Darro por el puente de los Labradores, continuaron por su margen izquierda a lo largo de un camino siempre en ascenso que discurría paralelo a las murallas de la Medina Alhambra que protegían la alcazaba. Siguiendo su contorno llegaron a la denominada Puerta del Barranco que daba paso al barrio de los judíos. Desde allí se dirigieron a la Puerta de la Ley por la que se accedía a la Medina. Dejando la Alcazaba a su izquierda, pasaron por delante de los Aljibes hasta llegar a una especie de plazoleta. Allí se apearon, dejando los caballos al cuidado de los *askaries* que custodiaban la puerta de acceso a la alcazaba y al palacio nazarí.

Acompañados por *askari*, se dirigieron hacia el Palacio Mexuar, residencia del Sultán, que quedaba al fondo a la derecha. Accedieron a él cruzando los jardines que rodeaban el palacio donde numerosos jardineros se encargaban de su mantenimiento. Abú no vio entre ellos a Alí. Cuando llegaron a las inmediaciones de la gran puerta de entrada, un *katib*[65] les salió al encuentro. Zoraida mantuvo una breve conversación con él y tras una leve inclinación de cabeza, pasó al interior mientras Abú y su madre esperaban en la antesala a la que fueron conducidos.

Tras esperar unos instantes, apareció nuevamente el *katib*, quien les rogó que le siguieran. Tras un breve paseo por hermosas galerías, cuyas paredes, en su parte superior estaban decoradas con yeserías, dorados y pinturas, rematadas en su parte inferior con alicatados de azulejos, fueron introducidos en un salón, donde les esperaba el *hadjib*[66], quien los recibió con una reverencia. Luego los introdujo en el *madjlis*[67], donde al fondo se encontraba el Sultán rodeado de consejeros y asesores. Éste, fijó su mirada en los recién llegados, especialmente en Abú. Con un gesto de su mano, indicó un lugar frente a él y al instante, unos servidores dispusieron unos cojines sobre los que tomaron asiento Zoraida y su hijo. Con otro leve gesto de su mano, el resto de personas que lo acompañaban cuando entró Zoraida con su hijo, desaparecieron discretamente dejando solos al Sultán y a sus visitantes.

---

[65] Secretario, funcionario.

[66] 1—Principal funcionario de Estado de un príncipe.
2—Camarero Mayor que decidía a quién debía conceder audiencia el príncipe.

[67] Salón importante de la casa o palacio, donde el dueño solía recibir a sus invitados.

La entrevista fue larga. El Sultán insistió en escuchar la historia de Abú, cuando se llamaba Simón, haciendo especial hincapié en su viaje desde Barbastro, preguntándole de forma sibilina, detalles sobre quienes le acompañaban y sobre la ruta seguida. No le costó mucho entender que el muchacho estaba totalmente ignorante sobre la clase de compañía con la que había realizado el viaje. Luego le preguntó infinidad de detalles sobre las costumbres y aspectos que más le habían llamado su atención durante su estancia en tierras cristianas. De forma habilidosa, tirando del hilo de la ignorancia en la que estaba inmerso Abú acerca de las actividades reales de Pedro Sánchez, el Sultán fue sonsacándole información referente a sus compañeros de viaje, y sobre la forma y modo de vida de los cristianos del norte, punto de vista que nacía de sus propias conclusiones acerca de la organización de las ciudades y de las tropas cristianas. Una pobre impresión, pero había que tener en cuenta que el muchacho llevaba una vida de retiro, y en consecuencia, pocas informaciones válidas podía dar.

— ¡*Alhamdu—Lillah*![68] —dijo el Sultán, sin que sus interlocutores pudieran entender la razón real a la que se debía la expresión.

— ¡*Alhamdu—Lillah*! —respondieron todos los presentes.

Seguidamente fueron obsequiados con zumos y dulces, no sin antes prometer que asistiría a la fiesta. Seguidamente, y con las últimas luces del día, emprendieron el camino de regreso a *Dar Alaarosa*.

[68] ¡Alabado sea Allah!

Cuando Zoraida y Abú, abandonaron el *madjlis*, el Sultán mandó llamar a su presencia al *Sahib Ash-Shurta*, con el fin de ponerlo al día sobre la información que había obtenido de Abú, quien sin saberlo, le había dado una completa descripción acerca de la expedición de Pedro Sánchez, narrándole punto por punto y paso por paso la ruta seguida desde que salieran de Barbastro. Ahora conocían exactamente el nombre del jefe, el número de hombres que formaban la expedición y el lugar donde estaban esperando. Un lugar fuera del reino, pero muy cercano a la frontera. Ello no representaba ningún obstáculo.

Sólo faltaba dar con el paradero de Pedro Sánchez y los tres hombres que le acompañaban para proceder a su detención, que en aquellos momentos debían de andar por las calles de Granada. Encontrarlos, solo podía ser cosa de horas.

Capítulo 33

AVIÑÓN
Lunes, 3 de abril de 1318
Yawn al—Ithnayn, 30 de Muharram 718
Yom Sheni, 1 de Iyar 5078

Ramón Cardosa y Guillem de Cregenzan, habían llegado sin incidentes dignos de mención a Aviñón y se dispusieron a alojarse en la Hospedería anexa al Palacio Papal.

Tal y como habían previsto, al llegar a Montpellier habían hecho una visita a Teresa de Entenza. Sin embargo, la esposa del infante Alfonso ya no se encontraba en la ciudad porque unos días antes había regresado a Balaguer. Ante la imposibilidad de verla, continuaron su viaje sin demora.

Una vez que estuvieron alojados, su primera acción fue personarse ante los funcionarios de la Secretaría Pontificia que dirigía el Cardenal Luis de Lyon para solicitar una audiencia al Papa, a quienes entregaron el documento que portaban y en el que se hacía mención a los motivos por los que se solicitaba la audiencia. Tras ser solicitados por el escribano que los atendió, hicieron entrega de los documentos que portaban en apoyo de sus argumentos junto con sus credenciales como Representantes del Concejo de Barbastro. El funcionario recogió todo cuanto le entregaron metiéndolo dentro de una enorme carpeta con lazos rojos y forrada de piel,

colocándolos debajo del resto de pliegos y documentos que ya había dentro. Finalmente, tomó nota de que se alojaban en la Hospedería anexa, poniéndola junto con los documentos, para llegado el momento, comunicarles que se presentaran en aquella misma oficina donde se les darían las oportunas instrucciones para ser recibidos por el Papa. Les recomendó que, cuando llegara ese momento, se presentaran aseados y con ropa nueva o recién lavada. No quiso o no pudo darles un plazo aproximado de cuándo ocurriría ese comunicado. Simplemente les recordó que eran muchas las solicitudes de audiencia que tenía Su Santidad, y que se gestionaban por riguroso orden de llegada y que debido a eso podía demorarse bastante tiempo, tanto como meses e incluso años.

Amedrentados y asombrados por aquellos inesperados plazos de espera, una vez cumplimentado el registro decidieron recorrer el antiguo Palacio Arzobispal convertido ahora en sede Pontifical. Su presencia no pasó desapercibida entre los numerosos funcionarios, obispos, arzobispos, cardenales, monjes, clero, nobles y demás visitantes que en gran número deambulaban por aquellos interminables pasillos y despachos, siendo objeto de asombrada curiosidad, manifestada por el descaro con que los miraban de arriba a abajo, sin ningún tipo de disimulo. Ya fuera por su aspecto desaliñado por el largo camino, vestidos con ropas bien diferentes de las que llevaban aquellos endomingados personajes, el caso es que los de Barbastro se hicieron notar ampliamente. Hubo alguno, que les interpeló directamente, preguntándoles de dónde venían. Una vez conocida

su procedencia, ponían cara de desconocer el lugar, y sin más palabras, seguían su camino.

Lentamente recorrieron todas aquellas galerías y pasillos, quedando admirados de la suntuosidad que impregnaba todo el ambiente. Cuadros enormes representando escenas de la biblia, esculturas de santos, bustos de papas anteriores, tapices y enormes frescos cubrían los altísimos techos e interminables paredes y todo en su conjunto les producía una sensación de insignificancia que les empequeñecía el ánimo, llegando a considerar que su presencia allí desentonaba estrepitosamente entre tanto prelado y gente principal paseando junto a ellos por aquellos inmensos corredores. Finalmente, tomaron el camino de salida hacia la gran plaza en la que estaba ubicado el Palacio Papal.

Ya en la calle, sintieron el frío intenso, casi glacial, que helaba los huesos traspasando sus ropas. Desde que habían pisado el suelo francés, al otro lado de los Pirineos, la temperatura había bajado brutalmente y esto les había zaherido y entumecido los huesos. Estaba claro que tendrían que comprar ropa adecuada para defenderse de aquellas bajas temperaturas. Dado que por lo visto, tiempo es lo que les iba a sobrar, decidieron tras realizar una frugal cena retirarse a sus habitaciones dispuestos a descansar durante dos o tres días. Después de tantas jornadas de viaje, estaban completamente agotados.

Capítulo 34

BARBASTRO
Jueves, 6 de abril de 1318
Yawn al—Khamis, 3 de Safar 718
Yom Chamishi, 4 de Iyar 5078

Juan Marqués, Justicia de Barbastro, comunicaba a García Rodríguez de Boxadors, los acuerdos tomados en el Concejo aquel mismo día, sobre el tema de contribuir a los gastos de mantenimiento de las tropas acuarteladas en el castillo. Se consideraba justa la demanda, pero la Condesa y el Concejo deberían ponerse de acuerdo en la cantidad a pagar. En cuanto a la potestad de asignar Licencias a ciudadanos de Barbastro, entendían que correspondía en cualquier caso al Concejo conceder o denegar esas licencias, independientemente de que se tratase de establecimientos administrados por moros, judíos o cristianos. Y en ese punto, había determinación de no ceder, aunque ello implicase pleitos y gastos de notarios, procuradores y demás.

— Yo os recomendaría que la Condesa se decantara por el acuerdo para evitarnos a todos cuantiosos gastos —dijo Juan Marqués.

— ¿Estáis seguro de que ganaría el Concejo ante un tribunal? Yo no lo veo tan claro, partiendo de los documentos que poseo. Pero tanto vos como yo no tenemos la última palabra. Transmitiré a los Infantes vuestras propuestas, que agradeceré que hagáis por escrito, mediante un acta del Concejo.

Juan Marqués captó la breve inflexión de voz del Secretario de Teresa de Entenza al pronunciar "*los infantes*", como un recordatorio de a quién se estaba dirigiendo el Concejo. Sonrió levemente.

— Evidentemente. Si no fuera así, os habría dicho otra cosa.

— Entonces no hay nada más que decir. Esperaré a que me entreguéis ese documento con las propuestas, y emprenderé hoy mismo camino de regreso a Balaguer.

***

En casa de Mahoma Avintarí, se produjo una gran tristeza cuando un enviado de García Rodríguez de Boxadors les comunicó que al día siguiente partirían para Balaguer. Habían sido unos días de alegría los vividos por toda la familia reunida en su totalidad. Amortiguaba un poco el dolor de la despedida la alegría e ilusión que desprendía Zaahira por estar al servicio de Teresa de Entenza. A los ojos de una mujer joven, estar al servicio de la Condesa de Urgel le permitía poder acceder a todo un mundo de sensaciones, visiones y experiencias, inalcanzables para la inmensa mayoría de los seres humanos. Los numerosos viajes que realizaban los infantes, las personas con las que trataban, las ciudades y castillos que visitaban colmaban con suficiencia sus ansias de ver y aprender. Su familia era muy importante para ella, pero también le seducía vivir una vida plena. Entre madre e hija, prepararon el pequeño petate de viaje para el día siguiente. Luego siguieron los consejos de Mahoma y Axa, sobre cómo comportarse, recibidos con resignación por la sonriente Zaahira.

***

Mahoma, Abraham y Rodrigo, escuchaban las instrucciones que García les daba sobre cómo montar a caballo. Los tres escuchaban atentamente las explicaciones. El padre de Abraham, como agradecimiento a su colaboración con la aljama en la reparación de las murallas y calles de la judería, había decidido dejarles unos caballos para que aprendieran a manejarse con ellos. Lo primero que hizo fue ponerlos en manos de su capataz para que éste les enseñara lo básico antes de subirse a la grupa de un caballo. Los tres escuchaban atentamente pero estaban deseando que se acabaran las explicaciones para pasar a la acción. Y el más ansioso de todos era Rodrigo. Desde que el padre de Abraham les comunicara su deseo de dejarles practicar con unos caballos, su entusiasmo casi le había quitado el apetito.

Cuando por fin el mozo trajo los caballos siguiendo una orden del mayoral, comenzaron las primeras prácticas para colocar correctamente la montura, siguiendo las instrucciones de García. Enseguida pudo verse las diferentes pericias de los tres jóvenes. Rodrigo mostró una destreza que sus dos amigos no tenían. Aún andaban Mahoma y Abraham tratando de hacer que su caballo bajara la cabeza para ponerle la brida y el freno, cuando Rodrigo ya estaba ajustando la testera. Luego comenzó a ensillarlo con rapidez y habilidad. Parecía como si lo hubiera hecho siempre.

— ¿No decías que no habías montado a caballo? — preguntó García.

— Sí señor. No lo había hecho nunca.

— Pues para ser la primera vez, lo estás haciendo de maravilla.

— Es muy fácil —dijo Rodrigo ante la asombrada mirada de sus amigos.

García terminó de ayudarles a preparar los caballos y repasó lo realizado por Rodrigo señalando pequeñas correcciones. Luego montaron en sus caballos y por primera vez iniciaron sus primeros trotes. Tras varios intentos y reiterados consejos del instructor, los tres comenzaron a montar con cierta autonomía. El mayoral tuvo que llamar varias veces al orden a Rodrigo porque éste se tomaba ciertos riesgos al realizar maniobras que por el momento, según García, no debía realizar. Cuando el sol comenzaba a ocultarse, se dio por terminada la sesión y los tres aprendices, a regañadientes, se apearon de los caballos. Notaron en sus piernas y posaderas dolores que hasta entonces nunca habían sentido. Pero no les importó. Estaban contentos y felices y se despidieron hasta el día siguiente en el que volverían a una nueva sesión de monta.

Por la tarde, casi al atardecer, Rodrigo acudió a casa de Mahoma Avintarí, para continuar con las lecciones a Beatriz, Mahoma, Axa y Fátima. También acudió Abraham acompañado de Karin, quien se había empeñado en ir con su hermano a casa de Mahoma. Sus padres no pusieron muchos impedimentos. Masha sonreía mirando a su hermana, y ésta giraba la cara, roja como un tomate.

Después de dar clase tomaron el pequeño refrigerio con el que siempre les obsequiaba Axa. Rodrigo y Karin enseguida hicieron un aparte, mientras el resto de jóvenes jugaban a un juego de

naipes. A Axa no le pasó por alto la acción de los dos jóvenes y comprendió al instante lo que ocurría en sus almas y en sus corazones. Y al instante, sintió una gran pena. Intuía que ambos tendrían enormes problemas. Una cosa era la relación amistosa diaria, y otra muy diferente aquello que había surgido entre los dos muchachos.

***

Juan Marqués pensaba en Pedro Sánchez. De repente le había asaltado un mal presentimiento. No dejaba de darle vuelta al asunto de los tres moros que Pedro había eliminado. Decidió hacer una visita al Baile de los Entenza, encargado de las pesquisas, para que le pusiera al tanto de las últimas novedades. Cuando llegó al Castillo, el oficial de puerta le acompañó hasta Ramón de Selgua.

Éste se encontraba cenando en aquel momento. Sobre la mesa, una jarra de vino, una hogaza de pan y una tartera de barro con dos perdices fritas con pimientos y abundante cebolla. Le invitó a sentarse, a la vez que llamaba al criado para que trajera una copa y una tartera para el Justicia, quien inició una tímida protesta, más por guardar las apariencias que no por su deseo de aceptar la invitación a probar su plato favorito. Una vez que el criado trajo lo que se le había pedido, el propio Justicia se sirvió el vino y puso en su plato una perdiz acompañada de abundante guarnición.

— ¿Qué te trae a estas horas por aquí, Juan?

— Dos cosas. Hacerte una visita y otra saber cómo van las investigaciones sobre los tres desconocidos.

— Hemos encontrado alguna pista que otra. Por cierto, ¿sabes algo de Pedro Sánchez? Hace algún tiempo que no sé nada de él.

Juan Marqués, comenzó a arrepentirse de haber realizado aquella visita. Había notado claramente una cierta ironía en la voz de Ramón, a la vez que enfado. Tendría que ir con mucho cuidado para no empeorar la situación.

— ¿Pedro Sánchez?... —repitió, tratando de ganar algunos instantes en un intento de deducir algo de la expresión de Ramón. Vio un atisbo de ira en los ojos del Alcaide que le informaron sin duda alguna de que estaba en conocimiento del nuevo viaje de Pedro a Granada. En una fracción de instante, Juan decidió la estrategia que menos esperaría Ramón.

— ¿Pedro Sánchez? ¿Pasa algo? —preguntó con cara de sorpresa mayúscula. El rostro del Baile de los Entenza reflejó la sorpresa que le habían producido las palabras del Justicia. Tomó un trago de vino antes de continuar, mientras su comensal centraba su vista en un trozo de pan que empapaba con el sabroso jugo de la tartera.

— ¿Acaso no sabes que ha organizado un viaje a Granada a por más caballos?

Juan Marqués tuvo que hacer grandes esfuerzos para no atragantarse ni delatarse. “Ramón estaba al tanto” pensó.

— ¿Que ha organizado un viaje a Granada, para ir a buscar más caballos? —dijo, dejando el trozo de pan dentro de la escudilla.

— ¡Vamos, Juan, no me digas que no lo sabías! — exclamó Ramón, enfadado.

— ¿Pero estás seguro de eso? ¡Yo no creo capaz a Pedro, de una cosa como esa! —se defendió Juan, aparentando un escepticismo total.

— ¡Vamos, hombre! ¿Acaso creías que yo no me iba a enterar?

— ¡Pues ahí lo tienes! Una cosa así es imposible de ocultártela; entonces, ¿a qué fin iba yo a hacer una cosa así sin informarte? —replicó el Justicia, que había visto una excusa perfecta a las palabras de Ramón. Éste, vaciló ante el argumento de lo que se dio cuenta Juan.

— Pero, cuéntame cómo ha llegado a tus oídos semejante acción, que yo todavía no acabo de creer — dijo el Justicia.

— Revisando los petates de…

— ¿Qué petates? —preguntó Juan Marqués que también intuyó que el Alcaide no le había informado convenientemente del asunto y se había guardado información.

— Espera. Empezaré desde el principio. Tras el hallazgo de los tres cadáveres, ordené a mi oficial que iniciase la investigación de los hechos. Dedujo por diversas informaciones que le habían llegado, que esos hombres podían tener establecido un campamento en las afueras de la ciudad, en los alrededores del Pueyo. Habían sido vistos varios días en la Posada Tres Orzas, pero no se alojaban en ella. Así que pensó que tal vez pernoctaban en algún lugar en las afueras… —hizo un alto en la narración para pegar un bocado a la perdiz, lo mismo que el Justicia. Ramón se limpió los dedos con un trozo de pan, que luego introdujo en su boca.

— …La cuestión es que después de buscar durante un día o dos, la intuición de mi oficial se demostró acertada porque se encontraron una cueva camuflada, dentro de la cual aparecieron los petates de estos tres hombres. En ellos, no encontramos gran cosa, pero lo que hallamos fue suficiente. Encontramos dos espadas y un Corán y…

— ¿Dos espadas? ¿No deberían ser tres? —dijo Juan.

— Sí. Pero solo aparecieron dos. El paradero de la tercera es todo un misterio. Bueno, el caso es que estando yo examinando uno de los petates, noté algo duro en su interior que una vez extraído resultó ser un dinar de reluciente oro cuya procedencia era indudablemente granadina. ¿Has oído? ¡Granada!

— ¡Ah! ¡Granada! Luego….

— Exactamente. Esa gente venía siguiendo a alguien. Y pude confirmar mis sospechas cuando mi oficial me informó que durante los días que esos tres hombres estuvieron en la Posada Tres Orzas, ¿sabes quién estaba allí también esos mismos días? —dijo Ramón, interrogando con la mirada a Juan Marqués, quien no movió un músculo de su cara, sin hacer ningún comentario.

— ¡Exactamente, ese, Pedro Sánchez! ¿Y sabes a qué se dedicaba?

— No, ¿cómo voy a saberlo?

— Ya. ¡A reclutar gente para ir a Granada!

— Y a hacer ¿qué? —preguntó Juan.

— A vender mercancías. Eso decía a todos.

— ¡Mercancías! ¡Ya me parecía a mí! —dijo Juan que veía que podía salir de aquella con cierta gallardía.

— ¿Y quién se cree eso? Tú y yo sabemos que eso no es así.

— Yo no puedo asegurar que eso no sea así. Ya sabes que Pedro es a veces muy impulsivo e imprevisible. Tampoco yo entiendo bien eso que me cuentas. Pero ir a por más caballos, estando tan reciente el anterior viaje, además de prematuro, sería peligroso. Y mucho menos sin comentarnos nada. ¡Bah! Seguro que tiene una explicación. Solo hay que

preguntárselo a él. ¿Y qué más noticias tenemos de esta gente del sur?

— ¿Te parecen pocas coincidencias? La cosa parece clara: lo estaban siguiendo. ¿Por qué? ¿Estaban eligiendo el momento de ajustarle las cuentas? No se debieron quedar muy contentos con la "compra" anterior.

— Es muy posible —dijo el Justicia.

— De ahí a dar con el que los quitó del medio, no hay que cavilar mucho, ¿no te parece? Por la razón que fuera, Pedro debió descubrir que lo seguían y decidió cortar de raíz. Y de paso, quedarse con los caballos, ¿no? —aseveró Ramón con cierta sorna que no gustó al Justicia.

Terminaron de cenar y quedaron en verse en el Concejo en unos días. Le quería comentar la propuesta que le habían hecho los Condes de Urgel por mediación del Secretario de Teresa de Entenza. Luego se despidieron y Juan se dispuso a marchar a su casa. Cuando bajaba por las escaleras, Ramón se asomó en lo alto.

— Por cierto, no me has preguntado cuántos y a quiénes había reclutado —volviéndose dentro sin esperar respuesta.

Capítulo 35

GRANADA
Viernes, 7 de abril de 1318
Yawn al—Jumu'ah, 4 de Safar 718
Yom Shishi, 5 de Iyar 5078

Pedro Sánchez se había reunido con sus hombres en Huéscar. Empezaban a dar síntomas de nerviosismo por la larga espera y la forzosa inacción, que había ocasionado alguna fricción con los pobladores de algunos lugares cercanos, donde se habían producido altercados debidos a estropicios en huertos y corrales con el robo de gallinas, conejos o palomas, que los lugareños criaban en sus casas. Sin embargo la cosa no había ido a mayores.

Huéscar quedaba en lo que se conocía como Zona de Frontera, un área que separaba a los reinos cristianos del reino de Granada. Eran zonas de seguridad en las que se producían constantes *raids*[69] por parte de ambos bandos. Por tanto había que estar ojo avizor para evitar enfrentamientos, pues podían encontrarse con grupos de soldados cristianos o nazaríes.

Pedro Sánchez esperaba que Farîd no se demorase mucho en llegar con los caballos y la información sobre la manada en camino a Vélez—Blanco. Desconocía si llegaría de noche o de día, por

[69] Ataque rápido cuyo propósito principal es causar daño más que ocupar el territorio enemigo.

lo que dispuso a sus hombres por los alrededores para detectar con la suficiente antelación su llegada. Instalado en plena sierra, al norte del pueblo, desde su campamento podían divisarse los caminos que entraban y salían en la población, a la par que les protegía de ser vistos por posibles enemigos.

A primeras horas de la tarde, uno de sus hombres que patrullaba por las inmediaciones le informó que había detectado a una legua, un grupo de unos veinte caballos, conducidos por dos hombres que venían por un estrecho camino siguiendo el curso del río. Pedro Sánchez acompañado de diez hombres, decidió salir al encuentro de los que venían, mientras que al resto los envió hacia los corrales donde se iban a guardar los animales.

Conforme se iban aproximando, observó a los dos hombres que conducían la manada. El corazón de Pedro, comenzó a latir con fuerza. No lograba identificar a ninguno de ellos como Farîd. Y cuando apenas faltaban treinta varas de distancia, tuvo ya la certeza de que ninguno de los dos era su contacto de Granada.

Pedro se acercó al que iba en cabeza, preguntándole por Farîd, a lo que el otro le dijo que no sabía y que lo único que debía hacer era conducir aquellos caballos hasta Huéscar y que un cristiano llamado Pedro los recogería.

Pedro, empezó a mirar a izquierda y derecha y sus temores tomaron cuerpo en apenas unos momentos, pues por el camino en el que venían los caballos, apareció de repente un grupo de hombres a todo galope. A su vez, y desde el otro lado del río, otro

grupo numeroso se disponía a cruzarlo para colocarse a su espalda. Se trataba evidentemente de una emboscada. Pedro y sus hombres desenvainaron sus espadas y se dispusieron a defender su vida.

La desigual pelea fue corta. Tan solo Pedro Sánchez seguía con vida. Todos sus hombres habían muerto. Los que habían sido heridos, fueron rematados sin piedad. Imaginó que para él tenían preparado algo peor que la muerte. Fue desarmado y atado de pies y manos, y colocado encima de su caballo, cuyas riendas llevaba uno de sus apresores. Pensó en sus compañeros, los que había enviado a los corrales. Esperaba que la mayoría hubieran podido escapar. Cuando llegaron al lugar donde deberían estar, junto a las cercas, sus esperanzas se esfumaron en un instante al ver tirados en el suelo, puestos boca arriba, en hilera, ocho cadáveres. Faltaban dos y esperaba ardientemente que al menos se hubieran librado de la muerte, huyendo. Había caído en una trampa que en aquel momento se le hizo evidente. Los granadinos estaban alerta desde el primer viaje, y por ello mandaron tras él a aquellos tres *askaries*. Y aquellos hombres debieron de informar a sus jefes, o bien su ausencia los alertó. Tal vez habían descubierto a Farîd y le habían obligado a tenderle aquella trampa. Se maldijo a sí mismo cien veces por no haber reparado en lo que ahora le parecía totalmente evidente.

— Cristiano ladrón. No te alegres de no haber muerto, porque te espera algo peor que la muerte. Tus hombres ya no sienten ni padecen. Pero tú, mereces los más terribles castigos. Te llevaremos a presencia de nuestro Sultán y él determinará tu destino.

El jefe de aquellos hombres se acercó a Pedro.

— Seguramente te preguntarás ¿Y dónde está el traidor de Farîd? Yo te lo diré: Farîd en este momento estará ante *Allah*, esperando también su castigo por traicionar y desobedecer a su señor. No te creas que no sabemos hacer justicia.

— ¿Y por qué habéis matado a mis hombres?

— Porque se defendieron. Faltan dos a los que estamos buscando porque salieron huyendo. No tardaremos mucho en dar con ellos.

Comprobaron las ataduras de las manos y pies de Pedro, emprendiendo seguidamente camino hacia Granada. Allí le estaba esperando el Sultán para decidir su porvenir. Pedro se volvió mientras se alejaba del lugar. Allí quedaban sin enterrar sus hombres. Los hombres del Sultán los habían dejado allí para que sirvieran de alimento a las alimañas y a los buitres. Cerró los ojos y se sumió en la tristeza, mientras unas lágrimas recorrieron su cara camino de la tierra, ahora ensangrentada con sangre cristiana.

***

La vida de Abú había cambiado completamente. Él y su madre pasaban todo el día juntos. En muchas ocasiones, y a petición de ella, le volvía a contar una y otra vez las peripecias vividas con sus respectivos amos, lo que le proporcionaba la ocasión de abrazar a su hijo y llorar con él. Por su parte, Zoraida le contó cómo a su padre, su abuelo, la hiel le infectó el alma y a partir de aquel día aciago en el que renunció a ella, no encontró paz en ningún instante ni en ningún lugar. Hasta el Sultán le recriminó su conducta, contraria a los mandatos del Corán. Desesperado, le

pidió que lo destinase a los puestos más conflictivos y beligerantes de la frontera. Concedido el deseo, se distinguió por la osadía de sus acciones, con absoluto desprecio por su vida, exponiéndola constantemente. Era evidente que buscaba la muerte. Pero ésta era esquiva con él y lo evitaba en todas las ocasiones, por lo que su sufrimiento crecía a cada instante. Sin embargo, un día, en un encuentro fortuito con una patrulla cristiana, pidió a sus hombres que se mantuvieran ocultos, mientras que él solo se enfrentaba a los diez hombres que formaban aquel grupo de cristianos. Pero, aquellos hombres no eran soldados comunes, con más o menos habilidad a la hora de manejar la espada, sino avezados soldados curtidos en mil batallas que formaban parte de la escolta personal del rey castellano, que se encontraba no muy lejos de allí. Al verlo solo, los cristianos, impelidos por las reglas de honor del combate, no hicieron mención de atacarle. Un solo hombre no representaba ningún peligro. Pero él comenzó a proferir grandes insultos contra su señor, el rey, y contra el Dios de su religión. Aquello ya fue demasiado. Lo rodearon, y en un momento dado, como obedeciendo una voz interior lo acuchillaron todos a la vez, dejándolo muerto en mitad del camino.

Zoraida comprendió que aquella situación no podía ser eterna ni conveniente, y por ello, comenzó a pensar en el futuro de su hijo. Tenía pensado hacer una visita al Sultán para pedirle que le permitiera ingresar en la *madhab*[70], donde recibiera clases. Deseaba que su hijo, alcanzara lo que por alcurnia

[70] Escuela jurídico—teológica.

merecía. Y a ese empeño dedicaría el resto de sus días.

Capítulo 36

AVIÑÓN
Sábado, 8 de abril de 1318
Yawn al—Sabt, 5 de Safar 718
Yom Sabbat, 6 de Iyar 5078

Ramón Cardosa y Guillem de Cregenzan, fueron despertados por los golpes que alguien estaba dando en la puerta de su habitación. Ramón, con los ojos hinchados de tanto dormir, se acercó a la puerta y la entreabrió levemente para ver quién era el autor de aquellos desagradables golpes. Se trataba del monje que se encargaba de la recepción en la Hospedería. Traía en su mano un pequeño papel enrollado, donde podía verse un sello de lacre, del que colgaban dos cintas rojas. Recogió el documento y cerró la puerta. Lo abrió con cuidado y pudo leer que se les citaba en la sede pontificia, justo después de la hora *nona*[71], para ser recibidos por el Cardenal Luis de Lyon, Jefe de la recién creada Secretaría Pontificia.

Después de comer, se asearon un poco, y se cambiaron las ropas, recordando las recomendaciones recibidas en su primera visita. Una vez que se vieron presentables, se dirigieron a buen paso al cercano Palacio Papal. Cuando llegaron a la oficina de la Secretaría, les indicaron que esperaran en una salita anexa al despacho del Cardenal, donde estuvieron un buen rato esperando, hasta que de

[71] Las tres de la tarde.

repente la puerta se abrió y un clérigo les hizo pasar dentro.

Tras una mesa de caoba, en cuya parte frontal estaba tallado el símbolo papal, se encontraba el Cardenal, centrado en la lectura de un documento. De pie, delante de la mesa, observando en silencio la ostentosa decoración del gabinete, permanecieron durante un buen rato los dos enviados de Barbastro, hasta que el purpurado levantó su vista y los miró de arriba abajo. Ramón Cardosa, se dio cuenta en aquel momento de que el documento que estaba leyendo era el que ellos habían traído desde Barbastro. Con un gesto de su mano el Cardenal les indicó que tomaran asiento en los dos sillones que estaban frente a la mesa.

— Y bien. ¿Están perfectamente alojados nuestros enviados de Barbastro? ¿Los tratamos bien?

— Sí, Eminencia. Perfectamente —dijeron Ramón y Guillem.

— Veo por los documentos que traéis, que el Concejo de Barbastro solicita de Su Santidad que conceda el establecimiento de una sede obispal en esa ciudad.

— Así es, Eminencia —dijo Ramón Cardosa.

— Y veo también que aportáis un documento en el que se dice que Barbastro ya fue sede obispal en el año 1100, cuando fue reconquistada a los moros, y que durante cuarenta y tres años lo siguió siendo hasta que en 1143 se trasladó la sede a Huesca.

— Así es, Eminencia. San Poncio, San Ramón, Esteban, Pedro Guillermo, Ramiro, Rey de Aragón, que no fue ni siquiera ordenado obispo porque tuvo que hacerse cargo del reino a la muerte de su hermano Alfonso I el Batallador, y Gaufrido, fueron Obispos de Barbastro en esos cuarenta y tres años.

Ved, Eminencia, cuan ilustres valedores os presentamos —explicó Guillem de Cregenzan.

— Ya veo. Por falta de recomendaciones no será, os lo aseguro. Ni por santos. ¿Pero, sabéis que Jaime II, vuestro Rey de Aragón, hace unos meses solicitó de Su Santidad la reordenación del mapa eclesiástico de la Corona, y entre otras cosas, solicitaba la creación de nuevos obispados, entre los que no figuraba Barbastro?

Ramón Cardosa y Guillem de Cregenzan desconocían aquella petición, por lo que por unos segundos, parecieron desconcertados.

— Desconocíamos tal petición de nuestro rey a Su Santidad, pero eso, Eminencia, no invalida el hecho de que Barbastro, en gracia a sus merecimientos pasados, reclame una Sede que le fue arrebatada en brutal acto de contrafuero.

— No, pero me gustaría que os fuera posible entender esto. En las relaciones entre príncipes, las cosas nunca son como parecen. A veces, una ligera coma, una palabra con doble sentido, echa por tierra la labor de años y años de constante brega y diplomacia. La más ligera brizna, puede desencadenar un resultado desastroso. En fin, un obispado que se da de más o de menos, puede enojar a un Príncipe y poner en peligro su alma y las de sus súbditos. ¿No creéis que vuestro rey, el amado Jaime II, podría sentirse molesto si Su Santidad crease una sede que él no ha propuesto? Eso podría provocar tensiones entre la Corona de Aragón y la Santa Sede. Por no hablar de las sensibilidades que podrían producirse en Aragón, vuestra tierra, por aquellos que se consideraran agraviados por la concesión de unos privilegios a otros que no fueran ellos, o en el compromiso en el que podría verse el Rey. De

cualquier modo, no lo dudéis, trasladaré vuestras palabras a Su Santidad y que él disponga. Lamentablemente, solo puedo deciros que deberéis seguir esperando hasta que Su Santidad os pueda recibir.

— ¿Y podéis decirnos, Eminencia, de cuánto tiempo estaríamos hablando? —dijo Ramón.

— Imposible. Semanas o meses. Su Santidad tiene muchas cosas en las que centrar su atención. En estos momentos, os encontráis en el centro de la humanidad. De aquí parten las consignas que rigen el mundo y se reciben numerosas peticiones de todo tipo procedentes de Emperadores, Reyes, Príncipes, Obispos y demás cristianos. Y comprended que ésta que nos traéis, no es de las más importantes, aunque entendamos que para Barbastro sea una cuestión de la máxima trascendencia y desde ahora os digo que vuestra pretensión es digna de alabanza y protección.

— Perdonad nuestra impaciencia, Eminencia. Esperaremos vuestras noticias —contestaron Ramón y Guillem, a la vez que se levantaban para besar el anillo del Cardenal, quien ya había extendido su mano esperando el acatamiento de aquellos dos emisarios.

Con cara de no comprender apenas nada y sin saber qué pensar a ciencia cierta, abandonaron el Palacio Papal. Regresaron a la Hospedería con la intención de redactar un informe y enviarlo a Barbastro. También solicitarían nuevos fondos. Su estancia en Aviñón, por lo visto, se iba a demorar *sine die*.

Las autoridades civiles y religiosas de Aviñón comenzaban a preocuparse por una serie de incidentes que estaban ocurriendo en la ciudad y

otras ciudades cercanas, provocados por pequeños grupos de tres o cuatro personas armadas con cuchillos, palos y hoces, que asaltaban los campos y las casas de campesinos que vivían en los extrarradios de las ciudades. Eran personas que no contaban con ningún medio para vivir y que se alimentaban de desesperación, que habían abandonado sus casas y sus familias en busca de trabajo o de ganancias, pretendiendo conseguirlas a costa de cualquier precio o medio. Las extremas bajas temperaturas imperantes, nunca conocidas hasta entonces, habían helado los campos y las cosechas. Las provisiones comenzaban a escasear y la gente, desesperada, se lanzaba a la aventura. Aquel incipiente movimiento de personas amenazaba la tranquilidad de los pueblos y sus habitantes, y las autoridades, tarde o temprano, se verían en la obligación de intervenir.

Capítulo 37

GRANADA
Domingo, 9 de abril de 1318
Yawn al—Ahad, 6 de Safar 718
Yom Rishon, 7 de Iyar 5078

El Sultán se desplazó hasta la Alcazaba donde habían encerrado a Pedro Sánchez. No quiso esperar a que lo trajeran a su presencia, por lo que decidió evitarle el paseo.

Pedro estaba sujeto a un poste vertical, con las manos atadas a una argolla trasera detrás del mismo. Su rostro ensangrentado y sus ropas hechas jirones, indicaban el tipo de trato al que estaba siendo sometido, pese a lo cual, todavía estaba consciente. Cuando a los guardianes les comunicaron que el Sultán se hallaba de camino hacia allí, el *Arif*[72] que estaba al cargo de aquellos hombres ordenó que se le arrojaran unos cubos de agua, para que presentara un mejor aspecto y evitar el hediondo olor que desprendía. Cuando llegó el Sultán, se fue acercando a Pedro lentamente observando su tumefacto rostro. Pedro lo miraba desafiante, sosteniendo su mirada. A unos pasos del prisionero, se detuvo. Con un gesto, pidió un látigo que uno de los verdugos puso al instante en sus manos.

— ¿Así es que tú eres el cristiano que nos robó nuestros caballos, ayudado por un *uld el-hran*[73], y

[72] Capitán, jefe de una tropa de cuarenta a cien hombres.
[73] Bastardo.

que encima, has vuelto para seguir ofendiéndonos con su actividad? —increpó, dando vueltas lentamente, alrededor de Pedro.

— ¿Qué ha sido de mis *askari*[74] que mandé tras de ti, perro? —continuó.

— ¿Quién te envía, perro sarnoso?

De vez en cuando apoyaba sus palabras y su rabia con un latigazo que arrancaba jirones de piel del cuerpo de Pedro. Éste que ya se daba por muerto, tan solo esperaba el momento de que lo pusieran delante del verdugo. Le vino a la mente la escena de la que fueron testigos en aquella plaza cuando llegaron a Granada. Solo que esta vez, en lugar de la mano, sería el cuello, su cuello. El Sultán seguía dando vueltas a su alrededor y aplicándole de vez en cuando un latigazo.

Realmente, la información que podían sacarle ya la conocía, y ahora lo único que le satisfacía era ver a aquel cristiano, que había desafiado sus leyes, tendido a sus pies, indefenso, sufriendo. Le hubiera gustado que le suplicara, pero había comprendido por su mirada, que eso no lo conseguiría nunca. También que antes se dejaría matar y pensó que quien le hubiera encargado la misión, debía de sentir un gran aprecio por él y lo tendría en consideración. Lástima que no fuera conocedor de su identidad, porque tal vez hubiera estado dispuesto a pagar por él un suculento rescate.

Decidió venderlo como esclavo. Era el peor castigo que podía imaginar y que se podía aplicar a un cristiano. Había señores de la guerra del norte de

[74] Soldado de a pie, montado a caballo.

África que pagaban buenos *dinares* por gente como el que tenía delante para dedicarlos a su guardia personal, y de paso, podría resarcirse de la pérdida por el robo de sus caballos. De pronto, recordó algo que le llamaba poderosamente su curiosidad sobre el cristiano.

— ¡Dime, perro cristiano! Sé que hablas mi lengua, ¿dónde la aprendiste? —le preguntó.

Aquella pregunta, trajo a la mente de Pedro Sánchez recuerdos lejanos, de su abuelo y de su padre. Y recordaba las historias que le contaban sobre la rebelión de los mudéjares de Murcia en 1264, y cómo el rey de Aragón, Jaime I, se llevó a muchos de ellos a repoblar Aragón, mientras otros cristianos se quedaban en Murcia.

— De mi abuelo y de mi padre —dijo con un hilo de voz. El Sultán levantó el brazo, para que todo el mundo callara. No lograba escuchar al cristiano.

— ¡Repítelo otra vez!

— Lo aprendí de mi abuelo. Mi padre también lo hablaba.

— ¿Acaso eran árabes?

— Sí. En Barbastro vivían gentes de vuestra raza desde hace muchos años.

La respuesta intrigó al Sultán. Pero el frío y la humedad de aquel lóbrego calabozo empezaban a hacer mella en sus huesos, por lo que decidió volver al palacio. Le hubiera gustado conocer la historia, pero no se encontraba cómodo en aquella nevera.

— Encerrad a este perro en la mazmorra y preparadlo para su venta como esclavo.

Y dando media vuelta abandonó el lugar.

Pedro escuchó entre mareos aquellas palabras. ¿Qué significaba aquello? Por un momento sintió una gran alegría pues al parecer no le iban a decapitar. Al menos de momento. Notó cómo lo soltaban, y caía al suelo, sin fuerzas para tenerse en pie. Después lo arrastraron entre dos hombres y lo dejaron tirado en una celda del torreón. Había un olor nauseabundo en todo aquel sótano, donde estaban ubicadas las mazmorras.

Entre momentos de lucidez y ausencia, le vinieron a su cabeza recuerdos de su Barbastro, seguidos de los recuerdos sobre las viejas historias que le contaba su abuelo. El penoso viaje realizado durante tantos días y tantas noches, por montes, cañadas, sendas y veredas, apenas alimentados y con las fuerzas escaseando a cada paso. En tierras turolenses, muchos de aquellos hombres fueron obligados a quedarse y construir sus nuevos hogares en aquellos fríos y helados parajes. Se procedía a la solicitud de la *vecindad* en el mismo pueblo. Con la adquisición de la *vecindad* se entregaba un solar para constituir una casa, algunas tierras de cultivo, un saco con grano para semilla y otro para hacer pan. Y allá te las apañes. Si el poblador mantenía habitada la casa y cultivadas las tierras durante un determinado número de años, el Concejo le reconocía la propiedad de las mismas.

Con la *vecindad* se obtenía también el derecho a usufructuar los denominados bienes comunales (zonas de pasto, monte o bosque). El resto de prisioneros, continuaba su marcha hacia otras tierras u otros lugares que había que repoblar, y se procedía del mismo modo. No sabías si lo que venía era mejor o peor que lo que acababas de pasar. Y en todos, sin

falta, la gente del pueblo, te miraba mal. El abuelo decía que eso no se les debía tomar a mal. Él habría hecho lo mismo.

Cuando un buen día, llegaron a Barbastro, terminaron sus penalidades. Les entregaron una casa y un trozo de campo. Y aquello les pareció el paraíso. Luego, con el transcurrir de los años, se produjo una lenta pero progresiva conversión al cristianismo. Primero, por el alejamiento de la práctica religiosa, porque viviendo entre cristianos, sus rezos y prácticas no eran muy bien aceptados y aunque no se les prohibiera, tampoco se les facilitaba el ejercicio de su fe. Como se trataba de sobrevivir en terreno hostil, lo más sencillo era claudicar, o sea, la conversión. Por pura y simple conveniencia. Su padre vivió forzosamente alejado del islam, que era la religión de sus mayores, y como no era excesivamente religioso, poco a poco se fue alejando de la religión, de cualquier religión, dando al olvido las enseñanzas de sus ancestros. Como consecuencia de ello, su hijo se convirtió en un descreído. Recordaba cómo de niño pequeño, se preguntaba angustiado, ¿Cómo va a haber dos dioses todopoderosos enfrentados, tratando de destruirse mutuamente? ¿Quién era más poderoso? ¿A quién dirigir sus oraciones? Su cabeza se reclinó suavemente sobre su hombro. Se había dormido profundamente.

Ya en el palacio, el Sultán fue informado por el *visir* sobre el resultado de la captura de los cristianos. El informe final hablaba de la captura del jefe, dieciocho muertos y dos que habían logrado escapar. Se les seguía buscando por la zona hasta su captura. El *arif*, preguntó si en caso de dar con ellos,

se les debía capturar o dejar que se encaminaran hacia Barbastro y seguirlos. La respuesta fue afirmativa para la segunda propuesta.

— Sí. Y quiero que se averigüe el paradero de mis *askari*. Una vez realizado esto, los dos cristianos deberán morir. Envía cuatro hombres tras esos dos perros. Los más aguerridos.

El Sultán levantó levemente su brazo, haciendo una señal a su *visir* para que hiciera pasar a Zoraida quien esperaba en la antesala. Éste, hizo una profunda reverencia y salió del salón.

Capítulo 38

BARBASTRO
Miércoles, 26 de abril de 1318
Yawn al—Arba'aa', 23 de Safar 718
Yom Revi'i, 24 de Iyar 5078

La noticia de que un grupo de hombres armados habían destrozado varias viñas pertenecientes a los Entenza enfureció enormemente a Ramón de Selgua. Por cómo se produjo y por algunas informaciones obtenidas de algún labriego que había visto al grupo de hombres a distancia, se hizo evidente que se trataba de una acción de represalia por algún rico—hombre o noble de la comarca contra las tierras que equivocadamente creía eran de otro. Los Entenza, llevaban años sin tener refriegas armadas ni conflictos con señores de la zona. Sus enfrentamientos se producían, generalmente, contra bandas de facinerosos que tenían como medio de vida el asalto y el robo y que actuaban independientemente unos de otros. En todo el reino, no eran infrecuentes las peleas entre nobles por la posesión de tierras o pueblos, produciéndose encuentros armados que ocasionaban un buen número de muertos y heridos. El rey y la iglesia habían condenado reiteradamente esta sangría inútil, pero al parecer no tenía mucho éxito entre los nobles y ricos—hombres. El rey, incluso, les había amenazado con confiscar las posesiones de aquellos que contravinieran sus reales órdenes.

Para Ramón, no había duda de que aquella acción se debía a un error del jefe de aquellas mesnadas creyendo que las viñas que arrasaban pertenecían a otro. Sin embargo, no podía permanecer mano sobre mano. La acción requería una investigación para determinar la autoría de la acción y la posterior exigencia del correspondiente resarcimiento por las pérdidas producidas. Encargó a Pere Lope, su oficial, que investigara la identidad de la mesnada autora de aquel ataque, interrogando a los testigos que habían visto al grupo de hombres.

Hasta el momento, Barbastro no se había visto muy afectada por este tipo de acciones, y Ramón de Selgua aspiraba a que esa situación se mantuviera así. Únicamente, los hermanos López, ricos—hombres de la ciudad, andaban amenazándose mutuamente por unas tierras heredadas de sus padres y con cuyo reparto no estaban de acuerdo. Como solía ocurrir en estos casos, los habitantes de la ciudad andaban divididos en esta cuestión, apoyando tanto a uno como al otro en sus argumentaciones. En ocasiones, el Concejo se había visto obligado a enviar a los jurados para poner orden en alguna disputa callejera, donde hasta el momento, las espadas todavía no se habían sacado de sus fundas.

Mahoma, Abraham y Rodrigo empezaban a disfrutar realmente de sus montas a caballo. La práctica casi diaria comenzaba a hacer de ellos jinetes, en especial de Rodrigo, quien se atrevía ya a poner al caballo a galope durante cortos trechos pero que cada vez eran más largos para desesperación de García, su instructor, que temía un accidente por caída o cualquier otro motivo, posible en un jinete

experto, casi segura en uno novato. Sin embargo no dejaba de sentir una cierta admiración por aquel muchacho que apenas había nada que se le pusiera por delante. Tenía determinación y coraje y sabía sufrir en silencio sin quejarse de las heridas abrasivas que producían el roce de las riendas en las manos y el fuerte dolor en los muslos internos de las piernas, sin mencionar el dolor en el coxis por el constante golpeteo con la dureza de la silla. Pero todo lo aguantaba sin rechistar, aguantando más tiempo sobre el caballo que sus dos amigos. Vidal, desde lejos, también admiraba la gallardía del muchacho y la facilidad natural que tenía para aprender.

En ocasiones, Karin acudía a la granja donde estaban los establos y las cercas donde se guardaban y entrenaban a los caballos. Su objetivo no era otro que el de encontrarse con Rodrigo. Éste, en cuanto la veía apoyada sobre los maderos horizontales que delimitaban el corral, procuraba hacer algún escorzo o movimiento complicado con el caballo, con el fin de llamar su atención, como si ello hiciera falta. Vidal se había dado cuenta de que su hija asistía con alguna frecuencia a las sesiones de entrenamiento de su hermano y sus amigos. Pensó que tal vez a ella le hubiera gustado participar también en los ejercicios con los caballos, pero eso quedaba fuera de todo decoro y costumbre. Solo las cristianas o las princesas montaban a caballo, y solo en ellas se consideraba decoroso.

Cuando acabaron las lecciones, los cuatro regresaron a casa. Y como siempre, Rodrigo y Karin se fueron rezagando ante las maliciosas miradas de Mahoma y Abraham, quienes hacía tiempo, también se habían dado cuenta de que entre los dos había

algo más que amistad. Sin conceder importancia alguna a la actitud jocosa de sus amigos, ellos continuaron hablando de sus cosas y sus proyectos para el próximo domingo. Cuando Karin comprendió que los dos que iban por delante ya no podían oír lo que hablaban entre ellos, fue directa al asunto que la atormentaba desde hacía algún tiempo.

— Oye, Rodrigo, ¿tú sientes algo por mí? — preguntó, provocando en Rodrigo un colapso pasajero, próximo al desmayo. Pasaron unos instantes de interminable silencio.

— Si —dijo escuetamente.

— Bueno. Es que eso es muy importante para mí, ¿sabes?

— Lo supongo. Y tú, ¿sientes algo por mí?

— Claro, ¿qué creías?

— Ya.

— Sin embargo, hay algo que me tiene muy preocupada.

— ¿El qué?

— Piénsalo un poco y tú mismo lo verás.

— Pensar ¿el qué? —dijo Rodrigo sin ver el alcance de lo que quería decirle Karin.

— Pues que tú eres cristiano y yo judía.

Rodrigo se paró en seco como si hubiera chocado contra un árbol. Hasta aquel instante, aquello no se le había pasado por la mente, y si lo había hecho, cosa que no recordaba, carecía de relevancia para él. Pero en aquel momento, oído en la boca de Karin, le pareció el anuncio de dificultades y tormentas. Ambos se miraron durante unos segundos directamente a los ojos. Y en ellos vieron mutua determinación, una gran determinación compartida.

— Ciertamente Karin. No lo había pensado…hasta este instante. Nuestros diferentes credos… —dijo

quedando un instante en silencio—. Mi hermano Domingo será nuestro mayor enemigo. No creo que mis padres se opusieran mucho. Son de espíritu abierto…sin embargo, Domingo será intransigente. No le caéis muy bien los moros y judíos. Es un fanático. En ocasiones mi padre le ha reprochado su conducta por algunos comentarios sobre vosotros.

— Y en mi casa, somos muy tradicionales y observamos al pie de la letra la ley mosaica. Y una boda de un judío o judía con otra persona de distinta religión, es una cosa muy grave. Temo que no lo tendremos nada fácil, Rodrigo. ¿Sabes cuál será nuestro peor enemigo? Las sociedades a las que pertenecemos. Temo que, aunque nuestros padres estuvieran por la labor de facilitar nuestra unión, nuestras respectivas comunidades no lo harán, y serán absolutamente intransigentes exigiendo la observancia de las respectivas costumbres, bajo terribles penas y castigos.

Rodrigo, se había detenido nuevamente. Escuchaba a Karin y al hacerlo sentía un profundo desasosiego en el fondo de su pecho. Aunque le pesaba como una losa, sabía que ella estaba en lo cierto.

— ¡No lo permitiremos! —dijo casi gritando, haciendo que a la cara de la muchacha aflorara una expresión de sorpresa y casi al instante de alegría.

— ¡No lo permitiremos! —exclamó ella también en voz más alta. Mahoma y Abraham se volvieron hacia ellos sorprendidos. Volvieron a bajar el tono de voz.

— ¡Debemos luchar por nuestro amor! —dijo Rodrigo.

— ¿Y qué podremos hacer, pobres de nosotros? — preguntó Karin.

— No lo sé. Pero yo estoy dispuesto a cualquier cosa, por difícil y penosa que sea.

— Y yo también.

Mahoma y Abraham, tras detenerse, esperaban a que llegaran a su altura.

— ¿Pero qué os pasa a vosotros? ¿Estáis discutiendo? —dijo Abraham.

— ¡Su primera discusión! —añadió Mahoma.

— ¡No seáis simples! —les gritó Rodrigo a la par que el rubor aparecía en la cara de Karin.

— Nosotros no discutimos nunca, ¿verdad Rodrigo? —quiso aclarar Karin, sin lograr evitar las carcajadas de su hermano y de Mahoma. Los cuatro retomaron la conversación y en animado parloteo se despidieron, tomando cada uno el camino de sus casas.

Capítulo 39

GRANADA
Lunes, 8 de mayo de 1318
Yawn al—Ithnayn, 6 de Rabi'al—awwal 718
Yom Sheni, 7 de Sivan 5078

A petición y deseo del Sultán, Zoraida y Abú al—Nuaym habían abandonado la alquería y se habían instalado en el palacio real en la Medina Alhambra de Granada. Abú acudía todos los días a la *madrasa* donde era instruido en todas las materias importantes: matemáticas, física, árabe y filosofía, que era la que más le gustaba. Su *sufí*[75], Mohamed al—Tani, era un anciano que rondaba ya los ochenta años, edad considerable, pero que conservaba sus sentidos como si tuviera cuarenta. Abú era su discípulo preferido. El conocimiento que tenía de las otras dos religiones le aportaba al muchacho una capacidad y una profundidad de pensamiento, que dada la mediocridad del resto de alumnos, el viejo maestro agradecía a *Allah* en lo más profundo de su corazón, que le hubiera enviado para su deleite, un alumno como aquel. Por ello, una vez terminado el tiempo lectivo, ambos, maestro y alumno, se encerraban en la biblioteca, donde pasaban largas horas discutiendo sobre los diferentes puntos de vista que, de determinados hechos sagrados, tenían las religiones del libro, hallando que en los textos sagrados había más cosas que les unía que separaba.

[75] Místico musulmán. Toma su nombre del "suf" o sayo de lana con el que se vestían.

La amistad entre el *sufí* y el *sabí*[76], crecía día a día, informándose al Sultán de los progresos del hijo de Zoraida. El resto de profesores también tenían en alta estima al joven.

Zoraida era plenamente feliz. Nunca jamás hubiera pensado que fuera posible que llegara el día de poder ver y abrazar a su hijo. Sin embargo su dicha no era completa. Los médicos le habían diagnosticado una enfermedad que en breves años le produciría la muerte. Les hizo jurar a los doctores que la atendieron, que esa noticia solo la sabría ella y nadie más, incluido el Sultán. Le juraron que así sería, porque sabían que Zoraida era como una hija para él y comunicarle una noticia como aquella no les apetecía en lo más mínimo. Famosas eran sus reacciones violentas inesperadas a pesar de ser un hombre de espíritu calmado y sosegado. Así pues, Zoraida sabía que no tenía mucho tiempo para estar disfrutando de su hijo, por lo que cada instante que lo tenía a su lado y veía sus progresos y el aprecio que todo el mundo sentía por él, le alegraba infinitamente su corazón y le servía como bálsamo para su dolor. Estaba dispuesta a mantener su secreto hasta que *Allah* dispusiera de ella.

***

Pedro Sánchez, había perdido totalmente la noción del tiempo. Recluido en una celda del torreón de la antigua alcazaba, pasaba los días sin saber si era de día o de noche, por carecer de ventanas por las que entrase algún rayo solar que le ayudase al recuento de días. Sin embargo la comida era bastante aceptable, habiendo recuperado muchas de sus

[76] Joven, aprendiz, asistente.

pérdidas fuerzas. Una vez al día un pequeño portalón, situado en la parte inferior de la puerta, se abría e introducían por ella una escudilla con la ración. El que estaba dentro, debía de estar atento porque debía entregar a su vez la escudilla del día anterior. Si esto no ocurría entraban en la celda y no era raro que se encontraran al inquilino muerto o enfermo. En cuanto a evacuar sus necesidades, había un agujero en el suelo de la celda que comunicaba con un pozo ciego y que se cubría con una tapadera de madera. En ocasiones, y a pesar de la misma, los efluvios que surgían de aquel lugar eran harto molestos para las pituitarias olfativas. De vez en cuando, la pesada puerta de gruesa madera se abría haciendo rechinar con estruendo sus oxidadas bisagras, dando paso a dos o tres *mamelucos*[77] que lo levantaban, aparentemente sin esfuerzo, y cogiéndolo de las axilas lo arrastraban hasta una bañera de cobre con agua a la que añadían unas escamas de una sustancia blanda y verdosa que desprendía un aroma a romero muy agradable, arrojándolo dentro de ella sin ningún tipo de miramiento, obligándole a lavarse. Cuando comprobaron que el preso acudía de buena voluntad al baño, bien al contrario que el resto de inquilinos de la torre, permitieron que fuera andando hasta la tina. Ese momento era el único placer que tenía en su obligado encierro. Cuando esto ocurría le entregaban ropas limpias y una vez que su aspecto era más presentable, lo colocaban junto a otros, que como él, también estaban atados con una cuerda para ser vendidos como esclavos. Muchas veces se preguntó del porqué de este trato y llegó a la conclusión de que

[77] Los mamelucos eran esclavos guerreros de origen eslavo, turco o circasiano.

al ser mercancía a la venta, su aspecto exterior era importante para poder ser vendidos.

Puestos en fila en el fondo de una plataforma elevada, y presentados de uno en uno ante un nutrido grupo de comerciantes y ricos propietarios sentados sobre cojines, comenzaba el espectáculo de la venta. El vendedor pedía una cantidad en voz alta en sentido ascendente y si alguno de los presentes hacía una seña con la mano, el que dirigía aquella venta de esclavos requería a los demás que elevasen la oferta de aquel comprador. Si tras algunos intentos no se producía una nueva oferta, aquel desgraciado era adjudicado al mejor postor. Sin embargo, en cada ocasión, la cifra inicial que se solicitaba por Pedro, era cinco veces mayor que la que se solicitaba por los demás. Pedro Sánchez no entendía el motivo de aquella discriminación e invariablemente volvía una y otra vez a su celda, hasta la próxima sesión de venta.

Capítulo 40

BARBASTRO
Lunes, 8 de mayo de 1318
Yawn al—Ithnayn, 6 de Rabi'al—awwal 718
Yom Sheni, 7 de Sivan 5078

— ¡Artal de Foces! —exclamó Ramón de Selgua, al oír las explicaciones que Pere Lope, su oficial, le estaba dando—. ¡Tres hoces de plata sobre fondo rojo! El viejo Artal no se anda con chiquitas —dijo a la vez que tiraba los guantes sobre la mesa.

— ¿Y qué tiene el señor Artal de Foces contra los Entenza? —preguntó Pere.

— ¡Que yo sepa, nada, absolutamente nada! Prepara veinte hombres. Partimos hacia Ballerías a hablar con el señor de Foces. ¡Y a exigirle que nos pague los destrozos!

Pere salió sin perder tiempo. Ramón llamó a su ayudante para que le fuese preparando la montura con gualdrapas adornadas con los colores y enseña de los Entenza. No sabía cómo iban a ser recibidos por el cascarrabias de Artal. Convenía ir preparado para cualquier contingencia.

El grupo salió del castillo camino de Ballerías donde se encontraba el Casal de los Foces. Todos iban equipados y los estandartes ondeando al viento. Si todo iba sin contratiempos, antes del mediodía estarían ante la vista de la imponente casa—torreón.

***

Axa sostenía en sus temblorosas manos la carta de su hija Zaahira que un correo le había traído desde Balaguer, ante la mirada emocionada de su hija Fátima. Su corazón latía con fuerza, disponiéndose a abrirla. Quería poner a prueba sus progresos de lectura de las lecciones que recibía por parte de Rodrigo. Decidida, se sentó sobre un taburete y procedió a leerla. Fijó su atención en que las líneas escritas no presentaban la firmeza y rectitud de la primera carta. En esta ocasión, el trazo presentaba rasgos inseguros y una clara predisposición a perder su horizontalidad. Leyó con voz firme y alta:

"*Que Allah esté con vosotros, os lo deseo de corazón, palabra y pensamiento. Mi existencia es feliz, gracias a Allah. Me imagino vuestra sorpresa al ver estas líneas tan diferentes a las de la primera carta. La razón es que estas líneas las he escrito yo, pues la señora me está enseñando a leer y a escribir. En esta ciudad el tiempo está mejorando un poco. La señora lleva su embarazo sin problemas. En dos o tres meses dará a luz. Su esposo viaja constantemente, y apenas pasa tiempo con su esposa. Espero que todos estéis bien y felices. Que Allah permita nuestro reencuentro. Zaahira*"

Axa reía y lloraba a la vez. ¡Había sido capaz de leer una carta, que además, había escrito su hija con su propia mano! Interiormente dio las gracias a *Allah* por la merced concedida, mientras apretaba la carta contra su pecho. Su hija Fátima la contemplaba sin decir nada. La puerta de la Tabla se abrió en aquel momento y dos mujeres entraron, interrumpiendo la magia del momento. Axa guardó debajo de su vestido la carta y se dispuso a servir a sus clientes.

***

García Rodríguez de Boxadors, el administrador de Teresa de Entenza, se encontraba en la antesala del despacho de Juan Marqués, esperando que este hiciese acto de presencia en el Concejo. Traía la contestación de los Condes de Urgel a los dos asuntos que tenían pendientes con el Concejo de Barbastro. No había avisado de su presencia en la ciudad, porque no había tenido tiempo de hacerlo. Teresa de Entenza decidió de repente la urgencia de finiquitar los dos asuntos, y no pudo enviar por delante a un correo que previniese al Justicia de Barbastro sobre su llegada.

Mientras esperaba, pudo oír el rumor de una conversación que tenía lugar en una sala contigua a la que él se encontraba. Al principio no le prestó atención, hasta que le pareció escuchar el nombre de la Condesa de Urgel. No era muy correcto escuchar conversaciones ajenas, pero se dijo a sí mismo que tal vez de aquella podía obtener información interesante. Se levantó como si estuviera cansado de estar sentado tanto rato en la silla, y tranquilamente se fue acercando hacía el lugar donde provenían las voces, que dicho sea de paso, lo hacían en un tono más bien fuerte. Agudizó los sentidos y prestó toda su atención en lo que se decía al otro lado de la pared. Hablaban sobre unas viñas con las que alguien se había ensañado, destrozándolas.

— .... lindan con el camino real —decía alguien, sembrando la preocupación en García.

— Pues si han sido los hombres de Artal de Foces, lo habrán hecho a conciencia. Se dice que son brutales —dijo otro.

— Lo que desconocía es que entre Artal y la Condesa de Urgel hubiera alguna cuestión pendiente —señaló el primero.

— ¿Pero seguro que eran los hombres de Artal de Foces? —preguntó alguien desde una posición más distanciada.

En aquel instante, García Rodríguez de Boxadors sintió que alguien subía por las escaleras hacia la estancia donde él se encontraba. Con disimulo emprendió el camino hacia su silla, sin prisa, como quien pasea. A los pocos instantes, aparecía la oronda figura de Juan Marqués, quien al ver al administrador de los Entenza, puso cara de sorpresa.

— ¡Cómo vos por aquí, Don García! ¡Nadie me había anunciado vuestra llegada!

— No es culpa de nadie, salvo mía. Mis urgencias no me permitieron enviar un mensajero por delante para anunciaros mi visita. Os ruego que me disculpéis por presentarme sin avisar, y si ahora no os fuera posible recibirme, yo me ajustaré a la que vos me digáis —dijo García.

Juan Marqués, extendió su brazo derecho para saludarlo, mientras que con el izquierdo hacía señales, indicando que aquel momento era tan bueno como cualquier otro. A la vez que abría la puerta de su despacho, invitó a su visitante a que pasase delante de él y tomara asiento en una silla frente a su escritorio.

Cuando el Justicia se sentó, se dio cuenta en aquel momento de la conversación que tenía lugar en la otra habitación. Se levantó y saliendo por la puerta se dirigió a la estancia donde se estaba produciendo. A los pocos momentos el rumor cesó completamente.

Nuevamente hizo su aparición el Justicia, tomando asiento delante de García Rodríguez de Boxadors.

— Vos diréis a qué debo vuestra agradable visita, aunque me la imagino —dijo.

— Pues si imagináis que se trata de los asuntos que tratamos en mi visita anterior, acertáis plenamente. Espero que el Concejo haya ya tomado una decisión sobre el asunto de contribuir al mantenimiento de la mesnada del castillo, tal y como quedamos.

— Sí. Nos ha parecido que era una cosa de justicia la citada contribución. Al fin y al cabo, los caminos están mucho más seguros con las patrullas de las mesnadas condales. Hacen un servicio a la ciudad, y por tanto entendemos que debemos colaborar a su mantenimiento.

— Y ¿con cuánto habéis pensado contribuir al tal mantenimiento? —preguntó García.

— Primero os diré que he sido designado para llevar a buen término los acuerdos a los que hayamos de llegar —dijo el Justicia a la vez que sacaba de su escritorio unos documentos poniéndolos ante el administrador de los Entenza. Éste los miró con cierto aire de sorpresa en el rostro.

— ¿No os parece correcto que pongamos por escrito el acuerdo? —preguntó Juan Marqués al ver la cara de su interlocutor.

— ¡No, por Dios! ¡Me parece absolutamente correcto! Solo que… —dijo García a la vez que cogía los documentos y comenzaba a leerlos. Tal y como había supuesto, en ellos se detallaba escrupulosamente las obligaciones que a partir de aquel momento, deberían asumir las tropas del castillo. En ellos, además de patrullar los caminos de la zona de influencia de la ciudad, patrullarían sus calles, imponiendo el orden con su presencia, o bien

con las armas, según fuera necesario. De todas las cláusulas, hubo una que le llamó la atención: en los actos religiosos en los que procesionara el Concejo de la Ciudad, formarían una escolta flanqueando a la corporación. Hasta se indicaba que deberían ir vestidos con la ropa de respeto, como cuando visitaba el Rey la ciudad. Una sonrisa fue aflorando al rostro de García. Juan Marqués al verla, se asombró un tanto.

— ¿Que os hace gracia?

— Lo de la procesión. ¡Hola! ¡Hasta con ropas de revista! —dijo García.

— ¿Y os parece mal?

— No. Simplemente me llama la atención.

García siguió leyendo. En realidad, salvo esa extraña petición, lo demás era consecuente y no era mucho más de lo que ya estaban haciendo además de su labor de protección de las propiedades de los Entenza en la zona. Cuando llegó al punto en el que se expresaba la cantidad que el Concejo pensaba aportar a aquel servicio, aunque le parecía bajo, la cifra era interesante, habida cuenta de que aquella cifra sería la de partida. Quince mil sueldos anuales, era una cifra interesante. Tras una serie de réplicas y contra—réplicas, se llegó a la cifra final: veintidós mil sueldos anuales.

— Y sobre el asunto de las licencias en la aljama, ¿qué piensa hacer la Condesa? —dijo Juan Marqués.

— La señora no acepta que se la despoje de lo que cree un derecho. Tengo orden de buscar un procurador que la represente para seguidamente iniciar un pleito ante el Justicia de Aragón y el propio Rey.

— Lamento que Doña Teresa haya tomado ese camino. Solo servirá para que ambas partes

tengamos gastos. Y luego vendrán las apelaciones y más apelaciones. Gastos y más gastos. Lamentable —dijo el Justicia de Barbastro.

— No lo creo. Os informaré, por si esta información la queréis transmitir al Concejo y que éste actúe en consecuencia, que tenemos en nuestro poder sendos duplicados procedentes de la Cancillería Real, en la que ya el Rey, en 1310, pide al Justicia de Aragón, Sancho Jiménez de Ayerbe, que investigue si el monedaje de los moros pertenece al Rey o a la familia Entenza, y su resolución a favor de la familia Entenza. Y son los únicos documentos que existen. Como veis, pocas son las posibilidades que tiene el Concejo ante este asunto.

— Pero la concesión de licencias para comerciar, corresponde a los Concejos... —insistió Juan Marqués.

— Puede que sea así, pero no olvidéis que se trata de una aljama, que como sabéis tienen especiales concurrencias por todos conocidas. Sabéis que las hay de titularidad Concejil, de Realengo, de Órdenes Militares, de Señorío Eclesiástico y de Señorío Secular, que es el caso de la Aljama de Barbastro. Lo mismo ocurre con la aljama judía que es de realengo y a la que por la misma razón no les puede cobrar el monedaje el Concejo —apostilló calmosamente García, en la seguridad de tener la razón de su parte.

— Transmitiré esta información al Concejo, y haremos las oportunas investigaciones sobre esa documentación que decís poseer. Bien, si no tenéis nada más que tratar, debo atender algunos asuntos importantes... —dijo Juan Marqués a la vez que se incorporaba para despedir a García. Sin embargo, éste no se movió del asiento, ante la sorpresa del Justicia.

— Sí. Aún tengo algo más —Juan se sentó de nuevo.

— Mientras os estaba esperando, no pude evitar escuchar una conversación, la misma que vos acallasteis, en la que me pareció escuchar que algún grupo de hombres había arrasado unas viñas de la Condesa. ¿Qué hay de cierto en todo esto?

Juan Marqués, realizó un gesto de inconveniencia. No hubiera querido ser él, el que tuviera que informar a la Condesa de Urgel. Maldijo en silencio a aquellos parlanchines a los que luego ajustaría las cuentas.

— Bueno, sí. Eso está todavía en investigación, y por eso no os he querido poner en antecedentes, porque he pensado que, o bien ya habríais hablado con vuestro Baile, o lo harías a continuación.

— Me tenéis sobre ascuas, Juan —dijo nervioso García.

— El caso es que un grupo de unos veinte hombres, se dedicaron a asolar unas viñas que según parece, pertenecen a la Señora.

— ¿Según parece?

— Sí. Ahora está confirmado. Son las que están junto al camino Real, en dirección de Sariñena.

— Esas viñas son muy grandes y de gran producción.

— Como os digo, el Baile, Ramón de Selgua, ha tomado cartas en el asunto y está investigando todo lo referente al caso. Él es quien tiene toda la información. Al Concejo tan solo ha llegado la noticia de la acción. Ahora vos sabéis tanto como yo.

García Rodríguez de Boxadors se levantó. Tenía prisa por llegar al castillo de los Entenza, por el que todavía no había pasado. Necesitaba tener noticias

para poder informar a los Condes de Urgel. Intuía que de aquel hecho surgirían problemas graves. Abandonó apresuradamente el edificio del Concejo, tras despedirse del Justicia, dirigiéndose a toda prisa al Castillo por la empinada cuesta, llevando de las riendas a su caballo. En la calle, el sol calentaba lo suyo y no había sombra alguna por la que cobijarse. Y como siempre, estaban presentes por todo el trayecto los aromas culinarios y de leña quemada.

La casa-torreón en la que vivía Artal de Foces se alzaba a un lado del camino. La explanada que rodeaba a la construcción estaba surcada de caminos de tierra que llevaban a otros edificios como graneros, cuadras y dormitorios para las mesnadas. El torreón almenado, constituía una formidable construcción defensiva que permitía a sus moradores, en caso de un hipotético asedio, resistir largo tiempo. Conforme se iban acercando a la entrada principal, algunos mesnaderos comenzaron a hacer su aparición, adoptando posiciones claramente defensivas, que indicaba a las claras que las habían estudiado con anterioridad. En lo alto del torreón aparecieron hombres provistos con arcos, listos para ser usados. Por delante y por detrás, aparecieron también hombres armados. Casi ya llegando a la puerta del torreón, hizo su aparición la impresionante figura de Artal de Foces, al que sus hombres apodaban "*el viejo*", a pesar de que tan solo contaba con apenas cuarenta y cinco años de edad. De gran envergadura, y con una altura de cerca de diez palmos, pelo abundante y rojizo, vestía permanentemente la cota de malla que en condiciones de calma bélica no se quitaba ni para comer, como si fuera a emprender una acción militar en cualquier instante, y si se encontraba en plena

disputa con algún señor de la zona, ni siquiera para dormir. A su lado, dos hombres igualmente de complexiones fuertes, uno de ellos su hijo, Jimeno, que tenía un gran parecido con su padre. Y tras ellos, otros tres hombres igual de fornidos.

Artal de Foces, se adelantó unos pasos y se detuvo a esperar la llegada del grupo armado. Por los estandartes que ondeaban al viento, coligió rápidamente que se trataba de los hombres de la Condesa de Urgel, Teresa de Entenza. Desconocía el motivo de la inesperada visita. Cuando el que venía al frente de la mesnada detuvo su montura a unos cuantos pasos de él y bajó de su caballo lo reconoció en el acto.

— ¿Cuál es el motivo que trae a mi casa a Ramón de Selgua, Baile de mi querida Condesa de Urgel? — dijo Artal a la vez que abrazaba amistosamente a Ramón.

— ¿De verdad no lo sabéis, Artal?

— No, ni la más remota idea. Pero pasemos dentro. Me imagino que no habréis comido, así que os ruego que aceptéis mi invitación. En mi casa, es obligatorio —dijo. Luego, dirigiéndose a uno de sus hombres, dio orden de que se les diese de comer a los hombres que acompañaban al Baile de los Entenza. Pasaron dentro y tomaron asiento en una mesa larga, ya preparada para servir la comida.

— Decidme, Ramón. ¡Os juro que me tenéis intrigado!

— ¿Me podéis decir a cuento de qué, vuestros hombres han destrozado dos viñas pertenecientes a mi Señora, la Condesa de Urgel, Teresa de Entenza?

Artal dio un respingo, mirando a continuación a su hijo, Jimeno, quien también puso cara de sorpresa.

— ¿Qué es eso de que las viñas son de los Entenza? —dijo Artal dando a entender que conocía el asunto.

— ¿Acaso lo dudáis?

— ¿Debo entender que esas viñas no eran de Blasco Borruel?

Ramón entendió al instante lo que había ocurrido: los hombres de Artal habían confundido las fincas. Las de Blasco, quedaban al otro lado del camino real, bastante apartadas de las de los Entenza.

— Sí. Así es. Esas tierras y otras situadas a la izquierda del camino real a Zaragoza, partiendo desde Barbastro, pertenecen a los Entenza. Blasco Borruel tiene tierras al otro lado, pero ni siquiera frente por frente. El error que ha cometido tu gente ha sido considerable. Y el daño también.

Artal bajó la cabeza, moviéndola de lado a lado. Aquel error le iba a costar muy caro. Y él se lo cobraría al infame de Blasco Borruel con quien mantenía una pugna secular heredada de sus mayores. Le dijo a Ramón que resarciría a los Entenza hasta el último dinero, rogándole que disculpase el error y ofreciéndose para ir personalmente a Balaguer a presentar sus excusas a doña Teresa. Seguidamente agradeció a Ramón su visita en demanda de explicaciones en vez de tomar represalias directamente, sin avisar. Después de comer, Ramón de Selgua y sus hombres regresaron a Barbastro.

Cuando llegaron, García Rodríguez de Boxadors hacía horas que le estaba esperando en un estado de nervios deplorable. Cuando oyó voces y ruidos de

caballos en el patio de armas, se asomó a la ventana para comprobar si los que llegaban eran Ramón y sus hombres. Pasados unos momentos, los dos hombres se reunieron y Ramón puso en antecedentes a García. Este le pidió que evaluase los daños y le aplicara un sobrevalor, porque el perjuicio no podía limitarse al valor físico de las parras, sino el tiempo en el que no podrían obtener cosecha. Un mínimo de cinco años.

A la mañana siguiente, el administrador de los Entenza tenía intención de hablar con el notario Juan Pérez Don Peyron, para pedirle que representase a Teresa de Entenza como procurador ante los tribunales, para el caso de que el Concejo no desistiera en su empeño de seguir con el tema de las licencias en la aljama. Una vez terminada esta gestión, emprendería el camino de regreso a Balaguer.

Capítulo 41

BARBASTRO
Viernes, 12 de mayo de 1318
Yawn al—Jumu'ah, 10 de Rabi'al—awwal 718
Yom Shishi, 11 de Sivan 5078

Una vez que Karin terminó de ayudar a su madre en la preparación de la comida del *Sabbat*, le pidió permiso para salir a dar una vuelta por la plaza del mercado, porque ese día unos titiriteros habían llegado al pueblo y hacían una función en la plaza. Obtenido el permiso de su madre, se puso un chal sobre la cabeza y salió como alma que lleva el diablo. Beatriz que había observado la urgencia que parecía invadir a su hija, cruzó sus manos y levantó su vista al cielo en muda súplica. Se imaginaba las razones de las prisas de su hija por salir de casa, y que no eran otras que reunirse con Rodrigo. Por un instante pensó en seguir tras sus pasos para comprobar lo que para ella era ya una certeza. Pero casi al momento, desistió de ello. Estaba convencida de que su hija sabía comportarse y que observaría todos los preceptos que la ley mosaica imponía a los creyentes. Pero le dolía en el alma, que aquel amor imposible, fuera tomando cuerpo en la mente y en el alma de Karin, produciéndole un dolor y una infelicidad infinitos. Se creía culpable por guardar en secreto y encubrir aquella relación, sin poner en antecedentes a su esposo Vidal. En el fondo estaba esperando, lo esperaba fervientemente, que por alguna causa,

como pasaba muchas veces, el problema desapareciera simplemente porque los jóvenes se enemistaran y la relación se rompiera por cualquier nimia cuestión. Pero algo le decía, que entre Rodrigo y Karin, aquello no iba a ocurrir. El muchacho era una excelente persona, respetuoso, amable, inteligente y sensible. Además de animoso, alegre y decidido. Era el marido perfecto para su hija. Para cualquier hija. Pero la pertenencia a religiones tan enfrentadas en la sociedad hacía inviable que esa relación tuviera futuro. Sabía que un hermano de Rodrigo, Domingo, era absolutamente intransigente con los moros y judíos, a quienes negaba cualquier derecho y frecuentemente clamaba desde el púlpito que fueran expulsados de las ciudades. Pero también ellos, los judíos, eran extremistas en muchos aspectos y no se diferenciaban mucho de los cristianos como Domingo. Y ellos tampoco darían ninguna facilidad a los dos jóvenes.

Karin apretó el paso hasta llegar a la plaza del Mercado que rebosaba de gente atraída por los titiriteros quienes ya habían montado en el centro de la plaza su pequeño escenario donde desarrollar su actividad. Pero a Karin no le interesaban los faranduleros. Sus ojos comenzaron una frenética búsqueda del objeto de sus inquietudes: el rostro de Rodrigo. Tras un rato de deambular abriéndose paso entre la gente, pudo verlo sentado junto a la puerta de la *alcaicería*[78]. El también parecía estar buscando a alguien y cuando sus miradas se cruzaron, unas

[78] Se denominaba alcaicería al lugar de las ciudades, donde se autorizaba a comerciar, al por Mayor, con seda bruta. Después la actividad se extendió a la venta de objetos de seda elaborados, para llegar a ser conocido como el mercado de todos los productos textiles, aunque la seda siguió siendo el objeto fundamental de venta.

amplias sonrisas iluminaron sus jóvenes rostros. Uno y otra, fueron al encuentro mutuo.

— ¡Hola! —se dijeron, sintiendo cómo sus corazones se aceleraban.

— ¿Te gustan los buñuelos? —dijo Rodrigo.

— ¡Me encantan!

— Pues vamos. He visto un sitio donde los hacen con miel —dijo Rodrigo iniciando el camino hacia el puesto.

El tenderete estaba atendido por un *muslim*[79] y su mujer. La olorosa fritura inundaba las inmediaciones del puesto atrayendo con sus agradables aromas a los clientes. En la sartén, colocada sobre una brasa, hervía el aceite sobre el que iba echando bolitas de masa que rápidamente se esponjaban y doraban. Tras unos momentos flotando y girando en el aceite, las sacaba y colocaba sobre una escudilla de barro con agujeros para que se fuera escurriendo el aceite sobrante. Luego, su mujer las trasvasaba a otro cuenco y allí las envolvía en miel. Finalmente, las ensartaba en un junco de cuatro en cuatro juntando y atando sus extremos formando una rosca que dejaba reposar un buen rato colgados de una percha. Debajo, unos platos recogían la miel que rezumaban aquellos buñuelos.

Rodrigo le pidió dos roscos de aquellos buñuelos y el *muslim* se los puso sobre una hoja de lechuga, a cambio de una moneda de cobre. Con los calientes y pegajosos buñuelos en sus manos, se apartaron buscando un lugar donde sentarse para estar solos, camuflados entre toda aquella multitud. Lo hallaron en el mismo lugar en el que se encontraron, junto a la *alcaicería*. Se sentaron y durante unos instantes

[79] 1.—De Mahoma o relativo a su religión. Musulmán, que tiene como religión el islamismo.

estuvieron escuchando a los titiriteros y las risas que arrancaban a su entregado público a la vez que saboreaban los sabrosos y dulces buñuelos.

— ¿Sabes que he estado pensando mucho en lo que hablamos el otro día? —dijo Rodrigo.

— ¿Si? Yo también. ¿Y qué has pensado? — preguntó Karin.

— Creo que solo tenemos una posibilidad.

— ¿Y cuál es?

— Escaparnos.

— ¿Escaparnos? —dijo con tono desencantado Karin.

— Sí. No tenemos otra solución. Mi hermano Domingo se opondrá con todas sus fuerzas y nos echará encima a los jurados del Concejo. El otro día en casa, sin venir a cuento, empezó a insultar y a clamar contra vosotros, dejándonos a todos los presentes boquiabiertos. Por un momento creí que nos habría visto en alguna ocasión. Mis padres se quedaron mudos, sin atreverse a interrumpirle, tal era la ira que exhalaba de su cuerpo.

— Pero escapar, ¿A dónde Rodrigo?

— A cualquier lado. A Zaragoza, a Huesca o a Granada —dijo acordándose de Simón. A cualquier sitio donde no nos conozcan. Una vez en el lugar, organizaremos nuestra vida.

— ¿A Granada? —dijo divertida Karin.

— ¿Y por qué no? Allí no nos pondrían problemas. Además ya sabes que allí vive nuestro amigo Simón. Eso, si logró llegar. Espero que sí.

— ¿Pero cómo haremos para ser esposos? Yo no quiero vivir amancebada sin la bendición de Dios — aclaró Karin.

Rodrigo temía aquella cuestión más que la de escapar hacia cualquier lado. Eso no le preocupaba

en exceso, pues se veía capacitado para ganarse la vida en cualquier lugar del reino. O fuera de él. Sin embargo, Karin había puesto el dedo en la herida: uno de los dos tendría que renunciar a su fe, y abrazar la del otro. Pero ¿quién?

— No lo sé Karin. Pero yo te aseguro que si es necesario, yo renegaré de mi religión y abrazaré la tuya. En cualquier caso, todavía es un poco pronto para formalizar ante nuestras familias nuestra relación, ¿no te parece? —dijo Rodrigo sin mucha convicción en un vano intento de escapar de la disyuntiva.

— Es posible. Tal vez sea lo mejor, pero tengo mucho miedo Rodrigo.

— Piensa que lo importante es lo que pensemos nosotros. Mi familia me importa mucho, pero si se opone, ¿debo por eso renunciar a mi felicidad? ¿Debemos ambos renunciar a nuestra felicidad? Pienso que no ha llegado el momento de tomar ninguna decisión, pero no por ello va a desaparecer y debemos estar dispuestos a tomarla en algún momento. Y de seguro que será dolorosa. Terriblemente dolorosa.

— Seguro.

— ¿Que hacéis aquí? —dijo Mahoma, su amigo.

— Ya ves, comiendo buñuelos, ¿quieres uno? — ofreció Karin.

— ¡Claro! ¡Son buenísimos! Mi madre también los hace en ocasiones. ¿Habéis visto a los titiriteros? — dijo Mahoma.

— Sí. Son graciosos. ¿Y Abraham? —preguntó Rodrigo.

— No sé. Pensaba que lo encontraría aquí. Estará en su casa.

— En casa no estaba cuando yo salí —dijo Karin—. Se habrá entretenido en algún lugar. Tal vez con Kadima.

Karin y Rodrigo se levantaron de sus asientos de piedra y acompañaron a Mahoma a terminar de recorrer los puestos que había en la plaza.

***

A aquellas horas, de madrugada, las calles de Barbastro estaban ocupadas por una inmensa soledad con la única presencia de la luz de la luna. Sus desérticas calles y plazas, por las que no circulaba nadie presentaban un silencio tal, que el tenue ruido que provocara el paso de una persona podría oírse claramente a distancia. No se vislumbraba en todas sus casas el más mínimo atisbo de luz, señal de que todos sus habitantes se encontraban entregados al reposo. Las cuatro puertas de la ciudad se hallaban cerradas y junto a ellas, un vigilante hacía guardia dentro de la garita que había junto a ellas y que hacían las veces de oficina recaudatoria por el día, para los foráneos que entrasen portando mercancías de todo tipo, y de dormitorio por la noche en las tareas de vigilancia. En los barrios extramuros ocurría exactamente lo mismo. El silencio era total así como toda actividad humana.

La furtiva figura de alguien que estaba cruzando el puente en dirección a la margen izquierda del río hubiera atraído sin duda la atención de cualquiera que hubiera estado despierto. El hombre, al parecer, andaba con ciertas dificultades. De vez en cuando se detenía y miraba hacia atrás, como si temiese que

alguien le estuviera siguiendo. Una vez cruzado el río se introdujo en una estrecha calle dirigiéndose hacia una casa. Una vez frente a ella, se pegó a la pared, junto a la puerta, y volvió a mirar a izquierda y derecha para asegurarse de que nadie le observaba o seguía. Pasados unos instantes, golpeó la puerta con la palma de la mano, procurando no hacer mucho ruido. Su nerviosismo era patente por los gestos de sus manos y su cuerpo al ver pasar el tiempo sin que la puerta se abriese. Tras volver a mirar a ambos lados por ver si alguien había oído sus golpes en la puerta, tornó a golpearla nuevamente con los nudillos, esta vez un poco más fuerte. A los pocos momentos, oyó ruido en su interior como de alguien que anduviera dentro a la vez que un hilo de luz se escapó por una de las rendijas de la puerta.

— ¿Quién va? —dijo una voz de anciana desde el interior.

— Soy yo, Juan.

Dentro de la casa pudo oírse como un grito contenido, al mismo tiempo que alguien quitaba la tranca que cruzaba la puerta y con lo que la entrada quedaba asegurada. Unos momentos después, la puerta se abrió dejando ver a una mujer mayor que llevaba un candil de aceite en la mano para iluminar la oscuridad.

— ¡Juan! —dijo a la vez que le echaba los brazos al cuello.

El hombre la cogió casi en volandas y ambos entraron en la casa. Rápidamente, volvió a colocar la tranca de cierre.

— ¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

— Creo que me siguen, madre —dijo el recién llegado. Fue entonces cuando su madre pudo reparar, a la débil luz del candil, el estado de su hijo.

— ¡Dios mío, Juan! ¿Qué te ha pasado? ¡Estás herido! —exclamó.

Juan se sentó en una silla, mirando a su madre quien contemplaba horrorizada el aspecto de su hijo. Este abrió sus brazos en dirección de su madre, y ambos se fundieron en un abrazo.

— ¿Tiene algo de comer, madre? Tengo un hambre atroz.

Por toda respuesta, su madre comenzó a poner sobre la mesa los restos de la comida del día anterior, queso, fruta, tocino y vino. Juan comenzó por el vino, trasegando casi sin respirar una jarra llena ante la asustada mirada de su madre que lo veía actuar como no lo había visto nunca. Luego, siguió con el tocino, el queso y por último, el guiso de verduras que había sobrado. Juan notó cómo su cuerpo agradecía aquel aporte alimenticio, comenzando a recuperar fuerzas y sentir la agradable sensación de estar saciado. Un agradable calorcillo se iba apoderando de sus sentidos y de su cuerpo. En un rincón, estaba su madre sin decir una palabra contemplándolo, esperando a que terminara de saciar su hambre y que comenzara a contarle lo sucedido. De vez en cuando, Juan miraba al exterior por una rejilla sobre la puerta para ver si podía divisar a alguien en la calle. Luego se sentó junto a su madre a la vez que echaba unos leños al fuego.

Sentados los dos junto al fuego, comenzó a contarle todas sus peripecias y sinsabores vividos en el último mes. Le contó cómo fueron sorprendidos por los sarracenos en Granada y la consiguiente escaramuza en la que murieron o fueron capturados todos sus compañeros menos él y Arnaldo Azlor.

También, que Arnaldo, herido en una pierna, había muerto por el camino, con la pierna completamente gangrenada y cómo lo tuvo que enterrar aprovechando una grieta en una montaña, la que cerró con piedras, ramas y palos. Le explicó que tuvo que vender el caballo de éste, y cómo horas después, él y su montura se despeñaban por un barranco al dar el caballo un mal paso cuando andaba por las montañas, quedando completamente magullado por la caída y que había sido milagroso que se hubiera salvado después de precipitarse montaña abajo. Allí, tendido a la inclemencia del tiempo, estuvo cuatro días sin poder moverse. Se alimentó de la carne del caballo comiéndola cruda. Al tercer día le pareció que alguien le observaba desde lo alto y pensó que se trataría de los hombres del Sultán de Granada. Así es que tornó en fuerzas su flaqueza, siguiendo su camino como Dios le dio a entender. Tras pensarlo, llegó a la conclusión de que aquellos hombres no querían matarlo, pues de haberlo querido así, lo hubieran podido hacer en decenas de ocasiones. Y así, día tras día, andando unas veces y arrastrándose otras, fue recorriendo la distancia que le separaba de Granada hasta Barbastro.

— ¿Y qué sabes del resto de la partida? —preguntó su madre.

— No sé nada. La mayoría murieron a manos de los hombres del Sultán. Si hicieron prisioneros, no sé cuál sería su destino. Pero me temo que peor que morir en la lucha —dijo Juan, mientras su madre se santiguaba y musitaba una jaculatoria.

Tras una nueva mirada al exterior, Juan se acostó en su camastro ante la mirada emocionada de su madre que lo arropó amorosamente. Aún no había tocado su espalda el colchón de paja cuando ya

estaba dormido. Los potentes ronquidos daban muestra de lo profundo de su sueño. Aquellos ronquidos le sonaban a su madre como música celestial.

Los cuatro *askaries* enviados por el Sultán que seguían a Juan de Pisa no lo perdieron de vista ni un solo instante. Habían cambiado sus ropas habituales por otras más usuales en los territorios por los que se iban adentrando. Sus órdenes eran seguir a los dos cristianos e informarse del paradero de los tres *askaries* enviados en la expedición anterior y del destino de los veinte caballos robados. Una vez realizada esta misión, ejecutarlos sin contemplaciones. Durante su silenciosa persecución, pudieron ver cómo enterraba a su compañero que había muerto por las heridas recibidas en el enfrentamiento en Huéscar. Vigilaron su deambular por las montañas de la serranía de Cuenca siguiendo el curso del Tajo siendo testigos de cómo se despeñaba junto con su caballo, no dudando ni un instante que allí se acababa la vida del cristiano. Pero tras observar durante un buen rato, vieron que aún daba señales de vida. Pacientemente estuvieron vigilándolo día y noche, sorprendiéndose de la vitalidad del aquel hombre. Durante un día estuvo en la misma posición, moviéndose en ocasiones. El segundo día se incorporó y se acercó hasta donde estaba su caballo muerto, y sorprendentemente, aquel cristiano, en una titánica lucha por sobrevivir, comenzó a comer su carne ayudándose de su cuchillo.

Al cuarto día, reinició su camino ante la admiración de los cuatro *askaries*. En el fondo se alegraban de que el cristiano no hubiera muerto. La

pérdida de su caballo haría más penosa la persecución para ambos, perseguidores y perseguido. La marcha del grupo prosiguió durante días sin incidente alguno. Observaron cómo el cristiano entraba a robar en los huertos y corrales de los lugareños donde robaba lo suficiente para comer. Cuando llegó el día en el que Barbastro apareció en el horizonte, se les alegró el corazón porque su misión estaba próxima a su fin.

Desde la lejanía observaron cómo cruzaba el puente sobre el río Merder dirigiéndose a la orilla izquierda donde se alzaba un arrabal importante. Imaginaron que se dirigía a su casa. Acamparon un tanto alejados de las murallas, protegidos por una arboleda junto al río, para pasar la noche. Al día siguiente entrarían en Barbastro, donde se alojarían para realizar sus pesquisas sobre el paradero de sus compañeros desaparecidos.

Capítulo 42

BARBASTRO
Sábado, 13 de mayo de 1318
Yawn as—Sabt, 11 de Rabi'al—awwal 718
Yom Sabbat, 12 de Sivan 5078

Ahmed, Yusuf, Hussein y Mohamed, los *askari* enviados por el Sultán tras los pasos de Juan, dejaron sus monturas en régimen de hospedería en las cuadras que Vidal Comparat tenía en las afueras de la ciudad. García, el Mayoral, observaba con sorpresa y curiosidad a los hombres que tenía delante. Eran cuatro, y llevaban de las riendas cuatro magníficos caballos, cuya estampa era idéntica a la de los que últimamente, y de forma sorprendente, abundaban en Barbastro. Querían dejarlos en la cuadras durante unos cuantos días. Sin demostrar excesivo interés, los atendió y cobró por anticipado la pensión y la comida de los animales. Ardía en deseos de estar solo para poder estudiar y observar a aquellos hermosos ejemplares que tenía ante sí. Se preguntó qué estaba pasando para que en los últimos meses hubiera tantos caballos de aquellos por allí. Había oído recientemente comentarios sobre la presencia de caballos andaluces y aquellos desde luego lo eran. Pagaron con un croat[80] de plata,

[80] El croat es una moneda catalana de plata creada en 1285 por el rey Pedro III. Se conoció como croat barceloní, y también como xamberg. En el anverso de la moneda figuraba la efigie del Conde de Barcelona, y en el reverso, la cruz a la que debía el nombre la moneda. Un croat equivalía a doce dineros. Se caracterizaba por tener una gran cruz en el reverso y de

anunciándole que pagarían la diferencia si los días se alargaban. Le insistieron en que a los animales no les faltase de nada. Luego marcharon andando camino de la ciudad del Merder entrando por la puerta *al hadid*[81].

Recorrieron la ciudad de norte a sur y de este a oeste con la intención de hacerse un plano mental de la misma. Necesitaban encontrar el barrio o la zona donde se asentaba la aljama de los moros como era habitual en las ciudades cristianas, pues necesitaban obtener la información sobre sus compañeros desaparecidos.

Barbastro contaba con cuatro puertas y estaba rodeada por arrabales que quedaban fuera del recinto amurallado, donde vivía un gran número de gente. Por la parte norte, discurría un caudaloso río que era cruzado por dos puentes. Aprovechando la fuerza que este caudal generaba, había tres molinos, dos en la margen izquierda y otro en la derecha. Al sur de la ciudad, y situado en un arrabal a extramuros, otro molino de tracción animal molía aceitunas de las que se obtenía aceite. Cuando pasaron por delante de la fonda Tres Orzas, decidieron entrar para alquilar una habitación.

Una vez que aliviaron su sed y su hambre, siguieron con su exploración, dirigiéndose hacia el barrio donde vivían los moros. Se presentaron como compradores de pieles y no pasó mucho tiempo sin que averiguaran el fatal destino de sus compatriotas. Uno de los comerciantes de la *aljama*, les contó la

---

aquí su nombre. Los croats se emitían en las cecas de las ciudades de Barcelona y Perpiñán.

[81] Hierro. Puerta de Hierro: bab al hadid.

historia de los tres hombres que habían sido encontrados muertos en un camino, y cómo la comunidad mora se había hecho cargo del entierro de éstos, pues eran gentes que seguían los preceptos del Islam porque se encontró un Corán entre sus pertenencias, lo que les alegró el corazón. La primera parte de su misión estaba completada. Quedaba la misión de dar muerte al blasfemo cristiano. Eso sería cuestión de uno o dos días.

Karin recitaba con voz monótona y mirada ausente los salmos que su padre, Vidal Comparat, leía con voz de barítono y dicción perfecta. Sus pensamientos estaban lejos de allí ocupados por las dificultades que intuía por su relación con Rodrigo y el futuro que les esperaba. Sabía que sus padres tenían en gran estima a Rodrigo y escuchaba frecuentemente comentarios muy favorables al muchacho. Pero eso era una cosa y otra muy distinta permitir que su hija se desposara con un cristiano. Su desasosiego la incomodaba enormemente, empañando la alegría que inundaba su alma al compartir su amor con Rodrigo. Cuando se dio cuenta de que su madre fijaba su mirada en ella, comprendió que ella también se había dado cuenta de su "ausencia". Decidió dejar a un lado sus preocupaciones y puso los cinco sentidos en los salmos y en los cánticos.

Rodrigo, por su parte, se había desplazado en secreto a la cueva de Simón, tomando toda clase de precauciones, asegurándose constantemente de que nadie le había seguido. Allí, oculto en el interior de la cueva, volvió a practicar durante horas el manejo de la espada, técnica en la que poco a poco iba progresando de forma importante. Practicaba toda

clase de golpes contra un tronco vertical, adquiriendo fuerza y velocidad en su brazo derecho. Después de pensarlo mucho, había decidido hablar con el Baile de los Entenza, Ramón de Selgua, para que le permitiese recibir clases en el manejo de la espada. Por otro lado, sus lecciones de monta de caballo iban dando su resultado y ahora montaba con soltura. En su cabeza, una idea le bullía sin parar y no era otra que su deseo de entrar al servicio de la Señora, formando parte de sus mesnadas.

Capítulo 43

BARBASTRO
Lunes, 15 de mayo de 1318
Yawn al—Ithnayn, 13 de Rabi'al—awwal 718
Yom Sheni, 14 de Sivan 5078

Vidal escuchaba las explicaciones de un nervioso García con suma atención. La presencia de aquellos cuatro jinetes montando caballos árabes, le traía a la mente los recientes comentarios sobre caballos andaluces vistos por la zona. Era como volver a empezar. ¿Pero qué estaba pasando? pensó.

— ¿Seguro que son andaluces? —le preguntó.

— Seguro. No tienes más que venir a verlos. Esa gente son moros. El que habló conmigo, tenía un acento extraño, aunque se explicaba bien. Entre ellos hablaron más bien poco y en voz baja pero me pareció que era parecido al que hablan los moros de Barbastro. A pesar de sus ropajes, sus facciones, muy morenas, no eran como las nuestras. Te lo digo yo Vidal: esas gentes son del sur.

Vidal estaba seguro de que aquellos hombres procedían del mismo lugar que los encontrados muertos en el camino de Huesca. Sin embargo, la prudencia le aconsejaba no comentar todo lo que conocía sobre aquel asunto con su mayoral, no por desconfianza, sino porque cuanta menos gente estuviera al tanto, mejor. Estaba convencido de que todos los sucesos ocurridos en las últimas semanas

estaban conectados de una forma u otra. Y en ellas estaba involucrado el Justicia de Barbastro y su socio Pedro Sánchez, del que por cierto, hacía muchos días que no se tenía noticia de él.

Los cuatro nazaríes seguían a distancia a Juan. Cuando éste se dirigía a su casa, lo vigilaban desde la margen opuesta del río, ocultos a su vista. Dentro de la ciudad, seguirlo era más fácil. Nunca iban juntos, mezclándose entre las gentes. Seguían con suma facilidad todos sus pasos y había llegado el momento de terminar con su misión, eliminando al cristiano. Sin embargo, no encontraban el momento propicio porque nunca abandonaba la ciudad, por lo que se hacía más complicado. Pero ellos sabían esperar y estaban seguros que tarde o temprano, el cristiano saldría en algún momento, bien para desplazarse a otra localidad o a sus campos o huerta. En ese momento, llevarían a cabo la última parte de sus órdenes.

Juan salió de su casa con intención de dirigirse a la de Juan Marqués. Quería informarle sobre el trágico resultado de la expedición a Granada. Lo hizo tomando toda clase de precauciones. Era consciente de que estaba siendo seguido por gente del Sultán de Granada. Miró a su alrededor en busca de algún detalle sospechoso. No vio nada que lo alarmase y se dispuso a cruzar el río y entrar en Barbastro para hablar con el Justicia. Mientras cruzaba el puente no perdía de vista su contorno y a los que circulaban con paso cansino camino de la ciudad o saliendo de ella. Ni rastro de aquellos hombres que había visto en todo lo alto, cuando se despeñó con su caballo por aquel cortado. Cuando traspasó la puerta llamada Ferrata, saludó a los tres guardias. Hablaron durante

unos momentos, y luego se dirigió directamente a casa de Juan Marqués.

Éste no se encontraba en su casa, y según le dijo la criada, estaba en el Concejo presidiendo una sesión del mismo. Se dirigió hacia allí, despacio. Por su olfato reconoció el aroma de las calles que recordaba y que le era absolutamente familiar. En aquel momento fue consciente de que estaba en casa. No pudo evitar recordar a sus compañeros de viaje y su trágico destino. Las violentas imágenes ocuparon su mente, haciendo que se detuviera. La sangre manaba incontenible de los cuerpos de sus compañeros. Jamás hubiera pensado que los humanos tuvieran tanta sangre en las venas. También sangraban los enemigos abatidos, pero estos le dolían menos. Volvió a mirar a su alrededor. Nada ni nadie parecía sobrar del escenario en el que estaba inmerso, rodeado de gentes aplicadas a sus faenas. Todo parecía normal. Por fin, inició de nuevo su camino dirigiéndose hacia la casa del Concejo.

Preguntó por el Justicia a un hombre que estaba reparando una silla. Éste le dijo que el Concejo estaba reunido y que aún tardaría un buen rato hasta terminar. Le recomendó que volviera más tarde. Como no tenía otra cosa que hacer, decidió pasear por los alrededores. Poco a poco se fue alejando y se introdujo por algunas calles sin seguir una ruta definida. Luego volvía sobre sus pasos para entrar nuevamente en el zaguán de la Casa del Concejo y preguntar al mismo hombre que la primera vez. La reunión había terminado en aquellos mismos momentos y Juan pudo reconocer a Juan Marqués que venía hablando con un miembro del Consistorio. Conforme se acercaban, el Justicia posó sus ojos

sobre la figura de Juan. Por un momento no reconoció aquel rostro lleno de heridas, pero un instante después, la luz se hizo en su cabeza. Se detuvo y despidió a su acompañante. Luego se encaminó directamente hacia Juan.

— ¿*Micer* Marqués? —preguntó Juan yendo al encuentro del Justicia.

— Si yo soy.

— Soy Juan de Pisa. Acabo de regresar de Granada y... —Juan Marqués le interrumpió con un gesto.

— Un momento, Juan –Se apartó de él dirigiéndose a un oficial que se encontraba en la puerta por la que se accedía al Concejo diciéndole algo. El oficial asintió con la cabeza, y el Justicia hizo una seña con la mano a Juan, invitándole a subir por las escaleras hasta su propio despacho en la primera planta. Una vez dentro, le invitó a sentarse en uno de los dos sillones con tiras de cuero que se encontraban frente a la mesa. Él tomó asiento en el otro, al lado de Juan.

— Perdonad, pero aquí hablaremos más tranquilamente. Y ahora contadme todo desde el principio. Por vuestro aspecto veo que algo ha debido de ocurrir y que lo habéis pasado muy mal. Os lo ruego —dijo Juan Marqués mostrando un evidente nerviosismo y sintiendo un mal presentimiento. Juan tomó aire.

— Llegamos sin novedad alguna hasta Huéscar. Pedro y tres más, junto con el monje, partieron hacia Granada para contactar con el vendedor de los caballos. Pasados unos días regresaron con noticias. Debíamos esperar a que el vendedor trajera los caballos a donde estábamos nosotros, además de una información sobre una manada de cien caballos que al parecer estaban trasladando de una dehesa a otra.

A los dos o tres días detectamos la llegada de los caballos. Tomamos toda clase de precauciones, pero en un momento dado nos vimos rodeados por un gran grupo de soldados granadinos, estableciéndose una batalla en la que llevamos la peor parte. Todo ocurrió muy rápidamente. Tan solo yo y un compañero pudimos escapar. Por un momento vi como Pedro Sánchez era rodeado y hecho prisionero. El resto fueron asesinados sin compasión. Durante nuestra fuga pudimos observar los cuerpos tirados en el suelo de nuestros compañeros y que un grupo de aquellos sarracenos nos estaban persiguiendo. En la huida, mi compañero Arnaldo Azlor murió debido a las heridas sufridas en la lucha. Seguí solo una vez que lo hube sepultado. Pero las desgracias no habían acabado. Un día, mientras iba por un escarpado camino al borde de un barranco, mi pobre caballo resbaló y ambos, nos despeñamos por aquel precipicio. Creí que allí se acababa todo. Estuve un día sin conocimiento. Cuando desperté, fui consciente de mi situación. Apenas si me podía levantar. De vez en cuando perdía el conocimiento y lo volvía a recuperar. Hacia el cuarto día me desperté notando que los dolores habían remitido bastante. Decidí alimentarme de la carne de mi caballo que yacía a pocos pasos de mí. Fue entonces cuando me pareció ver a cuatro moros en lo alto del precipicio, observándome. Pero desde ese fugaz momento, no he vuelto a verlos. Tal vez me dieron por muerto, aunque en ocasiones tengo la sensación de que me han seguido hasta Barbastro.

El Justicia escuchaba sin decir palabra, completamente conmocionado.

— ¿Así que no sabes lo que fue de Pedro Sánchez? —preguntó.

— No. Aunque es fácil suponer que su destino no habrá sido muy diferente del resto.

Juan Marqués se admiró del poco apego a la vida del que hacían gala aquellos hombres.

— Pero solo es una suposición, ¿verdad? —dijo Juan Marqués— Tú no lo has visto muerto, ¿no es así? —dijo con apremio.

— No. Solo pude ver por un instante que estaba rodeado de soldados nazaríes —dijo Juan.

— Pedro Sánchez es un hombre de recursos. Estoy convencido de que sabrá salir de ésta. Estoy complemente seguro.

Juan Marqués se levantó, extendiendo su brazo hacía Juan, quien también se levantó.

— ¿Necesitas algo? lo que sea. Cuenta conmigo. Te ruego que esta tarde pases por mi casa, donde te haré entrega de una bolsa con trescientos sueldos. Es lo mínimo que puedo hacer por ti. Si en algún momento recuerdas algo o tienes alguna noticia, te ruego que me lo comuniques en el acto.

Juan abrazó a su visitante. Le impresionó las heridas de su rostro. Eran profundas y algunas todavía supuraban. Cuando lo vio alejarse un poco renqueante, se acordó de Pedro Sánchez. Y un escalofrío recorrió su cuerpo de arriba a abajo.

Luego recordó que Juan había dicho algo de un monje, ¿qué monje? se preguntó.

Capítulo 44

BARBASTRO
Lunes, 22 de mayo de 1318
Yawn al—Ithnayn, 20 de Rabi'al—awwal 718
Yom Sheni, 21 de Sivan 5078

Ahmed, el *áscari* que comandaba el grupo de perseguidores de Juan de Pisa, estaba reunido con sus hombres a las afueras de Barbastro, bajo la sombra de un olivo. Reponían fuerzas comiendo trozos de queso con almendras y pan. El pan y el queso lo habían comprado en el mercado. Acostumbrados a comidas muy especiadas, les agradó sobremanera el fuerte sabor del queso de cabra, resultado de un largo proceso de curación, superior a un año, y que elaboraban los pastores de un lugar cercano a Barbastro, muy apreciados en toda la zona. El sabor contrastaba mucho con los de su tierra, más acostumbrados a tomar el queso tierno y donde apenas se consumía el queso curado.

Hacía más de una semana que habían perdido de vista al cristiano y esto les causaba gran preocupación además de perplejidad. No sabían con exactitud en qué momento había ocurrido. Fue una mañana, mientras aguardaban apostados a que saliese de su casa, cuando vieron que pasaba el tiempo sin que este hiciera acto de presencia. Normalmente, su primera visita era a una taberna de la plaza del mercado, y tras pasar largo tiempo en su

interior, encaminaba sus pasos hacia el domicilio de algún conocido. Pero nunca salía del pueblo ni abandonaba la protección de la ciudad, lo que les hubiera facilitado el terminar la misión que les quedaba pendiente. Pensaron que tal vez estuviera enfermo, dado que el día anterior volvió a duras penas a su casa, completamente borracho, pero al tercer día sin aparecer, la cosa ya les empezó a alarmar. Parecía como si se lo hubiese tragado la tierra. Habían establecido turnos de guardia en los establecimientos y lugares que frecuentaba, incluida la casa del Justicia y la casa del Concejo, y la espera había resultado inútil. Decidieron esperar tres días más y luego decidirían lo que iban a hacer. Era del todo necesario contactar con algún miembro de la aljama mora para tratar de obtener la información que necesitaban.

Lo que desconocían es que Juan se encontraba ya lejos de Barbastro, concretamente en Alquezar, alojado en una casa propiedad de Juan Marqués. Días antes, mientras tomaba vino en la taberna de la plaza, el dueño se le acercó con disimulo y medio arrastrando las palabras le dijo que debía visitar al Justicia en aquel mismo momento, y que lo estaba esperando en su oficina de la Casa del Concejo. Intrigado y sin imaginar ni sospechar la razón de la llamada del Justicia, se dirigió a la Casa del Concejo Municipal de Barbastro. Una vez en su interior, preguntó por el Justicia. Al momento le hicieron pasar a una pequeña estancia donde había varias sillas apiladas. Parecía el cuarto trastero. Al poco de estar allí, la puerta se abrió de nuevo, dando paso al voluminoso cuerpo del Justicia.

— Debes de abandonar Barbastro esta misma noche —le espetó sin más preámbulo.

— ¿Cómo? —acertó a replicar Juan.

— Hay cuatro hombres que te están siguiendo. Sin duda se trata de *askaries* granadinos.

— ¿Granadinos?

— Sin duda. Fui informado de la presencia de cuatro caballos andaluces en los establos de Vidal Comparat. Mandé a un jurado para que investigara discretamente su presencia en la ciudad. Finalmente los localizó albergados en las Tres Ocas. Así, de esta forma, pudimos comprobar que te estaban siguiendo. Las razones son fáciles de adivinar. Desde entonces los mantenemos vigilados sin que ellos, por el momento, se hayan dado cuenta. Así que hoy harás lo que sueles hacer todos los días, con la diferencia de que hoy deberás beber sin mesura, de forma que cuando vuelvas a casa lo hagas completamente borracho. Por supuesto, lo de beber es simulado, pues debes estar perfectamente sobrio y parecer completamente todo lo contrario. Debemos hacer creer a tus perseguidores que hasta el día siguiente, no volverás a salir. Uno de mis hombres te avisará cuando ya se hayan retirado y os dirigiréis a Alquezar a una casa de mi propiedad, quedándote allí hasta nueva orden.

Juan oía al Justicia en silencio, agradeciendo sus desvelos. Él, aunque sospechaba una cosa así, no se había dado cuenta de que era objeto de vigilancia por cuatro granadinos. El desliz le podía haber costado caro.

Todo se hizo como había previsto el Justicia. Con paso tambaleante, cruzó el puente camino de su casa. En uno de sus erráticos movimientos, casi cayó al río. Los *ascaries* que vieron el estado en el que se encontraba el cristiano, dedujeron que la vigilancia

podía darse por finalizada, volviendo a su albergue en las Tres Ocas. Confiados en su falsa seguridad, no se dieron cuenta de que alguien los estaba vigilando, permaneciendo en su puesto mientras observaba cómo los cuatro se introducían en la ciudad, camino del mesón donde estaban alojados. Luego, se dirigió a casa de Juan. Momentos después, los dos hombres emprendían el camino de Alquezar, amparados en la oscuridad de una noche sin luna llena.

Cinco días más tarde un moro de Barbastro les informó que según había podido averiguar, Juan había desaparecido del pueblo, sin que nadie supiera nada, incluida su propia madre quien desconocía el paradero de su hijo. Aquello los puso en alerta y llegaron a la conclusión de que posiblemente habían sido descubiertos por las autoridades y que por ello, sus vidas corrían peligro al igual que los otros tres granadinos que fueron encontrados muertos en el camino.

Tras maldecir su suerte y temiendo que empeorara considerablemente en cuanto llegaran a Granada y le comunicaran al Sultán el resultado de su vigilancia, decidieron ponerse de acuerdo para contarle que habían completado la misión y que el cristiano había sido ajusticiado en nombre de *Allah*. Solo así salvarían sus cuellos de la ira de su jefe. Sin más preámbulos ni demoras emprendieron el camino hacia Granada. Su partida fue observada por los que desde hacía algunos días los vigilaban día y noche. En esta ocasión, tenían orden de no intervenir y dejar que marcharan sin mayores problemas.

Capítulo 45

GRANADA
Lunes, 5 de junio de 1318
Yawn al—Ithnayn, 4 de Rabi'al—thani 718
Yom Sheni, 5 de Tammuz 5078

Abú al—Nuaym acudía diariamente a las clases de su maestro Mohamed al-Tani con quien mantenía una relación casi filial. El *sufí*, se empleaba a fondo en enseñar a su pupilo a razonar y pensar, más que a introducir en su cabeza conocimientos nuevos. Se pasaban largas horas teorizando sobre infinidad de temas, algunos banales, analizándolos desde un amplio espectro de posiciones. En ocasiones, al—Tani, defendía sorprendentemente criterios contradictorios que dejaban perplejo a Abú por no coincidir con otros defendidos por su maestro ante otros temas similares al tema en cuestión. Sin embargo, tan solo se trataba de una estratagema del maestro obligando al joven a razonar oponiendo argumentos a los que le planteaba el *sufí*. Por el contrario, en ocasiones, el juego consistía en que una vez posicionado Abú, su maestro le pedía que defendiera la postura contraria. Poco a poco, el muchacho que antes era conocido como Simón, llamado ahora Abú, comenzó a desarrollar una gran destreza en el arte de la oratoria, junto a un perfecto dominio del *tempo* y de una precisa puesta en escena de sus argumentaciones ya fuera defendiendo en un momento una determinada posición, y al momento

siguiente la contraria. En cierta ocasión, interpeló al *sufí*.

— Maestro —dijo Abú—. Siento una sensación extraña cuando practicamos estos ejercicios.

— ¿En qué sentido? —le preguntó al-Tani.

— Pues que los argumentos que aplicamos, tanto en favor de una posición como en la contraria, parecen en ambos casos absolutamente legítimos y claros, por lo que realmente, podemos llegar en un momento dado, a no saber dónde está la razón y qué argumentos son los lícitos y verdaderos y cuáles no.

— ¡Aja! Ahí es donde yo quería llegar —dijo el *sufí* ante la sorpresa reflejada en la cara del alumno—. Es justo ahí, en eso que acabas de decir, donde se agazapa el gran peligro, pues alguien sin escrúpulos y con la suficiente habilidad oratoria, entremezclando medias verdades junto a argumentos aparentemente razonables y razonados, puede llegar a enfervorizar multitudes incapaces de pensar por sí mismos, los que les incapacita para descubrir la falacia y la mentira en las palabras del agitador. De ahí la conveniencia de prepararte para que puedas discernir dónde se encuentra la falacia y la doblez en el discurso de estos personajes que son capaces de envolver en dulces palabras las ideas más abyectas y soeces soliviantando y doblegando voluntades de la forma más perversa y peligrosa.

— Pero las masas siempre seguirán a aquel que sepa halagar convenientemente sus oídos, dando por buenos sus razonamientos.

— Claro está, Abú. Pero también es necesario que alguien, con argumentos cuidadosamente y debidamente aplicados, les muestre los aspectos verdaderos de la cuestión.

— Pero maestro, esto me suena como si fuera un juego de mercaderes que quien mejor supiera

presentar la mercancía se llevará el gato al agua. En cualquier caso, esto es muy triste, ¿no os parece?

— Absolutamente. Pero las masas desconocen los entresijos de las cuestiones, y además, no quieren conocerlos. Ellos viven en el día a día, olvidando el pasado y sin pensar en el futuro. Prefieren que otros hagan ese trabajo por ellos. Lo que ha acarreado, acarrea y acarreará grandes males a la humanidad.

Estas y otras similares, eran las materias que el *sufí* quería transmitir a su pupilo. Estaba convencido que con el tiempo, Abú alcanzaría un puesto de relevancia dentro del sultanato, tal vez visir o ministro, y quería que para cuando ese acontecimiento se produjera, su alumno estuviera perfectamente preparado.

Por su parte, Zoraida, comenzaba a sentir unos ligeros dolores en su pecho, que poco a poco iban creciendo en intensidad. Pero la tristeza de su enfermedad, desconocida para los demás, era compensada por la inmensa dicha de ver cómo su hijo Abú, crecía en la estima de cuantos le rodeaban, especialmente del Sultán, quien seguía con interés sus estudios y progresos bajo la dirección de uno de los hombres más sabios del reino nazarí. Abú dispensaba a su madre una amorosa y delicada dedicación en un intento de compensarla de su forzada separación. Madre e hijo pasaban juntos todo el tiempo que les era posible. Sin embargo, Abú se acordaba frecuentemente de sus amigos de Barbastro, y en su cabeza comenzó a formar la idea de que algún día organizaría un viaje hacia tierras de la Corona de Aragón para ver y charlar con sus amigos.

Pedro Sánchez, seguía recluido en su nueva celda del torreón de la alcazaba. Sus condiciones de vida habían mejorado notablemente, porque el Sultán en su decidido intento de resarcirse con su venta de la pérdida de los caballos, ordenó que fuera trasladado a otra celda situada en una planta superior, en la que entrara el sol y que se le facilitaran ropas nuevas cada vez que fuera necesario. Entre las mejoras, la alimentación, donde se le administraba más cantidad y variedad, con el fin de que su aspecto mejorara y posibilitara su venta. Poco a poco fue recuperando sus fuerzas y sus recuerdos. Al principio de su reclusión, pasaba el día en un estado soñoliento, con terribles dolores de cabeza y en todas las articulaciones de su cuerpo. Conforme fueron pasando los días, justo ahora hacía dos meses, los dolores fueron pasando y su ánimo se fue recuperando. En aquellos momentos, apenas recordaba los sucesos que había vivido y que le había llevado a su estado actual. Desde que fue apresado por los hombres del Sultán, sus pensamientos solo se limitaban a los momentos presentes. Ahora, con el paulatino restablecimiento, comenzaba a recordar los hechos y los sucesos desde que salieran de Barbastro. Recordaba uno por uno a sus hombres y a sus conocidos de Barbastro. Luego, casi sin querer, recordó a Simón, preguntándose qué sería de su vida. Una sonrisa afloró a su rostro. Esperaba que al monje le hubiera ido mejor que a ellos.

El Sultán fue informado de la llegada de los cuatro *askaries* enviados tras los ladrones de caballos en su huida hacia Barbastro. Exigió que fueran llevados inmediatamente a su presencia, posponiendo todos los asuntos que estaba tratando en aquel momento.

Deseaba ardientemente oír el informe de aquellos cuatro hombres.

Los cuatro se postraron ante los pies del Sultán, esperando las órdenes de este para incorporarse.

— ¿Y bien? —dijo.

— Máximo servidor de los Creyentes. Tus siervos te informan de que el cristiano ya está vagando por el más allá, pagando sus crímenes inconfesos —dijo uno de ellos, el situado a la izquierda del Sultán.

— ¿Y cómo ocurrió?

— El cristiano se puso en contacto con alguien que allí llaman el Justicia, por lo que seguramente será el jefe de todos estos perros. Un día, aprovechando una salida suya al campo, le dimos muerte cortándole el cuello y dejándolo en el camino.

— ¿Y nuestros *askaries*? ¿Qué fue de ellos? — preguntó el Sultán.

— Fueron asesinados por los cristianos y arrojados a un lado del camino. Afortunadamente, nuestros hermanos que viven en la ciudad cristiana solicitaron poder enterrarlos siguiendo los mandatos del Profeta y recibieron tierra siguiendo las sagradas normas.

Se produjo un silencio, mientras los cuatro *askaries* contenían la respiración. Por fin, el Sultán, hizo un gesto para que se retiraran, cosa que hicieron sin demora. Algo le decía al Sultán que aquellos hombres no le decían toda la verdad, pero era imposible conocer lo que realmente ocurrió.

Capítulo 46

BALAGUER
Viernes, 16 de junio de 1318
Yawn al—Jumu'ah, 15 de Rabi'al—thani 718
Yom Shishi, 16 de Tammuz 5078

Teresa de Entenza, comenzó a sentir contracciones a media mañana, mientras comentaba con Geraldona de Ribelles la organización de una fiesta en la que estaría prevista una recepción de nobles, señores, caballeros y ricos hombres del condado. Desde que la noticia de la negativa del infante Jaime a heredar el trono se iba extendiendo por el reino, y por tanto, las posibilidades de que el esposo de Teresa de Entenza, el infante Alfonso, fuera declarado infante heredero a la Corona crecían, los acercamientos a los infantes de los poderosos, tanto del principado catalán como de los aragoneses, había experimentado un aumento considerable. Cada cual trataba de acercarse al futuro rey con el fin de afianzar sus posiciones. Con motivo del cumpleaños de Teresa, se iba a celebrar una fiesta a la que estaba previsto acudieran las grandes autoridades de la comarca y del reino.

Las habitaciones de los infantes se encontraban en los bajos del castillo, donde las condiciones de habitabilidad eran mejores debido a que los gruesos muros de piedra protegían eficazmente tanto del calor del verano como del frío del invierno.

Geraldona llamó a las criadas y camareras entre las que se encontraba Zaahira, poniéndolas en alerta para que fueran realizando los preparativos para el inminente parto. Como era habitual, se requirió la presencia de un notario para que levantara acta del testamento de Teresa de Entenza. La Condesa se limitó a refrendar el que ya había constituido en veces anteriores. En aquellos momentos, el infante no se encontraba en el castillo condal porque andaba recorriendo el condado y visitando las poblaciones más importantes del mismo. La próxima campaña para la conquista de Cerdeña requería contar con no pocos medios económicos y la presencia de hombres armados. Y ambas cosas trataba de obtener con sus visitas a sus dominios. Lo mismo que su esposa cuando organizaba las recepciones de los nobles y caballeros en el castillo.

Por la noche, todo estaba preparado para recibir al segundo hijo de los infantes. Sin embargo los dolores y las contracciones cesaron como por arte de magia. De madrugada, se despertó sobresaltada. A gritos llamó a Geraldona, pues había roto aguas y se encontraba empapada. En pocos instantes, todo estaba preparado para asistir a la infanta. Todo fue muy rápido y la niña nació perfectamente. Una vez lavada y aseada fue envuelta en suaves paños y entregada a su madre.

Al día siguiente partieron de Balaguer dos correos para notificar al padre y al abuelo la fausta noticia. La niña fue bautizada con el nombre de Constanza.

Zaahira continuaba recibiendo clases de Teresa y de Geraldona para aprender a leer y escribir. Sus progresos eran constantes y ya comenzaba a escribir

con cierta soltura, aunque tenía algunos problemas con algunas palabras. Los rasgos de su escritura eran claros y armoniosos. Los repetía una y otra vez hasta que quedaba totalmente satisfecha. Lo mismo ocurría con la lectura, cuya dicción era perfecta. En muy poco tiempo más, estaría en condiciones de escribir sin ayuda sus propias cartas. Desde que estaba al servicio de la Señora, había adquirido grandes conocimientos y habilidades propias de grandes damas, entre ellos, montar a caballo, actividad en la que se mostraba como una diestra amazona. El dominio de la monta era fundamental, pues estando al servicio de los Infantes, viajar era una constante en sus vidas recorriendo los reinos y condados de la Corona. Debido al estado de la Señora, los viajes se habían reducido mucho, pero Geraldona le había dicho que cuando se hubiera recuperado del parto, volverían a ser constantes. A Zaahira, le gustaba viajar, y por ello, estaba deseando que la señora se recuperara y comenzara de nuevo sus desplazamientos y visitas por los caminos y veredas del Reino. Guardaba en su memoria numerosos recuerdos de sitios y personas, adquiridos ávidamente en sus viajes.

Capítulo 47

AVIÑON
Miércoles, 21 de junio de 1318
Yawn al—Jumu'ah, 20 de Rabi' al—thani 718
Yom Revi'i, 21 de Tammuz 5078

Ramón Cardosa y Guillem de Cregenzan estaban esperando en la antesala del Cardenal Luis de Lyon a ser recibidos por el Jefe de la Secretaría Pontificia. Llevaban bastante rato esperando sin que nadie pareciera reparar en su presencia. De vez en cuando, personal de la secretaría entraba en la oficina para pasados unos instantes volver a salir. Por un momento, pensaron que tal vez se habían equivocado al llamarlos con urgencia para que se presentaran en la sede papal. Por fin, un dominico asomó por la puerta y dirigiéndose a ellos, les comunicó que iban a ser recibidos. Entraron en la oficina y lo primero que notaron fue que el aire estaba muy cargado y había un fuerte olor a sudor. Sin duda la actividad en aquella estancia debía ser grande y nadie se preocupaba de ventilarla de vez en cuando a pesar de los grandes ventanales que poseía. Al fondo, sentado sobre un enorme sillón, se encontraba el Cardenal que los esperaba mirándoles directamente con sonrisa afable un poco forzada y que con un gesto les indicó los sillones que tenía frente a él para que los ocuparan.

Tras intercambiar saludos, el Cardenal cogió un documento que tenía ante sí.

— Por fin Su Santidad ha podido estudiar la petición de Barbastro. Como ya os indiqué en la anterior vez que nos vimos, su majestad Jaime II se había dirigido a nuestro santo padre solicitando la creación de una nueva provincia eclesiástica con sede en Zaragoza, y la creación de nuevos obispados en Jaca, Teruel, Játiva, Besalú y Cervera, proponiéndonos además los nombres de los titulares para estas nuevas sedes. Como podéis ver, no figura Barbastro en su petición. No obstante, y queriendo complacer a esta ciudad muy querida para la cristiandad, y siguiendo vuestra sugerencia, Su Santidad ha aceptado enviar en cuanto sea posible, un rescripto al Prior y Cabildo de Roda de Isábena, para que nos informen y nos hagan llegar cuanto antes y cuanto puedan aportar a la causa de Barbastro. Una vez recibido el rescripto y la documentación, volveremos a retomar en consideración la promoción de vuestra ciudad para sede de un obispado. También comunicaremos a su majestad Jaime II, la iniciativa emprendida por Barbastro, para que nos comunique su decisión. Todo esto lo pongo en vuestro conocimiento, porque llegado a este punto, la resolución puede demorarse varios meses, incluso años, por lo que tal vez debáis de considerar el hecho de regresar a vuestro hogar.

Ramón y Guillem escuchaban atentamente y en su interior se produjeron encontradas emociones. Por un lado una cierta desilusión al constatar la demora en la consecución del objetivo de ver a Barbastro como sede de Obispado, y por otro lado, el alivio y alegría del regreso a casa. El Cardenal notó el abatimiento en la expresión de sus caras.

— No desesperéis. Si os consuela, os diré que en mi opinión, finalmente Barbastro será sede Obispal. Tal vez haya que esperar un tiempo, pero debéis comprender que este tipo de cosas llevan un ritmo propio y que ni es posible ni conveniente alterar. Pero llevaos mi impresión de que, tarde o temprano, Barbastro tendrá su merecido sillón de Obispo.

Aquellas palabras del Cardenal, pareció animar a los barbastrenses poniéndoles una sonrisa en sus caras. Luego se levantaron y besando el anillo que les ofrecía el Jefe de la Secretaría Pontificia, abandonaron el despacho, cerrando tras de ellos la puerta. Afuera, un chorro de aire fresco y limpio inundó sus pulmones. Verdaderamente, el aire de la oficina del Cardenal estaba muy cargado.

Dos días después, Ramón Cardosa y Guillem de Cregenzan, emprendían el viaje de regreso a Barbastro.

Capítulo 48

BARBASTRO
Martes, 11 de julio de 1318
Yawn al—Jumu'ah, 11 de Jumada al—awwal 718
Yom Shishi, 12 de Av 5078

Ramón Cardosa y Guillem de Cregenzan, hacía ya cuatro días que habían regresado a Barbastro procedentes de Lyon. Lo primero que hicieron fue presentarse al Justicia, Juan Marqués, quien de inmediato convocó a una reunión al Concejo y al vicario de Santa María la Mayor, Sebastián de Torres para escuchar el informe de la Comisión para la Sede Obispal de Barbastro. Una vez reunidos, Ramón Cardosa realizó una exposición detallada de cuanto habían oído y visto en la sede pontificia. Cundió un cierto desánimo entre los presentes, pero sus esperanzas renacieron cuando oyeron que el Papa había enviado un rescripto a Roda para que se confirmaran los datos aportados por Barbastro, y no menos, por las palabras del Cardenal Luis de Lyon, referentes a su esperanza de que finalmente sería Sede de Obispo. Se decidió estar atentos a cuando el rescripto llegara a Roda, y seguir en la búsqueda del mayor número de documentos que apoyaran sus derechos. Y si fuera necesario, volver a mandar una nueva comisión a Lyon.

Karin y Rodrigo se seguían viendo a escondidas, aprovechando cualquier ocasión que se les

presentaba, bien cuando se juntaban todos los amigos con sus hermanos con motivo de la celebración de alguna fiesta o bien cuando algún acontecimiento festivo tenía lugar en la ciudad, momento en que se las apañaban para perderse entre la multitud. En ocasiones, y contando con la complicidad de sus amigos, podían gozar de algunos momentos de intimidad en los que intercambiaban sus proyectos de futuro, aunque con la sombra que proyectaban negros nubarrones y que ambos presentían desde el fondo de sus corazones. Sabían que tarde o temprano tendrían que afrontar el momento de declarar públicamente su relación a sus respectivas familias. Únicamente las madres de Karin y la de Mahoma, parecían haber adivinado lo que sentían los jóvenes uno por el otro. En alguna ocasión en que habían coincidido junto a sus hijos y habían visto la armonía existente entre los dos muchachos, sus miradas se habían encontrado durante un fugaz instante, y las dos eran conscientes de lo que estaba ocurriendo y, sin embargo, ninguna de las dos quiso comentarle a la otra sus sospechas. Ambas sabían que aquello estaba condenado al fracaso. Y ambas, sufrían por la injusticia que aquello iba a suponer y el dolor que les iba a producir a los dos.

Haym estaba muy orgulloso de sus tres aprendices. Mahoma se había destapado como un gran orfebre con gran habilidad para la creación de todo tipo de objetos, además de tener una gran capacidad para plasmar sobre el papiro o la pizarra sus ideas sobre todo tipo de cosas, ya fueran copas, zarcillos, aretes, anillos o simplemente una mesa o una silla. Tenía el don de saber dibujar extraordinariamente bien. Y luego, materializar en

una esplendorosa realidad el boceto. Rodrigo, era el más movido más activo de los tres. Sin embargo, aunque no se le daba mal el manejo de los utensilios del taller, se veía claramente que lo suyo no era aquello y que sus suspiros y anhelos andaban en el entorno de la milicia, preguntándose en muchas ocasiones, e incluso se lo preguntó a él directamente, si en su casa sabían de aquellas aficiones por las armas y la vida de mesnadero. En su casa no sabían nada de aquellas inclinaciones y sospechaba que no les gustaría. En cuanto a Abraham, era el más reposado de los tres. Un poco introvertido, apenas si era origen de algún proyecto emprendido por los tres amigos. Se limitaba a seguir sin rechistar al líder, que indiscutiblemente era Rodrigo. La amistad, camaradería y complicidad que había entre los tres, estaba a prueba de cualquier circunstancia o problema. El negocio iba muy bien y se sentía feliz, acompañado de aquellos tres muchachos. Solo había una nube en su panorama futuro: quién continuaría con el taller. No tenía hijos ni familia cercana. Así es que había pensado en aquellos tres muchachos para que siguieran con la actividad. Algún día los reuniría y les hablaría de sus ideas al respecto. Esperaba que en ese momento, los tres le respondieran con firmeza su deseo de continuar su labor.

Juan Marqués se encontraba en su oficina del Concejo. Había perdido toda esperanza de ver vivo a Pedro Sánchez después de lo que le había contado Juan de Pisa. Se arrepintió una y mil veces por no haber hecho prisioneros a aquellos moros y haberles interrogado a conciencia sobre el destino final de su amigo. Habían pasado más de tres meses desde que tuvieran el enfrentamiento con las fuerzas del Sultán. Si no fue muerto en aquella acción y fue hecho

prisionero, el sufrimiento por el que habría pasado, si es que estaba muerto, o el que estaría pasando si estuviera vivo, le producía una desazón interior que lo martirizaba constantemente. Los árabes solían vender como esclavos a los prisioneros que hacían en sus escaramuzas. Tal vez Pedro estuviera en esta situación. ¿Pero cómo saberlo? Nuevamente se maldijo a sí mismo por no haber interrogado a aquellos cuatro hombres.

De pronto, recordó que Juan le había referido algo sobre un monje. Y también recordó que Pedro le había comentado algo parecido. Debía de tratarse del mismo. ¿Y cuál habría sido su destino? Al parecer sí había llegado a Granada y debió de quedarse allí. Hablaría con Juan para que le aclarara este asunto.

Recibió el aviso de que el Concejo estaba ya reunido y que lo estaban esperando. Tenían que tratar el asunto de las concesiones de las licencias que quería impugnar la Condesa de Urgel. El Concejo se hallaba dividido, pues los había que no querían transigir con la Condesa y rechazar de plano sus pretensiones, y otros, entre los que se encontraba él, que abogaban más por ceder, habida cuenta de que la Condesa de Urgel estaba llamada a ser la Reina de la Corona de Aragón como esposa del futuro Alfonso IV. Eso bien valía una cesión y, bien planteado, podía servir para obtener otras ventajas si la Señora quedaba satisfecha con el trato recibido por el Concejo de Barbastro.

Mahoma, Axa y Fátima seguían recibiendo clases de lectura y escritura de Abraham y Rodrigo, una o dos veces por semana. Las clases iban dando sus frutos pues los alumnos iban progresando en sus afanes de aprendizaje. De vez en cuando, al grupo se

unía Karin y sus hermanos Masha y Zacher, quienes se entretenían con Alí y Brahim, molestando en ocasiones al grupo de estudiantes. Como siempre al final de las clases, Axa les preparaba una merienda acogida con gran entusiasmo. Y como siempre, Axa, no dejaba de observar con disimulo a Rodrigo y a Karin, interceptando en multitud de ocasiones miradas furtivas que ambos se dirigían creyendo que nadie se daba cuenta. Apreciaba de veras a los dos y lamentaba que su amor tuviera tan poco recorrido por mor de las familias y credos a las que pertenecían ambos.

Por la tarde, en plena sesión de aprendizaje, un correo trajo noticias de Zaahira en forma de carta. Esperaron ansiosamente para abrirla a que llegara de la huerta Mahoma, donde se encontraba trabajando. Cuando llegó, Axa tomó la carta y, con decisión, rompió los lacres que sellaban el pliego. La misiva presentaba una caligrafía un poco vacilante e insegura y renglones un tanto torcidos, lo que les hizo pensar a todos que esa carta la había escrito de su puño y letra la propia Zaahira. Comenzó a leerla.

"*Que Allah esté con vosotros, os lo deseo de corazón, palabra y pensamiento. Mi existencia es buena y gozosa. Como podéis ver, esta carta la he escrito yo misma. La señora Teresa y su dama Geraldona, me están haciendo la merced de enseñarme a leer y escribir, tareas en las que estoy muy aplicada. Estoy muy bien y viajamos mucho por las tierras de la Corona. Cada día veo y aprendo cosas nuevas. Espero que todos estéis bien y que seáis felices. Yo lo soy mucho. Perdonad que no escriba más, pero es que me cuesta bastante. La*

próxima vez espero que sea mejor. Que Allah permita nuestro reencuentro. Zaahira"

Axa lloraba de emoción. No sabía si era por tener noticias de su hija, o por el hecho de que ella había sido capaz de leer la carta. La leyó a trompicones, ayudada por Rodrigo y Abraham, pero por tenacidad, fue capaz de terminarla. Luego, animada por las peticiones de los demás, volvió a leerla varias veces, cada vez mejor.

Mahoma se sintió feliz. Su hija tenía una existencia que nunca hubiera imaginado. Entrar al servicio de la Señora había sido la mejor bendición que les podía haber enviado *Allah*.

Capítulo 49

GRANADA
Lunes, 7 de agosto de 1318
Yawn al—Ithnayn, 4 de Jumada al—thani 718
Yom Sheni, 9 de Elul 5078

Abú, cuya existencia era completamente feliz junto a su madre y a las enseñanzas de su maestro, con el que se sentía plenamente identificado, comenzó a observar preocupado, cómo su madre, en algunos momentos, sin poderlo reprimir, mostraba en su rostro algunos gestos de dolor. Cuando Abú le preguntaba por la razón de tales gestos, la respuesta siempre era la misma: los años que comenzaban a pasar factura. Al principio pensó que tal vez esa fuera la razón, pero dada la frecuencia con que se prodigaban, en aumento, comenzó a preocuparse. Primero indagó discretamente entre el servicio por ver si podía descubrir algo, pero fue inútil. Ninguno había visto ni observado nada. Decidió consultar con el médico que les solía atender que era el mismo que atendía al Sultán, y éste le confirmó lo que le decía su madre: que con los años el organismo comienza a fallar y a producir dolores y enfermedades. Pero fuera de eso, no debía preocuparse de más. Finalmente, desistió de seguir investigando, pero una sombra de preocupación se instaló en su alma.

El Sultán, era informado constantemente por Mohamed al—Tani sobre los progresos de Abú, quien

hablaba maravillas del joven, valorando su capacidad y conocimientos que, junto a su sentido común, y su formación en las otras dos religiones del libro, hacían de él una persona de gran valía para el sultanato. Con semejantes informes, el Sultán decidió tenerlo a su lado para evaluar por sí mismo las maravillas que todos decían, adornaba al muchacho. Por tanto, Abú, debería asistir a las sesiones que el Sultán tenía con sus ministros y a las que impartía justicia entre la gente del pueblo.

Estas últimas sesiones eran a las que más a gusto asistía. No solo por la curiosidad de los casos que a veces se presentaban ante el Sultán, sino por las sentencias que éste emitía, algunas, sorprendentes.

Un día, un comerciante se presentó ante el Sultán, acompañado de un joven esclavo, propiedad suya. Al parecer el esclavo, cristiano, le pedía insistentemente al comerciante que le concediera la libertad. El comerciante accedía a ello, pero a cambio de una cantidad, tal y como se establecía en el Corán. El esclavo, de nombre Alfonso, aducía que él no podía pagar esa cantidad ya que no recibía salario alguno por su trabajo y de esa forma, jamás podría pagar dinero por su libertad. El comerciante exigía el pago de dicha cantidad y ante las amenazas del esclavo de escaparse, había decidido presentarse ante el Sultán para que le permitiera encadenarlo y evitar con ello su fuga y su correspondiente pérdida económica, a la vez que acusaba al esclavo de desagradecido por no valorar su acción de enseñarle a leer y escribir correctamente. Abú recordó sus tiempos de esclavo con el judío Juçef. Todo el mundo esperaba la decisión del Sultán.

— El Corán ni aprueba ni condena la esclavitud. Sin embargo tiene una concepción muy elevada de la condición humana. Ambos, comerciante y esclavo, son considerados por igual por *Allah*, en cuanto a su condición humana —el Sultán hizo una breve pausa, posando su mirada en Abú. Luego volviéndose hacia él, prosiguió.

— Abú, hijo mío —algunos murmullos de admiración se extendieron entre los presentes—. Tú has vivido una situación parecida. Quiero que seas quien emita la sentencia sobre este caso. Te escuchamos —el Sultán se volvió hacia el comerciante y el esclavo, dispuesto a escuchar la sentencia de Abú.

Éste se quedó por un momento paralizado y desconcertado por la inesperada decisión del Sultán. Su miedo y asombro asomaron a su rostro y en medio de un desesperado grito silencioso de ayuda divina, tropezó con la mirada de su *sufí*, Mohamed al—Tani, quien cerrando los ojos esbozó una sonrisa y moviendo la cabeza de arriba a abajo, le animó a continuar. Aquel gesto de su maestro, le permitió controlar sus reacciones. Lentamente se levantó, ante la expectación general de todos.

— Como bien dice nuestro Sultán, el Corán ni aprueba ni desaprueba la esclavitud. Sin embargo, entiende que existe una relación entre amo y esclavo que puede deshacerse mediante el establecimiento de un contrato entre ambos, por el que el amo conceda la libertad al esclavo. No explicita qué cantidad es suficiente, pero sí que recomienda que el acuerdo sea aceptado, pues el acto de liberación de un esclavo, está considerada en el Sagrado Corán y en la religión islámica como una de las formas de adoración a Dios y acción virtuosa más excelsas y valiosas.

Todo el mundo escuchaba atentamente, especialmente el Sultán. Luego Abú se dirigió al comerciante.

— ¿Sois un firme creyente y seguidor de *Allah*?

— *Allah* no tiene otro seguidor más firme y creyente que yo, *sidi* —dijo con gran aspaviento el comerciante, a la vez que hacía una profunda reverencia.

— Bien, en ese caso voy a emitir mi decisión. Deberás liberar al esclavo sin recibir nada a cambio, considerando tal acción como tu aportación al *zakat*[82]. Y el liberado, Alfonso, al igual que hizo con él su liberador, deberá de enseñar a leer y escribir a diez musulmanes conviviendo con cada una de sus familias durante el tiempo que dure el aprendizaje. Tal vez de esta forma *Allah* se complazca en reconducir al cristiano a la religión del profeta. Esa es mi decisión —Abú se sentó de nuevo, a la vez que miraba a su maestro. La sonrisa de éste le confirmó su satisfacción por el veredicto.

El Sultán se levantó con la admiración reflejada en su cara. Con un gesto de su mano, ordenó que pasasen los siguientes solicitantes de justicia. Luego miró con una sonrisa a Abú, rojo de vergüenza, abrumado por tanta atención. Hubiera deseado que su madre hubiera estado presente. Con seguridad se sentiría muy orgullosa de él.

Por la tarde llegaron al palacio del Sultán noticias preocupantes procedentes de la frontera y más concretamente de Castilla. Se habían celebrado Cortes castellanas en Medina del Campo y tras su finalización, los infantes Pedro y Juan de Castilla

[82] Impuesto religioso obligatorio para los musulmanes.

habían manifestado su deseo de *correr y talar* la Vega de Granada, por lo que convocaban a las armas a todos los *hombres buenos de la tierra*, estableciendo que las fuerzas se reunieran en Córdoba dentro de un año, es decir para junio del 1319. Eso significaba tiempos de guerra, sacrificio y muerte. El Sultán se lamentaba de que Castilla fuera a incumplir el acuerdo de no agresión que tenía con el Infante Pedro y por el que pagaba *parias* a Castilla. Bien a su pesar, ordenó a su general Utman ben Abi I-Ula, que comenzase a preparar al ejército para enfrentarse a Castilla. Faltaba todavía un año, pero los cristianos podían adelantar sus planes y atacarles antes. Urgía, por tanto, estar preparados cuanto antes.

Pedro Sánchez, junto con otros cuatro prisioneros estaba siendo objeto de pública subasta, subidos a una plataforma y rodeados de vociferantes compradores con la mano en alto. El encargado de su venta gesticulaba ensalzando las virtudes del material puesto a la venta. Un par de enormes negros armados con unos enormes alfanjes, se encargaban de que los presos no se escapasen ni que el personal se acercase al género. En esta ocasión, como en las anteriores, cuando se anunció el precio de venta de Pedro, no hubo ni una sola oferta. Y es que diez mil dinares de oro, era mucho dinero. Pero el Sultán había tasado al cristiano en esa cantidad para resarcirse de las pérdidas que le había ocasionado. Como en las múltiples ocasiones anteriores, al final de la jornada, volvió otra vez solo a la prisión. Los acompañantes que habían iniciado con él el día, habían sido vendidos. Llevaba la cuenta de su cautiverio: aquel día hacía exactamente cuatro meses de su inicio.

Capítulo 50

BARBASTRO
Martes, 21 de noviembre de 1318
Yawn ath—Thalaathaa', 26 de Ramadán 718
Yom Shishi, 27 de Kislev 5079

Barbastro amaneció aquel día con lluvia, niebla y frío. Era uno de esos días en los que apetece quedarse en la cama y olvidarse de las obligaciones diarias. Pero no solo en lo climatológico el día era pésimo. A lo largo del mismo, una sorprendente noticia fue corriendo de boca en boca por todo el pueblo: la desaparición de dos personas.

Al parecer, el molinero no podía encontrar a su mujer después de buscarla por el pueblo, la huerta, el mercado y preguntar por ella a los vecinos y a infinidad de personas. Nadie le había podido dar razón alguna sobre su paradero o si había sido vista. El molinero, que se encontraba desesperado, porque la desaparición de María, le suponía un sinfín de problemas de todo tipo, se personó en la Casa del Concejo para reclamar ayuda de las autoridades para buscarla. Acción que se encargó a los Jurados de la ciudad.

El otro desaparecido era uno de los clérigos racioneros de Santa María, Ramón de Pertusa, quien la noche anterior había pedido permiso para ir a ver a sus padres y no había regresado. Cuando pasaron

las horas y seguía sin aparecer, Sebastián de Torres, vicario de Santa María, comenzó a preocuparse de veras.

Los rumores comenzaron a extenderse por la ciudad y comenzaron a surgir los primeros comentarios con doble sentido, por supuesto inmisericordes y jocosos, y no tardaron en aflorar testigos que aportaban una explicación a la tal desaparición de ambas personas, según actitudes, que decían haber observado en tiempos pasados entre los dos desaparecidos. En resumen, que los dos se habían fugado juntos. Una dejaba casa y marido y el otro a la iglesia. Nadie sabía nada de su paradero ni habían sido vistos desde el día anterior en el que se produjeron los últimos avistamientos de ambos, cada uno en sus escenarios respectivos, es decir, la mujer en su casa y el hombre en la iglesia. La noticia tuvo la virtud de hacer aflorar a los vecinos de Barbastro una sonrisa picarona y como la mente es libre, cada uno pensó lo que quiso. El pobre molinero fue el más damnificado, pues además de haber perdido a la cocinera y a la que llevaba la casa además de ayudarle en el molino, no podía sufrir las miradas de refilón que le lanzaban los vecinos y que a él se le imaginaban acompañadas de una sonrisa burlona.

No era muy normal que un clérigo se fugara con una mujer, y mucho menos, que esta fuera casada, pero todo podía ocurrir. Seguramente las creencias y la fe del clérigo racionero, estarían más relacionadas con la subsistencia diaria que con un acto de fervor religioso. Muchos de los clérigos y monjes que vivían en iglesias y monasterios habían sido entregados o ingresados por sus padres, bien por no poder

mantenerlos o por pertenecer a familias de cierta alcurnia y no ser el primogénito. Es decir, que ingresos por auténtica vocación y llamada directa de Dios, los había, pero eran los menos. El resto pertenecían a causas más de supervivencia, pues era bien sabido que, aunque no mucho, en los conventos, iglesias y monasterios se comía caliente, por lo menos una vez al día. Y eso ya era mucho. Los rezos, las misas y los trabajos en los huertos o en las biblioteca (aquellos que tenían capacidades para ejercer de copistas, e incluso de escribanos reales), no suponían incomodidades tales, como para hacerles renunciar al sustento y una cama o litera por la noche.

En Barbastro, el hecho causó gracia, pero nadie se escandalizó, salvo lógicamente el marido burlado. Éste dijo que, si algún día daba con ella, la echaría a los excrementos de los cerdos, rebozándola con ellos y seguidamente le propinaría cien azotes. La gente le escuchaba sin decir nada, pero con una *somarda* sonrisa interior que no afloraba a sus rostros por no ofender y cargar más al atribulado marido. En el fondo, sentían lástima por él. Pero en la intimidad de sus hogares, quien más quien menos lanzó una contundente amenaza sobre lo que haría él, de haberle sucedido aquello, con el fin de que sirviera de aviso a navegantes y quien se sintiera aludida tomara buena nota. Pasados unos días, el suceso cayó en el olvido.

Faltaban cinco días para que en la Aljama mora se celebrase el día del *Aid el Fitr*, es decir el fin del Ramadán. En todas las casas se habían elaborado una gran variedad de dulces y pasteles y ese día se elaborarían los platos típicos, a base de carne, pollo y

arroz, aprovechando la pequeña fiesta, como la llamaban, para reunirse familia, amigos y vecinos. Axa y sus hijas se afanaron en hornear buena cantidad de pasteles: triángulos crujientes de miel, *Ghribia* de nueces y de almendras y galletas coronadas de almendra y mermelada.

Aid el Fitr, era la fiesta de la ruptura del ayuno, y en este día los musulmanes se ponían sus mejores galas. Los que podían permitírselo compraban ropa nueva y los que no, bastaba con vestir la ropa limpia, siguiendo las palabras que dijo el profeta Muhammad: "*Que un hermano o compañero le preste la ropa a quien no tenga*". Acostumbraban a perfumarse y se salía en la madrugada para acudir al rezo en grupo, pues esa jornada no se podía rezar en casa. Era un día en el que hay que dar la limosna.

Una vez en la mezquita, el *imam* daba comienzo a la oración, en la que *Allah* dice: "*Oh, mis ángeles, qué recompensa tendrá el servidor cuando cumple con su trabajo. Contestarán los ángeles: Allah, Señor nuestro, que les paga su sueldo. Allah dice: Os hago testigos que las recompensas de su ayuno y sus oraciones nocturnas será mi perdón y mi complacencia, por mi magnificencia y majestuosidad. Si me piden y me invocan todos juntos, por algún deseo en la vida eterna, lo responderé y se los daré, y si me piden algo para su vida mundanal, también lo complaceré*". Terminado el rezo, se felicitaban todos, vecinos, conocidos, no conocidos, y una vez en sus casas se reunían en familia para celebrarlo.

Para la ocasión, Rodrigo había sido invitado como tenían costumbre de hacerlo cuando se cumplían

celebraciones religiosas importantes. Abraham declinó hacerlo, por caer la fecha en sábado, día tradicional para los judíos.

Capítulo 51

BARBASTRO
Jueves, 22 de febrero de 1319
Yawn al—Khamis, 1 de Muharram 719
Yom Chamishi, 2 de Veadar 5079

Rodrigo y Karin seguían cada día más enamorados uno del otro. Cuando los tres amigos se juntaban, acompañados de sus respectivos hermanos, enseguida se las apañaban para estar los dos juntos, evidenciando lo evidente: que entre ellos existía algo más que la amistad. El resto de componentes del grupo, eran conscientes de este hecho, encubriendo a los dos jóvenes, aunque a ninguno se le escapaba la dificultad de aquella relación por motivos que todos conocían. Ellos sin embargo, aparentemente, no parecían ser conscientes de los problemas y los demás tampoco comentaban nada. Todo parecía dentro de la normalidad más absoluta y aquel grupo de jóvenes, pertenecientes a las tres comunidades que convivían en Barbastro, parecían congeniar totalmente. Las muchachas se juntaban para comentar las últimas noticias sobre las cosas que a ellas les interesaban y que estaban relacionadas con las labores de la casa y con asuntos propios de sus actividades domésticas. Entre muchachos, por el contrario, sus comentarios versaban sobre caza y de las noticias que llegaban referidas a los abundantes enfrentamientos entre los ricos—hombres del reino, en disputa constante por discutidos límites o propiedades.

El infante Alfonso y su esposa Teresa de Entenza se encontraban en Barbastro en su palacete, procedentes de Huesca. Venían acompañados de los consejeros del Infante, Berenguer de Pons, Berenguer de Boxadors y Ramón de Boíl, además del juez Ferrer Columbi. Desde primeros de año estaban recorriendo los más importantes municipios de Huesca. Desde Barcelona, llegaban noticias preocupantes del heredero a la Corona, el infante Jaime, cada vez más obstinado en renunciar a la Corona, lo que producía un profundo malestar a su padre, Jaime II.

La comunidad mora celebraba el *Sana Hegria*, el año nuevo musulmán. Por ello, guardaban fiesta y aunque no era un día especialmente religioso, ese día recordaban y celebraban al profeta Mahoma. Por la tarde, acudían a la mezquita a orar. Y en casa, los niños solían cantar canciones en recuerdo del recibimiento al profeta Mahoma en la ciudad de Medina, huyendo de la Meca perseguido por sus adversarios. Corría el año 622 en el calendario cristiano, y a partir de aquel momento comenzaba a contar el calendario musulmán. Y con tal motivo, se habían juntado todos en casa de los Avintarí, añadido a la inmensa alegría de que en esta ocasión Zaahira estaba con ellos, acompañando a la señora. Como todas las fiestas moras, el cordero y las verduras presidían la mesa, y cómo no, los dulces y pasteles que se confeccionaban especialmente para cada ocasión.

Los más pequeños, Fátima y Zacher, una vez en casa de Mahoma, se digirieron a Axa en muda súplica que ésta supo entender a la perfección. Los llevó a la

despensa y allí les dio un par de pastelillos de masa de almendra molida y piñones. Con miradas de confabulación se las guardaron para un momento mejor. La alegría inundaba todos los rincones de la casa. La visita de Zaahira había añadido un aliciente extraordinario a la festividad. Ante la total atención de todos, fue contando las mil y una sensaciones y hechos que le habían acaecido acompañando a la señora por todo el reino, incluido el extranjero. Todos estaban encantados y admirados de las cosas que contaba la hija de Avintarí, quien en silencio, miraba a su hija emocionado, saliéndole por los poros el orgullo al contemplarla. Era un día para recordar toda la vida.

Fuera, en las otras casas de la *aljama*, podían oírse cánticos y risas de los vecinos. Sin embargo, en la casa de Avintarí, podía sentirse una mayor comunión entre miembros de las tres confesiones. Aunque las autoridades religiosas cristianas, moras y judías, no predicaban exactamente esa concordia, se aceptaba plenamente esas relaciones pacíficas, aunque de vez en cuando ocurriese algún incidente entre miembros de distintas comunidades. Pero nunca fueron problemas graves y siempre se solucionaron de la mejor manera posible. Cada cual respetaba sus creencias y era considerado con las de los demás.

Hacía casi un año que Juan Marqués no tenía noticias de Pedro Sánchez. Apenas tenía esperanzas de volver a verlo en este mundo, dando por casi segura su muerte en tierras Granadinas. Muchas veces le habían preguntado por los caballos que había ofrecido a los señores y ricos—hombres del reino, y cada vez respondía lo mismo: que se estaban

haciendo las gestiones para adquirirlos en tierras granadinas. Todo ello bajo un sigilo grande, pues nadie quería que aquello llegara a oídos del Rey, quien con seguridad intervendría, bien prohibiéndolo directamente o exigiendo el ingreso correspondiente en las arcas reales, dado que se avecinaban años de gastos, según se decía, para financiar la campaña de Italia, exigencia de los nobles catalanes, que deseaban que las fronteras de la Corona se extendieran por el Mediterráneo para ampliar sus negocios y venta de mercaderías. Dado que los acuerdos con los castellanos, había cerrado el camino de expansión en la península hasta Murcia, no quedaba otra que expandirse por el M*are Nostrum*. Los intereses aragoneses se decantaban por consolidar las vías de comunicación interiores que comunicaban el interior con el mar, mejorando los caminos y asegurando su tránsito mediante fuerzas de vigilancia que protegieran a los caminantes y caravanas que por ellos circularan de los ataques de moros y bandidos.

Teresa de Entenza, aprovechó su estancia en la ciudad para visitar su *aljama* en el día del Año Nuevo musulmán. Fue muy bien acogida como siempre, siendo acompañada por los dos Adelantados de la misma, Mahoma Avintarí y Hakim. Cuando llegó a casa de Avintarí, todos los ocupantes de la casa en aquellos momentos la estaban esperando, entre ellos, Rodrigo. Tras saludarlos y comentar brevemente con Mahoma, su satisfacción al comprobar la circunstancia de que en su casa se celebrase ese día con miembros de las otras dos comunidades, y manifestarle su satisfacción por tener a su lado a su hija, abandonó la *aljama* y se dirigió hacia el edificio que albergaba el Concejo de la ciudad.

Capítulo 52

GRANADA
Lunes, 18 de junio de 1319
Yawn al—Ithnayn, 28 de Rabi'al—thani 719
Yom Sheni, 30 de Sivan 5079

Los preparativos para la gran batalla que se avecinaba estaban terminados y listos. Se decía que el infante Pedro, lamentaba verse obligado a romper el acuerdo que había establecido con el rey nazarí, Ismail I de Granada. Lo mismo le ocurría al sultán, quien lamentaba verse conducido a la guerra, cuando era un hombre que trataba de evitar los conflictos con sus vecinos, en este caso Castilla. Era tal su pesar que dirigió una carta al infante Pedro, en la que le decía:

Yo moro so, e el ynfante christiano; yo quiero guardar la verdat que Dios estableçio, e el aver que yo di al ynfante non lo quiero tomar, mas quiero guardar la carta de fieldat que el me dio por esta rrazon. E el ynfante me tiene tuerto, ca me corrió mis tierras e matome mis moros, e sobre este mal que me fizo le di parias por que me dexase bevir en mis tierras en paz, e agora quiere quebrantar la fe e la verdad que puso conmigo. E yo pongo a Dios en el comedio que sea juez medianero e demuestre justicia e milagro sobre tal fecho, por que todos los del mundo sepan que es fe e verdad.

Los castellanos contaban con un ejército de unos diez mil hombres, dividido en dos grupos, uno comandado por el infante Juan y el otro por su sobrino Pedro. Éste se encontraba en Tiscar, donde había puesto asedio a la fortaleza y tomado tras la rendición de sus ocupantes. El infante Juan, quien se encontraba en Córdoba, había comenzado a dirigirse hacia la Vega de Granada, a la que también había puesto rumbo su sobrino Pedro. Según sus últimos informes, ambos ejércitos se había juntado en Cañete de las Torres.

El día 23, sábado, víspera de San Juan, estaban en las cercanías de Albolote, al pie de la Sierra Elvira, aproximadamente a una legua y media de Granada. El enfrentamiento de ambos ejércitos sería por tanto, en las inmediaciones de la Sierra Elvira. Y hacia allí dirigió el General Utman ben Abi al—Ula sus fuerzas.

Los dos ejércitos se encontraban en sus posiciones de combate en espera de que se rompiesen las hostilidades y que los generales dieran la orden de avanzar y atacar al enemigo.

Abú, permanecía junto al Sultán, quien lo había llamado a su lado, porque quería que se fuera introduciendo en las muy diversas suertes que debe manejar todo buen gobernante. Estaba un tanto temeroso de toda aquella parafernalia de guerra y muerte, aspectos estos absolutamente contrarios a su forma de ser y sentir. Odiaba la guerra y el enfrentamiento, y él se encontraba allí, como espectador privilegiado. En medio de aquel enjambre de hombres yendo y viniendo, correos que iban y venían portando o llevando órdenes, gritos,

amenazas, se daba cuenta de que su sitio no se encontraba allí. En aquel momento, le vino a la cabeza el recuerdo de su amigo Rodrigo: él sí que estaría feliz participando de todo aquello. Luego pensó en su madre. Desde hacía ya algunos días, todos los trabajadores y servicio de *Dar Alaarosa*, la almunia donde vivía fueron trasladados a Granada por seguridad.

El domingo, 24, llegó al campamento nazarí una sorprendente noticia: los ejércitos cristianos se retiraban. ¿Cómo era posible? Con urgencia se volvió a reunir la cúpula militar del Sultán para comentar tan increíble noticia.

— ¡Es una trampa de los cristianos! —decía uno.

— ¡Quieren arrastrarnos a un lugar donde habrán tendido una emboscada! —decía otro.

Cada cual expresaba su opinión. Pero todos recelaban del movimiento cristiano. El jeque Utman callaba. Su rostro indicaba que estaba pensando y que apenas escuchaba los comentarios de sus oficiales. Recordaba que en uno de sus informes había leído que en la tienda de los infantes se había escuchado grandes gritos e insultos entre los infantes y algunos de los presentes. Al principio le pareció normal, pues no siempre se respeta el criterio del jefe en las fuerzas cristianas, no así en las musulmanas, y no dio mayor importancia al hecho. Pero ahora, visto el movimiento de los cristianos, la cosa podía tener relación.

— Vamos a atacar con todas nuestras fuerzas. Un ataque rápido y mortífero —dijo con voz grave, lo que provocó un absoluto silencio por parte de todos los demás.

Las tropas nazaríes encontraron en Pinos de Puente al ejército de los cristianos muy estirado, que en efecto se estaban retirando hacia Córdoba. Al frente del ejército cabalgaba el infante Pedro, mientras que la retaguardia era cubierta por las tropas del infante Juan. Aquel domingo, el calor era tremendo, el día menos indicado para mantener una batalla, porque los soldados cargados con armaduras y protecciones, necesitaban beber agua abundante y frecuentemente. Los musulmanes esperaron a que una parte de los cristianos se acercaran al río Genil en busca de agua, lo que produjo una inevitable dispersión en el orden de las fuerzas.

El ataque a la retaguardia se efectuó de repente lo que produjo un desorden enorme en las filas cristianas. Al principio, los *zenetes* atacaban mediante pequeñas y rapidísimas escaramuzas, con el fin de provocar desorden e ir minando la moral de los soldados. Luego, los ataques se centraron en los flancos por lo que los soldados comenzaron a dar muestras de fatiga y de sed. El infante Juan pidió el auxilio de su sobrino Pedro. Pero ocurrió lo inesperado. Las tropas y los caballeros que lo acompañaban se negaron a auxiliar a sus compañeros y a enfrentarse a los granadinos. Ante aquello, lleno de cólera quiso lanzarse el solo contra sus enemigos, y cuando algunos caballeros suyos quisieron impedírselo, el caballo hizo un escorzo de tal forma que derribó al infante al suelo, golpeándose con una piedra. Moriría poco rato después. Mientras tanto, los *zenetes* nazaríes iban destrozando a los cristianos produciéndoles muertos por doquier.

Al final del día, la victoria nazarí era completa. Cerca de nueve mil cristianos perdieron la vida en el

encuentro. Se supo que también el infante Juan había muerto de apoplejía, provocada por la deshidratación y el disgusto.

Las tropas regresaron a Granada siendo recibidas por el Sultán y el pueblo granadino con cánticos y flores. Abú sintió una gran pena por tanta mortandad que tan solo aportaba una paz momentánea, hasta que pasado el tiempo, los cristianos se recuperaran y en sus corazones anidaran el deseo de vengar aquella derrota y aquellas muertes. En definitiva, muerte sobre muerte.

Capítulo 53

BALAGUER
Miércoles, 5 de septiembre de 1319
Yawn al—Arba'aa', 19 de Rajab 719
Yom Revi'i, 20 de Elul 5079

El calor era sofocante para el mes en que se encontraban, Septiembre. Teresa de Entenza, estaba de siete meses y su embarazo le estaba produciendo más molestias que en los dos anteriores. Sentía cómo su gravidez, le impedía realizar ciertos movimientos a la vez que el volumen de su vientre era mayor que el que tuvo para Alfonso y Constanza y dado su carácter movido, le producía una sensación de malestar a la que no acababa de acostumbrarse. Sus criadas y damas de compañía le recordaban constantemente su estado, recomendándole reposo, a lo que la infanta se negaba constantemente. Hacía unos momentos que el campanario de la iglesia de Santa María Dálmata había tocado la hora sexta, es decir al mediodía, cuando de repente, sintió unos dolores agudos en la pelvis, que la dejó inmóvil, sin atreverse a mover un músculo. Con la mano, hizo señas a sus camareras, quienes al ver la cara de la infanta, perlada de gotas de sudor y un rictus de dolor, entendieron que el parto se había presentado bastante antes de tiempo, pues solo andaba por el séptimo mes de embarazo. Aquello era un síntoma de problemas. Como si fueran autómatas, se pusieron en marcha sin apenas hablar. Geraldona de Ribelles las había instruido convenientemente, porque algo

en su interior la había alertado por la posibilidad de que aquella situación pudiera darse, como así fue.

Dos criados, transportaron a la Condesa sentada en la silla en la que se encontraba a la parte baja del castillo donde se ubicaban las habitaciones personales de los señores. La depositaron sobre una cama donde se habían extendido unos lienzos de lino. A su lado, dos calderos con agua humeante y abundantes paños preparados por si fueran necesarios. Allí ya se encontraba la matrona dando órdenes a las mujeres que la ayudaban en el trance de asistir a la Duquesa.

García Rodríguez de Boxadors, secretario personal de Teresa de Entenza, que había sido llamado urgentemente a requerimiento de la infanta, se presentó en la estancia momentos después de recibir la llamada. Ante éste y los testigos Geraldona y García de Loris, su mayordomo y tesorero del rey, les comunicó que el último testamento que había realizado hacía un par de meses ante el notario Sancho López Almeda, tenía plena validez y que no deseaba cambiar ni un ápice del mismo.

Momentos después, los dolores del parto se acentuaron provocando que la señora gritara con todas las fuerzas de la que era capaz. Tras denodados esfuerzos, finalmente nació un niño sietemesino, al que en aquel mismo momento le fue impuesto el nombre de Pedro por el capellán Jaime, utilizando una jofaina como pila bautismal, actuando como padrino, Ot de Moncada. Cuando su padre, el infante Alfonso llegaba al castillo Formós, procedente del castillo de Farfanya, cercano a Balaguer, donde un enviado le había comunicado la inesperada y buena

nueva, el llanto de un niño recién nacido inundaba todas las estancias y recovecos del castillo, arrancando de su padre una complaciente sonrisa por la potencia demostrada por su nuevo hijo.

Con rapidez se dirigió hacia las habitaciones donde se encontraba su esposa y el recién nacido. Los físicos reconocieron al niño y su veredicto no fue muy halagüeño. El nuevo hijo de los infantes era muy pequeño y a todas luces su inmadurez era evidente. La preocupación de todos se podía ver en sus rostros y malos augurios sobrevolaban por el castillo Formós. Los próximos días se iban a hacer largos y tediosos.

Capítulo 54

GRANADA
Jueves, 4 de octubre de 1319
Yawn al—Khamis, 18 de Sha'ban 719
Yom Chamishi, 20 de Tishri 5080

El estado de salud de Zoraida, había experimentado en las últimas semanas un retroceso importante. Sus problemas respiratorios habían comenzado a mostrar la gravedad de su estado, sumiendo a todos en la desesperación, especialmente a Abú, quien no se separaba de su madre, sin comprender exactamente qué le ocurría. Ésta, viendo la aflicción de su hijo, decidió llegado el momento de explicarle claramente que se estaba muriendo. Abú se quedó helado ante la noticia. Tras quedar anonadado durante unos instantes, de repente rompió a llorar desconsoladamente, sin que nadie de los presentes se atreviera a consolarle. Cuando se fue calmando, su madre le contó lo que le habían comentado los médicos sobre su enfermedad, y que ambos debían prepararse para la despedida en este mundo. El Sultán ordenó que Zoraida y su hijo fueran trasladados al palacio, en Granada, para que fuera atendida en todo instante por sus propios médicos personales.

Poco a poco su vida se fue extinguiendo, y así, con su hijo al lado y con su mirada puesta en él, abandonó este mundo. En su último instante, hizo amago de un gesto inconcluso y su rostro esbozó una

tenue sonrisa. Abú notó cómo la mano de su madre, enlazada con la suya, quedaba flotando y sin fuerza. La abrazó ante la emoción contenida del Sultán, quien no pudo evitar que una lágrima aflorase a sus ojos, mientras las criadas y gente de confianza presentes lloraban desconsoladamente.

El entierro se produjo al día siguiente y se llevó a cabo en *Dar Alaarosa*, lugar en el que había sido muy feliz tras el regreso de su hijo y tan solo asistieron el propio Abú, el Sultán, su criada de confianza, junto con el *imam*. Tras el entierro, Abú se encerró en sí mismo y deambuló por los terrenos colindantes de la alquería, bien paseando o a caballo. Pasado algún tiempo, el Sultán le mandó llamar a su lado, trasladándose a Granada, a la *Medina Al Hambra*, donde se le habían reservado unas habitaciones. Se había convertido en uno de los asesores del Sultán, y por ello, en uno de los hombres importantes del reino nazarí.

Un día, paseando por las calles de Granada, cosa a la que se había aficionado, siguiendo los consejos de su *sufi*, Mohamed al—Tani, en su afán de conectar con la realidad del pueblo, simplemente escuchando sus quejas y consejas, estudiando sus necesidades y comentando con ellos determinadas situaciones, preparándose para las futuras tareas a las que pensaba dedicarlo el Sultán, le llamó la atención un griterío procedente de una calle, un poco más adelante de donde se encontraba. Se encaminó hacia allí, y tras recorrer aquella estrecha calle, desemboco en la conocida Plaza de los Esclavos, donde en aquellos momentos se estaba produciendo la subasta de unos infortunados seres humanos.

Conforme se iba acercando, su corazón le dio un vuelco a la vez que sus ojos se fijaban rápidamente en uno de los encadenados que estaban encima de una tarima utilizada como escenario. Sus cinco sentidos comenzaron a alarmarse conforme las señales que llegaban a su cerebro procedentes de sus ojos le iban confirmando la identidad de aquel hombre. ¡Era Pedro Sánchez! ¡Y lo estaban subastando! Se acercó con paso decidido hacía aquel grupo de gentes, quienes al ver sus ropajes y porte, se fueron apartando, dejándole paso franco hasta el mismo catafalco donde se encontraba el subastador y su mercancía humana. Una vez allí, miró fijamente a Pedro para asegurarse de que, en efecto, se trataba del hombre que le había traído desde Barbastro hasta Granada. ¿Qué habría pasado, para verse en aquella triste situación?, se preguntó.

Pedro, un tanto ausente, no había reparado en aquel hombre, al menos no conscientemente. Cuando vio que aquel desconocido, algún rico mercader, se le quedaba mirando fijamente, salió de su indiferencia y le devolvió la mirada, fijándose en él. Casi gritó cuando reconoció el rostro de Simón. Su mirada recobró el brillo que se supone en un ser humano, a la vez que esbozando una sonrisa de alegría transformó completamente la expresión de su rostro.

El mercader, también se había dado cuenta del interés de aquel acaudalado hombre que no perdía de vista al cristiano. Tal vez fuera posible su venta. Como respondiendo a una pregunta que no le había sido formulada dijo en voz alta su precio.

— Diez mil dinares de oro, mi señor –dijo.

— De acuerdo —dijo secamente Abú, conocido como Simón para Pedro.

Lo insólito de la situación y la seca respuesta del comprador descolocaron por un momento al vendedor y al propio Pedro. Uno, porque no esperaba venderlo a semejante precio sin regateo y el otro porque no entendía cómo Simón podía tener semejante cantidad de dinero. Abú puso su marca en un documento que le presentó el comerciante y que le serviría para cobrar el precio estipulado. Luego dio orden de que le fueran quitadas las cadenas a Pedro y ambos se alejaron de aquel lugar ante las asombradas miradas de los presentes. ¿Qué había pasado allí?, se preguntaban.

Se dirigieron hacia una fuente y se sentaron sobre el borde de piedra.

— ¿Qué te ha pasado? —preguntó Simón.

— Es una larga y triste historia, Simón. Pero antes, dime, ¿cómo es que puedes disponer de semejante cantidad para comprar mi libertad? ¿Encontraste a tu madre? ¿Dónde están los hábitos de monje? —preguntó atropelladamente Pedro, que no salía de su asombro ante la cambiada imagen de Simón.

Ambos se pusieron al día de sus respectivas historias que hacía que todo cuanto había sucedido unos momentos antes tuviera su encaje. Pedro confesó a Simón, la razón verdadera de su viaje a Granada y el infausto resultado habido. Simón escuchaba el relato sobrecogido. Ante las explicaciones que le estaba dando Pedro, comprendió muchas de las cosas que habían pasado en Barbastro con aquellos moros y los caballos, que

ahora veía con meridiana claridad. Por su parte Pedro, no pudo evitar una cierta emoción al conocer la historia de Simón, mucho más satisfactoria que la vivida por él y sus compañeros.

— ¿Y qué vas a hacer ahora, Simón? ¿O debo llamarte Abú? Porque debo recordarte que has comprado un esclavo —dijo.

— ¿Que qué voy a hacer? ¡Darte la libertad! ¿Para qué te crees que le pagué a aquel hombre esa cantidad? —dijo Simón.

Mientras hablaban, cuatro *askaries* se dirigían velozmente hacia donde se encontraban Simón y Pedro. Éste se alarmó. El que mandaba al grupo se dirigió a Abú.

— Mi señor el Sultán os pide que os presentéis ante él, junto con el esclavo que habéis adquirido — dijo.

Para Pedro aquello significaba que tal vez su vida no había cambiado y que seguiría siendo esclavo toda su vida. Acompañados de los *askaries*, se dirigieron al Palacio del Sultán. Una vez dentro, hicieron pasar a Abú, quedando Pedro bajo la custodia de los soldados.

El Sultán estaba departiendo con el Visir cuando fue introducido Abú. Hizo un ademán de despedida al Visir y se dirigió a Abú.

— Me ha informado el vendedor de esclavos que has comprado al cristiano del robo de los caballos — dijo con el rostro serio—. ¿Puedo saber la razón de ello?

— Os han informado bien. Creí cumplir con el mandato del Profeta y mi idea es liberarlo para que vuelva con los suyos —dijo con firmeza.

— Pero no debes olvidar los crímenes de ese cristiano —arguyó enfadado el Sultán.

— No lo olvido. Él mismo me los ha referido, como también su arrepentimiento por haberlo hecho. Además, este hombre ha pagado durante año y medio de estancia en las mazmorras, después de que vuestra propia generosidad le perdonase la vida, y lo dedicase a su venta, con el fin de resarcir la pérdida de los caballos. Pues bien, yo he aportado la cantidad exigida, cumpliendo con lo estipulado en el Corán.

El Sultán se veía envuelto en la retórica utilizada por Abú y experimentó dos sensaciones contrapuestas. Por un lado le molestaba profundamente que el cristiano saliera con bien de todo aquello y por otro se admiraba de los enormes valores que adornaban a Abú. Decidió no intervenir más en el asunto y dejar que el propio Abú determinase lo que considerase adecuado.

— Sea como dices Abú. Si así lo deseas, el cristiano será libre, pero deberá abandonar Granada inmediatamente. Si mañana al ponerse el sol es encontrado en mi reino será ejecutado allí mismo donde se le encuentre.

Abú hizo una profunda reverencia y abandonó la sala. Afuera, Pedro estaba inquieto y temía que el resplandor que por unos momentos había inundado su alma de esperanza, fuera simplemente eso, un fulgurante destello y nada más. Sin embargo, al ver el rostro que traía Abú, nuevamente la esperanza se apoderó de él. Con un gesto de su mano, los hombres que custodiaban a Pedro inclinaron sus cabezas y se retiraron.

— Eres libre. Pero debes de partir en este instante hacia tu Aragón. El Sultán te da de tiempo hasta la

puesta de sol de mañana. A partir de ese momento, serás ejecutado allá donde se te encuentre —dijo Abú, a la vez que le daba una bolsa con monedas—. Con esto, adquiere un caballo y comida y ponte a salvo sin pérdida de tiempo.

— No podré olvidar esto, ni aunque viva mil años. ¡Gracias Simón por todo! —dijo Pedro con la voz entrecortada.

— Cuando llegues a Barbastro, visita a Rodrigo, el hijo del notario Ramón Pérez de la Nava, para que él lo haga con sus amigos Mahoma y Abraham. Cuéntales lo que yo te he contado sobre mi vida, y diles que yo también tengo que agradecerles mucho y que les envío muchos recuerdos y abrazos. Ya saben por qué. Diles también, que es posible que algún día les haga una visita. Y ahora, Pedro, por *Allah*, ponte a salvo sin pérdida de tiempo.

Luego lo acompañó a la salida de la *Medina Al Hambra* y le preguntó si sabría dónde encontrar un caballo, a lo que Pedro le respondió que sí. Tras abrazarse, se separaron. Simón contempló cómo se alejaba Pedro en pos de su salvación. Recordó que eso mismo hizo cuando llegaron a Granada. Esperaba que esta vez, el resultado fuera diferente.

Capítulo 55

BARBASTRO
Lunes, 22 de octubre de 1319
Yawn al—Ithnayn, 7 de Ramadán 719
Yom Sheni, 8 de Heshvan 5080

La noticia del regreso de Pedro Sánchez de Laçano a Barbastro, llegó a Juan Marqués estando en plena sesión del Concejo. En aquel instante lo dio por concluido ante la sorpresa de todos los asistentes, convocándolo para el día siguiente, quienes una vez que conocieron la razón del porqué de la suspensión, quedaron un tanto extrañados por el hecho. Ciertamente, era conocida la ausencia inexplicable de Pedro Sánchez, y al producirse su aparición repentina, aunque satisfactoria, no justificaba a su modo de ver, la suspensión de la sesión del Concejo.

Juan se dirigió a su domicilio, lugar en el que le esperaba su amigo y socio. Cuando llegó, se abrazaron con emoción. Tras repetir nuevamente las muestras de mutua alegría, Juan ordenó a su criada que preparara comida para agasajar a su amigo. Pedro empleó todo lo que quedaba de día y hasta bastante tarde, para explicar con todo lujo de detalles lo ocurrido, hacía ya más de año y medio en tierras granadinas. Y sobre todo, la extraordinaria aparición de Simón, quien al parecer, se había convertido en un personaje importante, dentro de la administración nazarí.

Al día siguiente, fue en busca de Rodrigo, a quien encontró en el taller de Haym. Sin esperarlo, había encontrado también a sus dos amigos, compañeros de trabajo en el taller de orfebrería. Les contó únicamente lo referente a Simón, dejando a todos boquiabiertos, incluido a Haym, quien escuchaba atentamente. Parecía un cuento de las mil y una noches. Se alegraron de sobremanera cuando les dijo que tenía idea de hacerles una visita algún día.

Los siguientes días, Pedro se dedicó a visitar a los familiares de los compañeros muertos en Granada y que vivían en Barbastro. Sentía que debía realizar esa obligación. En algunos casos, desconocía la procedencia de aquellos hombres porque no lo habían dicho cuando se alistaron y tampoco se les preguntó. Pero a los conocidos, consideraba una obligación visitarlos y hacerles entrega de cincuenta sueldos como mínima compensación. Le alegró mucho saber que Juan de Pisa había logrado finalmente escapar con bien. Desde ese momento su amistad subió en muchos grados. Se sentían unidos por una inexplicable fuerza, producto de aquel infausto viaje a Granada.

Desde aquel día, se les veía siempre juntos. Se habían hecho grandes amigos. Ambos decidieron finalmente marcharse a Tolosa, en el sur de Francia, para ponerse a las órdenes del Conde de Tolosa como hombres de su mesnada. Al ser hombres de acción, necesitaban de ésta para recuperar las sensaciones que habían perdido tras su experiencia por el reino granadino, y que de alguna forma los había traumatizado. Prepararon sus hatillos, se despidieron de sus familias y del Justicia de Barbastro, Juan Marqués, y una fría mañana

emprendieron camino de Aínsa, para pasar los Pirineos por Bielsa y llegar a Luz—Saint Sauver, en las inmediaciones del Gavarnie. Desde allí, en cinco o seis días, calculaban que llegarían a Tolosa.

Capítulo 56

TARRAGONA
Sábado, 22 de diciembre de 1319
Yawn as—Sabt, 9 de Dhu al—Qi'dah 719
Yom Sabbat, 9 de Tevet 5080

En la iglesia de los Predicadores de Tarragona, donde el Rey había mandado convocar unas mínimas Cortes de urgencia, se iba a desarrollar un acto de suma importancia para la corona aragonesa. Momentos antes de iniciarse las sesiones, en una antecámara dedicada a la sacristía, anexa a la nave central, el Rey de Aragón, Jaime II se reunió con su hijo primogénito, el infante Jaime. El rey, en un último intento desesperado, le rogó encarecidamente que desistiera de su intención de ingresar en una Orden Militar renunciando a sus derechos al trono. Hasta le ofreció su propia retirada a un convento, sin que el infante modificara su decisión ni un solo ápice. Viendo que con su insistencia lo único que lograba era enervar más a su hijo, resignado y entristecido decidió aceptar la desgracia. Entre los asistentes a las Cortes, estaban su hijo, el infante Juan, arzobispo electo de Toledo junto al arzobispo de Tarragona y al Obispo de Vich. Presentes también, fray Ramón de Empories, gran prior de los Hospitalarios, fray Gaufret de Rocabertí, comendador de los Hospitalarios en Espluga de Francolí, y fray Bernat, abad de Benifaz. Y representando al estamento de nobles, estaban Vidal de Vilanova, Artal de Azlor, Pere Boíl y otros. Ante

todos ellos, el infante Jaime renunció a sus derechos dinásticos, quedando apartado de la línea sucesoria de la Corona. Su hermano, el infante Alfonso, pasaba a ser el heredero y futuro rey de la Corona de Aragón. Alfonso asistía a aquella insólita ceremonia desde un lugar discreto, acompañado por Bernat y Guillem de Anglerola. En su corazón se debatían encontrados sentimientos: por un lado le dolía y apenaba la renuncia de su hermano y por otro lado, sentía un legítimo orgullo por acceder a la sucesión del trono. En estas mismas Cortes, el infante Alfonso fue jurado como primogénito, heredero y sucesor a la corona.

Detrás quedaba una triste historia cuyo desenlace último y definitivo se había producido en Gandesa a primeros de Octubre. Jaime, que ya hacía tiempo que le había comunicado a su padre sus deseos de no desposarse con Leonor y de ingresar en una Orden, renunciando a sus derechos como primogénito, accedió, tras no poca insistencia de su padre, acudir a Gandesa, donde se procedería a la ceremonia de su boda con la infanta de Castilla, Leonor, para posteriormente tratar el asunto de su renuncia. Con ello, confiaba el Rey, su padre, convencerle de que desistiera en sus intenciones. Comenzó la ceremonia en la iglesia de La Asunción, y llegado el momento de dar la paz, el infante la aceptó pero se negó a pasarla a la infanta, cosa que tuvo que hacer el Rey. Celebrada la misa, y ante el asombro generalizado de todos los presentes, manifestó de forma desairada que se negaba a seguir aquella representación, insistiendo en voz alta ante los invitados en su renuncia al trono, abandonando seguidamente la iglesia, ante el bochorno general y el disgusto del Rey, su padre.

Tan solo quedaba formalizar su renuncia ante las Cortes de los reinos de Aragón y Valencia y de los condados catalanes.

Capítulo 57

BARBASTRO
Lunes, 31 de diciembre de 1319
Yawn al—'ithnayn, 18 de Dhu al—Qi'dah 719
Yom Sheni, 18 de Tevet 5080

En aquel día de fin de año, un suceso había alterado las calles de Barbastro. Al parecer, un gentil hombre de Monzón, se había sentido molesto ante la negativa que un labrador de Barbastro le había dado para que se desposase con su hija. Había venido a la ciudad del Merder, acompañado de cinco o seis hombres de correría con espada al cinto, de rápido genio y de poca sesera, pero que para acompañar al señor en los desplazamientos por los caminos y veredas del reino, venían pintiparados. Fuera por lo que fuese el hombre había venido preparado. El futuro suegro, un terrateniente labrador, de genio fuerte, que poseía un gran número de tierras, que trabajaba él junto con sus siete hijos a los que deslomaba de sol a sol, era una de las personas más pudientes de la ciudad, gozando su opinión de bastante peso dentro del gremio y en el Concejo.

Sin embargo, el hombre alimentaba un odio visceral hacia las gentes de Monzón, a los que culpaba de su desgraciada cojera, pues uno de esa "tierra de bárbaros" le había, en un descuido, producido un corte en la pierna con la hoz, que si bien no la perdió, le dejó como recuerdo perenne una

cojera para siempre, pues quedaron afectados los tendones. Tras aquella acción, despidió a los dos o tres trabajadores que había de Monzón, incluido como es lógico el causante de su desgracia. Desde entonces, el odio hacia los de Monzón fue creciendo cada día.

Un buen día, le llegó un rumor que le alertaba de que al parecer, su hija, se veía a solas con un hombre un tanto "mayor". El caso es que sin más preguntas ni investigación, cuando llegó su hija del campo, le soltó un bofetón que casi se queda sin hija.

— ¿Qué es eso de que te ves a escondidas con un viejo? —le espetó.

— ¿Yo? ¿Quién os ha dicho esa majadería? —dijo la hija a la vez que se protegía con los brazos ante la amenaza de recibir un nuevo bofetón.

— ¿Acaso te crees que soy tonto y no me entero? ¡Y encima a escondidas! Espero que no haya sucedido nada irreparable, porque te raparé la cabeza y te echaré al monte, y al sinvergüenza lo colgaré de los pies de la rama de un olivo —le dijo gritando.

Mientras, sus hijos que se habían sentado a la mesa y daban buena cuenta de la comida que su madre había dispuesto sobre la mesa, presente también pero que no rechistaba, visto el cariz de los acontecimientos, observaban con cierta indiferencia la escena que se estaba representando allí. Tras un día de duro trabajo con las olivas, subiendo y bajando por todos los empeltres, su cuerpo reclamaba comida en cantidad. Así que para ellos, saciar el apetito era lo importante. Lo de su hermana les traía un poco al fresco. Pero aquí no terminó la cosa, porque cuando la muchacha le dijo que el

pretendiente, que según ella iba de buena fe, era de Monzón y que pretendía venir a pedirle el correspondiente permiso para seguir adelante, la cuestión llegó a mayores, quedando todo el mundo conteniendo la respiración hasta ver la reacción del padre, ante semejante declaración. Su primera reacción fue la de ir en busca del de Monzón. Pero se lo pensó mejor, y guardando un profundo silencio, ante el asombro general, se sentó a la mesa y se dispuso a comer. Los demás presentes seguían en suspenso por lo insólito de la situación. Cuando terminó de comer, le dijo a la hija que cuando le viniera bien a aquel hombre que se presentara en su casa para obtener el correspondiente permiso como marcaban las normas de la decencia. Todos se miraron entre sí, recelando que allí había gato encerrado, todos, salvo la muchacha que, debido a su alegría, no acertó a juzgar debidamente la situación.

Y aquel lunes, por ser el último día del año, al hombre de Monzón le había venido bien venir a Barbastro a pedir la mano la muchacha. Hombre altivo, y antipático, deseaba tomar esposa para que llevara la casa y atendiera un huerto colindante. Y para ello, había considerado a la muchacha del labrador de Barbastro, como idónea para llevar adelante su idea. Para eso y para que le diera hijos. Pero lo que desconocía, era la inquina que aquel hombre tenía a los de Monzón. Y lo que sucedió desembocó en un altercado de cuidado.

Se presentó delante de la casa del labrador, acompañado de los seis hombres. Llamó a la puerta dando golpes con su fuerte mano. Tuvo que intentarlo una vez más porque nadie abría. De pronto, una pequeña ventana situada sobre la puerta

se abrió, y alguien arrojó un recipiente de orina y otras cosas que fue a caer encima del caballero de Monzón.

Este se apartó violentamente, quedando atónito y estupefacto durante unos segundos, mirando a todos los lados, como en demanda de que alguien le explicara, si aquello había sucedido en realidad. Luego comenzó a proferir grandes insultos y anatemas con grandes gritos y echando mano a la espada, aunque sin desenfundar. En su interior, albergaba la esperanza de que la criada de la casa había tirado los orines a la calle, sin mirar previamente si pasaba alguien. Sin embargo en cuanto que vio la cara del labrador que asomaba por la ventana, su cólera se encendió en un instante.

— Ahora oléis adecuadamente —dijo el labrador.

— ¡Bajad ahora mismo, y salid a la calle, si no queréis que derribe la puerta! —gritó el de Monzón.

— Esperad, que ahora bajo patán —respondió el dueño de la casa, cerrando la ventana.

El gentil hombre se apartó un tanto de la puerta, con la mano puesta en la espada, dando orden a sus hombres de que no intervinieran, pues aquello era cosa suya. A los pocos momentos, la puerta se abrió, y por ella salieron no menos de doce hombres, tras los cuales, apareció el labrador armado de una guadaña dotada de un recio palo de por lo menos treinta palmos. Todos se echaron atrás poniéndose a salvo del radio de acción de aquella arma.

— ¿Y bien? —dijo el labrador— ¿Cómo osáis posar vuestros ojos sobre mi hija, con la pretensión de desposaros con ella? Ni vos podíais llegar a más, ni yo a menos.

Al montisonense se le llevaba el alma el diablo, pero su sentido común le decía que aquel hombre estaba acostumbrado a manejar aquella guadaña, y la longitud del palo, ponía una distancia que no podía solventar con su espada.

— ¡Bellaco! ¡Hijo de mil padres! —maldijo, no sabiendo bien como atacar a aquel labrador.

En estas estaban, cuando de pronto desembocaron en la calle seis jurados, que venían corriendo y con grandes gritos ordenaban a todos los presentes que se detuvieran. Pronto se interpusieron entre los dos bandos, ordenando a todos que bajaran sus armas y su actitud belicosa. Establecida la calma, ordenaron a los de Monzón que abandonaran de inmediato Barbastro y volvieran a sus casas. El labrador reía y el de Monzón lanzaba rayos por los ojos.

— ¡Ya os cogeré algún día, destripaterrones! —le gritaba mientras abandonaba el lugar.

Dentro de la casa, su hija lloraba desconsoladamente abrazada a su madre y contemplada por sus hermanos, ya recuperado el aliento, porque ya tenían por seguro que tendrían que enfrentarse a aquellas gentes duchas en el manejo de la espada. El labrador estaba tan feliz que decidió dar fiesta a sus hijos y él se fue a comentar la noticia a la posada de la plaza.

Rodrigo y Karin se habían juntado por la tarde en la Plaza del Mercado. Primero comentaron el suceso del día habido entre el labrador y el de Monzón. Tras reír durante un buen rato, Karin se decidió a sacar el tema que embargaba a ambos jóvenes hacía ya bastante tiempo.

— Rodrigo, tenemos que hablar con nuestras familias y contarles nuestra relación —dijo con la mirada fija en el muchacho.

— Sí, creo que ya es llegado el momento. ¿Cómo lo hacemos? ¿Juntos o por separado

— No te entiendo —dijo Karin.

— Si vamos juntos a decirlo a nuestras familias, o cada uno se lo dice a la suya.

Se hizo un silencio. Karin, comenzó a mover la cabeza. Lo de ir juntos no se le había ocurrido, y parecía ser una buena idea. Los dos juntos se darían mutuamente ánimo. Sin embargo, finalmente acordaron que debían comentarlo a sus familias esa misma tarde mejor que al día siguiente. Tras juntarse con sus amigos Abraham y Mahoma y pasar el resto de la tarde, se volvieron a sus casas. Abraham veía a su hermana silenciosa como nunca, y aquello le preocupó. Tuvo la corazonada de que aquella noche iba a ser movida en casa. Sin embargo no pasó nada porque Karin no encontró el momento de sacar a relucir su relación con Rodrigo. Y a éste le pasó lo mismo, máxime cuando aquella noche su hermano Domingo estaba en casa, para realizar la última cena del año en familia.

Capítulo 58

BARBASTRO
Miércoles, 9 de enero de 1320
Yawn al—Arb'a, 27 de Dhu al—Qi'dah 719
Yom Revi'i, 27 de Tevet 5080

Haym murió de repente, mientras dormía. Su mujer, Ester, se levantó como cada día a preparar el desayuno, y al ver que no aparecía en la cocina al poco rato, como solía, se dirigió a la habitación para despertarlo y lo encontró muerto. La noticia se extendió rápidamente por la judería. De los tres aprendices el primero que lógicamente tuvo noticia de su fallecimiento fue Abraham, quien lloroso se dirigió hacia el taller, donde a buen seguro estarían esperando ya sus amigos. Éstos, que ya estaban al tanto de la noticia al llegar al taller donde se encontraron con mucha gente en la calle junto a la puerta a la vez que pudieron oír los sollozos de Ester. Asustados, subieron a la primera planta y la encontraron rodeada de vecinos que la consolaban y le aportaban la compañía que necesitaba en esos momentos. Cuando vio a los muchachos, abrió sus brazos en gesto de querer abrazarlos, cosa que hicieron, fundiéndose en un fraternal abrazo. La gente contemplaba con emoción el cariño expresado de una forma tan entrañable y sincera. Los tres amigos se sentaron junto a ella y de vez en cuando le decían algunas palabras de ánimo.

El cuerpo de Haym, se encontraba totalmente cubierto y junto a su cabeza se había encendido una vela. Siguiendo la tradición, se habían cubierto con un paño los pocos objetos que podían considerarse como un adorno. Dado que no había parientes a los que esperar, se decidió que esa misma tarde sería enterrado. Antes, su cuerpo sería lavado y purificado. Se le colocaría el *Tajrijim*[83] y el *Talit*[84] que usaba en vida.

Por la tarde fue enterrado bajo una persistente lluvia fina. Parecía como si los cielos también quisieran mostrar su sentimiento de pena, en forma de finísimas gotas. Al mismo asistieron los tres aprendices y sus padres. Cada uno fue echando su palada de tierra dentro de la fosa, dejando a continuación la pala en el suelo, para que la tomara el siguiente. Luego, Ester, Rodrigo, Mahoma y Abraham, depositaron sobre el túmulo cuatro piedras de río, perfectamente pulidas y de color blanco. Tras proceder al *Netilat Iadaim*[85] del ritual, todos los asistentes, que fueron bastantes, entre los que había cristianos y moros, regresaron a sus casas.

Durante la primera semana, Ester observó escrupulosamente el *Shivá*[86], y aunque estuvo en todo momento acompañada por Rodrigo, Mahoma y Abraham, bien juntos o por separado, no se habló del futuro del taller de platería. Pasada la semana, los reunió a los tres y les informó que su idea era de cerrarlo, salvo que ellos quisieran continuar con la

---

[83] Mortaja de color blanco.
[84] Chal utilizado en los servicios religiosos.
[85] Lavado de manos.
[86] Luto.

labor y si se veían con capacidad para ello. Los tres se miraron y Mahoma tomó la palabra.

— Hemos estado hablando sobre esta cuestión entre nosotros tres y nuestras familias. Si te parece bien, podríamos continuar como hasta ahora. Haym nos enseñó muy bien nuestro oficio y creo que podemos seguir con él de forma conveniente —dijo.

— ¿Pero y los salarios? —preguntó Ester, cuyo corazón se había iluminado al ver la respuesta de los aprendices.

—El mismo que tenemos ahora. Ciertamente que para nosotros es bastante pues no tenemos familias que mantener. Otra cosa será cuando la tengamos. Pero eso será para más adelante. De momento no tenemos nada a la vista —dijo sonriendo Mahoma mirando a los otros dos que igualmente sonreían.

— Bien. Entonces seguimos como si viviera Haym. ¿No es eso? —preguntó Ester.

— Exactamente. Y mis compañeros, Rodrigo y Abraham han decidido que yo haga las veces de maestro, porque dicen que se me da muy bien. La verdad es que me gusta este oficio —dijo Mahoma un poco azorado por la vergüenza.

— Así sea, si así lo habéis decidido —dijo Ester a modo de conclusión—. Hoy podéis tomar día de fiesta. Mañana será otro día —terminó.

— *She Elohim ievarej Otaj*[87]—dijo Abraham, dirigiéndose a Ester, quien se emocionó por un momento.

— *She Elohim ievarej Otja*[88]—respondió ella.

— ¡*Le—itra—ot*[89]*!* —dijeron todos.

---

[87] ¡Que Dios te bendiga! (Dirigido a una mujer)

[88] ¡Que Dios te bendiga! (Dirigido a un hombre)

[89] ¡Adiós!

Los tres jóvenes salieron a la calle, dejando a Ester dentro, quien cerró la puerta del taller. Luego se dirigieron hacia la Plaza de la Candelaria, donde unos títeres habían convocado a las gentes de Barbastro, para asistir a una función. Por un *cobre* podía uno pasar un buen rato, sin que los comediantes te avergonzaran e hicieran chacotas a tu costa, delante de todos los presentes por asistir a la función sin pagar. Rodrigo preguntó a Abraham por Karin quien le confirmó la presencia de ella junto con Fátima, la hermana de Mahoma. Entre bromas, risas y carreras emprendieron camino de la Plaza. Desde la angosta ventana, Ester, los vio partir. Lloraba porque después de todo, aquellos muchachos serían su familia, ahora que Haym la había dejado sola en este mundo.

Capítulo 59

BARBASTRO.
Sábado, 10 de mayo de 1320
Yawm as—Sabat, 1 de Rabi'al—thani
Yom Sabbat, 2 de Sivan 5080

El Concejo de Barbastro presidido por Juan Marqués, acababa de decidir enviar a Aviñón a Ramón Cardosa y a Guillem de Cregenzan, una vez que habían reunido los documentos necesarios llegados desde Roda, y que les habían sido solicitados por las autoridades eclesiásticas. Nuevamente se formó una comitiva para despedir a los dos viajeros que con ilusión renovada emprendían de nuevo el largo camino hacia la sede papal. Pero esta vez se sentían veteranos y no cometerían los mismos errores. En esta ocasión, en sus alforjas llevaban varias mudas y un par de sandalias nuevas, pues habían informado al Concejo sobre los comentarios que les habían hecho en Aviñón con motivo de sus vestimentas que según parecía eran poco adecuadas al boato y usanzas en la corte papal.

Así pues, y con buen tiempo, emprendieron camino de Francia con los parabienes y bendiciones de las autoridades eclesiásticas y del Concejo de la ciudad, que en esta ocasión había dotado convenientemente la bolsa de los dineros. Había que dar una imagen digna en todo momento, les habían dicho los embajadores al regreso del anterior viaje.

Capítulo 60

BARBASTRO,
Martes, 24 de junio de 1320
Yawn ath—Thalaathaa', 16 de Jumada I—
Ula 720
Yom Shishi, 17 de Tammuz I 5080

En casa de Vidal Comparat se hallaba toda la familia reunida tras terminar de comer. Todos se habían dado cuenta de que Karin, andaba nerviosa. Beatriz, tuvo el presentimiento de que su hija quería poner en conocimiento de toda la familia algo importante, y para ella, estaba segura, se trataba de Rodrigo. Tras recoger la mesa, Karin, se sentó de nuevo, esperando a que Masha y su madre tomaran asiento en la mesa. Luego, se levantó. Vidal posó su mirada sobre ella.

— *Aba avot*[90]. Tengo que comunicarte una cosa muy importante para mí.

Vidal, cogido de improviso se asustó. No sabía si por la propia declaración en sí o por la solemnidad con que lo había dicho o ambas cosas a la vez. Miró a Beatriz, quien bajó los ojos, deduciendo que ella estaba al tanto, poniendo su alma en estado de zozobra. No sabía si eso era bueno o malo. Los demás se miraron los unos a los otros. Todos estaban al tanto de su relación con Rodrigo y creían saber el porqué de aquella intervención.

[90] Padre, papá

— Dime *bat banot*[91]. ¿De qué se trata? —dijo Vidal, con muestra de preocupación en su cara.

Karin decidió dar un pequeño rodeo en vez de plantear directamente la cuestión. Quería que su padre dedujera un poco antes de que ella lo dijera, el asunto que quería comunicarle.

— ¿Conoces a Rodrigo, verdad? —preguntó.

— Sí claro. Un excelente muchacho —respondió Vidal, introduciendo un rayo de luz en su corazón—. ¿No le habrá ocurrido algo? —se alertó.

— No. Está muy bien —Karin ya no quiso esperar más—. Lo que quiero decirte, es que quiere tomarme como esposa y venir a hablar contigo. Yo estoy de acuerdo. Nos queremos mucho —dijo tomando asiento, completamente colorada.

Un silencio sepulcral se adueñó de aquella habitación. Vidal miró a su mujer quien se mantenía con la mirada baja, incapaz de mantener la tensión que se había producido.

— Pero eso no es posible. Ese muchacho pertenece a otro credo y otras creencias. Es un cristiano —dijo.

— ¡Pero nos queremos! ¿Acaso no es el amor lo más importante? ¿No lo dice así el Talmud? —clamó Karin conteniendo las lágrimas.

— Tú sabes que eso que propones es inviable. Los matrimonios se hacen entre personas que pertenecen a la misma comunidad. Y eso es lo correcto —le respondió Vidal.

— ¿Cómo puede perjudicar una creencia en el amor de dos personas? ¿Qué clase de creencias serían? —gritó Karin, un poco más alterada.

---

[91] Hija

— ¿Cómo es posible que digas esas blasfemias? ¿Así de mal te hemos enseñado? ¿Cómo te permites cuestionar nuestras leyes y nuestras costumbres, que son las que nos han dirigido desde el comienzo de los tiempos?

Vidal se puso en pie, comenzando a pasear por la habitación. Los demás estaban sentados, callados, sobrecogidos por la tensión de la situación.

— ¿Y quién me dice que este deseo tuyo, no es una cosa pasajera, propia de jóvenes?

— Tú me conoces bien *aba avot*, ¿crees que yo provocaría esta situación si no estuviera segura de mí misma y de mis sentimientos?

Vidal se volvió a sentar. Miró fijamente a su hija a los ojos, y vio en ellos una determinación y un coraje que nunca hubiera podido imaginar en ella. Comprendió que por la vía de la negativa a ultranza, sin más argumento que el de la diferencia de religiones, no iba a conseguir nada.

— Vamos a ver hija mía. Una pregunta. ¿Qué ha dicho de todo esto, la familia de Rodrigo?

— No lo sé, porque ahora mismo lo debe de estar comunicando en su casa —dijo Karin.

— ¿Acaso has pensado por un momento en renunciar a tus creencias?

— ¡No! —respondió veloz como un rayo Karin.

— Entonces, tal vez sea Rodrigo el que renuncie a las suyas.

— No lo sé. Pero, ¿por qué hay que renunciar a las creencias propias, si cada uno respetamos las del otro? ¿Qué sentido tendría eso? —dijo Karin.

— Porque según nuestra Ley, sois las mujeres las que transmitís la condición de judío, y por tanto, tu hijo, sería judío, y en consecuencia debería seguir los preceptos de la Tora. ¿Crees que eso lo aceptaría

Rodrigo y su familia? —explicó Vidal esperando que decayese el ímpetu de su hija.

— No lo sé. Solo sabemos que nuestro amor es grande y que nuestras respectivas creencias no nos separan sino que nos unen más, porque respetamos la fe de nuestros mayores y no pretendemos ofenderles con nuestro amor. Y nuestro hijo, se criará en este mismo respeto y será instruido en ambas creencias —terminó Karin, a quien las lágrimas comenzaban a aparecer en sus ojos.

Beatriz, hacía ya rato que lloraba en silencio. Sus peores presagios se habían cumplido, y el paso del tiempo, en el que ella confiaba para que enfriase la relación, había producido justamente lo contrario: había acrecentado todavía más aquel amor de aquellos dos infelices. Y en el fondo, y bien a su pesar, comprendía perfectamente las razones que estaba dando su hija y que ella hubiera sido incapaz de pensar. Todos los razonamientos de su hija, le estaban llegando al fondo del alma como flechas encendidas que le provocaban una reacción de rebeldía ante aquella injusticia. Pero a ella le habían enseñado a callar.

— No sé si puedes comprender que esta relación, trasciende el ámbito de lo personal entre tú y Rodrigo. Vuestra unión es algo que ambas comunidades no van a aceptar. En una hipotética situación en la que las dos familias estuviéramos de acuerdo en permitir esta relación vuestra, nuestras respectivas comunidades se negarían en rotundidad a aceptarlo. Y fíjate bien lo que te voy a decir. Tal vez sea la nuestra, la que más obstáculos pondría a vuestra unión. Esto es así, tanto si nos gusta como si no. De cualquier manera, no puedo darte una solución en este preciso momento. Deberé

consultarlo con el Rabí y oír su opinión, que imagino cual será. Pero por el momento, aquí queda la cuestión.

Vidal se levantó y salió a la calle. Necesitaba un poco de aire y un ambiente más propicio. Karin permaneció sentada al igual que su madre. Abraham, Masha y Zacher abandonaron la habitación y se fueron a hacer como que hacían algo.

Madre e hija se miraron y se abrazaron.

— ¡Yo lo quiero con toda mi alma, *em imahot*[92]! — dijo.

— ¡Lo sé hija, lo sé! ¡Cuánto lamento lo que te está pasando! Hace tiempo que lo llevo observando, y lo he llevado como una losa en mi corazón, pero no me he atrevido a decirte nada, pensando en que todo fuera una nube pasajera.

Estuvieron un rato abrazadas sin decirse nada. Al rato se levantaron y Beatriz fue a reunirse con su marido en el exterior de la casa.

Rodrigo, aprovechó un momento en el que sus padres estaban presentes para afrontar el motivo de su preocupación.

— Ahora que estáis los dos quiero comentaros una cosa. Hace ya algún tiempo que conocí a Karin, la hija de Vidal Comparat.

— El *mukdamim* de la Aljama —añadió su padre.

— Quiero casarme con su hija —espetó sin más preámbulos.

— ¿Qué? —exclamó Arnalda, su madre.

— Queremos casarnos. Ella es una gran mujer.

Ramón se encaró hacia su hijo.

[92] Madre, mamá

— Pero ellos son judíos y nosotros somos cristianos. Ese tipo de uniones están prohibidas. La iglesia no lo permite. ¿Cómo se te ha podido ocurrir una cosa así?

— ¿Y por qué no? Evidentemente, son personas como nosotros, solo que con creencias diferentes a las nuestras. Pero por lo demás, son capaces de trabajar, sentir y amar, exactamente igual que nosotros —manifestó vehemente Rodrigo.

— Por supuesto. Eso en cuanto a su constitución humana. Pero las creencias son absolutamente incompatibles. Tú ves y oyes lo que dice tu hermano Domingo cada vez que tiene ocasión.

— Domingo es un exaltado. Lleva demasiado lejos su fe en Dios. Su punto de mira está deformado por la religión.

— Pero hijo mío —dijo Arnalda— ¿Cómo podríais casaros? Uno de los dos tendría que renunciar a su religión. Y eso no es posible, ni para ellos ni para nosotros. ¿Qué dirían en Barbastro de una unión así? Comprende que tu padre es una persona muy conocida, ¿cómo le afectaría eso a su actividad como notario? ¿Y nuestros vecinos? ¿Y la iglesia?

— Veo que os preocupan muchas cosas, pero os olvidáis de la más importante: de Karin y de mí. Veo que no puedo esperar de vosotros mucho apoyo. ¿Debo sacrificar mi felicidad, por el qué dirá la iglesia por boca de mi hermano, o los vecinos o la ciudad entera? Pues sabedlo, no estoy dispuesto a perder a Karin.

Ramón y Arnalda se miraron, transmitiéndose un miedo terrible ante la situación que aquella boda podría plantearles ante los demás.

— ¡Pero hijo, comprende bien lo que propones! No depende de nosotros, de que nos parezca bien o

mal, sino también de la gente que nos rodea, porque también forman parte de nuestras vidas. Nosotros vivimos en Barbastro, no en otra ciudad. Tu felicidad puede alterar nuestras vidas para siempre —dijo su madre llorando.

— No tiene por qué suceder eso. Si tan terrible lo veis, Karin y yo nos marcharemos lejos de aquí. Siempre podréis decir a los vecinos que me he enrolado en las fuerzas del Infante y he partido a la conquista de nuevas tierras para la Corona —dijo con decisión Rodrigo—. Supongo que Karin estará pasando por lo mismo que yo. Mañana sabré cómo han reaccionado en su casa, aunque pienso que no diferirá mucho de la vuestra. Y a partir de ese momento, tomaremos nuestra decisión.

Rodrigo abandonó la sala, dejando a sus atribulados padres en la más completa infelicidad.

— De cualquier forma, estoy seguro de que los Comparat, no permitirán que su hija se despose con un cristiano. Si nosotros somos estrictos, ellos nos cuadruplican en austeridad e incomprensión. Pero en cualquier caso, no sé si la intransigencia es la solución a este terrible conflicto —comentó el padre Rodrigo a su mujer. Esta se santiguó varias veces a la vez que lloraba en silencio.

Julia había sido testigo mudo de toda la historia de amor entre su niño y Karin. Sabía que Rodrigo iba a abordar a sus padres para exponerles el asunto que le quitaba la paz de su corazón. Por ello, desde la discreción de un apartado rincón de la estancia, vio y oyó toda la dramática escena. Cuando entendió que todo había terminado se volvió rápidamente hacia la cocina, donde al poco rato llegó Rodrigo. Se le echó al cuello abrazándolo.

— ¡Mi Rodrigo del alma! ¡Cuánto siento por lo que estás pasando! De todas formas, mi niño, debes comprender su posición. Te lo digo para que no los odies ni se lo tomes a mal. Conozco a Karin y te puedo asegurar que es una mujer maravillosa que te hará muy feliz. Y dadas las circunstancias, tal vez, la única solución que yo veo es que os escapéis los dos juntos e iniciéis una nueva vida en otro lugar.

— Creo que es nuestra única solución. Pero hay un problema. Karin quiere que un rabino celebre su boda, porque si no, le parece que cometerá un pecado terrible si se entrega a mí sin pasar por ese requisito... No sería feliz y si ella no lo es, yo tampoco.

— ¿Y eso te parece mal? —dijo Julia.

Rodrigo la miró con cara de sorpresa. No acababa de entender el comentario.

— No —dijo Rodrigo un poco vacilante.

— Eso habla de la pureza de su corazón Rodrigo. Y ahora que Dios me perdone por lo que voy a decir —dijo Julia a la vez que se persignaba—. ¿Eso sería un problema para ti? Me refiero a que os casara un Rabino.

— Pues creo que no. Pero eso implicará que yo renuncie a mis creencias –dijo.

— No tiene que ser así Rodrigo. Una vez que estéis casados, podéis dirigir vuestros pasos a donde queráis. Eso sí, pienso que al margen de las dos comunidades. En especial de la judía, pues ellos son muy estrictos. Si Karin te quiere de verdad, y creo que es así, aceptará eso, a cambio de tu disposición a aceptar la boda por el rito judío. Y luego cada uno respetad al otro sus creencias.

Rodrigo guardó silencio mientras miraba con agradecimiento a Julia. Esta lloraba y no paraba de santiguarse. Se volvieron a abrazar.

Capítulo 61

MONTCLUS
Viernes, 27 de junio de 1320
Yawn al—Jumu'ah, 20 de Jumada al—awwal 720
Yom Shishi, 20 de Tammuz I 5080

Karin hizo todo el camino llorando desde Barbastro. Iba acompañada de su padre y su hermano, Abraham. Los dos iban en silencio y con un profundo pesar en sus corazones y en sus almas. Oían a su hija y hermana llorar desconsoladamente a lomos de la mula que la llevaba.

Vidal sufría en su interior. No estaba seguro de obrar correctamente considerando un punto de vista estrictamente humano, pues desde el punto de vista de su fe, estaba actuando tal y como podía esperarse, y aún exigirse, a un creyente de la Torá. No había crimen más horrendo para un judío, que realizar una unión con un cristiano que no estaba dispuesto a asumir la fe hebrea. Y aún en este caso, no parecía muy correcto. Sin embargo, Vidal no era un extremista en asuntos de la religión. Eso sí, como perfecto miembro de la comunidad, seguía al pie de la letra las indicaciones y preceptos del libro y del Rabino y nunca había cometido desacato o falta contra su comunidad ni religión. Pero en esta ocasión, su hija lo colocaba en la encrucijada de tener que elegir entre favorecer el deseo de su hija a ser feliz y sus obligaciones con la fe de sus mayores. Su

amor de padre le inclinaba hacia la felicidad de su hija. Como creyente, lo enfrentaba a esa felicidad. Tuvo que hacer un gran esfuerzo y sufrir enormes desgarros en su alma para tomar la decisión que ahora estaban llevando a efecto.

Siguiendo los consejos del Rabino de Barbastro, llevaban a Karin a la casa del Rabino de Montclús, Samuel Fraym, para que permaneciera en su casa durante un tiempo indeterminado. La actitud de Karin durante este periodo, determinaría la duración de aquel. Sin embargo, algo le decía que de producirse esta circunstancia, es decir, que Karin olvidara a Rodrigo, esto sería pasado un muy largo plazo de tiempo. Sin embargo, tenía la certeza que eso no ocurriría jamás.

Rodrigo, el muchacho cristiano, era una excelente persona, y desde luego, no le desagradaba como esposo de su hija, antes bien, le parecía un gran marido. Lástima que los diferentes credos que observaban les obligaba a separarlos. Imaginó también que en casa de Rodrigo se habría producido una situación similar a la que había ocurrido en su casa. Sabía que uno de los hermanos de Rodrigo era clérigo racionero de la Iglesia de Barbastro, y era famoso por la radicalidad de sus posicionamientos contra las comunidades mora y judía. Suponía que también en su familia se verían obligados a tomar alguna medida, aunque en este caso al tratarse de un muchacho, la solución sería mucho más complicada.

Por su parte, Abraham, sentía una infinita pena por su hermana y por su amigo Rodrigo. Como persona joven, no acababa de entender que la pertenencia a diferentes comunidades les impidiera

vivir juntos con la bendición de Dios. Al fin y al cabo, judíos y cristianos creían en el mismo ser supremo. Esperaba la reacción de Rodrigo que podría ser de cualquier tipo. Incluso venir hasta Montclús y marchar con su hermana a otro lugar donde no fueran conocidos. A ambos los consideraba capaces de tomar una decisión así.

Cuando llegaron ante el puente por el que se accedía a la ciudad, se detuvieron un momento, observando el gran caudal que traía el río Cinca. Mientras cruzaban el río, sus corazones se aceleraron. Se acercaba el momento de la despedida.

Entraron en Montclús y se dirigieron hacia la *aljama* judía. A lo lejos, Samuel ya les estaba esperando. Seguramente les habría visto llegar cuando cruzaban el puente. El rabino y Vidal hablaron aparte, mientras la esposa de Samuel, Sara, se hacía cargo de Karin, abrazándola y consolándola con ternura. También Abraham, se había abrazado a ella, en un intento de transmitirle su cariño y su amor fraternal. Cuando Vidal y Samuel terminaron de hablar, se acercaron al grupo formado por Karin, Sara y Abraham que seguían abrazados y llorando.

Vidal se acercó a su hija, rompiendo a llorar, no pudiendo aguantar la enorme presión que bullía en su interior.

— ¡Perdóname hija mía! Solo hago lo que creo que es mejor para ti —le dijo con voz entrecortada—. ¡Perdóname, te lo ruego! —suplicó.

— ¡Padre, por favor, soy vuestra hija, y sé que el cariño que me tenéis os ha obligado a tomar esta decisión, tan dura para ambos! —dijo Karin—. No

dudéis nunca de mi eterno amor de hija. Estaré bien. Os lo aseguro.

Al oír las palabras de su hija, Vidal se odió a sí mismo. Se prometió a sí mismo que dejaría pasar un año, al cabo del cual vendría a recoger a su hija, y si seguía manteniendo su voluntad con respecto a Rodrigo, él les daría su bendición. Lo juró en su interior, y puso a Dios por testigo de que así lo haría, enfrentándose si era necesario a toda la Comunidad judía. Sin decir nada más, se separó de su hija, depositó un beso en su frente, y llorando se dirigió hacia su caballo. Abraham besó también a su hermana y siguió a su padre. Momentos después, ambos volvían a cruzar el puente camino de Barbastro.

SEGUNDA PARTE

LOS PASTORELLI

Capítulo 62

AVIÑON
Jueves, 19 de junio de 1320
Yawn al—Khamis, 11 de Jumada al—awwal 720
Yom Chamishi, 12 de Tammuz 5080

En toda Europa, pero fundamentalmente en Francia, una serie de acontecimientos que habían confluido en el tiempo, estaban produciendo la formación de numerosos grupos sin conexión entre ellos, formados por hombres con sus familias, en su mayoría campesinos de villas, aldeas y pueblos, pobremente armados con palos, horcas, guadañas, puñales y espadas, en algunos casos oxidadas, carentes de cualquier tipo de organización e impelidos por un extremo sentimiento religioso contra moros y judíos, fundamentalmente inducido desde los púlpitos. Grupos absolutamente desorganizados, con la desesperación por bandera y actitud de extrema agresividad, más parecidos a bandas de facinerosos que a otra cosa.

A todo esta desesperación contribuía extraordinariamente la pobreza y la escasez de alimentos reinante, que provocaban que gran número de personas carecieran de lo mínimo necesario para alimentarse a sí mismos y a sus familias, situación que generaba un estado de efervescencia violenta que se potenciaba con las llamadas de las autoridades a participar en las

cruzadas convocadas por la iglesia, en las que el botín y la rapiña, estaban santificados, como motivador último para alterar las ansias violentas que se estaban gestando en las almas de los hombres desposeídos de toda riqueza.

El papa Juan XXII tenía ante sí a su secretario, el Cardenal Louis de Lyon.

— Las cartas deberán partir lo antes posible. Enviadlas a los Arzobispos de Narbona, Tolosa y Arles, al senescal de Beaucaire y al vicario episcopal de Aviñón. Dadle la mayor prioridad posible —dijo el papa.

— Así se hará —dijo el Cardenal mientras la leía.

— Es muy peligroso que tantos grupos de gentes armadas sin ningún tipo de organización ni jefe reconocido vayan recorriendo el país sin ningún tipo de rumbo. El fervor religioso sin control es tan malo como cualquier otro. O quizá peor. Desgraciadamente, al desconvocarse la Cruzada del rey Felipe, todos estos grupos se han quedado sin un objetivo y eso es muy peligroso. Hay que reprimir y desmantelar estos grupos.

— Veo que Su Santidad, recomienda extremar el trato amable hacia estas gentes.

— Bien sabéis que ante la herejía no pestañeo al enviar a la hoguera a los acusados de este terrible delito. Pero en este caso, de lo único de lo que no se les puede acusar, es de herejía, puesto que su movimiento lo justifican en el servicio de Dios. Enarbolan la cruz, y manifiestan constantemente su deseo de dirigir sus pasos hacia Tierra Santa para arrebatársela a los infieles. Ellos mismos se auto proclamaban cruzados, y como tales, exigen los beneficios, tanto materiales como espirituales de

quienes ostentan tal dignidad. En consecuencia, hay que obrar con cautela.

— ¿Y el rey de Francia, que piensa hacer al respecto?

— Se encuentra en una posición delicada. De momento, me ha pedido que sea yo el que trate de rebajar la euforia exacerbada de estos llamados "*pastorelli*". Le preocupa que estos grupos desestabilicen la zona. Como sabéis, Francia mantiene una tensa relación con Jaime II de Aragón. Y cualquier intervención por su parte en la zona, podría ser mal interpretada o tomada como excusa por el aragonés, para llevar a cabo un despliegue de sus fuerzas en el sur de Francia. Esta zona es una vieja aspiración de los monarcas aragoneses.

— Entiendo. Os informo que ha llegado a mi oficina un informe urgente, en el que se dice que el Rey Jaime II, el día 16 del mes pasado, cursó una serie de convocatorias a los caballeros y mesnaderos del reino, incluidos los caballeros de la orden de San Juan de Jerusalén, y las huestes de Alcañiz, Teruel y Morella, para salir en expedición. Por su parte, al día siguiente, el infante Alfonso enviaba una circular propia a los nobles aragoneses para que le acompañasen en la misma, indicándoles el mismo lugar y día para la concentración.

— ¿Y de qué expedición se trata? —preguntó Juan XXII.

— De Granada, Santidad. Según parece se teme que los moros inicien algún tipo de campaña contra el reino de Valencia.

— ¿Y cuándo sería esa concentración? —se interesó el Papa.

— Según mis informes, para primeros de Julio en Sarrión, al sur de Aragón —aclaró el Cardenal.

— Esto es muy interesante, Louis. Tal vez sería conveniente hacer correr la voz entre estos grupos de esta noticia y de paso, dejar caer que se trata de una Cruzada contra los Moros de Granada.

— Pero sin ser convocada por la iglesia, claro — sugirió el Cardenal con una sonrisa en su rostro.

— Naturalmente. Nadie nos lo ha solicitado. Pero es una acción contra los infieles. Tal vez esto nos ayude a resolver el problema, aunque sea en parte. Tomad las medidas que consideréis pertinentes, teniendo en cuenta el enfoque correcto.

— No tema Su Santidad. Así lo haré. Y Ahora si me lo permitís…

El Cardenal, besó el anillo del Papa y salió de la estancia papal para llevar a cabo su cometido. Le encantaban aquellas operaciones que bordeaban la ética y en las que salían a relucir los renglones torcidos de Dios. Solo que aquellos renglones los escribían los hombres, naturalmente, interpretando la voluntad del Supremo. Era lo que él entendía como alta política.

Capítulo 63

LUZ (Francia)
Domingo, 29 de junio de 1320
Yawn al—Ahad, 21 de Jumada al—awwal 720
Yom Rishon, 22 de Tammuz 5080

Cerca de cinco mil hombres se habían agrupado en Luz—Saint Sauver, en las cercanías del Gavarnie, al norte de los Pirineos en territorio francés, con la intención de reunirse en este punto, para posteriormente entrar en Aragón por los puertos de los valles de Broto, Bielsa y Gistaín y reunirse, ya en tierras aragoneses, en Aínsa. Desde allí partirían hacia el punto de encuentro designado por el llamamiento del rey aragonés, en Sarrión, en las lejanas tierras turolenses, donde se incorporarían a las fuerzas del Rey de Aragón en su cruzada contra Granada.

Los ánimos estaban muy exaltados. El desorden era total en los improvisados campamentos en los que se habían instalado. Continuas riñas y peleas por detalles nimios ocupaban todo su tiempo de espera. Los pueblos y casas circundantes al lugar donde se habían instalado los "*pastorelli*", que así se auto denominaban, comenzaban a estar hartos de los robos y rapiñas que se estaban produciendo desde que comenzaron a llegar los primeros grupos. Estos carecían de un jefe que los dirigiera, actuando varios de ellos en la labor de dirigirlos lo que naturalmente

producía una descoordinación absoluta. Vestían de forma desharrapada y sus armas consistían en hoces y espadas herrumbrosas. Algunos portaban escudos de dudosa eficacia, dado su aspecto. Y casi ninguno tenía caballo. Algunos se hacían acompañar de sus mujeres y de sus hijos, y en otros casos, se trataba de prostitutas que veían un filón entre tanto hombre. La posibilidad de hacerse con un botín de oro, hacía extraños compañeros de viaje, aunque la muerte rondara a cada paso y cada recodo del camino. Acompañaban a estos grupos diez clérigos alucinados que mantenían elevado el espíritu cruzado de tan aguerrida y singular tropa.

Junto a estos grupos heterogéneos, y acampados a una cierta distancia, como quien quisiera poner tierra entre ellos, había un grupo en lo que todo era diferente, empezando por sus vestimentas y armamento. Portaban en sus ropas un blasón en el que figuraba un león rampante rojo, perteneciente a los Condes de Armañac, en la Aquitania. El orden de su campamento era diametralmente opuesto al de sus vecinos. Sus relucientes cotas de malla y sus vistosos cintos, de los que colgaban espadas de reluciente acero y dagas de afilada punta y cortantes filos. Eran menos numerosos en efectivos, alrededor de ciento veinte hombres, pero podía deducirse que su eficacia era infinitamente superior a la de los denominados "*pastorelli*".

Bertrand de Cacus estaba reunido con Arnau Guillem de Armañac y Guillem Arnau de Pomiers, todos ellos procedentes de Auch, en La Gascuña, quienes también acudían a la llamada del Rey de Aragón en su campaña contra los moros granadinos. Entre los tres juntaban unos trescientos hombres.

— Mañana comenzaremos a subir el puerto camino de Aínsa. Convendría salir lo antes posible y adelantarnos a toda esta chusma. Por delante tenemos un par de días de duro trabajo. No quisiera que esta gente se nos adelantara y tener que hacer todo el camino detrás de ellos —dijo Bertrand.

— ¡Eso ni mencionarlo! ¿Pero dónde creen que va esta gente? ¿Acaso, creen que van de fiesta? — preguntó alterado Guillem Arnau.

— Sin armas, ni preparación ni disciplina, son carne de cañón. En la primera refriega caerán como moscas —añadió Arnau Guillem.

— La desesperación. Y según tengo entendido, están en la creencia de que van a una Cruzada —dijo Bertrand.

— ¿Cómo? ¿A una Cruzada? ¿De dónde…? — preguntó el de Armañac.

— Según les he oído comentar, lo oyeron decir al cura en la iglesia de su pueblo —apuntó Bertrand.

— Pues yo no había oído nada de eso. Seguramente los han engañado. Sé por un primo mío, que es secretario del Arzobispo de Arles, que el papa les había dado instrucciones para que se procediese a disolver a estos grupos de desesperados. Si les dices, o dejas caer que hay una cruzada al otro lado de los Pirineos, el problema se arregla solo — dijo Guillem Arnau—. Claramente se ve que han sido engañados y manipulados. Los han enviado al otro lado de los Pirineos con la noticia de la Cruzada — terminó Bertrand.

Tras acordar la hora de partida, cada uno se dirigió a su campamento para dar las órdenes pertinentes para la salida del día siguiente.

Con las primeras luces del día, los hombres de Auch iniciaban su viaje a tierras de Aragón, tomando ventaja a los "*occitanos*", quienes permanecían en los brazos de Morfeo y de Baco, ajenos a todo cuanto les rodeaba. A esas horas, todavía seguían llegando grupos, los cuales deambulaban por las calles buscando algún lugar donde acampar.

Capítulo 64

AÍNSA
Martes, 1 de julio de 1320
Yawn ath—Thalaathaa', 23 de Jumada al—awwal 720
Yom Shishi, 24 de Tammuz 5080

Cerca de tres mil *pastorelli* se encontraban ya en las inmediaciones de Aínsa, y su número seguía creciendo, conforme se iban incorporando grupos procedentes del Languedoc, al otro lado de los Pirineos.

Tras el desencanto general producido en estas bandas de desesperados, por la desconvocatoria de la Cruzada a Tierra Santa que habían convocado el Papa y Felipe V, los clérigos, siguiendo instrucciones, comenzaron a anunciar desde los púlpitos, que una nueva convocatoria se había producido, esta vez por parte del Rey de Aragón, Jaime II, destinada a la defensa de Valencia de los inminentes ataques de los moros de Granada.

Ello produjo que la inmensa mayoría de aquellas cuadrillas, emprendieran camino de las tierras aragonesas para dar fiel cumplimiento a su destino que no era otro que librar a la tierra de la presencia de infieles, representados por moros y judíos. El Papa y el rey de Francia, jugaban sucio para librarse de la presencia molesta de estos desesperados enfurecidos, surgidos de la necesidad y la pobreza, y

a los que habían rebozado convenientemente con una buena dosis de fervor religioso.

Cuando estas animosas hordas andaban traspasando los Pirineos, desconocían que la llamada del Rey de Aragón y su hijo el infante para reunir un ejército contra Granada se había desconvocado desde hacía seis días por el propio rey, una vez que las amenazas de los granadinos desaparecieron tan pronto como Ismail I, el sultán granadino, se enteró de la reacción del aragonés convocando a sus caballeros, huestes y mesnadas para ir contra el reino nazarí. Sin embargo, las noticias no habían llegado a conocimiento de estos de indigentes. Varios correos salieron hacia Calatayud, donde se encontraba el Rey, con el fin de informarle sobre el inesperado desembarco de un número tan elevado de personas que, a todas luces, y desde un criterio mínimamente militar, no podía ser considerado un verdadero ejército.

Aquellas muchedumbres estaban agotadas y con hambre atrasada, lo que ocasionó algunos incidentes con los habitantes de la ciudad. Viajaban con ellos familias enteras, incluidos niños y abuelos, y en los diferentes grupos no parecía haber un líder que los dirigiera. Más bien actuaban en asamblea, en la que como es lógico, siempre llevaban la voz cantante algunos que mantenían ante los demás un *plus* de autoridad.

Cuando los *pastorelli* entraron en Aínsa, al igual que hacían cuando entraban en cualquier pueblo o ciudad, lo hicieron en fila de dos, precedidos por una gran cruz que portaba un clérigo. Lo hacían completamente en silencio, roto de vez en cuando

por algunos rezos y cánticos que iniciaban los clérigos que les acompañaban. Los vecinos observaban entre cautivados y sorprendidos aquella procesión e incluso algunos se sumaban a los cantos y rezos. Conforme se iban instalando en las calles y plazas de Aínsa, los naturales del pueblo les iban proporcionando alimentos, como pan, tomates, patatas, pimientos y en general productos de huerta que recibían con grandes muestras de agradecimiento. No tardó mucho en quedar las calles completamente colapsadas, por lo que las riadas de *pastorelli* que seguían entrando en la ciudad se encaminaron hacia las afueras, sentando sus reales en una inmensa campa cubierta de verde hierba.

Venían con ellos clérigos de las distintas diócesis de las que eran originarios los diferentes grupos y a los que habían predicado la cruzada siguiendo directrices de sus Obispos. Los hostigaban constantemente con la letanía de que habían sido elegidos por Dios para librar a la tierra de unos cuantos herejes y asesinos de Cristo, hecho que les proporcionaría la salvación eterna en la vida futura y riquezas para la actual. Eran los mantenedores del fervor cruzado entre aquellas gentes que, de no ser así, a las pocas leguas de su partida habrían olvidado la sagrada misión para la que habían sido llamados. Mantenían la caldera justo en el punto inmediatamente anterior a la ebullición. Se encargaban también en las ciudades y pueblos por los que pasaban, de explicar las razones de su presencia en aquellos lugares. El encendido verbo que usaban normalmente acoquinaba a quienes les escuchaban. Entre la profusión de latinismos que utilizaban y el *occitano* que hablaban, apenas se les podía entender lo que decían. Sin embargo nadie

quería entrar en disputas teológicas con aquellos fanáticos de la iglesia por temor a sus posibles represalias. Al fin y al cabo, aquella perturbada chusma, obedecía sin rechistar a sus clérigos.

En Aínsa, el bullicio producido por un número tan grande de personas era enorme. Una vez asentados, sus cantos y gritos se podían escuchar en la lejanía. Hablaban en un lenguaje distinto, sin que ello fuera obstáculo para que pudieran entenderse perfectamente. Habían aparecido de repente, sin que nadie les alertara de su llegada. Sin embargo, la presencia de tanta gente en las calles trajo consecuencias que ya no fueron del agrado de las gentes del pueblo. Y es que las necesidades fisiológicas obligaban. Orinaban y hacían sus necesidades donde les venía bien y colocaban sus trebejos de cocinar donde instalaban sus reales, sin importar el lugar provocando enfrentamientos con los vecinos afectados. Tan solo parecían respetar la iglesia y sus aledaños. Por si acaso, el sacerdote que estaba a su cargo, se colocó en la puerta, vigilante, echando a los que pretendían instalarse al resguardo de los muros de ella o demasiado cerca. Muchos se acercaron para besarle la mano y dedicarle alguna sonrisa que no era correspondida por el clérigo.

Los habitantes de Aínsa se preguntaban de dónde habían salido aquellos desharrapados. Algunos decían que eran alemanes y otros normandos. Sin embargo, poco a poco fueron confraternizando con ellos, comenzando a conocer de sus motivos y acciones en la Occitania. Pronto se extendieron entre los vecinos, algunas informaciones sobre sus inesperados huéspedes. Se hacían llamar *pastorelli*, no porque fueran pastores, que tal vez lo fuera

alguno, sino porque con ese nombre recordaban a los pastores que recibieron la noticia de la llegada de Jesús a este mundo, y que representaban la pureza de corazón y de mente. Culpaban a los infieles y a los clérigos ricos y depravados de todas las desgracias de este mundo, en especial a los judíos, los asesinos de Jesús, y a los que habían jurado combatir, allá donde se los encontrasen. En Aínsa no había moros ni judíos, pero no muy lejos de allí, en Montclús, existía una importante aljama de judíos, con los que no había muy buena relación.

Reunidos en asamblea en la gran explanada en la que habían acampado junto al Cinca, enseguida se extendió el rumor sobre la cercanía de esta *aljama* ocupada por un gran número de judíos ricos. Aquella noticia excitó extraordinariamente los ánimos fervorosos de aquellos occitanos venidos de la miseria. Sus gritos aumentaron en número y volumen, y aquello anunciaba claramente el advenimiento de una desgracia.

—*Anem a Montclús e obliguem a aquestes josius a cambiar de religion*![93] —decía uno con voz entrecortada que rápidamente era coreada por las voces de los presentes.

—*Auciscam als desleiales*! *Josius e moros son çò de meteis*! *Cal los passar a guinhauet*![94] —gritaba otro, siendo igualmente jaleado.

—*A on es Montclús*?[95] —preguntaba un beodo que babeaba vino y tenía un ojo cerrado y al que apenas se entendía.

---

[93] ¡Vayamos a Montclús y obliguemos a esos judíos a cambiar de religión!

[94] ¡Matemos a los infieles!¡Judíos y moros son lo mismo! ¡Hay que pasarlos a cuchillo!

[95] ¿Dónde está Montclús?

— *Cal esperar a qu'arriben los nòstres companhs*! *Nos cal èsser totes amassa*![96] —afirmaba otro que al parecer tenía un elevado concepto de grupo.

El justicia de Aínsa, Domingo Dona Gracia, trató de establecer diálogo con algún jefe de aquellos forasteros. Tras algunos intentos y preguntar a un gran número de ellos, dio por fin con uno con el que pudo entenderse.

—Venimos de una región que se llama el País de Oc, al otro lado de los Pirineos. La inmensa mayoría somos gascones. Somos cruzados que venimos a ayudar a vuestro rey en su lucha contra los moros de Granada.

El justicia observaba con mirada desconfiada a aquella tropa, dudando seriamente que aquellos pudieran ayudar a alguien, ni siquiera a ellos mismos.

— ¿Cruzados? –preguntó.

— Sí. El Papa y vuestro rey, Jaime II, así lo han establecido en la Bula que nos han leído en nuestras iglesias —dijo.

— ¿Pero hacia donde os dirigís?

— Hacia Sarrión, en Teruel.

— ¿Y quién es vuestro jefe? Porque he preguntado y nadie me dice quién es —preguntó el justicia.

— Nosotros no tenemos jefes. Las decisiones las tomamos en asamblea.

— Ya. ¿Y cómo ha sido esto de formar estos grupos tan numerosos? Porque es difícil encontrar tanta gente dispuesta a viajar lejos de su casa y su tierra.

---

[96] ¡Hay que esperar a que lleguen nuestros compañeros! ¡Tenemos que estar todos juntos!

— En realidad nosotros no somos soldados, como puedes ver por nuestro aspecto. Pero sabemos desenvolvernos en situaciones de peligro. Las cosas en mi tierra, están muy mal. Sin cosechas, arruinadas por inviernos como nunca habíamos padecido con fríos intensísimos, sin provisiones de años anteriores, el hambre y la miseria nos ha hipotecado el presente y el futuro, el nuestro y el de nuestros hijos. Y todo esto ocurre, porque nuestro rey ha ofendido a Dios, no queriendo emprender la conquista de Tierra Santa, cosa que se ha intentado varias veces, sin que al final diera el paso definitivo. Por eso, de forma natural, hemos ido surgiendo en todo el Languedoc, grupos que exigimos a nuestros señores que dejen de ofender a Dios y pongan a Tierra Santa bajo las manos de un rey cristiano. Y para ello, nos ofrecemos para acudir junto con sus fuerzas a rescatar la tierra sagrada. Nos ha rechazado al igual que el Papa. Sin embargo Dios escuchó nuestras quejas. Vuestro Rey ha convocado una cruzada para ir contra los herejes moros de Granada. Y como cruzados, tenemos derecho al botín conseguido en justa y santa guerra contra el hereje. Es nuestro premio en esta tierra y las dispensas otorgadas por el Papa, las recibiremos en la otra vida, cuando estemos ante nuestro señor.

Domingo escuchaba admirado la simpleza de aquel individuo y de todos los que le acompañaban. Habían llegado a su conocimiento los llamamientos del rey y de su hijo, el infante Alfonso, convocando a voluntarios contra los moros de Granada, pues se decía que los granadinos querían invadir Valencia, pero en ningún momento había escuchado que se convocara una Cruzada. ¡Y aquella gente había

venido a una Cruzada inexistente, con el único fin de hacer botín!

— Cuando terminen de llegar todos, partiremos hacia el punto de encuentro.

— ¿Y cuantos sois en total? —preguntó alarmado el justicia.

— Unos cinco mil, casi el doble de los que estamos aquí –dijo.

— ¡Dios nos libre! —exclamó el Justicia, sin poderlo evitar.

— Comprendo que sea una extorsión para vosotros, pero debéis considerar que somos Cruzados y que es obligación de todos, señores, pueblo y clero, ayudarnos en nuestras necesidades. Además vamos a luchar por vuestro rey contra los sarracenos de Granada —manifestó convencido el *pastorelli*.

— ¿Sois acaso pastores?

— No. La mayoría nos dedicábamos al campo, aunque algunos se dedicaban al pastoreo de ovejas y vacas.

— Malos tiempos para ambas cosas…

— Sí, muy malos. Por eso estamos aquí…por desesperación.

Domingo determinó enviar a Domingo del Son, el lugarteniente en Aínsa del Sobrejuntero Pedro Ortiz de Pisa, que residía en Roda de Isábena, para que le informara sobre la aparición de aquella tropa procedente del otro lado de los Pirineos. Convenía estar preparados por lo que pudiera ocurrir. Al fin y al cabo, se trataba de un número enorme de gente con la posibilidad de que fueran llegando más.

Poco a poco los ánimos se fueron caldeando. Y entre aquellas gentes, algunos solo hacían que beber y sus mentes se embotaban totalmente. Finalmente

el cansancio hizo mella en sus ánimos y caían en cualquier sitio, agotados, ya fuera por el alcohol o por el esfuerzo físico de cruzar los Pirineos. O ambas cosas.

Cuando la noche comenzó a hacer acto de presencia, un jinete montado en una mula partía con paso lento en dirección sur. Su destino: Montclús. Había que avisar a los habitantes de aquel lugar de lo que se les avecinaba.

Y otros hacían su entrada en Aínsa. Se trataba de Pedro Sánchez de Laçano, acompañado de cuatro hombres, quienes venían desde Barbastro. Traía la intención de guiar a aquellas gentes a través de los dificultosos caminos existentes hasta Montclús y posteriormente hacia Barbastro. Su deseo de venganza iba tomando cuerpo.

El goteo de grupos, unos más grandes que otros, eran constantes. Cada vez que uno nuevo llegaba, grandes voces y gritos se producían a modo de saludo de bienvenida. Se prodigaban abrazos y besos como si hiciera un año que no se habían visto y luego los encaminaban hacia la pradera donde estaban los demás, a las afueras del pueblo.

El grupo de trescientos hombres de Auch, a cuyo frente cabalgaban sus capitanes, partieron a media mañana en ordenada formación camino de Barbastro, donde pernoctarían en las inmediaciones del castillo de los Entenza. Tenían prisa por llegar para obtener información sobre el lugar de reunión.

Capítulo 65

AÍNSA
MONTCLÚS
Miércoles, 2 de julio de 1320
Yawn al—Arba'aa, 24 de Jumada al—awwal 720
Yom Revi'i, 25 de Tammuz 5080

En Aínsa el día había amanecido caluroso. Poco a poco los *pastorelli* iban despertando. Durante toda la noche habían ido llegando más grupos hasta sumar los cinco mil que partieron de Francia. Las calles y plazas del pueblo estaban totalmente colapsadas. Sin embargo, y a pesar de tan elevado número de personas, no se produjeron grandes altercados con los vecinos, en principio debido a la buena disposición de éstos, que pasaron por alto algunas incomodidades. A la vista de aquellos andrajosos, nadie entendía su presencia en tierras de Aragón. Pero luego, lo que en un principio no les desagradaba por ir dirigido contra los judíos, pasó a ser un tema de preocupación cuando comenzaron a considerar la posibilidad de que aquellos visitantes pudieran establecerse en la región y la subsiguiente pelea por el sustento, que por otro lado no sobraba. Tampoco corrían buenos tiempos en tierras aragonesas.

Esa consideración, tornó su inicial buen recibimiento por otra actitud más fría y distante. Como no era cuestión de discutir con ellos semejante cuestión, los ainsetanos se refugiaron en sus casas

sin apenas pisar la calle salvo que fuera absolutamente imprescindible. Los forasteros, extrañados por el cambio de actitud de sus anfitriones, llamaban a las cerradas puertas y desde las ventanas o balcones, los propietarios les preguntaban por lo que querían. Normalmente pedían comida y bebida siendo atendidos con premura en evitación de problemas.

Simultáneamente, comenzaron a llegar a Aínsa noticias sobre las "hazañas" que los *pastorelli* habían realizado en el mediodía francés. Empezaron a conocerse los asesinatos de judíos a manos de aquellas hordas que aparentemente parecían inofensivos. Obligaban a los judíos a recibir el bautismo, y en caso de negarse los asesinaban de inmediato, o bien entraban en las casas y mataban a todos los que encontraban a su paso sin ningún tipo de contemplación. La extrema violencia utilizada por estos, alarmó a las autoridades de Aínsa, quienes enviaron emisarios a Barbastro y poblaciones cercanas para alertarlos sobre los indeseables vecinos que les habían caído. El rey también fue informado, máxime, porque el objeto de las iras de los fanáticos occitanos eran los judíos que en Aragón eran de propiedad real. Y ello atentaba a la bolsa regia.

Entre aquella gente, nadie parecía ostentar la jefatura de todos ellos, pero sin embargo, uno de ellos parecía que se destacaba sobre los demás. Respondía al descriptivo nombre del *El Bastardo* y pretendía ser el hijo natural de un señor de la Gascuña. De aspecto impresionante, con aquellos credenciales, levantaba la voz más que los demás, y mostraba una mayor agresividad que cualquier otro.

De él partió la idea de ponerse en camino hacia Montclús, punto de destino siguiendo el curso del río Cinca. A media mañana, aquella marabunta humana, recogió sus escasos enseres y tomó camino del sur en pos de su destino.

En la iglesia de Santa María tocaban a vísperas cuando el último grupo abandonaba Aínsa. Detrás dejaban una escombrera de detritus humanos, huellas de hollín en paredes y suelo, árboles rotos, puertas destrozadas, decenas de pollos, cerdos, conejos y corderos desaparecidos y un sinfín de destrozos, aunque no había habido ningún delito de sangre. Alguna que otra trifulca entre ellos, sin llegar a sacar a pasear sus trasnochadas espadas y cuchillos. Con espíritu cívico y resignado, los habitantes de Aínsa comenzaron a borrar las huellas que las hordas del norte habían dejado en el pueblo. Lo mismo ocurría en la campa en la que habían pernoctado: la habían convertido en una cloaca, donde hogueras mal apagadas lanzaban volutas de humo y los restos de comida y desperdicios estaban esparcidos por todos los sitios.

Los clérigos, reunidos con unos cuantos *pastorelli* que ostentaban un cierto ascendiente sobre sus respectivos grupos, propusieron, dado el enorme número de hombres, dividirse en dos y dirigirse unos hacia Montclús y otros hacia Barbastro, donde se reunirían nuevamente, para desde allí, dirigirse todos juntos hasta el punto de encuentro con las tropas del Rey de Aragón en Sarrión. Tras discutir el tema del reparto de botín, que presumiblemente iban a conseguir en Montclús, se acordó proceder a tomar rutas distintas. Los clérigos se dividirían entre los dos grupos. *El Bastardo* comandaría el grupo que

iría a Montclús, compuesto por unos dos mil hombres. Los de Barbastro partirían de inmediato hacia la ciudad del Merder, cruzado la sierra de Arp.

Para llegar a Montclús, había que seguir el curso del río. *El Bastardo* esperaba conseguir abundante botín, pues según sus informes, los judíos de aquella ciudad estaban materialmente forrados de oro. Desde luego, sus intereses no coincidían exactamente con los de los hombres a los que dirigía. Su interés sobre los moros y judíos estaba directamente relacionado con el botín que podía obtener. Si eran herejes o no, le importaba bien poco.

— *Cap a on nos dirigissèm, André*?[97] —preguntó en occitano, un fornido hombretón, cubierto con un gorro de paja y armado con una horca y una espada al cinto.

— *A Montclús. Es a unas doas leguas d'aicí*.[98]

— *E qu'i a en aqueste luòc*?[99]

— *Segontes me diguèt un vesin de Aínsa, i a una granda comunitat ebrèa qu'an fòrça aur e de jòias dins los sieus ostals. Un autentic botín*![100]

— *Per fin anam aumplir la bossa*![101]—dijo el hombretón con una sonrisa de lado a lado.

El Bastardo, en su papel de dirigente, miraba constantemente a todos los lados, atento a todos los detalles de la marcha. La enorme columna de casi dos leguas de longitud, se desplazaba lentamente debido a lo inclemente del camino que recorrían y a que los carros se atascaban cada poco tiempo, por la

[97] ¿Hacia dónde nos dirigimos, André?

[98] A Montclús. Está a unas dos leguas de aquí.

[99] ¿Y que hay en ese lugar?

[100] Según me dijo un vecino de Aínsa, hay una gran comunidad hebrea que tienen mucho oro y joyas en sus casas. ¡Un auténtico botín!

[101] ¡Por fin vamos a llenar la bolsa!

accidentada orografía del camino y porque en ocasiones sus dimensiones les forzaba a utilizar a mucha gente para trasladarlos en vilo hasta un lugar adecuado. Las mujeres y los niños que acompañaban a los hombres aguantaban estoicamente las dificultades del camino. No hablaban mucho entre ellos. Sus pensamientos estaban fijados en Montclús donde pensaban que su fortuna iba a cambiar definitivamente. Y es que alguno ya pensaba que en este lugar, las calles estaban empedradas de oro.

Montclús estaba situado al pie de una colina, junto al río Cinca, en el valle de La Fueva. Se trataba de una población de considerable importancia, contando aproximadamente con cuatrocientos vecinos, de los que doscientos eran judíos. Estos representaban treinta y tres fuegos o familias, que se dedicaban exclusivamente al préstamo de dinero, básicamente mediante dos tipos de operaciones: una consistía en prestar a cambio de recibir un bien con valor superior a lo entregado, o bien, las que se hacían mediante acta notarial donde se expresaban con detalle las cantidades y plazos de devolución. La pujante comunidad judía de Montclús, tenía una fluida relación con las juderías de Monzón y Barbastro, moviendo grandes cantidades de dinero en intrincadas redes de préstamos sindicados, con representaciones de los prestamistas implicados en las tres poblaciones y con clientes en lugares como Aínsa, Mipanas, Salinas, Paúl, Olsón, Nocito, Bara, Buil, Naval y muchas otras. Entre su clientela también se incluía a la Cancillería Real. También, dada su proximidad a la frontera con la Occitania, tenían establecidos importantes lazos financieros con las *aljamas* de las ciudades del mediodía francés con

las que tenían establecidos acuerdos y protocolos de actuación.

Era además un importante punto militar, con una imponente fortaleza construida sobre un cerro, en la que siempre había una dotación de hombres comandados por el Alcaide, a las órdenes del Sobrejuntero de Ribagorza, Sobrarbe y los Valles. Tenía encomendada la vigilancia y protección de caminos y pueblos de la región adyacentes. Rodeando al castillo, y situadas a la falda del cerro, se encontraban las casas de los habitantes del pueblo, cuya actividad principal consistía en criar y cuidar vacas, ovejas y cabras, junto al cultivo de la tierra. Contaba además con un puente, el único en muchas leguas, combinado con un servicio de barcas, que permitía cruzar el río Cinca, constituyendo un extraordinario movimiento de personas, animales y productos del campo que aportaban a las arcas del concejo unos ingresos valiosos. Situado entre las grandes ciudades de Monzón y Barbastro y la frontera con los occitanos, Montclús constituía un pequeño centro neurálgico comercial y financiero en el Sobrarbe.

Las noticias sobre la presencia de los *pastorelli* en Aínsa, habían llegado a Montclús como llevadas por el viento. En la comunidad judía el terror se extendió a la velocidad del rayo. Sabían, por las informaciones llegadas, de las brutalidades de estos contra los de su etnia en sus lugares de origen, en el Languedoc. Tan pronto como esta noticia llegó a conocimiento de García López de Ançano, el alcaide del Castillo, este expidió mensajeros hacia Barbastro en demanda de instrucciones.

Los judíos estaban reunidos desde las primeras horas de la mañana en la Sinagoga. Trataban desesperadamente de encontrar alguna defensa ante la amenaza que pendía sobre ellos. El miedo les tenía completamente atenazados, impidiéndoles pensar con fluidez ante una situación que les superaba ampliamente por todos los lados. Centraban en el castillo su única esperanza de salvación, donde pensaban refugiarse. Sus murallas eran fuertes y sólidas y confiaban a ellas sus vidas. Tampoco es que existieran muchas más opciones.

Alguien cayó en la cuenta de que las dimensiones del castillo no les permitirían a todos albergarse en él con sus enseres y que habría que decidir quienes tenían prioridad para resguardarse entre sus murallas. El miedo y el instinto de conservación, hizo que el egoísmo ocupara sus mentes y sus corazones por lo que comenzaron a asomar las rencillas entre unos y otros. En un generalizado "sálvese quien pueda", cada cual exponía a los otros, las razones por las que creía que sus derechos superaban a los de sus vecinos. Discutiendo sobre sus pretendidos derechos a la protección del castillo, se les iba pasando el tiempo sin que fueran capaces de tomar una decisión.

— ¿Y cómo es que nuestros convecinos no están aquí, con nosotros, ofreciéndonos su ayuda? —dijo Jacob Abensimuel, uno de los más ricos comerciantes de Montclús, pregunta que tuvo que repetir otra vez levantando su atronadora voz sobre la de todos los demás, sin obtener respuesta.

La cuestión planteada, una vez comprendida, detuvo en seco el lamentable espectáculo en el que se

había convertido la reunión ante el cúmulo de reproches que se estaban dedicando unos y otros.

— ¿Cómo dices, Jacob? —preguntó Abraham Leví.

— ¿Dónde andan nuestros vecinos ofreciéndonos su ayuda, como buenos cristianos?

— Buena pregunta —dijo Abraham moviendo tristemente la cabeza. El silencio sobrevoló por la sinagoga moviendo sus pesadas alas.

— No creo que nos presten ayuda alguna —dijo otro desde el fondo.

La calma y el sosiego presidieron de nuevo en la Sinagoga, trocando la acritud en serena condescendencia, tomando conciencia de la auténtica realidad, que no era otra que su terrible soledad, lo que les dejaba completamente solos ante el peligro. Constatar esta realidad, los sumió en un grado mayor de desesperación. La mayoría decidieron refugiarse en el castillo y otros optaron por esconderse por las inmediaciones del pueblo, o abandonar el pueblo y refugiarse en otros pueblos, donde amigos y familiares los acogieran mientras durase aquel peligro.

Cuando ya abandonaban la Sinagoga, el *Rabi* Samuel Fraym se dirigió a Abraham.

— Jacob, ¿tienes un momento? —le dijo cogiéndole de un brazo.

— Naturalmente *Rabi*.

Esperaron a que todo el mundo abandonara la Sinagoga. Luego, se sentaron en un banco de la primera fila.

— Jacob, quiero pedirte un favor.

— Tú dirás rabino.

El rabino se levantó dirigiéndose hacia un armario situado delante de ellos. Abrió el tabernáculo y extrajo de ella una bolsa lujosamente adornada con hilos de plata y oro que contenía la *Torá*. Se volvió hacia Jacob y extendió sus brazos en un acto de entregarle la Torá.

— Quiero que la pongas a salvo —dijo.

— ¿Cómo? ¿Ponerla a salvo? —repitió con voz entrecortada por la sorpresa.

— Sí. Debes llevarla a Barbastro y entregarla a tu hermano para que la protejan allí. Aquí corre peligro. De entre todas las cosas que poseemos, esta es la más importante —dijo el rabí, premiándole con la expresión de su cara a que aceptara el encargo.

— Pero, rabí, es peligroso llevarla por estos caminos, máxime cuando estas gentes están por todos los lados. ¿Y si finalmente siguen de largo sin molestarnos? —se excusaba Jacob.

— ¡No podemos, no debemos correr ningún riesgo! —gritó el rabí— ¡Debemos poner a salvo el símbolo de nuestra fe!

— No sé rabino. ¿Y si hablamos con el alcaide del castillo? ¡El debería protegernos! ¡Somos propiedad real! —decía abatido Abraham.

— García ha desaparecido con la mayoría de la tropa. Les he visto partir apenas ha amanecido.

— ¿Qué? ¿En el castillo no hay tropas?

— Apenas cuatro hombres. Solo están su lugarteniente García Bardaxí y tres hombres más.

— ¡Es nuestra perdición! ¿Y qué ocurrirá con la gente que se refugie en el castillo? ¡Estará a merced de esos asesinos! —lloraba Jacob a la vez que se movía por la Sinagoga a grandes zancadas.

— En el castillo, podrán trancar la puerta con el alamud. Allí estarán seguros —decía sin mucho convencimiento el rabí.

Jacob se decidió a aceptar la misión. Envolvieron la *Torá* en unos paños atándolos cuidadosamente con cuerdas de cáñamo. Seguidamente, introdujeron el paquete en un saco de los que se utilizaban para guardar el grano de trigo, y todo ello, lo envolvieron en un lienzo de color carmesí. Jacob le dijo al rabí que se quedara custodiando la *Tora*, mientras él se iba a casa a cambiar de ropa y a ensillar un caballo. Luego pasaría a recogerlo para llevarlo a Barbastro si esa era la voluntad del Supremo.

En casa del rabino Samuel Fraym, Karin asistía con gran aflicción a las noticias que llegaban desde Aínsa que se añadían a las que su condición personal ya soportaba. Desde que sus padres la habían trasladado a Montclús, trayéndola a casa del rabino, sus pensamientos no se habían apartado ni un solo instante de la memoria de su querido Rodrigo. Lloraba constantemente por la lejanía del ser amado y por su amor, roto por la incomprensión de sus respectivas familias, obligadas a su vez por las sociedades a las que pertenecían. La sangre de la estirpe obligaba a los mayores sacrificios personales en aras de la pertenencia a una clase o una etnia. Los sentimientos no contaban. La familia del rabino la había recibido con los brazos abiertos. Sara, su esposa, la animaba sin presionarla, consciente de lo que estaba pasando en el interior del alma de la muchacha.

Las personas que se iban a refugiar en el Castillo debían llevarse lo imprescindible. Los que habían decidido no resguardarse en él, debían abandonar inmediatamente el pueblo. Algunos, decidieron encerrarse a cal y canto en sus propios hogares,

creyéndose más seguros en sus propias viviendas que viajar por los caminos a merced de cualquier banda de forajidos.

Al terrible dolor de la más que previsible agresión de los *pastorelli*, había que añadir la actitud de sus convecinos, absolutamente glacial e indiferente con el destino que les esperaba. Salvo algún caso esporádico de algunos que se habían ofrecido para albergarlos en sus casas, la mayoría les había vuelto la espalda. Al parecer, muchos de ellos todavía recordaban la actitud que observaron los judíos en 1314 cuando se produjo la disputa entre las gentes de Montclús y sus vecinos de Palo, Samitier, Coscujuela y Muro. Algunos, incluso, les dedicaron comentarios alusivos a su actitud de entonces. En aquella ocasión, la comunidad judía se abstuvo en apoyar a Montclús en el litigio por la concesión de una Cédula Real para el establecimiento de una feria anual de ganado. Las razones aludidas por los judíos fueron que tenían clientes en todos los pueblos y no querían tener problemas con la devolución de los préstamos concedidos a los mismos. Finalmente, Jaime II emitió la Cédula Real a favor de Montclús. Ahora se disponían a cobrarse la antigua deuda.

Las familias que habían decidido cobijarse en el Castillo comenzaron su ascenso a la fortaleza a primeras horas de la tarde. Tras esconder los objetos más valiosos en los lugares más ocultos de sus casas u otros lugares, las cerraron a cal y canto con la esperanza de que el huracán en forma humana que estaba por llegar, pasara de largo o produjera daños menores. Pero era por sus propias vidas por lo que realmente temían.

La primera sorpresa que recibieron, fue enterarse de que el alcaide se había ausentado con sus tropas acudiendo a algún lugar o misión desconocida, dejando en el castillo un pequeño retén de tres soldados al mando de su lugarteniente, García Bardaxí, quienes al ver la riada de judíos que subía desde el pueblo y se adentraba en la explanada del castillo, abandonaron sus puestos en las almenas y se trasladaron a las estancias de la parte superior del torreón norte. Tampoco querían verse involucrados con el destino que les esperaba a los judíos.

Poco a poco, las estancias, cuadras y patio se fueron llenando de gente asustada y temerosa. No traían equipajes pero venían provistos de cestas en las que llevaban alimentos para varios días. Pero otra sorpresa todavía estaba por conocerse, que anegaría todavía más de pena su ya entristecida alma. Alguien echó en falta el *alamud*[102] con el que se cerraba y aseguraba la puerta. La enorme tranca de madera no aparecía por ningún lado. Alguien tenía que haberlo escondido a propósito. Eso significaba que la puerta no podría asegurarse y que con un simple embate cedería, permitiendo la entrada de los *pastorelli*. Realmente, se habían congregado en una ratonera donde morirían todos juntos, como si fueran corderillos dispuestos al sacrificio.

Karin estaba terriblemente asustada. Se sentía completamente desvalida, lejos de los suyos y sobre todo de Rodrigo. El terror que veía reflejado en todas las caras de los que le rodeaban, aumentaba más el suyo y su sensación de desvalidez. Seguía a su familia

[102] Barra de madera o hierro que se utiliza para cerrar puertas, introduciendo sus extremos en ambos lados del muro que la bordea en unos huecos practicados a tal efecto.

de acogida, de forma autómata. Buscaban un lugar donde esperar a que pasase lo que tuviese que pasar. Y lo hacían con la resignación de quien cree que, se hiciera lo que se hiciera, no iba a evitarse lo que *Yahvé* hubiera determinado. Sin un grito, sin una protesta. Cuando por fin encontraron un lugar, junto al torreón sur, los seis que formaban el grupo se sentaron apoyando sus espaldas sobre los sillares de la muralla.

Poco a poco, la explanada del castillo se fue llenando de gente que tomaba asiento. Al principio lo hacían junto a las murallas, luego, ocupando el centro de la explanada. Conforme el número aumentaba, la gente se apretaba más y más contra el que estaba a su lado. De pronto, el rabí comenzó el rezo de una oración, seguida por el resto. El murmullo monótono y acompasado del recitar de los salmos y oraciones, acompañado por los movimientos de cabeza de la gente, creaba una intensa atmósfera mística cargada de fervor y fe alcanzando el clímax en una imagen surrealista. El espectáculo desprendía tristeza y dolor.

El ayudante del alcaide, García Bardaxí, el escudero Martín Pérez, y Bernardo de San Martín sintieron una sensación de incomodidad ante lo que contemplaban sus ojos. El otro mesnadero, Pero de Aínsa, parecía complacido con lo que contemplaba desde lo alto del torreón. Sus tres compañeros lo miraron con cara de desagrado ante los comentarios que hacía. Desde su posición, García veía la explanada, al otro lado del río, donde los *pastorelli* se estaban agrupando y cuyo número aumentaba por momentos.

A la vista del número y de los gritos que se adivinaban en la distancia, su seguridad se tambaleó por momentos. Aquellas hordas no obedecían a nadie y nadie podía asegurar cuál sería su reacción. El mesnadero, Pero de Aínsa, debió de pensar lo mismo, porque bajó hasta la puerta por la que se accedía al torreón y la trancó convenientemente. Sin embargo no lo hizo para evitar que pudieran subir los *pastorelli*, sino para que no pudieran hacerlo los judíos, tratando de refugiarse en el interior de la torre.

Los que decidieron afrontar el riesgo de abandonar Montclús junto con sus familias, armados únicamente de valor y de una fe absoluta en el Creador, y una vez encomendados a Él, emprendieron el camino hacia diferentes destinos en los que tenían familia o amigos donde serían acogidos en aquellos momentos tan dramáticos para sus vidas. Sus destinos: Tierrantona, Capella, La Puebla de Castro, Monzón y Barbastro. Rezaban para que los *pastorelli* no transitaran por los mismos caminos. Otros se escondieron en cuevas y lugares cercanos a Montclús y los menos, se encastillaron en sus casas, creyendo que allí estarían más seguros. A todos ellos les esperaba un duro día.

Jacob Abensimuel, había cambiado sus ropas por otras más cómodas. Sobre el jubón, un tabardo con anchas mangas, adornado con una cenefa, confeccionado en paño tosco. Calzaba botines de cuero con calzas hasta la rodilla. Completaba el conjunto, un bonete que le cubría la cabeza. Su vestimenta le relacionaba más con un cristiano que con un judío, cosa que a él le pareció absolutamente conveniente dadas las circunstancias. Montaba un

caballo de pelaje oscuro de los llamados del norte, fuerte y resistente. Una vez que hubo sujetado firmemente a la silla la bolsa que contenía la *Torá*, se despidió del rabí y tras recibir sus bendiciones, emprendió camino de Barbastro. En sus oraciones pedía que los *pastorelli* no hubieran rebasado Montclús y tuviera el camino libre. Tenía por delante siete interminables leguas. Cuando ya se había alejado unas cuantas varas, volvió su mirada hacia atrás, sin poder evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos. Mentalmente se despidió nuevamente de su mujer, sus hijos y sus padres. Luego se volvió y exigió a su caballo un ligero trote. Esperaba llegar a Barbastro antes de que se hiciera noche, si todo salía bien y *Yahvé* tenía a bien concederle la dicha de poner a salvo la Torá.

Entre los cristianos de Montclús había actitudes encontradas sobre el tema de los judíos. Los que odiaban a los judíos les culpaban de todos los males. Por contra, los que no sentían animadversión convivían con ellos sin ningún problema. Y aunque los menos, había quienes protestaban por dejar a los judíos a merced de sus enemigos, sintiendo vergüenza ajena.

El Justicia del pueblo reunió a todos los vecinos en la iglesia de San Bartolomé. Quería pulsar la opinión del pueblo sobre qué actitud tomar. Les explicó que, según los informes que le habían llegado desde Aínsa, se trataba de un número de hombres cercano a los siete mil, y que al parecer venían siguiendo la llamada del rey de Aragón a una Cruzada contra los moros de Granada, por lo que se consideraban cruzados.

— Sin embargo, el principal problema lo representan los clérigos que los acompañan, que no hacen otra cosa que alimentar en sus almas el odio a moros y judíos a los que, según les arengan, hay que eliminar de este mundo —dijo—. Traen el ánimo completamente excitado, y aunque no van muy armados ni tienen organización, y no veo yo en que pueden ayudar al rey contra los moros, hay que considerar que siete mil locos, es un serio peligro para nosotros y para cualquiera. En Occitania realizaron auténticas carnicerías entre los judíos de las ciudades y los pueblos por los que pasaban, azuzados, como digo, por los clérigos del demonio. Y aquí podrían hacer lo mismo. El alcaide del castillo ha mandado emisarios a Barbastro y a Samitier para que nos envíen ayuda. Sin embargo, él mismo ha abandonado la fortaleza esta misma mañana dejando un retén de tan solo cuatro hombres. No lo entiendo.

— Pues está bien claro. No quiere tener que enfrentarse a esos hombres. Enfrentarse a cruzados en tiempo de cruzada, está penado con la excomunión. Y ante eso, ha preferido desaparecer — dijo uno que estaba en primera fila.

— Pero deja al pueblo indefenso. Si esa gente focaliza su ira hacia los que no sean judíos, nos podemos ver en dificultades —replicó el Justicia.

— Bueno, ¿y a nosotros qué nos importa lo que pase con esta gente? ¿Acaso, debemos pagar las consecuencias de su maldición? ¡Que utilicen su dinero para salvarse! —gritó otro.

Algunas voces se manifestaron en el mismo sentido y otras pedían un poco de sensatez. Pero en cualquier caso, les asustó el número de *pastorelli* acampados a pocas varas del municipio. Ante tan enorme número de personas armadas y ante un

cambio de intenciones, los allí presentes no tenían muchas opciones, y menos cuando la guarnición del castillo estaba fuera de su puesto. Maldijeron la inoportuna salida del alcaide dejándolos desamparados. Finalmente abandonaron en silencio la iglesia. Determinaron mantenerse al margen y no realizar ninguna acción para defender a sus vecinos judíos. Eran conscientes de que su actitud era vil y miserable. Pero la vida también era muy dura con ellos y no estaban en disposición de ser generosos con nadie. Y tal vez, menos que con nadie, con los judíos.

Jacob Abensimuel cabalgaba sin incidentes camino de Barbastro. Alternaba el galope con el trote y con el paso a fin de administrar las fuerzas de su caballo. Al medio día hizo un pequeño alto para tomar un poco de alimento. Tras un rato de descanso emprendió el camino. Calculaba que Barbastro quedaba cerca porque empezaba a reconocer el paisaje que tenía ante él. De repente, dos jinetes aparecieron en el camino, unas varas delante de él. El susto fue enorme. Sin embargo, se tranquilizó cuando vio que las ropas de aquellos hombres llevaban enseñas que indicaban su pertenencia a la mesnada de algún noble. En las gualdrapas de los caballos podían verse blasones con un león rampante de color rojo. Se dirigió hacia ellos mucho más tranquilo llevando al paso a su caballo. Cuando estaba a punto de llegar a su altura, por el rabillo del ojo, observó como otros jinetes hacían su aparición a su espalda. El que parecía dirigirlos, dio una orden a uno de los soldados que estaba a su lado, quien abandonó el camino rápidamente.

Bertrand de Cacus se dirigió hacia Jacob con el brazo en alto y la mano extendida.

— ¡Alto! –dijo.

Jacob detuvo su caballo frente a él.

— ¡Gracias a Dios que sois soldados! ¡Pensé por un momento que erais *pastorelli*!

— ¿Hacia dónde os dirigís? —preguntó Bertrand, sin hacerse eco del comentario.

— Hacia Barbastro. Mi nombre es Jacob Abensimuel y vengo de Montclús, a cuya comunidad hebrea pertenezco.

— Vuestras ropas no indican eso.

— No. Me las cambié. Pensé que dadas las circunstancias, me convenía cambiarlas. Desconocía si los *pastorelli* patrullarían ya por estos caminos.

— ¿Cómo está la situación en Montclús? — preguntó Bertrán.

— En estos momentos, lo desconozco. Pero hoy parte de mi comunidad se habrá encerrado en el castillo buscando la protección de sus fuertes murallas. Por cierto, su alcaide y la totalidad de la mesnada, menos cuatro, habían abandonado el castillo sin que nadie sepa su paradero. ¡Quiera Dios que pase todo esto como un mal sueño!

— ¿Y que hacéis tan lejos de los vuestros? — preguntó Bertrán.

— Poniendo a salvo el objeto más valioso de nuestra fe —dijo Jacob a la vez que daba una palmada sobre la bolsa que llevaba atada a la silla.

— ¿Y qué es?

— La *Tora*. No solo por su valor económico debido a los materiales en la que está construida, metales y maderas nobles y pieles finísimas, sino por su valor espiritual, cientos y cientos de veces superior a su valor económico. Así es para nosotros los hebreos. Voy a entregarla a nuestros hermanos de

esa ciudad para que nos la guarden hasta que pase toda esta pesadilla.

— Entregádmela. Nosotros la protegeremos y os la entregaremos en Barbastro. Pero antes tenemos que realizar un ajuste de cuentas. No hace mucho rato que hemos sido sorprendidos por un grupo de bandidos y han matado a dos de nuestros hombres. Cuando os hemos visto hemos pensado que erais uno de ellos.

El tono y lo directo de la petición cogió por sorpresa a Jacob. No esperaba verse en una situación semejante. Podía esperar un asalto o algún otro tipo de incidencia, pero no aquello. Incluso se alegró al verlos y comprobar que no eran bandidos ni *pastorelli*, dando por hecho que podría contar con la protección de aquellos hombres y que podría seguir el resto del viaje hasta Barbastro en su compañía.

— Pero... —comenzó a decir Jacob.

— ¿Acaso dudáis de nosotros y que no os lo vamos a devolver?

— No es eso, pero....

— Además deberemos comprobar que sois quien decís ser. Podríais ser un cristiano que se está aprovechando de la situación de los pobres judíos en Montclús. O incluso un *pastorelli*, ¿No os parece?

— ¿Pero cómo alguien va a hacer eso? —dijo Jacob.

— ¿Ah, no? ¿Y qué está ocurriendo en vuestro pueblo? ¿Cuánta ayuda estáis recibiendo de vuestros convecinos? Ved si es posible lo que yo os digo.

Jacob bajó la cabeza. Lentamente soltó las cuerdas que sujetaban la bolsa con la Tora y se la entregó a Bertrand de Cacus.

— Ahora seguid vuestro camino a Barbastro, y esperad nuestra llegada. Como máximo, mañana a medio día os devolveremos esta bolsa con su contenido intacto, en el castillo de los Entenza —dijo Bertrand.

Con rapidez, aquellos hombres desaparecieron de nuevo entre los árboles quedando Jacob solo con su zozobra. Incapaz de reaccionar, al cabo de un momento, golpeó los ijares de su caballo y el animal emprendió el camino hacia Barbastro. En su cabeza, se repetía una y otra vez la escena que acababa de vivir. Finalmente, decidió que no le quedaba otra opción que confiar en que aquel caballero cumpliera su palabra. Tal vez si Jacob hubiera observado el destello de codicia que asomó a los ojos de Bertrand cuando le entregó la bolsa, no sentiría ninguna confianza.

El primer grupo de *pastorelli* avistó el castillo de Montclús situado al otro lado del río, cuando las campanas de San Bartolomé tocaban a completas. Todavía había bastante luz en el cielo. Decidieron establecer su campamento en un lugar conocido como Plampalacios a una legua de su objetivo. Bien entrada la noche, se produjo la llegada del último grupo. *El Bastardo* organizó la distribución de la gente. Una vez que todos estuvieron ya asentados en la enorme explanada, se dedicó a estudiar el lugar que visitarían por la mañana.

Ya acampados, *El Bastardo* ordenó a sus ayudantes que reclamaran la atención de los demás, porque quería dirigirse a todos. Por fin, y no sin esfuerzo, pudieron lograr que la atención estuviera fijada en él haciéndose un profundo silencio. A su

lado, los diez clérigos reclamaban también que acallaran sus voces.

— *Dieu nos a ponut davant aquesta vila per nos proporcionar de riquesas a l'encòp que li servissèm en eliminant a herejes*[103]—dijo.

Un gran griterío recibió estas palabras, mientras se miraban entre ellos, dándose golpes de complicidad unos a otros.

— *Silenci!*[104] —gritó uno de los clérigos.

— *Deman al matin, totes los òmes seràn preparats amb las siás armas e escarrabilhats per partir*[105] —dijo *El Bastardo*.

Luego, tomó la palabra uno de los clérigos e inicio el rezo de un padre nuestro, procediendo a bendecir a toda aquella gente que, puesta de rodillas, recibió con fervor la bendición celestial. Tras el alimento espiritual, cada cual cenó lo que encontró en sus exiguas y exhaustas mochilas y tras hacerlo, se acostaron sobre el duro suelo. En sus sueños estaban convencidos de que el día siguiente les iba a deparar un futuro mejor.

Cuando la noche extendió su manto sobre todos los humanos de esta parte del mundo, los que estaban en el interior del castillo cerraron las puertas, y a falta de otra cosa, colocaron un árbol que habían cortado, en vez del desaparecido alamud. Pero las dimensiones no eran las adecuadas y por tanto su eficacia relativa. Aquello representaba más

[103] Dios nos ha puesto ante esta ciudad para proporcionarnos riquezas a la vez que le servimos eliminando a herejes

[104] ¡Silencio!

[105] Mañana por la mañana, todos los hombres estarán preparados con sus armas y listos para partir

una ilusión que una realidad. No resistiría muchos embates de los *pastorelli*. Nuevos rezos de salmos y cánticos llenaron Montclús de presagios de tragedia. Tal vez era su última noche en este mundo.

Capítulo 66

MONTCLÚS
BARBASTRO
Jueves, 3 de julio de 1320
Yawn al—Khamis, 25 de Jumada al—awwal 720
Yom Chamishi, 26 de Tammuz 5080

Desde muy temprano, comenzaron a sonar los cánticos procedentes del campamento de los *pastorelli* que terminaron de despertar a los pocos que en el interior del castillo habían podido conciliar el sueño, básicamente por agotamiento físico y psíquico, atemorizándoles más si cabía. Desde San Bartolomé llegaron los primeros tañidos de la hora prima. Con las campanadas, arreciaron los rezos y los cánticos realizados con mayor fervor y volumen. Se acercaba la hora. Fuera del castillo, en el interior de sus casas, los vecinos estaban sobrecogidos. Por un lado, los gritos de júbilo de los asaltantes y por otro, los lamentos de sus vecinos judíos en el interior del castillo, ambos tan dispares y contrapuestos, agitaban violentamente sus dormidas conciencias. Algunos comenzaron a rezar y otros no pudieron evitar que las lágrimas asomaran a sus ojos. No pintaba bien aquello. Muchos fueron los que echaron en falta a las tropas del rey y otros se alegraron de su ausencia. Sus perversas intenciones se veían así grandemente favorecidas.

Karin no pudo conciliar el sueño ni por un instante durante toda la noche. Con los ojos cerrados y escuchando los sonidos que se producían a su alrededor llegó a la conclusión de que nadie de los que allí se encontraban confiaba en salir bien de aquella situación, la cual, por otra parte, se le antojaba desesperada. Por enésima vez le vino al recuerdo, su querido Rodrigo, añorando su fuerza y la seguridad que le transmitía cuando estaban juntos. Le vino también el recuerdo de su ciudad natal, Barbastro y las relaciones de amistad existentes entre las tres comunidades. Aunque había excepciones, como ella podía atestiguar, estaba segura de que en Barbastro, sus vecinos no hubieran permitido aquello que estaba pasando en Montclús. Y el Rey, ¿Dónde estaba el Rey? Las *aljamas* judías eran de realengo, es decir, de su propiedad y por tanto, tenía la obligación de defenderlas. Hasta sus propios soldados habían desaparecido del Castillo, dejándolos a su suerte, haciendo desaparecer el *alamud* para que no se pudiera asegurar la puerta —¿Por qué tanto odio? —se preguntaba. Un nuevo alarido llegado desde el campamento de los *pastorelli*, la hizo estremecer de nuevo, acurrucándose instintivamente entre los brazos de Sara, la mujer del rabí.

Los diez clérigos que acompañaban a los atacantes, los iban reuniendo en grupos bastante numerosos y en encendidas charlas les arengaban y animaban a completar su obra de convertir a los herejes a la verdadera religión y en caso de negativa, eliminarlos. Les recordaban e insistían que el botín que obtuvieran estaba reconocido como lícito para los cruzados. Era el premio que Dios les concedía en este mundo junto con los beneficios espirituales del

cruzado para la vida venidera. Los gritos de alegría estallaban a intervalos a lo largo y ancho del campamento.

El Bastardo estaba acompañado de Pedro Sánchez. Mandó a varios hombres a recorrer el campamento para que los acampados se fueran agrupando en el centro de la campa donde se había fabricado un altar a base de piedras, en el que iban a celebrar misa los diez clérigos para, posteriormente, impartir las instrucciones que tenían que darles. Poco a poco, la ingente masa se fue acercando hacia el centro de la explanada. Cuando estuvieron todos agrupados alrededor del altar, cinco sacerdotes dieron comienzo a la misa que fue seguida con fervor por todos los presentes. Pedro Sánchez observaba en silencio la actitud respetuosa que tenía aquella gente ante el altar. Nadie lo diría viendo sus modales momentos antes. Paseó su vista por la muchedumbre y su impresión fue de lo más deplorable. Aquello no era ningún ejército ni nada parecido. Era una banda de gente desesperada y que tan solo necesitaban un leve gesto o indicación para seguir a quien fuera hasta el fin del mundo. "*carne de cañón*", pensó a modo de resumen. Cuando acabó la misa, *El Bastardo*, tomó la palabra.

— *Atietz! Atietz*![106] —gritó.

Poco a poco el rumor fue bajando de volumen, haciéndose finalmente el silencio.

— *Sèm trauessèrs e Dieu a ponut en lo nòstre camin la primièra pròva. Davant nosautres avèm una comunitat de herejes qu'aurem de sometre a la disciplina de Dieu lo nòstre Senhor. Malgrat aiçò, auretz de pas shordar als veritables crestians.*

[106] ¡Atended! ¡Atended!

Trasètz—los de los sieus madrigueras. Los nòstres clèrgues los sometràn al jutjament de Dieu! *E ara, seguissètz—me*![107] —terminó *El Bastardo*, iniciando el camino hacia el puente sobre el Cinca que daba paso a las primeras casas de Montclús. A su lado andaba Pedro Sánchez.

En Barbastro, la noche anterior, Juan Marqués había recibido la visita de Ramón de Selgua, una vez que el emisario que había llegado desde Montclús le había puesto en antecedentes sobre la llegada de los llamados *pastorelli* procedentes de la Occitania francesa. Por la mañana, la noticia había corrido de casa en casa, siendo general la preocupación de la invasión de gentes armadas procedentes del norte. Esa mañana le habían anunciado la visita de Juçef Abensimuel que venía acompañado de otra persona. Cuando llegó al salón de visitas, donde habían sido conducidos sus visitantes, pudo ver en sus semblantes la preocupación.

Juçef estaba acompañado por Jacob Abensimuel su hermano.

— Decidme, ¿en qué puedo ayudaros? –preguntó.

— Os presento a Jacob Abensimuel, mi hermano. Llegó ayer por la noche procedente de Montclús, con noticias aterradoras que el mismo os contará —dijo Juçef.

Juan Marqués les indicó con un gesto unos sillones para que tomaran asiento, cosa que hizo él

[107] Somos cruzados y Dios ha puesto en nuestro camino la primera prueba. Ante nosotros tenemos una comunidad de herejes que deberemos someter a la disciplina de Dios nuestro Señor. Sin embargo, no deberéis molestar a los verdaderos cristianos. ¡Sacadlos de sus madrigueras. Nuestros clérigos los someterán al juicio de Dios! ¡Y ahora, seguidme!

mismo. Antes pidió a su criada que trajera leche caliente con unos bollos.

— Decidme.

Jacob tomó la palabra.

— El día uno empezaron a llegar a Aínsa una serie de grupos procedentes del mediodía francés, más concretamente de la Occitania. Venían de distintos lugares y no tenían relación entre ellos. El número de hombres que los formaban era muy variable, desde unas decenas hasta un centenar. No tienen un jefe de grupo, sino que toman las decisiones en asamblea. Sus ropajes y armamento son absolutamente impropios, pues van con andrajos y portan palos, horcas y espadas y puñales, que en ocasiones llevan marcas de óxido.

— Mis informes me dicen que se consideran cruzados —dijo el Justicia.

— Si. Así es. Al parecer estos grupos tenían planeado acudir a una Cruzada que había convocado el rey de Francia. El caso es que esta cruzada fue desconvocada, pero acto seguido en las iglesias occitanas se comenzó a predicar por los clérigos una nueva cruzada que convocaba el rey de Aragón contra Granada.

— Eso tengo entendido. La realidad es que la llamada existió, pero nunca se convocó una Cruzada. En todo este asunto veo la mano de Aviñón —dijo Juan Marqués—. Es una forma de quitarse de encima el problema de estas gentes.

— El caso es que llegaron también noticias sobre sus actuaciones sobre las comunidades hebreas que nos preocuparon enormemente, hasta el punto que el *Rabi* de Montclús me pidió que pusiera a salvo la *Torá*, trayéndola a Barbastro para protegerla de esos salvajes —dijo Jacob.

— Es razonable —dijo el Justicia.

— Pero el caso es que cuando estaba llegando a Barbastro, fui interceptado por una mesnada que portaban un blasón en el que se veía un león rampante rojo...

— ¿León rampante rojo? —repitió el Justicia.

— Sí.

— Armañac. Son las mesnadas del Conde de Armañac. El martes llegaron aquí un grupo de unos trescientos hombres comandados por Bertrand de Cacus, Arnau Guillem de Armañac y Guillem Arnau de Pomiers, que venían a unirse a las fuerzas del Rey para la expedición contra Granada. Les comunicamos que había sido desconvocada la llamada debido a que la actitud del rey nazarí había cambiado. Ayer regresaron hacia Gascuña y son los que os encontrasteis, vos veníais y ellos volvían.

— ¿Cómo? —dijo Jacob, cambiándoles el color de la cara a los dos judíos, hecho que no pasó desapercibido para Juan Marqués.

— ¿Ocurre algo? —preguntó.

— Hicieron que les entregara la *Torá* por seguridad, porque me dijeron que habían visto un grupo de bandidos. Dijeron que venían a Barbastro, pero antes debían ajustar cuentas con ellos porque les habían matado dos hombres, y una vez que se hubieran ocupado de aquellos malhechores, nos veríamos en Barbastro.

— Perdonad que os diga, pero pecasteis de inocente. ¿Cómo se os ocurre entregar algo a unos desconocidos? —dijo el Justicia.

— Para vos es muy fácil decirlo. Pero os aseguro que en la forma de pedirlo había más de orden que de petición. Todo el mundo abusa de nosotros los judíos —dijo Jacob con un hilo de voz preñado de amargura infinita.

Juan Marqués sintió lástima por aquel hombre que tenía ante sí completamente destrozado. Por su ingenuidad, o miedo, había perdido el símbolo más querido de su fe. Algo que para un judío representaba el acto más abominable que podía realizarse. Aguardó unos segundos, mientras Juçef lo consolaba.

— Avisaré inmediatamente a Ramón de Selgua para que envíe algunos hombres detrás de esos menesterosos. Está visto que lo que viene del norte no es precisamente gente de honor. Ya hemos enviado mensajeros al Rey y al infante informándoles de la situación creada por estos indeseables de *pastorelli*.

Los dos judíos abandonaron la casa del Justicia, mientras éste se preparaba para ir a ver al Baile de los Entenza, Ramón de Selgua.

Vidal Comparat abrió la puerta de su casa a la que dos personas habían llamado. Puso cara de sorpresa cuando vio ante sí a los hermanos Abensimuel, a los que hizo pasar al interior de la vivienda. No le pasó desapercibida la expresión de sus rostros.

— ¿A qué debo esta visita tan de mañana? —dijo.

De forma entrecortada y con la voz alterada le fueron contando los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Montclús. A Vidal se le fue acelerando el corazón por momentos. Al poco de la llegada de los Abensimuel, hizo su aparición en la estancia Beatriz.

— ¿Que pasa Vidal? —dijo al ver el rostro de su marido.

— Jacob y Juçef nos traen terribles noticias de Montclús —dijo Vidal al borde del desmayo.

— ¿Ocurre algo? —se atrevió a preguntar Beatriz.

Jacob volvió a poner en antecedentes a la esposa de Vidal, quien profirió un grito y gracias a la rápida intervención de Vidal no dio con sus huesos en el suelo. El grito alertó al resto de habitantes de la casa, quienes se presentaron en la habitación a los pocos instantes.

— ¿Y nuestra hija corre peligro? —preguntó Beatriz.

— El mismo que toda la comunidad. Pero no debemos ser alarmistas. Esperemos que todo quede en un susto y no pase a mayores. Al fin y al cabo, atacarnos sería atacar al Rey y eso acarrearía graves consecuencias a esas gentes. Se lo pensarán antes de hacer algo irremediable —dijo Jacob, aunque en su interior sabía que eso era una excusa, para no pensar en hechos mucho más graves.

Abraham, Masha y Zacher, escuchaban horrorizados las palabras de los hermanos Abensimuel. Vidal no sabía qué hacer, o mejor dicho cómo hacer. Tenía claro que debía ir urgentemente a Montclús a buscar a su hija, pero ¿solo? Decidió ir hasta el castillo para ver a Ramón de Selgua y pedirle su ayuda para ir al rescate de su hija, pagando lo que le pidiera. Sin pensarlo más, comunicó a los presentes sus intenciones y salió a toda velocidad rumbo al castillo.

Por el camino, maldijo a los Abensimuel porque no le hubieran avisado de lo que estaba sucediendo en Montclús cuando Jacob llegó a Barbastro. Pero luego, pensó que tal vez estuviera exagerando el

peligro. Al fin y al cabo, Abensimuel había abandonado Montclús por seguridad y por la misma razón, la gente se iba a cobijar en el castillo, lugar seguro que les protegería de los ataques de aquellos indeseables, si es que se producían. Cuando llegó al portalón de la fortaleza, dos hombres hacían guardia. Les preguntó por el Alcaide, y le indicaron la armería donde lo encontrarían. Hacia allí se dirigió con paso decidido. La puerta estaba abierta y pasó al interior. Rodeado de tres soldados se encontraba Ramón de Selgua, dando instrucciones. Cuando vio a Vidal, se imaginó a lo que venía. Despidiendo a los tres hombres, se dirigió hacia Vidal.

— Buenos días Vidal. Me imagino a lo que vienes —le dijo.

— Por el asunto de Montclús —dijo a la vez que Ramón asentía con la cabeza.

— Mi hija Karin se encuentra en Montclús en casa del Rabino Samuel Fraym.

— ¿Qué? ¿Tu hija está en Montclús? —repitió Ramón.

— Y te vengo a rogar tu ayuda. Necesito ir allí a traerla, pero yo solo no puedo ir. Pagaré lo que sea necesario, lo que me pidas, pero te ruego que permitas que me acompañe un grupo de tus hombres.

Ramón se conmovió ante la petición de Vidal.

— Vidal, eso que me pides no está en mi mano dártelo. Precisamente estoy preparando gente para enfrentarnos a ellos, si como es previsible se encaminan hacia aquí camino de Teruel que es hacia donde se dirigen. Hemos enviado emisarios al rey para ponerlo en conocimiento de la presencia de estas fuerzas, que por otro lado no son tales, pues van armados con palos y horcas, en su mayoría y con

espadas herrumbrosas los menos. No sé qué decirte Vidal, acerca de su agresividad.

— Pero yo tengo que hacer algo —dijo Vidal.

— Lo comprendo. Y lamento no poder atender tu comprensible petición. Sin embargo, te diré que vamos a enviar patrullas para detectar su presencia en dirección Montclús hasta que los encontremos. En ese momento los mantendremos en constante vigilancia. De verdad que lo siento Vidal.

Vidal bajó la cabeza, y lentamente comenzó el regreso a su casa. Iba absorto en sus pensamientos, maldiciendo y maldiciéndose a sí mismo por haber enviado a su hija a aquel lugar, cuando una mano se posó sobre su hombre. Cuando se volvió, tenía ante sí a Rodrigo.

— Perdonad. ¿Es cierto que Karin está en Montclús? —le preguntó directamente con el rostro serio.

— Sí. Desgraciadamente.

— ¿Podéis prestarme un caballo? —preguntó Rodrigo.

— ¿Y para qué lo quieres Rodrigo?

— Voy a ir a por Karin a Montclús —dijo con firmeza el muchacho.

— ¿Tú? ¡Y yo te acompañaré! —dijo Vidal emocionado, sintiendo que se le abría el cielo a la vez que el más miserable de los padres.

— No creo conveniente que me acompañéis. Pensad en vuestra familia y en su seguridad. Pensad en el riesgo que correríais si por el camino nos encontráramos a esos mal nacidos de gascones —dijo Rodrigo—. No os preocupéis que yo la traeré sana y salva. Voy a mi casa a recoger unas cosas y estaré en la vuestra dentro de un rato. No hay tiempo que

perder —concluyó Rodrigo dando media vuelta y desapareciendo camino de su casa.

De regreso a casa de Vidal, éste le estaba esperando en la calle junto a su hijo Abraham. A su lado, dos magníficos caballos pertrechados completamente. En la puerta, su familia esperaba ansiosa la llegada del joven cristiano. Cuando llegó, Beatriz se abrazó a Rodrigo llorando, lo mismo que Masha y Zacher. Abraham se dirigió a Rodrigo con la emoción en la cara. Los dos amigos se abrazaron.

— Permitid que mi hijo Abraham os acompañe. Me sentiré más tranquilo si sois dos en vez de uno solo —dijo Vidal.

Rodrigo, comprendió que Abraham estaba decidido a acompañarle, vista la expresión de su rostro. Sin decir nada, con una agilidad que asombró a todos se encaramó en el caballo como un consumado jinete. Al hacerlo, pudo verse una espada árabe colgada al cinto junto con un puñal. Todos se miraron pero nadie dijo nada. Tras montar en los caballos, emprendieron la marcha sin más dilación camino de Montclús.

En Montclús, García Bardaxí, lugarteniente del alcaide García López de Ançano, Bernardo de Sanmartín, custodio y los escuderos Martín Pérez Navarro y Sancho Boltorina, eran los únicos soldados que se encontraban en el castillo. Situados en lo alto de la torre norte, observaban desde su privilegiada posición los movimientos de los *pastorelli*. Desde allí pudieron ver como aquella gente se ponía en marcha dirigiéndose hacia el puente sobre el Cinca y que les obligaba a estrechar sus columnas al paso por el mismo. Una vez rebasado, fueron tomando posición

a una cierta distancia frente a las primeras casas del pueblo. Conforme el número de *pastorelli* iba creciendo se iban extendiendo a lo ancho. Desde lo alto divisaron a uno de ellos que daba gritos y hacía aspavientos con los brazos por lo que dedujeron que era el que dirigía a aquella turba. Por sus gestos pudieron entender que daba instrucciones para establecer un cordón de vigilancia alrededor del pueblo y por ende del castillo, situado en lo alto del otero a cuya falda estaba situado el pueblo. Evidentemente, aquel energúmeno no quería que se escapase nadie. Pasó un buen rato hasta que terminaron todos de cruzar el puente y tomar posición. Por fin, el hombre que parecía tener el mando, sacó su espada, levantó el brazo, y dando un grito, bajó su brazo apuntando al frente a la vez que se ponía en marcha. Un enorme estallido salió de aquellas miles de gargantas, rompiendo el aire y llevando al interior del castillo, sonidos de muerte y tragedia.

Los más adelantados aceleraron el paso y penetraron en las primeras calles del pueblo. Se dirigieron directamente a la aljama judía. Blandían sus armas, consistentes en palos, horcas, espadas, lanzas y cuchillos en una heterogénea y esperpéntica panoplia de armas. Y gritaban como locos, corriendo sin saber adónde, tropezando unos con otros. Buscaban una cajita de madera en la jamba derecha de las puertas: se trataba de la *mezuzá* y en ella se introducía un pequeño trozo de pergamino en cuyo anverso están escritos dos pasajes del *Deuteronomio*. Por una abertura en la caja podía leerse la palabra *Shadday*, unos de los nombres bíblicos de Dios. En todas las puertas, en la jamba derecha podía verse la *mezuzá*. Sin lugar a dudas, allí vivían los judíos.

El primero que entró en el barrio judío, se detuvo ante una puerta durante un segundo. A continuación le dio una patada con el único resultado de salir rebotado y caer en medio de la calle entre las risas de sus compañeros. Cuatro de ellos, que portaban un gran tronco al que le habían atado dos cuerdas en sus extremos, a modo de cuatro asas que les servían para transportarlo y luego utilizarlo como ariete para derribar las puertas. Solo hicieron falta dos intentos para que aquella saltase de sus goznes y dejase el paso libre. Apenas se vino abajo, cuando cuatro de aquellos enfervorizados pasaron dentro dando aullidos y llamando a sus moradores. Al no encontrarlos comenzó la devastación y la rapiña. No dejaron títere con cabeza, ni caja ni armario por abrir. Todo fue inspeccionado por sus torpes manos. Ropas, utensilios, y todo aquello que les parecía que valía algo se lo apropiaban. Pero no aparecieron ni joyas ni oro. *« ¡Los muy cerdos lo habían escondido*!» clamaban.

La *aljama* fue tomada por la turba en una desenfrenada búsqueda de botín. Una a una fueron derribando las puertas de las casas. De pronto, unos gritos alertaron de que algo ocurría en alguna que estaba en una calle adyacente. Se trataba de un grupo de *pastorelli* que había encontrado en una vivienda, escondidos a sus dueños. Aquello atrajo a más individuos a presenciar la captura. Se trataba de un matrimonio y sus tres hijos. Los hallaron ocultos en la falsa. Los pusieron en medio de la calle, escupiéndoles y dedicándoles toda clase de insultos. Los niños lloraban abrazados a sus padres y el terror se reflejaba en sus caras. Al griterío acudieron dos clérigos que se hicieron cargo rápidamente de los

pobres judíos. Con las cruces en alto y recitando letanías en latín se dirigieron pomposamente hacia los temerosos y horrorizados judíos. Mientras unos miraban, otros se dedicaban al saqueo. Cada vez que se oían gritos y voces ponía de manifiesto la aparición de nuevas personas escondidas.

Los clérigos dieron orden de agrupar a todos los judíos encontrados junto a la fuente, en la plaza. Pronto el número de detenidos había ascendido a unas veinte personas, de las que más de la mitad eran ancianos y niños.

Conforme pasaba el tiempo, la desilusión por la falta de un botín que creían iba a ser enorme, provocó que la ira se fuese apoderando de los *pastorelli* comenzando a materializarse en una violencia desaforada al ver que apenas habían podido encontrar oro y dinero, dando por hecho que los judíos lo habían escondido en lugares desconocidos. La temperatura de la violencia iba subiendo varios grados conforme se iban asaltando domicilios sin obtener el premio esperado. Solo faltaba una pequeña chispa para que todo estallase. Y la chispa saltó. En una de las casas encontraron al dueño sentado tranquilamente en una cadiera, junto al fuego. No había nadie más dentro. Uno de los asaltantes, frustrado por no poder encontrar nada de valor, lo cogió por el cuello, poniéndole el cuchillo en la garganta.

— *Diga—me can! Ont gardas l'aur*?[108].

El hombre miraba al secuestrador a los ojos, sin manifestar miedo. Un caso inédito. Nuevamente el *pastorelli* le volvió a preguntar.

— *Parlar o te talhi lo còth! Ont o as amagat*?[109].

[108] ¡Dime perro! ¿Dónde guardas el oro?

El judío no respondió. Cerró los ojos y comenzó a entonar un salmo. Aquello sacó de sus cabales al verdugo, quien de un rápido movimiento le produjo un profundo corte en el cuello al anciano quien se desplomó lentamente mientras agarraba con sus manos las ropas de su asesino, quien pugnaba por zafarse de aquel abrazo. Tras un momento de desconcierto, una gran algarabía se extendió por todo el pueblo.

Mientras, los vecinos de Montclús asistían en sus casas en culposa actitud a esta orgía de dolor y violencia. Según la opinión que les merecían los judíos, sentían en sus almas el peso de la culpa en mayor o menor grado. Algunos se atrevieron a acercarse hasta la aljama, mezclándose entre ellos. Querían ver con sus propios ojos las riquezas inmensas que, según se decía, poseían. Su decepción fue parecida a la de los *pastorelli*. Sancho López de Boltaña, justicia de Montclús, recluido en su casa, maldecía una y mil veces al alcaide del castillo por su deserción. Daba por seguro que si hubiera estado presente aquella barbarie no se estaría produciendo.

El Bastardo, acompañado de Pedro Sánchez, entró en la Sinagoga. Se dirigió hacia el tabernáculo y miró en su interior. Lo que buscaba no pudo encontrarlo. Miró a su alrededor y no encontró la *Torá*. Colgando del techo, y delante del Tabernáculo, una enorme lámpara de plata iluminaba el *hejal*. En frente, una mesa o *tebá*, sostenía a cada lado dos *Menorás* de plata. Se apoderó de la lámpara y de los *Menorás* y los metió en un saco. Buscó por toda la Sinagoga, dando pequeños golpes en las paredes,

[109] ¡Habla o te corto el cuello! ¿Dónde lo has escondido?

escuchando el sonido devuelto, por ver si podía encontrar algún hueco donde hubieran podido esconder la *Torá*. Fue inútil.

— *A on l'auràn amagada aquestes malditos*?[110] — dijo *El Bastardo*.

— ¿Qué cosa? —preguntó Pedro.

— *La Torá. Es çò que más val*[111].

Salieron de la Sinagoga y se dirigieron hacia donde estaban retenidos los judíos que encontraron escondidos en sus casas durante el saqueo. Los clérigos habían habilitado la casa que quedaba enfrente de donde estaban los prisioneros. En su interior, éstos los atosigaban, sometiéndoles a tormento para arrancarles su conversión. La cuestión era bien sencilla. Solo tenían que renunciar a su fe y tomar el bautismo de buen grado. Después debían cambiar sus nombres por otros cristianos. Los iban introduciendo en la casa por familias, de forma que los hijos fueran testigos de lo que ocurría con sus padres. A los pequeños, los bautizaban y les imponían nuevos nombres. Los que se negaban, a aceptar el bautizo, eran degollados en presencia de sus propios hijos. Los que aceptaban eran puestos en libertad y se les permitía ir a sus casas que encontraban completamente destrozadas. Uno de los clérigos hacía las veces de escribano, tomando nota de los nombres de los recién bautizados junto al nuevo nombre impuesto. En las puerta, las *mezuzás* habían sido arrancadas y tiradas al suelo.

Rodrigo y Abraham cabalgaban exigiendo a sus caballos un trote vivo que de vez en cuando disminuían con el fin de dosificar las fuerzas de sus

[110] ¿Dónde la habrán escondido estos malditos?

[111] La Torá. Es lo que más vale.

monturas. No hablaban apenas y no pensaban parar a comer, pues todas sus energías y pensamientos estaban dedicados a llegar a su destino. Rodrigo apretaba los dientes y solo pedía a Dios que les permitiera llegar a tiempo. Solo le importaba verse al lado de su amada Karin y morir junto a ella si era preciso. De vez en cuando, comprobaba si Abraham seguía detrás de él aunque de no ser así, no estaba dispuesto a rebajar el ritmo de su montura. Hasta el momento, el camino lo habían encontrado absolutamente despejado y no se habían cruzado con alma viviente. Todavía quedaba lejos Montclús, pero la distancia disminuía a buen ritmo. Calculaban que hacia el atardecer llegarían a su destino.

En el interior del castillo, los gritos les llegaban nítidos y directos. Cada manifestación sonora de aquellos energúmenos, era como una flecha que se clavaba en su alma. Por el tono y el volumen de sus gritos, cada vez mayores, deducían que la rabia y el odio estaba subiendo de tono. Todos se preguntaban cuánto tiempo tardaría aquella gente en subir la empinada cuesta y entrar en donde ellos se encontraban. Desconocían lo que estaba sucediendo con los hermanos que habían decidido quedarse en sus casas y eso les atormentaba. Los cánticos y los rezos ocupaban su tiempo, preparándose para presentarse ante Dios.

Los cuatro soldados que desde su azotea estaban siendo testigos de todo aquello que se estaba fraguando, comenzaban a sentir asqueo. Desde su posición, podían ver cómo alguno de aquellos asesinos venidos del sur de Francia, llevaban cuerpos inertes que tiraban sin miramiento alguno en una huerta aledaña. Allá abajo, en el pueblo, se estaba

asesinando a aquella gente. Y no pudieron evitar sentir una profunda conmoción interna. Aquello no se lo esperaban de ninguna manera. Y empezaron a maldecir la hora en la que el alcaide les había ordenado que se quedaran en el castillo. Lo que en un principio les agradó, ahora les asfixiaba por ser testigos de una matanza indiscriminada.

Karin no lloraba, ni rezaba, ni pensaba en lo que podía pasar. Solo se lamentaba de que su familia la hubiera separado de ella y de Rodrigo, condenándola a aquel martirio aunque fuera de forma inconsciente. No creía merecer aquel destino. Ni ella ni los suyos. Por un momento, un destello de rabia interior le produjo un chispazo de rebelión ante un destino impuesto. Se levantó y miró a su alrededor y lo que vio la dejo abatida. Todos tenían la mirada baja, rezaban compulsivamente con un movimiento de delante hacia atrás y viceversa. Nadie se rebelaba. Un conformismo mortal que no entendía. Un destino que la arrastraba. Y ella no quería... no quería. Se dispuso a dar una vuelta porque necesitaba estirar las piernas. Los niños se abrazaban a sus padres y abuelos y cuando pasaba a su lado y les acariciaba la carita, le devolvían una mirada triste y vacía.

De pronto, a su izquierda, el sonido de un gran golpe dado con algo contra la puerta, coincidiendo con el estallido de un griterío ensordecedor a la vez que las dos enormes hojas de la entrada se abrían de par en par, puso de manifiesto que ya había llegado el momento por el que todos se preguntaban y temían: los *pastorelli* había roto los cerrojos y éstas habían cedido. El principio del fin había empezado.

Decenas de enloquecidos *pastorelli*, enarbolando sus espadas palos y cuchillos, profiriendo toda clase de gritos, se fueron abriendo paso entre los apiñados judíos, matando a los que tuvieron la mala suerte de encontrarse los primeros en su camino. Aquello, produjo un milagro casi imposible de creer: la masa humana que formaban los que estaban refugiados allí, se contrajo hasta niveles inverosímiles, dejando despejado el centro del patio de armas del castillo. Poco a poco, el griterío fue disminuyendo, coincidiendo con la llegada de los clérigos, cuyo aspecto era aterrador. Sus ropas estaban manchadas de sangre y sus miradas parecían propias de unos locos diabólicos, borrachos de sangre.

Se plantaron en medio del corro, y levantaron el brazo reclamando silencio. Lo primero que ordenaron fue que sacaran los cuerpos de los asesinados durante la tumultuosa entrada en el castillo. Luego, instalaron allí mismo una pila con agua e hicieron pasar uno a uno a todos los judíos. Se les preguntaba hasta tres veces si querían recibir el bautismo renunciando a su fe herética. Si se negaban, un enorme salvaje rebanaba su cuello y otros se lo llevaban dejando un reguero de sangre, cada vez más ostensible. A los niños, los bautizaban directamente y les ponían un nombre, siendo apartados y agrupados a un lado de la plaza. De todo ello, de los bautizos, se levantaba acta, acción que realizaba unos de los clérigos.

Karin yacía tendida en el suelo, con una profunda herida en su cuello. Tuvo la desgracia de encontrarse frente a la puerta justo en el momento de la irrupción de los *pastorelli*, siendo una de las primeras víctimas de los asesinos venidos del norte. Como los demás,

fue llevada al huerto donde se estaban depositando los cadáveres de los asesinados.

Las campanas de San Bartolomé tañeron a muerto. Lo estuvieron haciendo mientras al campanero le quedaron fuerzas para hacerlo. Era mediodía, y en Montclús yacían los cuerpos exánimes de cuarenta y dos judíos, abandonados en una huerta. Seis niños y niñas fueron bautizados y entregados al sacerdote de la Iglesia de Montclús para que les buscase familias cristianas que los adoptasen. Una veintena de casas pertenecientes a los judíos quedaron saqueadas y algunas medio destruidas debido a la demolición de la que fueron objeto, en la búsqueda obsesiva de los tesoros, a buen seguro escondidos por sus dueños. Y si como nada hubiera pasado, los *pastorelli* abandonaron el lugar siguiendo los pasos del otro grupo camino de Barbastro. En sus alforjas llevaban un exiguo botín consistente generalmente en objetos de uso cotidiano y algún que otro pequeño objeto de plata que encontraron en las casas judías, junto con la decepción de no haber encontrado el oro y las joyas en las cantidades que les habían prometido. En sus mentes y en sus corazones, la satisfacción del deber cumplido. Su alma, vacía hasta más no poder. Tan solo veintiún judíos habían sobrevivido. La mayoría porque se habían alojado en otros lugares al abrigo de amigos y familiares.

Cuando el último de los occitanos abandonó Montclús, sus habitantes comenzaron a salir de sus casas para contemplar el resultado de su cobardía. Hasta los más enemigos de los hebreos mantuvieron un apesadumbrado silencio. Ni ellos mismos, a la vista de aquella masacre, se creían capaces de desear

una cosa así. Los cuatro soldados en su atalaya lloraban en silencio. Sin decir nada, y como si hubieran recibido una orden, se levantaron y bajaron por las estrechas escaleras de caracol hasta llegar a la puerta de entrada a la misma. La abrieron y salieron con la cabeza baja. Apenas dos o tres vecinos andaban con el espanto reflejado en sus caras, siguiendo los regueros de sangre. Se miraron con los soldados y todos bajaron la mirada. Sus conciencias les reprochaban su actitud. Tras ellos, todos los judíos que se quedaron en Montclús, yacían muertos amontonados en una huerta. Ninguno de ellos aceptó ser bautizado. Los únicos que se salvaron fueron los que previamente se habían desplazado a otras poblaciones y los que escaparon al monte cercano durante la presencia de los *pastorelli* en el pueblo.

En la iglesia, Juan de Bailo, el párroco de San Bartolomé, tenía delante de si a los niños y niñas que le habían dejado a su cargo los clérigos occitanos, con el encargo de ser distribuidos entre las familias cristianas. Junto a los niños, le dejaron una lista con sus nombres judíos, y los nuevos que les habían sido impuestos. Aquella aberración, de la que sentía en su alma un profundo peso, le parecía la peor de todas. ¿Cómo iba a entregar un niño a otra familia, en caso de que sus padres hubiesen sobrevivido a la masacre? Su desesperación crecía por momentos. Acudió a los vecinos para tratar de colocar momentáneamente a los niños en casas para que fueran alimentados y durmieran bajo techo. Él no se podía hacer cargo por falta de recursos. Y aquellos niños necesitaban el cariño y el consuelo que les aliviase el profundo dolor que asomaba a sus caras.

Estaba oscureciendo cuando Rodrigo y Abraham, cruzaban el puente que les separaba de las primeras casas de Montclús. Un grupo de personas que se encontraban delante parecían mirar hacia un lugar que no alcanzaban a ver. A sentir su llegada, un par de ellos dirigió su mirada hacia los recién llegados. Bajaron de sus caballos y Rodrigo sintió un vuelco en su corazón, porque al hacerlo pudo ver unos pies en el suelo. Rápidamente se acercó al lugar y sintió cómo su sangre se helaba. Abraham no se había rezagado y entró al huerto al mismo tiempo que lo hizo Rodrigo. Ante ellos, y ocupando toda la extensión, los cuarenta y dos cadáveres habían sido colocados de forma ordenada, con los brazos sobre el pecho. Abraham vio rápidamente a su hermana que se encontraba en una esquina. Lanzando un alarido corrió llorando con los brazos abiertos hacia donde estaba ella. Rodrigo se dirigió también hacia donde estaba Karin. La gente de Montclús los observaba sin decir nada. Aquello era terrible y hasta en sus endurecidas almas se hizo un resquicio por el que penetró un asomo de caridad y calor humano. Los dos forasteros lloraban al lado de la muchacha de Barbastro. Abraham había tapado el rostro de su hermana con un paño, siguiendo la costumbre judía de cubrir los cadáveres como muestra de respeto. Rodrigo, se levantó y volvió su iracundo rostro hacia aquellos hombres.

— ¿Cómo habéis podido permitir que ocurriera esto? —les dijo— ¿Os consideraréis buenos cristianos después de esto? ¡Sois peores que los que los han asesinado! ¡Ojala, os pudráis todos en el infierno!

La gente se movió incómoda. ¿Que podían contestar ellos a eso? Nada. Poco a poco, fueron dando la vuelta, dejando a los dos jóvenes llorando.

Pasado un tiempo, Abraham Comparat, cogió a su hermana en brazos, y se dirigió a la judería, buscando alguna lugar donde lavar la cara de Karin, y prepararla para llevársela a Barbastro. Desde una de las casas, un hombre les hizo señas. Era uno de los que se había escondido en el monte cercano cuando vio llegar a los *pastorelli*. Una vez que hubo comprobado que se habían ido, volvió a su casa que encontró completamente revuelta. Había tenido suerte porque no le habían tirado las paredes. Cuando oyó los llantos de Rodrigo y de Abraham portando un cuerpo inerte, les brindó su casa para que realizaran las labores de asear el cuerpo de la muchacha. Les contó la terrible odisea que había vivido y cómo los vecinos los habían dejado a su suerte sin prestarles ningún tipo de ayuda.

Rodrigo sintió que una oleada de odio contra sus propios hermanos de fe le quemaba las entrañas. Le oprimía una terrible desazón al ver cómo el baldón de la deshonra había caído sobre su raza y credo. Judá, que así se llamaba el propietario de la casa, había traído una vela que colocaron a la altura de la cabeza de Karin. También cubrieron los jarrones y adornos con paños, ante la mirada agradecida de Abraham. Luego, ayudados por su mujer, lavaron el cuerpo y lo vistieron con un *tajrijim*[112]. A continuación, Judá comenzó a recitar las oraciones rituales acompañado de toda su familia. Durante toda la noche, Abraham y Rodrigo velaron a Karin y apenas aparecieran las primeras luces del día, emprenderían el camino de regreso hasta Barbastro, donde la enterrarían.

[112] Mortaja blanca

Poco a poco comenzaron a llegar otros que al igual de Judá, se habían escondido en las inmediaciones del pueblo. En total cuatro familias durmieron o se refugiaron en sus casas. El resto, se encontraban acogidos en hogares de familiares y amigos en pueblos distantes. Vivían con el alma encogida y la zozobra instalada en sus frágiles almas ante el desconocimiento de lo que estaba ocurriendo en Montclús con sus propiedades, vecinos y amigos.

La noche cayó finalmente sobre Montclús tendiendo su negro telón sobre los tejados de las casas de sus habitantes. En la judería, algunas casas mantuvieron la luz encendida toda la noche, mientras sus moradores trataban de ordenar y reparar lo que los bárbaros habían destruido. Los *pastorelli* habían abandonado la zona y se encaminaban hacia Barbastro, guiados por Pedro Sánchez Laçano, donde se reagruparían con el resto de *occitanos* que ya había salido hacia allí el día anterior.

Capítulo 67

BARBASTRO
Viernes, 4 de julio de 1320
Yawn al—Jumu'ah, 26 de Jumada al—awwal 720
Yom Shishi, 27 de Tammuz 5080

El Rey Jaime II recibía puntualmente los informes que le enviaba el Sobrejuntero de Ribagorza, Sobrarbe y los Valles, junto a los de otras poblaciones sobre las actuaciones de los *pastorelli* en Montclús. Con celeridad, ordenó que varios mensajeros partieran hacia las aljamas de Huesca, Lérida, Monzón, Barbastro con órdenes de acudir de inmediato hacia Montclús para ayudar a enterrar a los muertos, a la vez que escribía a su hijo, el infante Alfonso, para que tomara las oportunas medidas para proteger a moriscos y judíos de los ataques de las hordas occitanas. Así mismo, ordenó al Sobrejuntero de Ribagorza que hiciera llamamiento general a los pueblos de sus junterías para formar un grupo de soldados y que se dirigieran rápidamente a Barbastro y evitar que se volvieran a repetir los sucesos de Montclús. Sorprendentemente, también pidió que no se tomaran represalias contra los occitanos, pues se trataba de detenerlos en Barbastro y forzarlos a volver a su país, a la vez de que se les informaba que la concentración en Sarrión se había desconvocado. Pero bajo ningún concepto, debían de entrar en Barbastro.

Rodrigo y Abraham, ayudados por Judá y su mujer, envolvieron en lienzos el cuerpo de Karin, colocándolo en un carro que les prestó Judá. Con todo el dolor de su corazón emprendieron camino de regreso a Barbastro. Rodrigo se sentía vacío. Karin había perdido su vida, como consecuencia del amor que sentían el uno por el otro y que los prejuicios, la sinrazón y la intransigencia de las sociedades a las que pertenecían les habían conducido a aquella irreversible situación. Sintió rabia y asco. Por un momento odió a su familia y a la de Karin, pero luego pensó que también ellos eran víctimas de aquella situación cerril y cerrada que sus creencias religiosas les imponían. Dios no podía desear aquello. Ningún Dios de ninguna creencia. Si Dios era la definición de bondad, la culpa la tenían los que se apropiaban de la interpretación de lo que realmente representaba: los clérigos. Ellos ponían voz a lo que según ellos, Dios deseaba.

Abraham iba llorando. Su adorada hermana yacía sin vida en el carromato, víctima de unos desesperados asesinos, acuciados por clérigos exaltados y criminales. ¿Qué daño les había hecho su hermana? A su mente vino la razón por la que se encontraba en Montclús, y sintió pena y rabia. Miró de soslayo a Rodrigo quien cabalgaba a su lado de forma ausente, sin prisas, con la mirada perdida. Era la viva imagen de un hombre hundido, derrotado.

En estos y otros pensamientos andaban, cuando un grupo de hombres apareció frente a ellos. Rodrigo puso mano a su espada, presto a saltar sobre el primero que se le pusiera por delante. Al ver los emblemas de sus ropajes, un león rampante de color rojo, se tranquilizó. No eran *pastorelli*. Se hicieron a

un lado, para dejar pasar a aquel nutrido grupo de hombres, unos doscientos. Cuando se cruzaron, los que parecían comandar el grupo, se fijaron en lo que llevaba el carro. Sin decir nada, miraron a los dos jóvenes, y tan solo levantaron sus manos en señal de saludo. Uno de ellos llevaba atado a la silla un bulto envuelto en un paño de color carmesí. Cuando terminaron de pasar, Rodrigo y Abraham continuaron su camino.

La comunidad judía se encontraba reunida en la sinagoga. El terror se había apoderado de ellos y aunque tanto el Justicia como el resto de autoridades de Barbastro les habían asegurado su protección, no acaban de creérselo del todo. Jacob Abensimuel, les relató cómo los vecinos de Montclús los habían dejado completamente solos ante los *pastorelli*. A Barbastro ya habían llegado las noticias sobre la masacre y que en aquellos momentos se encaminaban hacia Barbastro con los ánimos exaltados debido a la falta de botín obtenido en aquella población. Tomó la palabra Açach Bubo, el primer adelantado de la aljama.

— Yo sería partidario de comprar la protección de los Jurados. Solo así podemos garantizar nuestra seguridad y no sé si del todo –dijo.

Sus palabras fueron recibidas con comentarios de aprobación. Algunos manifestaron reticencias, diciendo que los Justicias y las autoridades de Barbastro estaban obligadas a defenderlos, porque el rey así se les exigía. Además, el alcaide del castillo de los Entenza, les había dicho que quienes lo desearan, podían refugiarse en el interior del castillo para su seguridad, asegurando que no permitiría que se les hiciera daño. Ni a ellos ni a la comunidad mora. Sin

embargo, la actuación de los habitantes de la ciudad saqueada con respecto a sus vecinos hebreos, no les permitía confiar en las palabras de las autoridades. Estaban convencidos de que sería más efectivo garantizar esa protección mediante dinero.

— He hablado con Tolomeo Don Peyron, nuestro Baile, para que nos facilite el acceso a los jurados, porque, le he dicho que teníamos intención de donar dos o tres mil sueldos, para la reparación de la muralla y que si sobraba algo, lo emplearan en los gastos que ocasionaba el desplazamiento de un jurado a Aviñón, por el tema de la sede episcopal —dijo Açach.

— ¿Y qué te ha dicho? —pregunto alguien.

— Pues que él comunicaría a los Jurados nuestras intenciones, pero que estaba seguro de que nuestra iniciativa sería muy bien acogida.

— No me extraña —dijo otro con cierta sorna.

— El caso es que ya se han puesto en contacto conmigo, y tras asegurarme que su obligación es la de defender nuestras vidas y bienes, nos agradecían en nombre de la ciudad la donación para reparar la muralla. Sin embargo, para evitar malos entendidos y hacerlo todo legalmente, sería conveniente que lo hiciéramos en un documento público que el notario Juan Pérez Don Peyron redactaría.

— Lo tenían bien pensado —dijo Juçef Abensimuel.

— Naturalmente —añadió Açach.

— ¿Y qué cantidad debemos aportar?

— Tres mil sueldos —terminó Açach.

Vidal Comparat, asistía a la reunión únicamente de forma presencial, pues su pensamiento se encontraba muy lejos de allí, ocupado por su hija Karin, con el alma dolorida y atormentada por el

peso de la culpa que sentía por haberla enviado a Montclús. Malos presentimientos aceleraban su corazón y le secaban la boca y le producían un malestar general. Apenas podía centrarse en lo que allí se decía.

A última hora de la tarde, llegaron noticias de que en Naval se habían producido altercados en la morería producidos por un grupo de *pastorelli*. Sin embargo, la decidida acción de los habitantes, encerrando a los moros en el castillo, había evitado una desgracia mayor. Por otro lado, los primeros grupos de *occitanos*, se habían detectado a pocas leguas de Barbastro. El Justicia, Juan Marqués, ordenó a los judíos que se dispusieran a refugiarse en el castillo de los Entenza.

Juan Marqués ordenó a Gil de Bitoria, lugarteniente del Sobrejuntero, que junto con algunos jurados y un grupo de hombres, saliera al paso de los *pastorelli* y se les comunicara que la convocatoria para Granada había sido anulada y desconvocada y que se guardaran de entrar en la ciudad, y que una vez localizados, que los escoltaran hasta Barbastro para que acamparan en la explanada junto a los Frailes Menores, en la margen izquierda del río, y que allí se entrevistarían con las autoridades de la ciudad. Gil de Bitoria, salió de inmediato junto con un grupo de cuarenta hombres armados, entre los que se encontraban tres jurados que los acompañaban. También ordenó que se duplicaran los retenes de guardia en las puertas y que estas se cerraran tan pronto como fueran avistados.

Las noticias corrían con velocidad vertiginosa entre los pobladores de la ciudad. Pero al contrario que en Montclús y Aínsa, los barbastrenses no estaban dispuestos a dejar indefensos a los judíos, con los que les unía una buena relación de vecinos. Algunos, incluso, ofrecieron sus casas para acogerlos. A última hora, familias completas de judíos ascendían hacia el castillo. Sus casas quedaban cerradas y contaban con la protección de sus vecinos y autoridades. Los rumores indicaban que situados en la margen izquierda del río, junto a la iglesia de San Francisco, conocida como la de los frailes menores, se comenzaban a formar grandes grupos de *pastorelli*.

Juan Marqués, junto a los jurados y Gil de Bitoria, y un grupo de quince hombres, salían por la puerta del puente camino del campamento de los recién llegados. Todas las puertas de la ciudad habían sido cerradas y, por delante y tras ellas, contingentes de fuerzas aguardaban a intervenir por si los forasteros pretendieran forzarlas para pasar a la ciudad. Cruzaron el puente y se dirigieron directamente hacia los primeros acampados, preguntando por alguien que ostentase el mando. Entre todos, señalaron a uno, quien dijo llamarse Gilot de Pontesa, de profesión picapedrero. Tras presentarse, Juan Marqués inició la conversación.

— Tenemos entendido que venís a la llamada de una cruzada que ha convocado nuestro Rey Jaime II y el Papa Juan XXII. En primer lugar debo deciros que dicha cruzada nunca ha existido, aunque sí la convocatoria de nuestro rey, pero que ha sido desconvocada por haber desaparecido el motivo por el que fue realizado el llamamiento. Por tanto, es inútil que sigáis adelante, pues ya no hay tal

concentración ni en Sarrión ni en ningún otro lugar. Os recomiendo que en este punto y hora, volváis a vuestra tierra.

— Debo aclararos que aunque vengo con estas gentes, no formo parte ni de sus actividades ni de sus creencias. Tenéis razón al decir que creen que han sido convocados a una Cruzada, pues así se les explicó en sus pueblos de origen por los clérigos que nos acompañan.

— ¿Cuantos sois en total y desde donde venís? — preguntó el Justicia.

— En total partimos de la Occitania unos cinco mil. Una vez en Aínsa, el grupo se dividió en dos, unos tres mil que nos dirigimos directamente hacía Barbastro y unos dos mil que siguieron camino hacia Montclús. Pero debo deciros que algunos de estos, ya están también en Barbastro, pues el plan era reagruparse aquí —dijo Gilot.

— ¿Vienes de Montclús? —preguntó Gil de Bitoria al gascón.

— No. Yo vine con el grupo que partimos directamente hacia aquí.

— ¿Y en Naval, que ha ocurrido? Tenemos noticias de que ha habido incidentes con los moros del lugar —dijo Juan Marqués. Gilot de Pontesa, torció el gesto.

— En realidad no ha pasado nada. Algunos de estos hombres, aleccionados por algún clérigo han entrado en el pueblo pero no han encontrado a ningún sarraceno. Al parecer estaban todos encerrados en el castillo. Su alcaide les ha conminado a abandonar el lugar bajo amenazas de tomar represalias. Algunos han causado algún destrozo, pero sin pasar a mayores. Entre estas gentes hay clérigos que excitan en exceso el celo religioso de estas pobres gentes —dijo Gilot.

— Pues en Montclús, tenemos noticias de que han asesinado a la mayoría de los judíos de la población —dijo el lugarteniente.

— Desconocía ese hecho. Y lo lamento.

— Bien. Es necesario que acampéis en este lugar, hasta que mañana, podamos decidir cuál es el camino que deberéis seguir para volver a vuestra tierra. Os suministraremos los víveres que necesitéis, y os abstendréis de entrar en el pueblo. Mañana por la mañana, nos volveremos a ver para determinar lo que os hemos dicho. Informa a toda esta gente de lo que te acabamos de decir. Esperamos que no haya incidentes con cristianos, moros ni judíos Entonces, según decís, no formáis parte de estas gentes. ¿Podéis decirme quien, pues, dirige y gobierna a estos hombres? —dijo Juan Marqués.

— Es uno que llaman *El Bastardo*, y que todavía no ha llegado. Fue dirigiendo a los que se fueron a Montclús. Si volvéis más tarde, podréis hablar con él directamente.

Los de Barbastro subieron a sus caballos y dando media vuelta enfilaron el camino de vuelta a la ciudad. Gilot de Pontesa se dirigió a los que se agruparon a su alrededor explicándoles lo que las autoridades de Barbastro le habían dicho. Una vez en el interior de la ciudad, y con las puertas cerradas tras de ellos, Juan Marqués, dio las oportunas órdenes para establecer puntos de vigilancia, tanto en las almenas como en la orilla derecha del río. Se trataba de estar atentos a los movimientos de los *pastorelli* al otro lado del río. Debían avisarle de cualquier novedad o modificación de la conducta de aquella cada vez más numerosa horda. Luego se reunió con Ramón de Selgua en el Castillo de los

Entenza, donde se encontraban encerrados los judíos.

Pedro Ortiz de Pisa, Sobrejuntero de Ribagorza, había ordenado a los pueblos de la zona la formación de mesnadas bajo su mando para acompañar a los *pastorelli* que habían asaltado Montclús en su camino hacia Barbastro, en evitación de males mayores. Sin embargo, apenas pudo contar con treinta hombres pues la mayoría de los pueblos se negaron a aportar los hombres y armas necesarios, o bien hicieron oídos sordos a la petición. De esta forma, los *pastorelli* se fueron aproximando hacia Barbastro seguidos de cerca por los hombres de Pedro Ortiz sin que transcurrieran más incidentes. A algunas leguas de los grupos más rezagados, Abraham y Rodrigo seguían la misma ruta.

Capítulo 68

BARBASTRO
Sábado, 5 de julio de 1320
Yawn as—Sabt, 27 de Jumada al—awwal 720
Yom Sabbat, 28 de Tammuz 5080

Con las primeras luces del día, se hizo visible el gran número de occitanos acampados a las puertas de Barbastro. Según el recuento de Gil de Bitoria, estaría cercano a los cinco mil hombres. Tal y como les había informado la noche anterior, el gascón Gilot de Pontesa.

Juan Marqués, acompañado de Gil de Bitoria, Ramón de Selgua y veinte soldados, se acercaron nuevamente al campamento de los *Pastorelli*. En esta ocasión, fueron atendidos por *El Bastardo* quien acompañado de un clérigo, se dirigió hacia la comitiva que se acercaba. Pedro Sánchez y Juan de Pisa, observaban todo a una cierta distancia.

— ¿Sois vos quien dirige a esta gente? —preguntó Juan Marqués.

— Sí. Yo soy.

— ¿Sois conocedor de que se ha desconvocado el llamamiento de Sarrión?

— Sí, eso me han dicho –dijo.

— Bien, en ese caso debo deciros que por orden de nuestro rey Jaime II, debo invitaros a que nos entreguéis vuestras armas y emprendáis el camino de regreso a vuestra tierra. No obstante, y hasta que eso

se haga efectivo, os venderemos los alimentos que necesitéis y os abstendréis de entrar en la ciudad. Si es necesario, os suministraremos guías para que realicéis el camino de vuelta. Por otro lado, ha llegado a nuestro conocimiento ciertos desmanes en la población de Montclús, donde han sido asesinados un gran número de judíos. Me temo que tendrán que intervenir los jueces hasta esclarecer las culpabilidades de quienes han realizado tales acciones.

El Bastardo, escuchaba con rostro impávido los comentarios del Justicia. Sin embargo, era muy consciente de que su situación era muy débil, pues poco o nada podría hacer contra un grupo de hombres perfectamente pertrechado y con experiencia, frente a aquellos desarrapados que comandaba. Sin embargo, el clérigo no parecía sostener la misma opinión, a tenor de lo que expresaba su cara.

— ¡Dios nos ha encargado la misión de eliminar a los herejes de la faz de la tierra! —dijo en tono colérico—. Hemos cumplido con el mandato divino de bautizar a los infieles, y eliminar a los contumaces. No podéis achacarnos ninguna culpabilidad por nuestras acciones.

— Frey, no tengo ningún interés en discutir con vos acerca de esa misión de la que habláis. Tan solo os diré que en todos los territorios de la Corona de Aragón, los judíos son propiedad del Rey, y sin haberos encomendado a Dios o al Diablo, habéis atentado contra la propiedad real, y eso, frey, entra de lleno en la jurisdicción de la justicia real —dijo Juan Marqués, molesto con el tono empleado por el clérigo.

— ¡Protestaré ante el Papa por este trato ignominioso del que estamos siendo objeto! —dijo.

— Protestad ante quien consideréis oportuno — dijo, y dirigiéndose a *El Bastardo*—: De momento, deberéis entregar las armas de las que nos haremos cargo. Y en cuanto a los víveres, haced una lista de lo que necesitéis y que un máximo de seis hombres, provistos de un carro, se acerquen a la puerta de la ciudad donde podrán adquirir las viandas. Esto es todo por el momento.

— Así lo haremos —dijo *El Bastardo*.

Juan Marqués se volvió, dando por finalizada la conversación, y al hacerlo vio a cierta distancia a Pedro Sánchez y a Juan de Pisa. La sangre se le heló en las venas. ¿Qué hacían allí con esta gente? Era lo último que podía esperar ver, a Pedro y a Juan en animada charla con aquellos menesterosos criminales.

Mientras, Gil de Bitoria, se dispuso a organizar la entrega de las armas. Por la mañana, habían llegado sendos mensajeros con instrucciones del Rey y del infante Alfonso. Una vez desarmados, se les debía convencer para que iniciaran el camino de regreso, siendo custodiados y acompañados en su camino de regreso por las mesnadas de los sobrejunteros, no sin antes haber investigado quienes habían participado en los actos de Montclús, separándolos del resto. También deberían ser interrogados el mayor número de *pastorelli* posible para delimitar responsabilidades, además de recuperar las propiedades robadas a los judíos de Montclús. Se debería detener a todo aquel que portase algo que no pudiera demostrar su pertenencia o fuera sospechoso de proceder del saqueo. Por otro lado se prohibía a

los naturales, comprar algo a aquella gente que fuera propiedad de los hebreos. Antes bien, se les debería quitar y detener en el acto.

En el castillo de los Entenza, los judíos asistían en silencio al paso del tiempo. Temían enormemente por sus vidas a pesar de las constantes y reiteradas afirmaciones de los jurados y autoridades de atender a la protección de sus bienes y de sus vidas. Sin embargo, no acababan de creer lo que se les decía. Y no era de extrañar, porque algunos jurados les preguntaron sobre la Comanda de Pago que habían ofrecido para las obras de las murallas de la ciudad. Imaginaban, y dadas las circunstancias, no sin razón, que sus vidas dependían de aquel documento.

Açach Bubo, se había reunido con el notario Juan Pérez Don Peyron, que además de notario, era el escribano de los jurados, y le había mostrado el documento siguiendo, según le dijo, las normas que le habían dado. La provisión de tres mil sueldos se haría a favor de tres vecinos de Barbastro, Guillermo Arnal de San Esteban, García Coscoylan y Guillermo de Na Glorieta y según se indicaba en la Carta, debían ser empleados para cerrar y reparar las puertas y muros de las murallas de Barbastro o en aquellos lugares en los que hiciera falta una reparación. Quedaba pendiente de su firma, para cuando fuera posible que los judíos abandonaran el castillo y volver a sus domicilios.

Abraham y Rodrigo llegaron a Barbastro siguiendo el camino que era conocido como el camino de Monzón. Siguieron el curso del Cinca, hasta el punto en que el camino se bifurcaba en dos, uno que se dirigía a Monzón y el otro a Barbastro.

Conforme se acercaban comenzaron a escuchar ruido de voces y gritos que procedía del campamento de los *pastorelli* en la orilla opuesta por la que ellos venían del río Merder. A Rodrigo se le revolvió el estómago e instintivamente echo mano a su espada. Abraham que lo vio, puso su mano sobre la de Rodrigo, rogándole con la mirada que desistiera de aquella idea. Retiró su mano de la empuñadura y bajó su cabeza. Los que hacían guardia reconocieron a Rodrigo y a Abraham, preguntándoles por lo que traían en el carro. Cuando satisficieron su curiosidad, los soldados se retiraron respetuosamente a la vez que daban unas palmadas en los hombros de los dos jóvenes. Entraron por la calle Mayor dirigiéndose directamente hacia la judería que se encontraba al pie del castillo de los Entenza. Cuando llegaron vieron que todas las casas estaban cerradas. Algunos vecinos que pasaban por allí, les explicaron que todos los judíos se habían resguardado en el castillo por orden del Justicia. Abraham le pidió a Rodrigo que se quedara vigilando el carro y los caballos, mientras él iba en busca de su familia. Mientras Abraham subía la cuesta hacia el castillo, Rodrigo se sentó en el suelo y hundió su cabeza entre sus manos, sin poder reprimir unos sollozos irrefrenables.

Así lo encontraron los Comparat cuando bajaban la cuesta dando gritos y llorando. Con ellos venía también su vecino Açach Bubo y el rabino Eleazar Leví. Entre todos ellos, tomaron el cadáver de Karin y lo introdujeron en casa. Beatriz se abrazó a un Rodrigo desconsolado, tratando de serenarlo.

— ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdonadnos! —repetía Beatriz en voz baja.

Todos entraron en la casa de los Comparat. Rodrigo se quedó fuera, sin saber qué hacer. Por un lado, deseaba ir al campamento de los *pastorelli* y tomar por su propia mano cumplida venganza matando a cuantos pudiera. Por otro, no quería separarse de su Karin. Abraham salió y cogiéndolo del brazo lo introdujo en la casa.

En la sala principal habían instalado un túmulo donde habían depositado el cuerpo de Karin. Dado que la *Tahará*[113] ya se había realizado en Montclús en casa de Judá, únicamente le habían cambiado la mortaja poniéndole otra nueva. A la cabecera de Karin, una vela encendida iluminaba la estancia, donde podían verse tapados los jarrones y los pocos objetos de adorno que había. Tan solo estaban presentes Vidal, Beatriz, Abraham, Masha y Zacher. A su lado, Açach Bubo y el rabino Eleazar Leví. Junto a ellos, y situado en un rincón, Rodrigo. El rabino inicio el *Tziduk Hadin* para posteriormente dirigir a todos los presentes unas reflexiones sobre la muerte. Luego habló de Karin con lágrimas en los ojos, recordando su carácter alegre y dulce. Cuando terminó, los cuatro miembros de la familia Comparat, rasgaron sus vestiduras por el lado derecho. Rodrigo asistía a un entierro judío por primera vez en su vida y estuvo tentado en hacer lo propio, pero pensó que él estaría excusado de realizar aquello al no ser judío.

Algunos vecinos se fueron acercando a casa de los Comparat. Mahoma Avintarí, también se presentó, colocándose junto a Rodrigo en un rincón. De nuevo el rabino inició una nueva oración, *Male Rajamin*, para terminar recitando el *Kadish*. Terminados

[113] Ritual judío que consiste en el lavado del cuerpo.

aquellos ritos, colocaron a Karin sobre un ataúd que cerraron, y se dispusieron para ir al cementerio judío, junto a la judería. Por el camino, las pocas gentes con las que se cruzaron miraban con pena a los que iban en la comitiva, deteniéndose respetuosamente a su paso. La noticia de los sucesos de Montclús y la llegada de Abraham y Rodrigo portando el cadáver de Karin se había propagado de boca en boca por toda la ciudad.

En el cementerio, una fosa recién excavada indicaba el lugar donde iba a ser enterrada Karin. Sacaron su cuerpo de la caja y lo depositaron con sumo cuidado directamente sobre la tierra en el fondo de la fosa. Uno a uno, todos los presentes fueron tomando la pala arrojando una palada de tierra, dejándola en el suelo de donde la recogía el siguiente. Una vez que hubieron pasado todos, incluido Rodrigo que no pudo evitar un sollozo, Vidal, puso encima de la tierra una piedra. A la salida, se lavaron las manos en una jofaina como exigía el ritual y bajo un sobrecogedor silencio volvieron a casa. Los Comparat, regresaron al interior del castillo. Rodrigo se fue a su casa, donde le esperaban preocupados por su ausencia durante dos días.

Junto a la iglesia de los frailes menores, las autoridades de Barbastro negociaban con los *pastorelli* su retirada. Siguiendo las órdenes del infante Alfonso, los fueron fragmentando en grupos no muy numerosos, con el fin de que en caso necesario fuera posible controlarlos más fácilmente, dirigiéndolos hacia Huesca, camino de regreso a sus lugares de origen.

Cada cierto tiempo, un nuevo grupo emprendía el viaje de regreso, acompañados por soldados del infante. A todos se les había provisto de alimentos que pagaron a cambio de alguna prenda u objeto que llevaban o con dinero, generalmente torneses de plata y esterlinas de vellón e incluso, sueldos y dineros cambiados en Aínsa. Algunos vendían ropas y objetos a los ciudadanos de Barbastro que se habían acercado hasta el campamento, movidos por la curiosidad y la posibilidad de adquirir algo a buen precio. Sin embargo, los Jurados vigilaban constantemente aunque no podían evitar que alguna transacción se llevase a efecto. Cuando veían algunos objetos y ropas que por su apariencia pudieran pertenecer a los judíos de Montclús, les eran confiscadas sin muchos miramientos, a pesar de las protestas, en algún caso airadas, de los afectados. Algunos *pastorelli* se aventuraron a pasar a la ciudad, ante la disimulada indiferencia de los soldados que vigilaban las puertas, siempre que lo hicieran en grupos como máximo de tres personas.

En todo momento, los gascones estuvieron controlados por los soldados y jurados, por lo que no hubo incidentes entre locales y visitantes, ni dentro ni fuera de la ciudad. Las tropas y autoridades, realizaron detenciones entre los *pastorelli*. Muchos de ellos hacían gala de sus actuaciones en Montclús y por ello, siguiendo las instrucciones dadas por el rey y el infante, eran detenidos para ser juzgados por sus delitos. Otros fueron también retenidos al portar objetos, ropa y enseres que claramente correspondían a hogares judíos, hasta el momento de que pudieran aclarar el origen de los mismos.

En total, más de trescientos *pastorelli*, fueron apresados y conducidos a las mazmorras de Barbastro, donde permanecían hacinados. Algunos de los clérigos que los acompañaban, también fueron retenidos y conducidos con los *occitanos*, al renunciar a la oferta de las autoridades de Barbastro, de recluirse en la iglesia de los frailes junto a los clérigos que vivían en la iglesia. Las órdenes recibidas exigían un trato correcto a los detenidos, sin que fueran víctimas de vejaciones ni de agresiones por parte de soldados ni vecinos.

En Barbastro, fueron recibidos fríamente, con desconfianza, sin que se llegara a manifestar hostilidad alguna contra los visitantes. A excepción claro, de los judíos que asistían horrorizados a la presencia, a las puertas de la ciudad, de los cinco mil *pastorelli*, cuyo bullicio formado por cánticos y gritos metía el miedo en sus corazones.

Capítulo 69

BARBASTRO
Domingo, 6 de julio de 1320
Yawn al—Ahad, 28 de Jumada al—awwal 720
Yom Rishon, 29 de Tammuz 5080

Las autoridades de Barbastro se dirigieron a los judíos que se encontraban en el interior del castillo asegurándoles que sus vidas no corrían peligro y que tenían la situación perfectamente controlada, por lo que les animaban a abandonar el castillo y que regresaran a sus casas. Sin embargo, el terror que les atenazaba por las historias que se contaban sobre lo ocurrido en Montclús, les hacía desconfiar grandemente, negándose algunos a salir de la seguridad del castillo, en tanto en cuanto siguiese habiendo *occitanos* en las inmediaciones de la ciudad.

Finalmente, las autoridades desistieron de su intento, esperando que la incomodidad y las penalidades de su estancia en el castillo, durmiendo a la intemperie y no disponiendo de las comodidades del hogar, hiciera su labor de zapa y con el paso de las horas se fueran a sus hogares voluntariamente.

El Consejo de la *aljama*, estaba reunido junto a una de las puertas del castillo, un tanto separados del resto. Jacob Abensimuel tomó la palabra.

— Como sabéis, vivo en Montclús. El rabino Samuel Fraym me ordenó que pusiera a salvo la *Torá*, pidiéndome que la trajera a casa de mi hermano en Barbastro. Desgraciadamente por el camino tuve la desdicha de encontrarme con gente armada, que según me han informado posteriormente eran caballeros gascones, en realidad unos rufianes como esos que se hacen llamar *pastorelli*. El caso es que me obligaron a entregarles la *Tora*, con la excusa de que durante el camino, habían visto a grupos de compatriotas suyos que se dirigían hacia Barbastro y que de encontrarme con ellos, a buen seguro que me la robarían. Ellos se comprometían a entregármela en Barbastro. La verdad es que fui un bobo, porque creí que iban de buena fe. La cuestión es que quiero pediros que nos ayudéis a recuperar la *Torá*. Nosotros correremos con los gastos. Los que sean necesarios.

Todos escuchaban atentamente moviendo sus cabezas. Juçef, el hermano de Jacob se dirigió a todos los presentes.

— He contactado con uno de los Jurados y le he propuesto la entrega de 2000 sueldos para repartir entre ellos, para que intenten recuperar la *Torá*. Se ha mostrado interesado en el asunto, y me ha dicho que hablaría con alguien para que antes de que aquellos gascones pasasen los Pirineos, pudieran ser alcanzados y se les exigiese la devolución de la *Torá*, pero para que todo fuera más eficiente, sería necesario que se pagase esa cantidad por adelantado.

— ¿Es necesario hacer ese desembolso? — preguntó Vidal—. Quiero decir, ¿antes de que recuperen la *Torá*?

— Por lo visto sí. Ya sé que es su obligación. Somos propiedad real y su obligación es defender

nuestras vidas y propiedades. Pagamos tributos al rey y a la ciudad. Y no precisamente pocos —dijo otro.

— Sí. Pero también debía haber ocurrido eso mismo en Montclús, y sin embargo, no movieron un dedo en defensa de nuestros hermanos. Antes bien, los hubo que colaboraron en los asesinatos — respondió Juçef, ante las muestras nerviosas de asentimiento del resto.

— No se hable más. Entonces, ¿Qué quieres que hagamos nosotros? –dijo Vidal.

— Simplemente que les recordéis a los Jurados su promesa y estéis al tanto de sus progresos. Otra cosa, no se puede hacer.

Todos dieron su conformidad.

Muy de mañana, Rodrigo salió camino del campamento de los *pastorelli*. Saludó a los guardias de la puerta y cruzó el puente que conectaba las dos orillas del río Merder, casi frente por frente con la iglesia de los frailes menores. No había podido dormir en toda la noche y el odio que llevaba en su interior se vislumbraba en su mirada. Una vez cruzado el puente, se dirigió lentamente hacia el campamento de los fanáticos venidos desde el sur francés. Numerosos fuegos en los que se cocinaba coles y patatas impregnaba con su característico olor toda la campa. Tal vez porque su mente estuviera predispuesta y obcecada, solo veía ante sí a una muchedumbre de verdadera chusma. Desharrapados, vestidos de cualquier forma, descalzos, o en cualquier caso, con zapatillas o botines rotos y agujereados. Caras con bocas desdentadas que lo miraban al pasar, y que Rodrigo, desafiante, les sostenía la mirada con la mano

derecha bajo su chaleco, agarrando con fuerza la empuñadura de su espada, presta a desenvainarla al menor movimiento sospechoso o a la menor provocación real o figurada. Tal era, el odio que sentía por toda aquella gente, a sus ojos inmunda.

Circuló en silencio mirando a aquellos desgraciados y no tardó mucho en darse cuenta de su extrema miseria. Los niños que les acompañaban se agrupaban en torno a unos cuencos en los que había un caldo oscuro y asomaba algún trozo de patata o nabo, junto con algún trozo de col. Vestidos con harapos con los que trataban de protegerse del frío y que apenas lo lograban según atestiguaban sus amoratados labios y los sabañones de sus pies y manos. La higiene brillaba por su ausencia y la organización del campamento, inexistente. Hacían sus necesidades donde les cogía la urgencia, a la vista de todos. Ni siquiera habían establecido un lugar para ello, alejado de las personas. Allí se encontraban acampadas multitud de víctimas de la hambruna que comenzaba a instalarse en Europa, quienes desesperadas, se habían lanzado a aquella locura de las Cruzadas instigados por clérigos alucinados, en un intento desesperado por sobrevivir.

Conforme iba recorriendo el campamento, notó que su ira iba bajando algunos grados. Bien mirado, y a la vista de aquella prole anárquica, le parecía imposible imaginarse a aquella gente realizando los crímenes de Montclús. Sus armas, si es que podían llamarse así, consistían en palos y alguna que otra espada oxidada y mellada, casi del tiempo de los romanos. Parecían más bien un grupo de agricultores, en busca de comida o campos en los que cultivar, que unos crueles asesinos. Se encaminó

hacia un grupo sentado en el suelo, alrededor de uno, que según le pareció llevaba hábitos de monje.

Conforme se acercaba y le llegaban con mayor claridad el tono con el que pronunciaba las palabras que dirigía a quienes congregaba a su alrededor, creció su certeza de que tenía delante de sí a uno de los instigadores de la matanza de Montclús. Aquel monje, de baja estatura, de cabeza rapada y de mirada afilada y dura, les hablaba, mejor dicho, les gritaba en una lengua desconocida para él.

Tras escuchar atentamente durante un rato, comenzó a coger palabras sueltas, pues lo que oía le sonaba parecido a lo que hablaban en algunas poblaciones cercanas a Barbastro. Finalmente le pareció entender que los animaba a eliminar de la faz de la tierra a todos los infieles, ya fueran moros o judíos. Los que le escuchaban lo hacían embobados. En silencio. De vez en cuando asentían y daban exclamaciones de conformidad. Se quedó un rato escuchando lo que decía aquel exaltado hasta que no pudo más. Comenzaba a sentir dolor en su mano derecha de tanto apretar la empuñadora de su espada, en una pugna interior por liberarla de su vaina y acabar con aquel agitador.

Decidió volver a Barbastro, a la vez que lanzaba una última mirada sobre el campamento. A lo lejos, vio otro grupo de hombres que desde luego, ni sus portes, ropajes ni armas, encajaban en aquella tropa de gentes desharrapadas. Movido por la curiosidad, dirigió sus pasos hacia aquel grupo. Se acercó con cautela, y conforme se iba aproximando, reconoció a uno de ellos. Era Pedro Sánchez. ¿Qué podía hacer aquel hombre en el campamento de los franceses? A

su lado, un hombre gesticulaba y por su relación con los demás parecía ser el Jefe de aquella manada de lobos zarrapastrosos. Hablaban sin gritar, señalando de vez en cuando con la mano hacia alguna dirección. Se mantuvo cerca del grupo por si podía captar algo de lo que hablaban. No tuvo suerte y no logró enterarse de nada, porque sus voces le llegaban muy amortiguadas y además, según le pareció, hablaban en la misma lengua que empleaba al clérigo.

Tras unos momentos de observación, llegó a la conclusión de que allí habría cerca de cuatro mil acampados. Con sensaciones encontradas, decidió abandonar aquel campamento de miseria y fanatismo, actitudes ambas, que debidamente mezcladas, podían desencadenar grandes desgracias. Cabizbajo, y con pena en el corazón, se dirigió hacia el puente para regresar a Barbastro.

Pedro Sánchez se había fijado en aquel muchacho que se dirigía hacia ellos. Le resultaba conocido y aunque seguía en la conversación con *El Bastardo* no perdía de vista a Rodrigo. Cuando vio que se marchaba se quedó más tranquilo. No quería ser visto en compañía de aquella gente. Por la tarde se reunió con Juan de Pisa, Rodrigo del Bien, Lope de Burgassa y Martín de Corielle en la taberna *El Cántaro*, situada en la plaza del Almudí. Los cinco habían ayudado a los *pastorelli* desde que llegaron a Aínsa, en labores de guías por los intrincados caminos del norte de Aragón. De paso, se apoderaron de algunos objetos de valor que quitaron literalmente de las manos de los *occitanos*. Sin embargo, no participaron en los asesinatos de los judíos, limitándose a observar cómo se ensañaban con ellos. Pedro, que sentía un odio infinito por los moros

desde que fue capturado en Granada, vio en la irrupción de aquellos desesperados la ocasión propicia para obtener buenos beneficios con el botín que esperaba obtener de los domicilios de los judíos de Montclús y de los moros de Alquezar, Naval y del resto de poblaciones de la redolada. Comentaban las noticias que iban de boca en boca.

— ¿Os habéis enterado? Al parecer el Rey quiere tomar represalias contra los occitanos por lo de Montclús —dijo Pedro.

— Pronto ha corrido la noticia —apostilló Juan.

— Sí. El rey al parecer se encontraba en Zaragoza y los mensajeros ya le habían advertido de la presencia de estas gentes —dijo Pedro—. Y aprovechando que su hijo andaba por Huesca, le ha ordenado que inicie las investigaciones por lo sucedido en Aínsa y Montclús, e impida que esta gente siga atemorizando las aljamas de moros y judíos.

— Me imagino que todo esto será para tranquilizar a los judíos a los que les está pidiendo que le presten dinero para la próxima campaña de Cerdeña. En mala hora han aparecido estos desharrapados por aquí —señaló Lope.

— Es posible. Pero de momento, deberíamos alejarnos de estas gentes. Su compañía nos podría perjudicar mucho —aconsejó Pedro.

— Será lo mejor —apostilló Juan.

Martín de Corielle no había hablado hasta entonces, limitándose a beber en silencio y en oír a sus acompañantes. Finalmente, tomó la palabra.

— Pues a mí me han contado que el rey quiere aprovechar la ocasión para exprimir las arcas ya sea de judíos como de implicados.

— ¿Implicados? —preguntó Juan.

— Sí. Los que han ayudado a los *occitanos* o los que no han ayudado a los judíos. No olvidéis que ahora habrá que dilucidar el destino de los préstamos realizados por los judíos muertos.

— ¿Y cómo…? —pregunto Juan.

— ¿Creéis que el que tenía un préstamo de un judío, va a dejar de pagar porque se ha muerto?

— Pues no sé…pero… —comenzó a decir Juan.

— Naturalmente que no. El Rey se declarará heredero universal y se adjudicará el derecho a cobrar los préstamos. Aducirá que los judíos son de su propiedad y caso resuelto. Ya os digo yo que en todo este asunto hay mucho dinero cuyo destino serán las arcas reales. Y justo en el mejor momento —terminó Martín.

— ¿Y por eso crees tú que el Rey puede representar un papel para aparecer ante los hebreos como su defensor? —dijo Pedro.

— ¿Y a ti que te parece? Tiene mucho que ganar en todo este asunto. Mejor no se lo podían haber puesto.

Los cinco hombres pusieron cara de preocupación. Las palabras de Martín no carecían de sentido. Si era posible que el rey reclamase a los deudores el pago de los préstamos realizados por los judíos, además de sus propiedades, era muy posible que ante el resto de *aljamas* quisiera mostrarse firme y seguro ante quienes habían osado atentar contra una de sus posesiones: los judíos. Con seguridad sería conveniente apartarse de aquella gente.

— El problema es que alguien se vaya de la lengua —dijo Lope.

— No creo, porque él se delataría también —dijo Juan.

— No, si se trata de alguien que no ha participado —dijo Pedro, pensando en Rodrigo y su avistamiento de por la mañana. ¿Le habría visto junto con *El Bastardo*? Tenía la impresión de que no, pero no lo sabía de cierto. Comenzó a preocuparse muy seriamente.

— ¿Un testigo? —dijo Juan— No creo que haya alguno.

Cuando dieron por finalizado el encuentro, se levantaron y se despidieron, no sin antes acordar que por un tiempo se dedicarían a sus huertas y campos, olvidándose de los *pastorelli*.

Capítulo 70

BARBASTRO
Lunes, 7 de julio de 1320
Yawn al—Ithnayn, 29 de Jumada al—awwal 720
Yom Sheni, 1 de Av 5080

Ya hacía algún rato que las campanas de Santa María, habían tocado la hora tercia, cuando un grupo de judíos, encabezados por Açach Bubo, Juçef Abensimuel y Vidal Comparat a los que acompañaban cinco miembros de la aljama judía se acercaban en dirección al domicilio del notario Ramón Pérez de la Nava, el padre de Rodrigo. Venían en silencio, con paso rápido y con cara de preocupación, sin intercambiar palabra alguna entre ellos. Cuando llegaron ante la puerta del notario, ésta se encontraba cerrada. Era temprano todavía y la ciudad comenzaba a tomar el pulso vital, con el transitar de sus vecinos por las empedradas calles.

Ya comenzaban a oírse las voces de los aldeanos que procedían a tomar sus posiciones en la plaza donde establecer sus puestos de venta. Pronto reinaría una ruidosa actividad en toda la plaza y sus alrededores. A los pocos instantes de golpear la puerta con la aldaba, aquella se abrió apareciendo en el dintel Julia, la criada de la casa. Sin más comentario, que los de intercambiar los buenos días, les franqueó el paso, conduciéndolos hacia una amplia habitación donde deberían esperar la llegada

de las tres personas que iban a ser los beneficiarios de la comanda de tres mil sueldos, Guillem Arnal, García Coscoylan y Guillem de na Glorieta. No tuvieron que esperar mucho, pues pasado un corto lapsus de tiempo, volvió a sonar el golpeteo de la aldaba sobre la puerta. Instantes después, hacían su entrada en la estancia donde estaban los judíos, los tres beneficiarios de la comanda, acompañados por Julia, quien anunció a todos la inminente presencia del notario. Se saludaron un tanto fríamente, ya que aunque se conocían de vista, apenas había relación entre ellos. Casi al instante, se abrió una puerta que se encontraba frente por frente de la que habían entrado, apareciendo el notario, quien les invitó a pasar a otra sala, donde había una larga mesa rodeada de sillas, y que constituía el lugar donde el notario realizaba sus actos notariales ante la presencia de sus clientes. Tomaron asiento, y Ramón Pérez, pasó sin dilación a leer el documento. En él, se indicaba que la *Aljama* Judía de Barbastro, ordenaba una comanda de tres mil sueldos para entregar a Guillem Arnal, García Coscoylan y Guillem de na Glorieta, de profesión *alarifes* con residencia en Barbastro, para que con cargo a ese mandamiento, realizaran los trabajos pertinentes para reforzaran los paños, contrafuertes y torreones defensivos de las murallas que rodeaban la ciudad y que en caso de que los gastos de estas obras no ocuparan la totalidad de lo comandado, la diferencia se destinara a sufragar los gastos que la ciudad tenía con motivo de su lucha por conseguir que Barbastro fuera nuevamente Sede episcopal. El documento sería firmado por los dos Adelantados de la *aljama* judía, Açach Bubo y Juçef Abensimuel, así como por seis consejeros y treinta y cuatro miembros de la aljama, cuyos nombres figuraban en el documento. En un

primer momento, firmarían por parte de los beneficiarios los tres *alarifes* presentes y los ocho miembros presentes de la aljama. El resto, irían pasando por la notaría a lo largo del día y los siguientes, en cuyo momento, se haría efectiva la ejecución de la comanda. Tras la firma, cada uno abandonó la notaría camino de sus respectivos destinos. Los judíos regresaron hacia sus domicilios o su refugio del castillo. En la plaza, el bullicio lo ocupaba todo y unos comprando y otros vendiendo, animaban extraordinariamente el ambiente con una gran viveza y un dinamismo propio de una ciudad próspera.

Miguel Pérez de Arbe, Sobrejuntero de Huesca y Jaca, junto con su lugarteniente en Barbastro, Gil de Bitoria, Juan Marqués, Justicia de Barbastro, Guillem Ferrer, jurado y Juan Pérez Don Peyron como escribano, para levantar acta, volvían a mantener una reunión con *El Bastardo* y con la totalidad de los clérigos que acompañaban a los occitanos. A tal efecto fueron traídos al Caserón del Concejo de Barbastro.

Les explicaron nuevamente que tanto el rey como el infante les habían enviado sendos correos en los que se les ordenaba que contuvieran a los llamados *pastorelli* a las afueras de Barbastro, y que les informaran de que la llamada a la lucha contra el rey moro de Granada había sido desconvocada, y que por tanto debían regresar a sus puntos de origen, en el sur de Francia. En esos correos se ordenaba que no se tomaran actos de fuerza contra ellos, salvo rebeldía manifiesta, y que les fueran requisados todos los objetos que pudieran pertenecer a los judíos de Montclús. También ordenaban la detención

de aquellos que hubieran participado en el saqueo de la citada ciudad.

Los clérigos montaron en cólera al oír las pretensiones del Comité de Barbastro, pues consideraban vejatorio el trato que se les pretendía dar a quienes, siguiendo la voluntad de Dios, habían venido a dar sus vidas por defender a la cristiandad, y en consecuencia, al Rey de Aragón.

El Bastardo comprendió pronto que sus posibilidades de hacer botín a costa de moros y judíos, se habían esfumado y entendió que la mejor solución era dar media vuelta y volver a Francia. Los clérigos, empecinados en grado máximo en el espíritu de la cruzada, eran los que más inconvenientes ponían. Una vez que entendieron que los efectos de la llamada a Cruzada, habían sido anulados, exigían que para la vuelta, los expedicionarios cruzados, como así los denominaban, fueran provistos de abundantes provisiones, tanto de carne como de verduras, harina y frutas.

Los de Barbastro no estaban por la labor de hacer de suministradores de un número tan grande de personas a título de benefactores, por lo que les dijeron que no habría inconveniente en suministrarles lo que demandaran siempre y cuando pagaran su precio. Las protestas de los clérigos fueron en aumento, pero ante la firmeza de los aragoneses, finalmente cedieron, aunque exigieron que no se abusara con los precios de las viandas. Así lo aseguraron todos los miembros de la Comisión.

Simultáneamente, un grupo de soldados y junteros, fueron requisando aquellos objetos que les pareció que podían provenir de Montclús. Numerosas fueron las protestas, pero fueron acalladas con rudeza por los soldados y jurados. En los casos en los que el objeto requisado, no presentaba ninguna duda sobre su pertenencia a una casa judía, además de requisarle el objeto era hecho preso. También interrogaron a los acampados con el fin de hacerse una idea de lo ocurrido en Montclús. Muchas de aquellas personas no habían participado de los hechos, pues habían venido directamente a Barbastro desde Aínsa. Por propia lógica, los últimos en llegar, los procedentes de Montclús, había acampado en una determinada zona que estaba libre, junto a la iglesia de los monjes descalzos. Y como confirmando el hecho, entre los acampados en ese lugar, se confiscó el mayor número de objetos y se detuvieron a más personas. En total quedaron en poder de la justicia, unos trescientos *pastorelli*, que fueron encerrados en los calabozos y en unas empalizadas en el patio del castillo de los Entenza, fuertemente vigilados. También trataron de indagar sobre una Torá que al parecer había desaparecido de Montclús, y alguno había declarado verla en manos de unos *occitanos*.

Siguiendo las órdenes reales, toda aquella enorme cantidad de gente, fue dividida en grupos más pequeños y enviados en dirección de Huesca y Jaca, para que desde allí, volvieran a cruzar los Pirineos con destino a sus pueblos de origen. Estos grupos eran custodiados por soldados reales, con el fin de evitar nuevas escaramuzas al paso de alguna alquería o población. Por expreso deseo del Rey, no debería emplearse con ellos la fuerza, salvo en caso de

necesidad, lo que no era probable. Una vez que fueron abastecidos por medio del trueque o de dinero, generalmente torneses de plata y esterlinas de vellón e incluso, sueldos y dineros cambiados en Aínsa, pacíficamente sin más altercados, comenzaron a levantar sus asentamientos para iniciar el camino de regreso a sus hogares.

Rodrigo deambulaba por las calles de Barbastro sin rumbo definido. Desde que falleciera Haym y el posterior acuerdo con su viuda de que los tres aprendices se harían cargo del taller de orfebrería, en su cabeza había tomado fuerza la decisión de dedicarse a la milicia. Más aún, desde la muerte de Karin, se sentía completamente vació por dentro y había perdido toda ilusión por el futuro que habían imaginado juntos. Sin ella, su vida había perdido gran parte de su sentido. Ahora, desligado de su amor por vivir, sentía que debía dedicarse a la lucha armada, donde la muerte rondaba por doquier, y que ahora, más que rechazo, le producía una cierta sensación de desdén y dejadez.

Había oído el rumor de que el infante se encaminaba hacia Barbastro desde Calatayud. Aprovechando el llamamiento del príncipe a sus súbditos para alistarse y participar en su próxima campaña de Cerdeña, estaba decidido a dar el paso al frente y alistarse. Hablaría con Ramón de Selgua, el alcaide del Castillo, y por su mediación y la de la Condesa de Urgel, pretendía ser atendido en sus deseos. Necesitaba alejarse lo más posible de Barbastro. Cerdeña le parecía el lugar adecuado para enfrentarse a su desesperación y amargura donde encontraría ocasiones para descargar el odio que sentía por la humanidad.

En casa de la familia de Vidal se había instalado la tristeza y el dolor. La tragedia se dibujaba en las caras de todos ellos y el afligimiento se había apoderado de sus voluntades y de sus cuerpos. No les quedaba más remedio que aferrarse a sus creencias más que nunca en sus vidas. La Ley de *Adonai* les exigía levantar la cabeza, mirar al frente y continuar. Al fin y al cabo, quiénes eran ellos para juzgar los designios de *Adonai*, pues en definitiva, Él había permitido que todo aquello hubiera ocurrido exactamente tal como ocurrió.

Cuando Rodrigo desembocó en la calle en la que vivían los Comparat, vio a este, sentado en la puerta de su casa, con aire y figura abatidos. Al oír que alguien se acercaba, levantó la cabeza viendo la figura de Rodrigo quien se acercaba hacia donde él estaba. Por un momento, por la cabeza de Vidal pasó un ramalazo de ira. Si no hubiera existido la relación de Karin con aquel muchacho, no hubieran tenido que enviarla a la muerte. Pero solo fue un instante. Enseguida le vinieron a la mente, las terribles imágenes del dolor mostrado por Rodrigo al conocer los hechos acaecidos en Montclús, y su rápida disposición a ponerse en camino en busca de su hija. Aquel muchacho hubiera sido un excelente marido para su Karin y era absolutamente inocente de lo ocurrido. No se atrevía a decir lo mismo con respecto de él. Cuando ya estaba llegando, Vidal no pudo contener el deseo de adelantarse y abrazar a aquel muchacho que venía con la mirada triste y que reflejaba en su rostro el mismo dolor que ellos sentían, con la misma intensidad. Rodrigo era lo que Karin más quería en esta vida, después de su familia. Un poco avergonzado por sus momentáneos

arrebatos de cólera, lo abrazó efusivamente, manteniéndolo largo rato ante la mirada complacida y triste del resto de la familia, quienes también se sentían presentes en aquel abrazo. Tras abrazar a todos, entraron en la casa.

Allí les comunicó su deseo de alistarse en las tropas que el Infante estaba reclutando con vistas a su campaña de invadir Cerdeña. Su deseo firme era convertirse en un soldado y por esa vía obtener honores y posición en la sociedad. La noticia les apenó a todos, aunque desde luego no les pilló por sorpresa, pues eran conocidas las habilidades y el espíritu aventurero de Rodrigo.

Tras desearse mutuamente los mejores parabienes, se despidieron con lágrimas en los ojos.

Capítulo 71

BARBASTRO
Jueves, 24 de julio de 1320
Yawn al—Khamis, 16 de Jumada al—thani 720
Yom Chamishi, 18 de Av 5080

Los heraldos del infante Alfonso comunicaron la presencia del hijo del rey a poco más de diez leguas de la ciudad procedente de Calatayud. Venía con él, Domingo Martínez de Aladrén, quien había sido nombrado juez por el infante para que comenzase lo más rápidamente posible la causa contra los responsables de los hechos de Montclús, incluidos las autoridades de Aínsa, Naval y Barbastro. Desde que se había detenido a los *pastorelli* en las inmediaciones de Barbastro, los soldados habían realizado labores, siguiendo estrictas órdenes del Rey y del Infante, de recuperación de objetos que presumiblemente pertenecían a los judíos asesinados. También se habían producido detenciones de occitanos cuando estaban cerca de la frontera, los cuales se encontraban apresados en Aínsa. Pero el mayor número de los presos estaban en el castillo de los Entenza. Debían comenzar lo antes posible los preparativos del juicio que se celebraría en Barbastro, seguido personalmente por el Infante, quien ya había confirmado su presencia en la ciudad durante el tiempo que durase el proceso.

La comitiva del infante hizo su entrada en Barbastro a media tarde. Fue recibido por las autoridades civiles y religiosas y los ricos hombres, como Fortun Dat. Así mismo, su esposa Teresa, que había llegado a Barbastro el día anterior procedente de Balaguer, a mitad de mañana, acompañada de un grupo de cinco soldados para recibir a su esposo.

Estaba alojada en la Casa—Palacio, junto a la gran plaza del mercado, mucho más cómodo que las frías y poco apacibles estancias del castillo. La Condesa de Urgel había llegado acompañada de Zaahira, quien, con permiso de la señora, pernoctaba en casa de sus padres. Juntos hicieron su entrada por la puerta de Huesca con los cincuenta hombres, además del Obispo de Huesca Martín López de Azlor y varios caballeros que formaban la comitiva del infante.

Éste, en un principio, y a falta de noticias fiables, pensó que sería complicado controlar a un número tan grande de personas armadas procedentes de Francia, con el ánimo belicoso y dispuestos a participar en una guerra contra los moros granadinos, por lo que hizo un llamamiento a los nobles de la zona, para que se presentasen ante él, preparados para el enfrentamiento armado y ayudarle a controlar una situación que podría ser preocupante. Sin embargo, al no hacer falta la actuación de los nobles, éstos volvieron a sus posesiones para seguir atendiendo a sus propios problemas. No obstante, unos cuantos permanecieron junto al infante por si fuera necesaria su participación.

Juan Marqués, puso en antecedentes a los infantes sobre la situación existente en aquel

momento. No había ya rastro de los *pastorelli*, a excepción hecha de los que estaban presos en la cárcel del castillo. El resto habían sido conducidos hacia sus poblaciones de procedencia, siendo escoltados hasta los pasos de cruce de los Pirineos. Les informó también sobre la requisa de un gran número de objetos que se pensaba que pertenecían a los judíos asesinados en Montclús. El informe llenó de satisfacción a los infantes, puesto que la alarma había desaparecido y la zona se encontraba en paz y asegurada. Lo siguiente, dijo el infante, era preparar el proceso de los responsables y de asegurar los bienes y las personas de los judíos y moros de la corona. El infante Alfonso, le presentó al Juez que a partir de ese momento se iba a hacer cargo de todas las investigaciones y de iniciar el proceso para exigir todo tipo de responsabilidades, no solo a los *pastorelli*, sino a jueces, notarios, jurados y en general a todas las autoridades que no brindaron la ayuda debida a los judíos y moros. También a los naturales del reino que colaboraron con los *pastorelli* o participaron directamente en los saqueos.

Al Justicia de Barbastro, le temblaron por un momento las piernas y algo se removió en su estómago. No estaba seguro de que le conviniera una investigación a fondo de aquel asunto. Se prestó a colaborar directamente con el juez Domingo Martínez. Éste, de forma sutil y amable, declinó su ofrecimiento. Luego, una vez acabado el refrigerio en el Caserón del Municipio, con el que fueron agasajadas los infantes y sus acompañantes, aquellos se retiraron a la casa palacio.

Zaahira estaba radiante. El paso del tiempo había hecho de ella una hermosa mujer, a la que unía un

porte señorial en su aspecto y forma de conducirse. Evidentemente, el ambiente en el que se movía diariamente había influido en ella de tal manera, que ahora apenas si les era posible a sus padres y hermanos reconocer en la actual Zaahira a la que hace unos años había abandonado Barbastro para ponerse al servicio de la infanta. Su cultura había crecido considerablemente y además sabía leer y escribir correctamente. Teresa se había preocupado de que leyera una selección de libros, elegidos por ella, de la surtida biblioteca del castillo, en Balaguer, y que junto a su capacidad y ansia por aprender habían terminado por ampliar su formación enormemente. Además hablaba con gran fluidez la lengua que se usaba en Balaguer y que junto al árabe familiar que hablaba a la perfección, había hecho de ella una estimable dama de compañía para los futuros reyes de la Corona de Aragón. Había sido puesta en antecedente de los sucesos ocurridos en Montclús, y la muerte de Karin, a la que conocía, habiendo hablado en numerosas ocasiones con ella. No pudo evitar que las lágrimas afloraran a sus ojos.

Rodrigo se dirigió hacia la casa de Mahoma Avintarí. Conocía que Zaahira estaba en casa de su familia durante los días en que los infantes estuvieran en Barbastro por el asunto de los *pastorelli*. Quería hablar con ella para que por mediación de su señora, le ayudase en su deseo de formar parte de las huestes del infante que estaba formando para la campaña de Cerdeña. Tras saludar a toda la familia, y comunicarle su deseo a Zaahira, quedaron en que la acompañaría al palacio, cuando se reintegrara a sus labores de dama de compañía.

Así lo hicieron y ambos se dirigieron hacia la Casa Palacio de los Entenza. Los guardias de la puerta dejaron el paso franco cuando vieron a Zaahira, penetrando ambos en el fresco zaguán, donde dos caballos esperaban a sus jinetes. Zaahira pidió a Rodrigo que esperara al pie de la amplia escalera que subía hacia las plantas superiores del palacio, mientras ella iba a ver a la señora. Allí se quedó Rodrigo, admirando lo que tenía ante sus ojos. Al fondo se adivinaba un amplio patio exterior donde se veía ir y venir al personal de la casa, criadas y lacayos que portaban cestas y bultos. Miró hacia arriba y ante sus ojos se mostró un hermoso artesonado de madera que dividía la superficie del techo en cuadrados cuyos marcos eran listones de madera finamente tallados en cuyo interior unos frescos representaban diversas escenas de caza y paisajes con vivo colorido y hermosas composiciones. Sobre las paredes, colgaban cuadros y tapices que daban un aire señorial a aquel amplio espacio, dominado por una amplia escalera que daba acceso a las plantas superiores mediante unos escalones de granito rematados los bordes, al igual que las barandillas de madera tallada. El suelo estaba empedrado con finas piedras de río, todas ellas del mismo tamaño y de color blanco, que reproducían unos dibujos de filigrana arabesca. En el centro, el escudo de la Corona de Aragón con las cuatro barras realizado con piedras negras destacaba en primer lugar cuando se ponía un pie en el zaguán.

Se encontraba en plena admiración, cuando sintió que alguien bajaba por la gran escalinata. Levantó su vista y vio a Zaahira que ya bajaba, y al darse cuenta de que Rodrigo ya había reparado en ella, se detuvo y le hizo una señal para que subiera por las escaleras.

Juntos subieron hasta la segunda planta donde se dirigieron hacia una de las puertas. Zaahira golpeó suavemente sobre ella, y sin esperar respuesta, la abrió dando paso a su interior a Rodrigo, quien se sentía un tanto acongojado.

En el interior se encontraba la infanta Teresa que en ese momento estaba bordando en un paño. Embarazada de cinco meses de su cuarto hijo, su vientre comenzaba a mostrar un cierto volumen que le producía algunas molestias cuando realizaba algunos determinados movimientos. Levantó la vista y la fijó en Rodrigo. Zaahira ya le había puesto en antecedentes sobre el motivo de su presencia. Dejó a un lado la labor que estaba realizando y que fue recogida rápidamente por una de sus sirvientas. Extendió su mano y Rodrigo se apresuró a besarla.

— ¿Así que el deseo de este joven es el de formar parte de las mesnadas de mi esposo para la campaña de Cerdeña? —dijo con una sonrisa, después de indicarle a Rodrigo que tomara asiento frente a ella sobre una silla plegable.

— Así es, Señora —dijo con cierto énfasis Rodrigo.

— ¿Qué edad tienes, joven Rodrigo?

— Diecisiete, Señora.

— Joven eres en verdad. ¿Y puedo saber a qué se debe este interés de entrar en la milicia?

Rodrigo se revolvió en su asiento, cosa que no pasó desapercibida para Teresa, quien rápidamente miró a Zaahira, que hizo un imperceptible gesto con los ojos, lo que hizo que la Condesa, cambiara rápidamente la pregunta.

— Quiero decir, ¿estás preparado lo suficiente en el manejo de las armas, como para entrar a formar parte de la milicia?

— Sí Señora. Quiero decir que deberé prepararme más a fondo, pero lo esencial ya lo conozco. Domino perfectamente el arte de montar a caballo y me defiendo en el manejo del arco y la espada.

— ¡Vaya, pues sí veo que estás preparado! ¿Y qué deseas de mí?

— Que habléis con vuestro esposo para que me permita formar parte de sus mesnadas. Si no es un atrevimiento demasiado osado por mi parte.

— He de decir que te has buscado una buena introductora en la persona de Zaahira, muchacha a la que aprecio mucho. No te preocupes, pues yo hablaré con mi esposo y su respuesta te la dará Zaahira a la mayor brevedad posible, porque deduzco que os corre cierta prisa. ¿No es cierto?

— Tal cual lo habéis expresado, Señora —dijo Rodrigo con la esperanza reflejada en su rostro.

— Pues no se hable más, joven Rodrigo. Me ha alegrado mucho el haberte conocido. Que Dios te acompañe —terminó Teresa a la vez que le extendía la mano.

Rodrigo la besó y acompañado de Zaahira abandonó la estancia. Una vez en la calle, una sonrisa asomaba a su cara. Ahora, solo quedaba esperar la respuesta y luego, si era favorable, comentar en casa su inamovible decisión de formar parte de la Expedición del Infante Alfonso a la conquista de Cerdeña, donde esperaba hacerse con un nombre y una posición dentro de la milicia del Rey.

Mientras, Zaahira ponía en antecedentes a la Señora, contándole las vicisitudes vividas por Rodrigo con la muerte de su amada Karin.

Capítulo 72

BARBASTRO
Sábado, 26 de julio de 1320
Yawn al—Sabt, 18 de Jumada al—thani 720
Yom Sabbat, 20 de Av 5080

Zaahira comunicó a Rodrigo la aceptación por parte del infante de su incorporación a sus mesnadas. Le informó que debería presentarse ante Ramón de Selgua en el castillo, con el fin de que una vez evaluado pudiera comenzar el aprendizaje de las múltiples tareas que debían de ser conocidas por un caballero. Le comunicó también los deseos de la Condesa de que todo le fuera bien, y esperaba que algún día formase parte de lo más selecto de las tropas reales.

Rodrigo no esperó mucho tiempo en dirigirse al castillo para hablar con el Baile de los Entenza. Éste se lo entregó a un alférez para que demostrase ante él sus conocimientos. Una vez comprobados por el oficial sus conocimientos sobre el manejo de armas sería incorporado a la mesnada, donde diariamente se ejercitaban con los aparatos de entrenamiento y entre ellos mismos, las mesnadas allí presentes. Quedaron para iniciar su formación el lunes próximo.

El hecho de aportar un caballo, el que Vidal Comparat le había regalado como muestra de agradecimiento por haber proporcionado a su hija

los instantes más hermosos de su corta vida, tuvo como consecuencia que su formación se alargara y fuera más completa, pues no solo debía dominar el manejo de la espada y sus correspondientes técnicas de defensa y ataque desde una posición de pie en tierra, sino la correspondiente a un combatiente que lo hacía desde lo alto de un caballo, donde cambiaba absolutamente todo. En resumen, recibiría la formación requerida de un caballero. Había llegado el momento de dar a conocer en su casa su decisión de formar parte de la Expedición a Cerdeña.

El juez Domingo Martínez de Aladrén mostraba una gran eficiencia a la hora de preparar el proceso contra los *pastorelli* ordenado por el Rey y el infante. Lo primero que hizo fue diseñar un cuestionario al que deberían contestar las autoridades de Aínsa, Naval y Barbastro. Con ello, pretendía comprobar el grado y eficacia de la acción de las autoridades en la protección de los judíos y moros de Montclús y Naval. Luego vendrían los interrogatorios y las vistas.

El infante deseaba terminar cuanto antes con el proceso por varias razones. Primero por expreso deseo de su padre, el Rey, de que así se hiciera. Segundo porque quería dar a entender a las *aljamas* judías que el Rey se desvelaba por sus intereses y castigaba a quienes no les prestasen ayuda en casos como el de Montclús. Tercero, porque quería dedicarse en cuerpo y alma a organizar la expedición hacia Cerdeña, organización compleja que consumiría grandes dosis de tiempo y organización y sobre todo de dinero. Y por último, y no menos importante, porque las arcas reales esperaban que del proceso sobre los asesinatos de Montclús,

obtendrían un gran beneficio económico entre multas y confiscaciones de propiedades de los culpables, así como de la subrogación por parte real, del cobro de los préstamos concedidos por los judíos muertos a sus clientes. Para ello no se escatimaron esfuerzos. Las torturas a los acusados fueron terribles y se podían escuchar sus alaridos en toda la ciudad procedentes de las mazmorras del castillo. Los vecinos de Barbastro comenzaron a protestar y el Justicia, Juan Marqués, presentó al juez Domingo Martínez, una protesta sobre los suplicios infligidos a los reos, en nombre del Concejo.

Era la hora de la comida en casa del notario Ramón Pérez de la Nava. Estaban todos presentes, incluido Domingo. Rodrigo estaba un poco nervioso, pero estaba decidido a no ceder en su decisión. En un momento dado, y aprovechando un breve silencio, tomó la palabra.

— Tengo algo que deciros, padre –dijo.

El tono grave empleado, así como la expresión, alertaron instantáneamente al Notario. Detuvo su acción de llevarse un trozo de pollo a la boca, a la vez que miraba a su hijo a que comunicase la cuestión. Otro tanto hicieron los demás.

— El Infante Alfonso, ha aceptado mi solicitud para formar parte de sus mesnadas.

— ¿Cómo? —acertó a decir Ramón Pérez.

— Que voy a dedicar mi vida a la milicia, padre — dijo Rodrigo.

— Pero hijo, ¿cómo puedes darme este disgusto? —dijo su madre a la que las lágrimas habían comenzado a aflorar por sus ojos.

— Madre no debes afligirte. ¿Qué mejor destino puedo darle a mi vida, sino la de servir al Rey,

entrando al servicio de su hijo, el infante, futuro Rey de la Corona de Aragón?

Las mujeres lloraban en silencio. Sin embargo Domingo no parecía impresionado.

— Pues a mí me parece una decisión correcta. No veo yo a Rodrigo como hombre de letras ni como hombre de campo. Sin embargo, creo que tiene suficientes capacidades para ser un hombre de armas. Además, si forma parte del séquito personal del Infante, es un gran honor que no todos pueden decir.

Todos se quedaron atónitos por las palabras de Domingo. El más impresionado de todos era Rodrigo que se quedó mirando a su hermano.

— Si hermano, sí. Ya estaba al tanto de todo esto. Me lo ha referido Juan de Aniés, el capellán de la Condesa de Urgel, a quien según parece le causaste una muy buena impresión, al punto de que le pidió a su esposo que aceptara tu petición de entrar en la milicia y que tras tu formación lo hicieras en su guardia personal. Como ves, hermano, este pueblo es muy pequeño y aquí nos enteramos de todo.

Las palabras de Domingo causaron una gran sorpresa a todos, pero tuvieron la virtud de hacer que las reticencias iniciales parecieron ceder hacia una posición más condescendiente, salvo a su madre y Julia, que de todas las actividades a las que podría dedicarse su niño, aquella hubiera sido la última que hubieran querido. Tras unos momentos de silencio, retomaron la conversación.

— Nunca hubiera imaginado que un hijo mío se dedicara a la milicia. ¿Y desde cuándo has sentido esa necesidad? —preguntó el notario.

— Yo creo que desde siempre —respondió Rodrigo.

— Pero eso es muy peligroso —dijo Arnalda, su madre.

— No más que cualquier cosa madre. Bueno, un poco más. Y además, la milicia te permite lograr metas que salvo en la iglesia o en el servicio de Cancillería del Rey, no se pueden lograr de otra forma. Además, Vidal Comparat, me ha regalado un caballo como agradecimiento a que ayudé a su hijo a traer a Karin a Barbastro —Rodrigo no pudo evitar que se le quebrara la voz.

— ¿El judío? —dijo Domingo— ¿El judío te ha regalado un caballo? –repitió.

— Sí.

— ¿Y te regala un caballo después de todo lo que pasó entre tú y su hija? —dijo con cierto aire despectivo.

— Sí. Además no hubo tal enfrentamiento, pues yo siento el aprecio de esa familia al igual que ellos sienten el mío. Fue otra la cuestión. La intransigencia de ambas comunidades ante hechos de esta naturaleza sin tener en cuenta los sentimientos de las personas —dijo Rodrigo sosteniendo la mirada furibunda de su hermano.

— ¡Los judíos son malditos allá donde se encuentren! —comenzó a decir Domingo.

— ¡Basta! —dijo con autoridad el notario, dando un golpe en la mesa— No quiero más discusiones por ese tema. Bastante hemos sufrido y padecido por ello —dijo, poniendo fin a la discusión.

— ¿Y cuándo debes de incorporarte? —preguntó a Rodrigo.

— Hoy he hablado con el Baile del Castillo. Hemos quedado que el lunes iniciaré mis prácticas de aprendizaje.

— Otra cosa. ¿Y eso del caballo? ¿Por qué Vidal Comparat te lo ha regalado?

— La cosa viene de antiguo. De cuando trabajábamos Mahoma, Abraham y yo en el taller de Haym. Como éramos muy amigos, un día el padre de Abraham nos invitó a montar, porque él tiene un negocio de alquiler de animales de carga y caballos. El caso es que comenzamos a ir dos o tres veces por semana a montar. A mí se me daba muy bien y enseguida comencé a dominar el arte de la monta. Cuando sucedió lo de Montclús, yo le pedí un caballo a Vidal para ir hasta allí a buscar a Karin —aquí miró fijamente a su hermano, casi amenazador. Domingo entendió la mirada porque no hizo comentario alguno—. Vidal quería acompañarme, pero le convencí de que no viniera y en su lugar vino su hijo Abraham. Nos dejó los dos mejores que tenía y con ellos fuimos y venimos de Montclús. En agradecimiento por traer el cadáver de Karin, me regaló el caballo. Un gran caballo.

El resto de los presentes oían en silencio las explicaciones de Rodrigo. Todos eran sabedores del profundo dolor que tenía en su corazón por la muerte tan horrible de la muchacha judía. Entendían perfectamente, a excepción de Domingo, que sus sentimientos hacia la muchacha le producían un gran dolor con su pérdida. Cuando terminó, siguieron comiendo en silencio. Terminada la comida, Domingo se marchó a la iglesia y los pequeños se fueron a jugar a la calle junto con otros muchachos. En la sala, quedaron los padres de Rodrigo, además de éste y Julia.

— ¿Hijo, no te diste cuenta de las dificultades que tendríais, tanto Karin como tú? —preguntó su madre.

— Sí madre. Claro que sí. Al principio sí que nos aterró lo que podría suceder, pero luego pensamos que lo importante era lo que queríamos hacer nosotros.

— Sí, ya lo entiendo. Pero los judíos son absolutamente intransigentes con estas cosas y todo lo que toque su religión —dijo su madre.

— Ya. ¿Y nosotros no?

— Igual, hijo, igual. O más. ¿Pero dónde ibais a vivir? ¿Y cómo? ¿Pensabais vivir en pecado por partida doble? Estaríais malditos para unos y para otros.

— Sí, pero, y para vosotros, ¿estaría igualmente maldito? —preguntó Rodrigo mirando a sus padres.

Un silencio fue la respuesta. Julia se apresuró a deshacer aquel momento de extrema tensión.

— ¡Pues claro que no! ¿Cómo unos padres iban a considerar maldito a su propio hijo? —dijo a la vez que miraba a Ramón y a su esposa Arnalda, quien le devolvió una mirada de agradecimiento— Los hijos son para siempre, con lo bueno y con lo malo. Solo es que a veces, los hijos no lo tenemos muy en cuenta en ciertas ocasiones y decisiones que tomamos —continuó Julia.

— ¡Claro que no, hijo! —dijo Arnalda— ¿Verdad Ramón? —preguntó a su marido.

— Verdad, verdad —dijo—. Sin embargo, ahora lo que me preocupa es esto de tu incorporación a la milicia. Hijo, tengo que decirte que, por un lado me siento muy orgulloso, sobre todo si como dice tu hermano, entras a las órdenes directas del infante, futuro Rey de la Corona de Aragón. Pero por otro lado, el temor de que algo pueda ocurrirte es superior a lo otro —dijo.

— Yo lo entiendo padre, pero cada uno tenemos marcada nuestra senda, y la mía está en la milicia. Además, si entro en la guardia personal del infante, puede representar una gran oportunidad para recibir honores directamente del Rey.

— Pero me tienes que prometer que te cuidarás mucho, hijo. No quiero que corras riesgos innecesarios —dijo Arnalda quien ya comenzaba a asumir que su cachorro se había asomado al mundo y quería conocerlo mejor, saliendo de su entorno y protección. Julia acudía en ayuda de sus ojos, pues las lágrimas no habían cesado de asomar por ellos.

El momento difícil de comunicar a sus padres su incorporación a las armas del infante, había pasado. Por un momento, sintió que algo se calmaba en su interior.

Capítulo 73

BARBASTRO
Miércoles, 30 de julio de 1320
Yawn al—Arba, 22 de Jumada al—thani 720
Yom Revi'i, 24 de Av 5080

En la plaza del mercado de Barbastro no cabía un alma, pues se encontraba lleno a rebosar. Habían llegado gentes de todos los lugares, dispuestos a ver la ejecución pública de quienes ayudaron a los *occitanos* a realizar sus fechorías en tierras aragonesas. Las posadas y las tabernas estaban colmadas de clientes con la consiguiente satisfacción de sus propietarios. No sucedía todos los días un espectáculo como aquel.

En el centro de la plaza, se había levantado un cadalso donde iba a ser colgado el doncel Pedro Sánchez de Laçano, culpable de los delitos de haber guiado a los *occitanos* desde su entrada por los Pirineos, primero a Montclús y posteriormente hacia Barbastro. Eran numerosos los testimonios que lo acusaban.

Los propios *pastorelli* lo mencionaron como el hombre que dirigía a otros y que les ayudaron desde que entraron en territorio de la Corona de Aragón sin saber que lo estaban condenando, por una argucia de sus interrogadores, dirigidos por el juez Domingo Martínez de Aladrén. Habida cuenta de que su padre

era un Caballero a las órdenes del Rey, la condena impuesta de ser decapitado, había sido cambiada por la de ser ahorcado.

El infante Alfonso quería aplicar con la mayor rapidez muestras de energía a la hora de castigar a los culpables. Y aunque la ejecución de la condena hubiera debido llevarse a cabo en Montclús, se decidió hacerlo en Barbastro para evitar el traslado y la correspondiente tardanza. Mientras, en los calabozos, aguardaban la decisión sobre sus condenas, Juan de Pisa, Rodrigo de Bien, Lope de Burgassa y Martín de Torrecilla como los hombres que acompañaron de Pedro Sánchez en la comisión de sus delitos.

Un griterío ensordecedor anunció que el carro sobre el que venía el preso, llegaba a las inmediaciones de la plaza. La carreta, a la que había añadido una serie de barrotes de madera, formando una especie de jaula, venía precedida de cuatro soldados y tras el carro, un sacerdote con un monaguillo a cada lado, iba recitando unas oraciones y llamando al pueblo a respetar las leyes y los mandamientos, pues en caso contrario la justicia y la ira de Dios caería sobre ellos.

Una vez llegados junto al cadalso, Pedro Sánchez pidió que se le quitara el saco que cubría su cabeza. Tras un intercambio de miradas entre los soldados y el oficial que presidía la ejecución, le fue quitada la capucha. Después de un momentáneo deslumbramiento, Pedro recuperó la normalidad de su vista. Miró lentamente desde lo alto del carro a todo el gentío allí reunido. Y vio a un gran número de gente conocida cuyos rostros reflejaban el crudo

momento por el que pasaban. Su delito no le parecía a la gente de una gravedad tal que requiriera semejante castigo.

Ayudado por los soldados bajó de un salto del carro y subió los nueve peldaños de la escalera que llevaba a lo alto del cadalso. En lo alto de aquel entramado de tablas, le esperaba el verdugo, a cara descubierta, quien intentó ponerle de nuevo la capucha, a lo que Pedro se negó. Una vez colocada la cuerda, se le hizo subir sobre un taburete de tres patas, tras lo cual la cuerda fue tensada y sujetada a una argolla.

Desde lo alto, Pedro Sánchez observó a toda aquella muchedumbre, ahora en un silencio sepulcral. Fue mirando por última vez los rostros de aquellos que le miraban. Muchos de ellos lo conocían y él los conocía. Cuando posó su mirada sobre ellos, bajaron sus ojos, incapaces de sostenerla. Por delante de su mente, pasó toda su vida plagada de violencia y de hechos brutales. Recordó de repente a Simón, y esbozó una sonrisa. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento? se preguntó. Recordó a su madre y a la mala vida que le había dado. Sin embargo, no estaba triste. Aquel final tal vez fuera el que merecía, después de haber cometido algunos abusos. Al fin y al cabo, la muerte tenía que llegar de alguna forma. Y pensó que aquella, sin ser la que más le gustaría, la prefería a otras.

Tras rezarse un padre nuestro en voz alta por todos los presentes, el verdugo dio una patada al taburete. El ajusticiado quedó colgado de la cuerda pero al no haber un gran recorrido de caída, el cuello no se rompió por lo que comenzó a patalear

violentamente hasta que poco a poco dejó de hacerlo. Todos asistían en silencio. Sobrecogidos. Al cabo de un buen rato, fue descendido y el oficial se aseguró de que efectivamente, Pedro Sánchez había muerto. Una vez realizada la comprobación, lo introdujeron en una caja de madera que fue puesta en el carro, para trasladarlo al cementerio situado a extra muros. Poco a poco, la gente volvió a sus quehaceres diarios y pronto la actividad en la plaza volvió a ser la de siempre. Nadie hubiera imaginado, a no ser por la presencia del cadalso, que en aquel mismo lugar, hacía unos momentos que se había ajusticiado a un hombre.

Rodrigo llevaba unos cuantos días ejercitándose en el patio de armas del castillo de los Entenza. Pronto llamó la atención de Ramón de Selgua, quien vio en el muchacho un hábil soldado que manejaba con gran soltura la espalda e iba camino de ser un consumado jinete. Naturalmente todas estas impresiones las había transmitido al Infante y a la Condesa, quienes le habían ordenado que observase al muchacho y les informase sobre sus progresos. Al acabar el día, Rodrigo terminaba extenuado y con las manos sangrando por el uso de las riendas y de la espada. Pero cada día se encontraba más a gusto consigo mismo. Rememoraba constantemente a su querida Karin, con la que conversaba en su interior, haciéndose a la idea de que seguía a su lado, y en ocasiones, le parecía que verdaderamente la tenía junto a él, oyendo su cristalina risa y sus irónicos comentarios sobre cualquier tema.

A veces, cuando se encontraba solo, sentado en el cercano monte del Pueyo, donde solían ir los tres amigos a visitar a Simón, se preguntaba si no se

estaría volviendo loco, hablando consigo mismo y contándole al aire, a su Karin, sus ilusiones y sus frustraciones.

Según se comentaba, la organización de la campaña de Cerdeña iba muy adelantada y sería dirigida personalmente por el propio infante, don Alfonso. Rodrigo, formando parte de su guardia personal, participaría muy activamente, siendo la admiración de cuantos le rodeaban, en especial del propio infante, quien veía en aquel muchacho un futuro gran hombre que prestaría grandes servicios a la Corona.

Epílogo

El rey Jaime II, y especialmente su hijo, el infante Alfonso, pusieron gran empeño en exigir responsabilidades, tanto a los ejecutores de las acciones, los *pastorelli*, como, y especialmente, a los naturales que colaboraron en los hechos, ya fueran particulares o autoridades. De entrada, a los considerados culpables se les impuso el pago de 500 sueldos por judío asesinado, mostrando la Corona un gran afán recaudador, ingresando por las multas impuestas además de apropiarse de los bienes de los judíos muertos sin descendientes que reclamaran sus posesiones. Así mismo, la Corona se personó ante los deudores de los préstamos concedidos por los judíos asesinados, exigiéndoles el ingreso en las arcas reales de la devolución de la deuda contraída con los judíos asesinados. Fueron especialmente duros con los judíos de Barbastro, Monzón y Lérida que se desplazaron a Montclús a enterrar a los muertos, y que ante tanta desolación y crueldad, se tomaron la justicia por su mano, destrozando posesiones de vecinos, cortando árboles y provocando grandes daños en el puente que cruzaba el Cinca, único en muchas leguas a la redonda.

Veintiséis vecinos de Aínsa, diez de Puértolas, siete del propio Montclús, seis de Boltaña, uno de ellos, el notario, cuatro de Olsón, incluido el alcalde, tres de Silves, Sieste y Espierba, dos de Naval, el notario y otro, de Ascaso, el alcalde de Troncedo, uno de Buil, uno de Arcusa y uno de Aineto.

Sin embargo, tan solo cinco personas fueron ejecutadas. El 6 de agosto fueron decapitados en Barbastro, Rodrigo del Bien, Juan de Pisa, militar, Martín de Torrecilla y López de Burgasse. Antes, el 30 de septiembre, había sido ahorcado Pedro Sánchez.

En Montclús fueron pocos los judíos que sobrevivieron a la masacre. Superado el miedo y con la promesa real de su protección, volvieron a sus casas, algunas de las cuales presentaban destrozos realizados por los *pastorelli*. Las casas que pertenecían a judíos muertos y que no fueron reclamadas por sus herederos, fueron confiscadas por el rey y pasaron a ser propiedad real. La campaña de Cerdeña estaba muy cerca y la necesidad de fondos acuciaba a la Corona.

Por orden real, los niños que fueron bautizados por la fuerza fueron considerados como cristianos y los que habían perdido a sus padres, fueron entregados en adopción a familias cristianas. En cuanto a los niños bautizados que aún conservaban a uno o a los dos progenitores, estos fueron obligados a convertirse al cristianismo, so pena de ser entregado el niño a una familia cristiana.

La *Torá* de Montclús no fue encontrada ni se supo de su paradero. En cuanto al contrato que habían establecido los judíos con los jurados, no se llegó a ninguna conclusión. No se sabe si se llegó a abonar la cantidad por los judíos, pues las obras de mejora no se realizaron. La sospecha y conclusión del Juez es que fue un soborno absurdo, debido al miedo generalizado de la *aljama* judía, rayano en el pavor,

para que los jurados los protegieran de los asaltantes, cuando ésta era precisamente su obligación. El juez sospechó que tal vez los judíos no estaban muy seguros de que esta protección se produjera, a la vista de lo sucedido en Montclús, donde fueron dejados a su destino sin recibir ayuda alguna de sus vecinos.

Juan Marqués fue sustituido como Justicia por Juan Pérez de Pueyo y Marcos Benavent sustituyó a Tolomeo Don Peyron como Baile de los judíos. Al parecer el rey no había quedado muy satisfecho con su labor de administradores, al igual que sus administrados a los que hacían oídos sordos a sus quejas y demandas.

El 30 de Mayo de 1323 salió de Puerto Fangós, cerca de Tortosa, la escuadra aragonesa a la toma y conquista de Cerdeña. Estaba formada por sesenta galeras, catorce naves gruesas y cerca de trescientas embarcaciones más de todo tipo. El Infante Alfonso y su esposa Teresa embarcaron en la coca Santa Eulalia, poniéndose al frente de la magna expedición. Llegaron a Mahón el 6 de junio. Dos días más tarde partían hacia Cerdeña donde llegaron a Palma de Sols el domingo 12 de junio. El día 14 ya habían desembarcado. Entre la guardia personal del infante, se encontraba Rodrigo. Y entre las damas de compañía de la infanta, Zaahira, quien se había convertido en una gran dama de compañía de Doña Teresa, a la que le unía además una compartida amistad personal. La campaña fue larga, dura y costosa en medios, finanzas y vidas humanas.

Rodrigo se distinguió en muchas de las batallas habidas en la conquista de Cerdeña, peleando junto

Juan Ximenez de Urrea, Pedro de Luna, Guillem de Anglerola, Ramón de Peralta y Bernat de Cabrera quienes eran la flor y nata de los hombres más cercanos al infante.

En el cerco a Villa de Iglesias, la enfermedad se extendió por el campamento aragonés. Los propios infantes enfermaron gravemente. Poco a poco, pero sin interrupción, las muertes se iban sucediendo y las doncellas de la infanta fueron muriendo aquejadas de fiebre y vómitos. Zaahira también falleció un 28 de Julio. A su lado estaba la infanta, también aquejada de la misteriosa enfermedad. Rodrigo, sin embargo resistió sin enfermar.

El 25 de julio de 1324 partieron los infantes desde Palma de Sols hacia Barcelona a donde llegaron el 2 de Agosto, siendo recibidos por el Rey Jaime II y toda la ciudad de Barcelona. Rodrigo, convertido ya en infanzón, regresó con la expedición y se desplazó hasta Barbastro para ver a sus padres y traer los efectos personales de Zaahira que entregó a sus padres junto con una bolsa conteniendo una importante cantidad de dinero. Meses más tarde, la propia Infanta Teresa, fue a hacerles una visita para recordar juntos la memoria de Zaahira.

Rodrigo, visitó a los Avintarí y la tumba donde reposaba Karin. Luego siguió en la milicia a las órdenes del infante, formando parte del grupo selecto que rodeaba al futuro Rey. Doña Teresa de Entenza, falleció en Zaragoza el día 28 de Octubre de 1327 del parto de su hijo Sancho, cinco días antes de que su esposo fuera nombrado Rey con el nombre de Alfonso IV. Tenía 27 años.

En 1573, Barbastro fue instituida como nueva Sede de Obispado, segregada de la de Huesca, siendo nombrado obispo Felipe de Urriés.

Simón, cuyo nombre verdadero era Abú al-Nuaym, se convirtió en uno de los consejeros más influyentes de Ismail I, su protector, y luego lo fue de los califas siguientes. Nunca volvió a Barbastro, pero siempre mantuvo el recuerdo de sus amigos Rodrigo, Mahoma y Abraham, teniendo siempre presente este recuerdo de amistad y confraternidad en sus consejos a los Califas en la idea de que la convivencia con el resto de creyentes, cualesquiera que fueran sus creencias, siempre era posible.

FIN

ANEXO 1.

Los hechos acaecidos en la población de Montclús: Los Pastorells.

En las primeras décadas del siglo XIV, en Francia deambulaban numerosos mendigos y soldados en paro. Desde el rey al último peón anhelaban una nueva cruzada europea para solucionar la pobreza y mendicidad, o sea, se planteaban la solución de la crisis económica y religiosa, no en la producción agrícola y la tolerancia a las diferencias, sino en la rapiña y la eliminación de las minorías religiosas.

La muerte del rey de Francia y un pasajero vacío de poder, así como el reclamo que sintieron los franceses a la propuesta de la Corona de Aragón de organizar un ejército contra el reino de Granada, produjo el efecto deseado. Ingentes masas de franceses pobres y mal armadas que se hicieron llamar los Pastorells o Pastorellos, aleccionados por un iluminado del momento, cruzaron los Pirineos. Su propósito era el de unirse al ejército que había de comandar el infante Alfonso, primogénito del rey Jaime II de Aragón. Tal ejército había de llegar a Granada pasando por Valencia y Murcia.

Los Pastorells se constituyeron en enormes grupos sin jefe alguno de ellos, que surgió casi espontáneamente como respuesta al fracaso de la expedición de la séptima cruzada a Tierra Santa. Este

nuevo y fervoroso movimiento social avanzaba hacia la península Ibérica, imbuido de la nueva doctrina que quería reimplantar el reino de Dios eliminando infieles. Naturalmente que se cimentó también en lo material y se vendió la idea, entre los Pastorells, que se podía repartir la riqueza de forma igualitaria. Es decir, siguiendo la tendencia de la época, pensaban en términos de cruzada, pero usurpando riquezas. Perseguidos inicialmente en Francia, cobraron fuerza cuando el rey de la corona de Aragón publicó una campaña hacia los moros de Granada. Era la cruzada que esperaban.

Los Pastorells entraron en Aragón por la cabecera del Cinca, atravesando los valles de Broto y de Aínsa. Al parecer, pernoctaron y se concentraron en esta última localidad en la noche del primero de julio de 1320. Su número sobrepasó los 4000 cristianos, entre hombres y mujeres. El día 3 del mismo mes, descendieron siguiendo la ruta del río Cinca hasta la localidad de Montclús, localidad hoy en despoblado en ruinas junto al río. En esta localidad ribagorzana saquearon la numerosa aljama. Los judíos de Montclús, que constituía la mayoría de la población, se refugiaron en el castillo del lugar, sin éxito. No pudieron evitar la sangrienta matanza de adultos residentes en Montclús, que no aceptaron las aguas bautismales en el nombre de Cristo. Al parecer, los más pequeños fueron bautizados a la fuerza e integrados en familias cristianas de acogida. El Cinca se bañaba con sangre excusándose en la fe.

Siguiendo el río Cinca, pasaron por Mediano, Escamilla, Abizanda y Naval, donde en esta localidad saquearon la morería. En Naval no hubo matanzas, posiblemente porque los moros del lugar se

encerraron en el castillo, lugar muy seguro. Los Pastorells llegaron a Barbastro, pasando por Enate, el 4 de julio; pero su número ya se había reducido a unos 3000. Las autoridades y la población barbastrense estaban ya alertadas del avance de tales hordas, y se aprestaron a detener y disipar los intentos de aquellos aventureros.

Los Pastorells franceses llegaron a Barbastro donde recibieron la orden de los oficiales reales y autoridades locales de regresar a su patria. Allí se les notificó que la supuesta cruzada al reino de Granada había sido desconvocada. Su presencia, por los sucesos ocurridos en días inmediatos no sólo no era grata, sino que debía regresar a su patria antes del último día de mes. Los hallados después de esa fecha serían represaliados y ejecutados. Con el fin de que no escaparan sin castigos, algunos de ellos fueron conducidos por caminos erróneos, sin salida, de forma que se les pudiera prender fácilmente, tal como ocurrió.

A indicación del infante Alfonso, numerosos judíos de aljamas aragonesas y catalanas – en ellas estaban incluidas las de Huesca, Lérida, Monzón, Barbastro, Fraga, Albalate y otras, fueron requeridos para trasladarse hasta el lugar de Montclús donde debían ayudar a enterrar a sus correligionarios. Nadie se esperaba lo que iba a ocurrir. Por un lado, algunos de los sobrevivientes de Montclús no consiguieron ser acogidos por algunas de las aljamas citadas. Por otro lado, tampoco puede explicarse por qué algunos judíos de Monzón, Barbastro, Fraga y o Lérida cometieron desmanes en los lugares de Montclús, Mediano y posiblemente en Puy de Cinca. ¿Por qué los mismos judíos destruyeron sus puentes? ¿Por qué

talaron árboles, destruyeron viñas, rompieron algunas puertas y arcas?

Las represalias se extendieron por todos lados. El infante Alfonso mandó depurar responsabilidades. Según el historiador David Nirenberg, los judíos de Monzón fueron multados con 8.000 sueldos, los de Barbastro con una cantidad semejante y los de Fraga con 5.000 sueldos de Jaca. Sin embargo, en nuestra consulta de documentos nos parece que, efectivamente, la aljama de Fraga fue cargada con 5.000 s., pero las de Monzón con 15.000 s. y con 10.000 s. a la de Barbastro. Compuso estas sanciones el escribano del infante Bonanat de Petra. El castellán de Monzón, fray Martín Pérez de Oros, debía depurar culpas entre los judíos montisonenses por éste detenidos en el castillo. El lugarteniente del sobrejuntero de San Esteban de Litera, Bernat de Feet, fue alertado por el citado infante en 4 de agosto para que no procediera contra los hombres de Calavera —aldea al norte de Belver de Cinca, en la actualidad despoblado y arruinado— para que no procediera contra ellos porque no quedaba claro que hubiera intervenido en el caso de los sucesos de los judíos de Montclús.

En realidad, ¿destruyeron puentes y cosechas para evitar la entrada de nuevas oleadas de Pastorells? No podemos saberlo; sin embargo, fueron todos ellos perdonados en fechas sucesivas del mes de agosto, por la razón que luego citaremos.

Importantes noticias sobre los sucesos de los Pastorells fueron publicadas por el archivero de la Corona de Aragón, Jaume Riera, en su libro *Fam i fe*. Resulta también muy interesante su publicación

sobre la entrada de los Pastorells en Barbastro. En ninguna de ambas hace mención a la aljama de Fraga

Durante el mes de agosto de 1320 se ejecutó en último suplicio a una cuarentena de Pastorells en Barbastro, Huesca y Jaca, lugares de regreso de los franceses. Sus cuerpos debieron ser exhibidos en lugares públicos como una fórmula de inhibición y manifestación del poder real. Las multas, siempre muy elevadas, ocuparon numerosas causas. Inclusive se ejecutó en forma pública al aragonés Pedro Sánchez Laçano, por haber ayudado y conducido hacia Barbastro a los dichos Pastorells. No obstante, se le conmutó el suplicio de la horca por el de decapitación, por ser hijo de caballero.

Es más que probable que, en medio del ajetreo de los enterramientos de Montclús, algunos de los judíos llegados de diversas aljamas se encontraran con un gran desorden por parte de las autoridades. No obstante, los abusos cometidos fueron innegables. Es el caso del judío de Barbastro Baruch Manya. De él sabemos que el 6 de octubre de 1321 el infante Alfonso comunicaba a Pedro de Canellas, justicia de la Ribagorza, que permitiera ocupar las casas que fueron de dicho judío, acusado de Pastorells en los sucesos de Montclús, y por las que pagaba 120 sueldos al infante, a su escribano Pedro Gombaldo. ¿Por qué iban a ser perdonadas todas las aljamas, inclusive la de Fraga?

La razón debemos encontrarla en los intereses políticos del monarca y del propio infante. Las represalias a los franceses escondían otra medida que se llevó a rajatabla: la devolución de todo lo robado. Los juicios e interrogatorios fueron

exhaustivos. Nadie podía llevarse hacia Francia ninguna posesión que en realidad era pertenencia del rey. De la misma forma que pertenecían al rey los mismos judíos y sus bienes. Por ejemplo, para los robos cometidos en Naval fueron nombrados dos jueces, Esteban Gil Turín y el judío Damián Martínez de Aladrén, ambos miembros de la casa del infante. El rey Jaime II explicaría de manera particular a su hijo el infante Alfonso, marido de Teresa de Entenza, señores de Alcolea de Cinca, que debía perdonar las multas a las aljamas judías. La causa debía mantenerse abierta, como una forma de intimidación, pero debía absolverles, porque recientemente las aljamas le habían ofrecido 200.000 sueldos de jaca para que pudiera comprar el condado de Urgel y el vizcondado de Ager para el dicho primogénito Alfonso. Es decir, debía evitarse que se evitara la satisfacción del pago prometido para la compra de aquellos títulos y señoríos. Aún a sabiendas que debía perdonarles, se reunió con el nuncio de la aljama de Fraga para tratar de la satisfacción de pago a través de su tesorero Francisco Ferriol, y nombrando recaudador de la multa a Berenguer de Cirera.

Ignorante de la estrategia real, a primeros del año 1321 volvió a presentarse ante el infante el nuncio de la aljama de Fraga. En el palacio de Lérida le explicaba su versión de los hechos ocurridos en Montclús, y solicitando el perdón de la sanción impuesta de los 5.000 sueldos. Naturalmente ya estaba concedida de antemano, a cambio de pagar una contribución extraordinaria por la compra del condado de Urgel y del vizcondado de Ager.

Todavía en el año 1328 los Pastorells franceses entraron nuevamente por Navarra dañando numerosos lugares y masacrando toda la aljama de la localidad de Estella, donde dejaron sus cuerpos tirados por las calles. Al parecer, el historiador y superviviente M. Ben Seraq dejó escrito que las autoridades locales actuaron con pasividad en aquellos hechos, o incluso con connivencia, para aprovecharse de la ocasión. Las represalias fueron también muy duras: fueron multados unos noventa concejos navarros.

MONTCLÚS: CASTILLO, PUENTE Y JUDERÍA

Montclús no existe en la actualidad. Hace mucho tiempo, y por motivos no del todo conocidos, el pueblo desapareció. Sin embargo, en la Edad Media, el lugar tuvo una considerable importancia. Estaba situado en el valle sobrarbense de La Fueva, a unos diez kilómetros de Aínsa, junto al río Cinca, al pie de una colina sobre la que todavía queda algún pequeño resto de su viejo castillo. No sabemos cuándo fue abandonado, pero en 1610 el geógrafo Juan Bautista Labaña no menciona ni la población ni su castillo. Si algún resto quedara de su existencia, se hallaría hoy sumergido bajo las aguas del pantano de Mediano.

Según explica Jaume Riera en su reciente libro sobre la entrada de los "pastorellos" en Aragón en 1320 (1), al que dedicamos un artículo en este diario hace unas semanas, Montclús debería su importancia, además de a su estratégico castillo sobre un cerro desde el que se dominaba el valle, al

hecho de ser lugar por donde, a través de un puente de madera o de una barca, se atravesaba el río Cinca.

El castillo de Montclús —"monte cluso", esto es, "monte cerrado"— aparece documentado desde muy pronto. Quizás fuera ya un enclave árabe (al-Muns) en la parte más septentrional de la Barbitania. Según Antonio Ubieto, figuraba entre las fortalezas cristianas del rey Sancho el Mayor y tuvo tenentes entre 1036 y 1206. A finales del siglo XIV, seguía siendo uno de los más fuertes castillos de la zona. Tomando como núcleo pueblo y castillo, se creó la baronía de Montclús, que incluía varios lugares próximos, alguno de los cuales, como Murillo de Montclús, aún muestra en su topónimo esa antigua dependencia. Cuando en 1460 Juan II vendió el castillo y el lugar a Rodrigo de Rebolledo, de la familia Palafox, los vasallos se rebelaron y tomaron con violencia la fortaleza. Ésta fue reconquistada, pero siguió el descontento y en 1519 el castillo fue destruido por los aldeanos. Parece que en 1583 Guillén de Palafox aceptó a cambio de dinero la restitución de la baronía a la corona. Esta revuelta anti señorial es, con las de Ariza, Ayerbe y Ribagorza, una de las principales alteraciones que se producen en Aragón en el siglo XVI. Es probable que el linaje de los Montclús, familia infanzona documentada en Capella desde ese siglo, proceda de este lugar. Adolfo Castán, en su magnífico libro "Torres y castillos del Alto Aragón"(3), realiza una minuciosa y precisa descripción de los escasos restos que todavía quedan de la antigua fortaleza.

No sabemos si en estas feroces luchas el pueblo vería afectada también su integridad, pero, como indica Riera, en un momento indeterminado de los

siglos XV o XVI, Montclús deja de ser un lugar de paso obligado y pierde su importancia. Desconocemos la causa; tal vez una riada modificó el curso del río, o quizás resultara decisiva la construcción, algo más abajo, de otros puentes sobre el Cinca. Uno de piedra empezó a levantarse en El Grado en 1405, y Labaña nombra el de Mediano en 1610. Montclús perdió su condición estratégica y eso precipitó su decadencia.

Riera aporta documentos que permiten situar el pueblo con cierta precisión en el valle de La Fueva. En 1314 se produce una disputa entre las gentes de Montclús y las de los vecinos Palo, Samitier, Coscujuela y Muro. En 1391, Juan I, para satisfacer sus deudas, concede a Pere d'Esplugues la jurisdicción sobre Palo, Trillo y Murillo, y dice que los rodeaban Ligüerre, Clamosa, Pano, Troncedo, Salinas, Formigales, Arcusa, Muro y Montclús. En 1460, Juan II vende a Rodrigo de Rebolledo los lugares y castillos de Olsón, Arcusa, Castellazo, Mediano, Plampalacios, Montclús, Palo, Trillo, Murillo y Arasanz. De Montclús se dice que confrontaba con Palo y Muro. Parece que los lugares citados constituyeron la baronía. En 1610, Labaña sitúa Mediano como cabecera de la misma y no nombra ya a Montclús.

En Montclús existía una comunidad judía que fue atacada por los llamados "pastores" que procedentes de Francia cruzaron la frontera en 1320. Al parecer, los judíos se habían ido estableciendo en el lugar desde mediados del siglo XIII. Las principales poblaciones del reino contaban con aljamas judías: eran las más importantes las de Zaragoza, Calatayud y Huesca; también numerosas

fueron las de Alagón, Daroca, Teruel y Barbastro; y, un poco menos, las de Jaca, Tarazona, Uncastillo, Ejea, Monzón o Fraga. Tras éstas, en algún momento casi equiparable a ellas, estaba la de Montclús, por encima de las más reducidas de Borja, Sos, Ruesta, Biel, Tauste, Luna o de las oscenses de Pomar, Albalate y Estadilla, aún menores y adscritas a la de Monzón. La de Montclús estaba muy relacionada con esta última y con la de Barbastro, y con ambas compartía intereses.

No tenemos datos del censo de judíos de estos lugares y medimos su importancia por los tributos que pagaban. De Montclús sólo conocemos que en un documento real se dice que los judíos muertos por los "pastores" en 1320 fueron 337. Riera rechaza esa cifra: según dice, no había ningún lugar en Aragón donde los judíos superaran 12% de la población total. Si la cifra de muertos fuera cierta, el conjunto de habitantes de Montclús sería desmesurado para su importancia y situación. Estima, incluso haciendo del lugar una excepción, que en el momento de la matanza no habría allí más de 120 judíos y que los habitantes del pueblo no superarían los 400. Si bien en el documento referido se citan los nombres de los 337 asesinados, el historiador catalán cree que es falso y que el número de muertos se incrementó para que la corona —que había impuesto a los encausados el pago de 500 sueldos por judío asesinado— pudiera recaudar más dinero.

Sin embargo, otros historiadores -aunque ninguno de los que he leído presenta tantos argumentos como Riera- dan por buena la cifra de muertos y consideran que en Montclús podía haber más judíos que cristianos . Aducen que aquéllos

pagaban más impuestos que éstos, si bien ello podría deberse a sus mayores rentas. Hay otro hecho que puede considerarse importante: Montclús era una judería bastante próxima a la frontera francesa. En el país vecino, los judíos sufrían persecuciones y matanzas, y algunos pasaban a España porque en el reino de Aragón se sentían protegidos. Durán Gudiol escribe que en 1293 un grupo de judíos franceses fue detenido en Bielsa y que, unos años más tarde, cuatro familias judías expulsadas de Francia se refugiaron en Montclús. Aunque en principio no se autorizase a los desterrados a instalarse en el reino, vemos que en ocasiones se toleraba. Incluso durante el año 1306 el rey Jaime II permitió que los judíos expulsados de Francia por Felipe IV fueran acogidos en aljamas de Aragón y Cataluña. La casa real aragonesa mantenía buenas relaciones con la comunidad judía, de la que, además de percibir elevados impuestos, recibía préstamos y los servicios de sus prestigiosos médicos. En esos años, los "pastores" realizaron tremendas matanzas en el mediodía francés -las mayores, en Toulouse y sus alrededores- y parece lógico pensar que muchos hebreos escaparan pasando a España. La proximidad de la frontera de la judería de Montclús y su alejamiento de los lugares más poblados pudo hacer de ella un refugio que pareciera seguro. Lo que no podían sospechar los huidos era que las huestes de fanáticos llegarían hasta allí y que, antes de que las autoridades aragonesas pudieran reaccionar, acabarían con casi todos ellos.

Los judíos de Montclús se dedicaban exclusivamente al préstamo de dinero. Riera señala que realizaban dos tipos de cesiones económicas: aquéllas en las que el solicitante empeñaba a cambio

algo de mayor valor que la cantidad prestada, y las que se hacían con acta notarial sobre las cantidades y los plazos de devolución. Los intentos de la corona por cobrar para las arcas reales los préstamos concedidos por los judíos degollados en Montclús permiten destapar la extensa red de deudores existente en toda la comarca. Tan intrincada y compleja que el poder real tuvo que desistir de su empeño. Se descubre que a la aljama de Montclús, asociada en su actividad económica con la de Barbastro, se le debía dinero desde muchos lugares del contorno. Riera cita, además del propio Montclús, localidades como Aínsa, Mipanas, Salinas, Paúl, Crostán (Grustán), Olsón, Nocito, Bara, Formigales, Banesco (¿Banastón?), Buil, Naval y más. Como dice el historiador catalán, "el capital que los judíos de Montclús movían y dirigían no era cosa de broma".

Es evidente que los "pastores" que los asesinaron no les debían dinero y que actuaron por fanatismo religioso, y porque uno de sus principios era eliminar a los infieles y apoderarse de sus bienes. Pero a su ataque se sumaron de muy buen grado muchas gentes de los alrededores, sobre todo -como se observa por el número de encausados- de la vecina villa de Aínsa, donde habían pernoctado los "pastores" que llegaron a Montclús. Los judíos intentaron refugiarse en el castillo, pero tampoco allí encontraron protección. El alcalde de la fortaleza estaba ausente y los dos subordinados que debían custodiarla no movieron un dedo en su favor. Los tres fueron acusados por los hechos y los tres escaparon a Francia. Volvieron años más tarde y consiguieron evitar su condena. Riera da la lista de los lugares de procedencia de los encausados del país

que acompañaron a los "pastores" en sus desmanes: veintiséis de Aínsa (al parecer, todos huyeron a Francia), diez de Puértolas, siete del propio Montclús, seis de Boltaña (uno, notario), cuatro de Olsón (uno, el alcalde), tres de Silves, Sieste y Espierlo (¿Espierba?), dos de Naval (uno, notario) y de Estaso (tal vez Ascaso), y uno de Troncedo (el alcalde), de Buil, de Arcusa y de Aineto. En la lista faltan eclesiásticos y militares, más que probables participantes en los hechos, que por pertenecer a jurisdicciones especiales no aparecen en los documentos estudiados. Todos consiguieron, de una manera u otra, evitar su condena física. Lo que a la corona le interesaba era cobrar fuertes multas o confiscar los bienes de los que huían o no podían pagar.

Judíos de Barbastro, Monzón y Lérida acudieron a Montclús a enterrar a los muertos y a tomar represalias. Al parecer destruyeron un puente, cortaron árboles e hicieron varios destrozos más. En Montclús quedaron algunos que habían escapado a la matanza y siguieron residiendo en el lugar. Los niños bautizados por la fuerza fueron considerados como cristianos por orden real. Tal vez se mantuviera allí una pequeña comunidad judía hasta su expulsión definitiva de 1492.

Un tiempo después, también el pueblo que había vivido aquella terrible matanza desapareció del mapa para siempre.